

A romantic couple is shown in a close embrace against a solid red background. The woman, on the left, has long dark hair and is wearing a light blue strapless tube top and a matching light blue skirt. She is looking down with a soft expression. The man, on the right, is shirtless and muscular, wearing blue jeans. He is leaning in to kiss her on the cheek, with his hand resting on her shoulder. The overall mood is intimate and sensual.

LA PASIÓN OCULTA DEL

Millonario

ALDANA TORRES

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Finalaqui](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Rebecca

Todavía recuerdo la primera vez que lo conocí...

El bar está repleto de risas y murmullos. La música pulsa a través de las paredes y el aire está cargado de una electricidad que promete un poco de diversión. Estoy aquí, en un rincón discreto, sorbiendo mi bebida con nerviosismo. No es habitual que salga sola, pero necesito un cambio, algo que rompa con la monotonía de mi vida cotidiana.

Entonces lo veo. Él está de pie en la barra, hablando con el barman, su figura alta y esbelta destacando entre la multitud. Hay algo en él, una presencia magnética que no puedo ignorar. Sus ojos oscuros y penetrantes recorren el lugar con una seguridad que me deja sin aliento. Parece saber exactamente lo que quiere y cómo obtenerlo. Es un hombre joven de unos treinta años aproximadamente, con cabello castaño oscuro que cae suavemente sobre su frente, un rostro cincelado y una mandíbula fuerte que exuda confianza. Su cuerpo, esculpido y atlético de un metro con noventa, se mueve con una gracia que resulta imposible de ignorar.

¡Señor!

Nuestros ojos se encuentran por un instante, y siento un escalofrío recorrer mi columna. Me sonrío, un gesto pequeño pero lleno de promesas. Antes de que pueda decidir si debo apartar la mirada o no, él se acerca a mí con una elegancia casi depredadora.

—Hola —dijo él, con una voz profunda y suave como la seda—. ¿Puedo sentarme?

Asentí con la cabeza, incapaz de hablar por el nudo que se había formado en mi garganta. Él tomó asiento a mi lado, su presencia dominando el espacio entre nosotros. Podía sentir el calor de su cuerpo, y mi corazón latía con mucha más fuerza.

— ¿Qué hace una chica como tú sola en un lugar como este? —preguntó, sus ojos fijos en los míos, como si pudiera ver a través de mi alma.

—Solo necesitaba un cambio de aires —respondí, tratando de sonar casual, aunque mi voz temblaba un poco—. ¿Y tú?

—Estoy buscando algo interesante —dijo, su sonrisa ampliándose—. Y parece que ya lo he encontrado.

No supe cómo responder a eso, así que me limité a sonreír y sorber mi bebida. La conversación fluyó de manera sorprendentemente fácil. Me contó que se llamaba Benedict, pero no me dijo su apellido, y también me dijo que trabajaba en negocios, aunque él evitó dar demasiados detalles. Había algo en su forma de hablar, en la manera en que sus ojos me devoraban, que me hacía sentir vulnerable y excitada al mismo tiempo.

— ¿Sabes? —Dijo de repente, inclinándose un poco más cerca—. Hay algo en ti que me intriga. Algo... diferente.

— ¿Ah, sí? —respondí, sintiendo mis mejillas enrojecer—. ¿Y qué es eso exactamente?

— ¡Tu inocencia! —Exclama él, su voz apenas un susurro—. Puedo verlo en tus ojos. Y me pregunto... ¿hasta dónde llega esa inocencia?

El aire a nuestro alrededor parecía haberse vuelto más denso. Yo sabía que debía sentirme ofendida o, al menos, incómoda. Pero en cambio, sentí una curiosidad insaciable. Había algo en él, algo oscuro y tentador, que me atraía irremediablemente.

—No soy tan inocente como piensas —dije, intentando sonar más segura de lo que me sentía.

— ¿No? —preguntó, levantando una ceja—. ¿Te atreves a demostrarlo?

Yo no sabía cómo, pero la idea de seguirlo era embriagadora. Asentí lentamente, y su sonrisa se volvió aún más depredadora.

—Entonces, vamos —dice, ofreciéndome su mano.

Lo seguí fuera del bar, mi corazón latiendo a mil por hora. Caminamos en silencio hasta su coche, un elegante sedán negro. Me abrió la puerta y, una vez dentro, arrancó el motor y nos dirigimos hacia un destino desconocido para mí.

El trayecto fue un torbellino de emociones. No sabía a dónde íbamos ni qué iba a pasar, pero la anticipación era casi insoportable. Finalmente, llegamos a un edificio moderno y elegante. Él me llevó de la mano hasta un ascensor y subimos en silencio, el aire cargado de pura tensión.

Cuando llegamos a su apartamento en el exclusivo condominio en Nueva York, abrió la puerta con una llave magnética y me invitó a entrar. Al cruzar el umbral, me encontré con un espacio amplio y luminoso, donde las luces de la ciudad se filtraban a través de los enormes ventanales que ofrecían una vista impresionante del skyline de la ciudad.

El lugar estaba decorado con un gusto exquisito, combinando elegancia y modernidad en cada rincón. El suelo de mármol blanco pulido reflejaba la luz, mientras que las paredes estaban adornadas con obras de arte contemporáneo de reconocidos artistas. Un elegante sofá de cuero italiano, acompañado de cojines de seda en tonos neutros, dominaba el centro del salón, mientras que una mesa de centro de cristal y acero inoxidable completaba el conjunto.

Y en una esquina, había una biblioteca empotrada de madera oscura estaba repleta de libros de arte y diseño, dando un toque intelectual y sofisticado al ambiente. Las cortinas de terciopelo azul oscuro contrastaban con la paleta de colores clara del espacio, añadiendo una sensación de lujo y confort.

—Siéntate —dijo Benedict, señalando un sofá.

Obedecí instantemente sin cuestionar, mis manos temblando ligeramente. Él se acercó a mí, sus ojos brillando con una mezcla de deseo y algo más, algo que yo no podía identificar.

—Voy a ser honesto contigo —su voz baja y firme—. Me atraes de una manera que no puedo explicar. Pero necesito saber si estás dispuesta a seguir adelante. Esto no será un simple

juego.

Tragué saliva, sintiendo un nudo formarse en mi garganta mientras intentaba procesar lo que estaba sucediendo. La confusión nublaba mis pensamientos, y una leve sensación de ansiedad comenzaba a crecer en mi pecho. Mis ojos buscaban algún indicio en su rostro que me diera una pista sobre lo que estaba por venir. La expresión de él era inescrutable, una mezcla de seriedad y algo más que no lograba descifrar. A pesar de no entender muy bien hacia dónde se dirigía todo esto, sentí una imperiosa necesidad de descubrirlo. Con un movimiento lento y deliberado, asentí con la cabeza, mi curiosidad superando mi incertidumbre.

—Quiero... quiero saber más —respondí, mi voz apenas un susurro.

—Buena chica —susurró Benedict, su sonrisa volviendo. "Pero antes de continuar, necesito que confíes en mí. ¿Puedes hacer eso?"

Asentí, mi corazón latiendo con fuerza. No sabía en qué me estaba metiendo, pero una parte de mí anhelaba descubrirlo.

—Bien —dijo, extendiendo la mano para ayudarme a levantarme—. Ven conmigo.

Me llevó a su dormitorio, un espacio amplio y lujoso con una cama grande en el centro. La iluminación era suave, creando un ambiente íntimo. Me giró para enfrentarme a él, sus manos en mis hombros.

—Voy a enseñarte algo esta noche, Rebecca —dijo, su voz suave pero firme—. Algo que cambiará tu vida para siempre. Pero necesitas confiar en mí completamente. ¿Estás lista?

Asentí con la cabeza otra vez, mis manos temblando ligeramente mientras mis nervios y mi excitación se entremezclaban. Él sonrió y comenzó a desabotonar mi blusa, su toque firme pero sorprendentemente tierno. Sentí cómo mi piel se erizaba mientras su mirada se oscurecía con deseo.

—Hay algo que necesito decirte... —dije, haciendo una pausa, desviando la mirada por un momento antes de volver a mirarlo a los ojos—. Soy virgen. Nunca he estado con nadie antes.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté sorprendida.

—Lo vi en tus ojos. Desde el primer momento que te vi, supe que eras especial. Hay una inocencia y una pureza en tu mirada que no se puede ocultar.

Entonces, él sigue adelante.

—Voy a ser claro —habla, su voz baja y llena de promesas oscuras—. Voy a tomar tu virginidad esta noche. Pero no será suave ni dulce. Será duro y rudo. Quiero que sientas cada momento, que te recuerde quién manda.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Sabía que debía sentirme asustada, pero en cambio, la anticipación era casi abrumadora. Asentí lentamente, mi corazón latiendo con fuerza.

—Buena chica —susurra, su sonrisa depredadora—. Primero, voy a atarte. Quiero que

entiendas lo que significa ser mía por una noche.

Él me guió hasta la cama y me hizo acostarme. Sacó unas cuerdas de seda de un cajón cercano y comenzó a atar mis muñecas a los postes de la cama. Su toque era firme pero cuidadoso, asegurándose de que las ataduras fueran seguras pero no dolorosas.

—¿Estás cómoda? —preguntó, sus ojos fijos en los míos.

—Sí —respondí, con mi voz temblorosa.

—Bien —dijo, moviéndose para atar mis tobillos de la misma manera—. Ahora, quiero que te relajes y disfrutes. Esto es para ti tanto como para mí.

Me dejó atada en la cama, mi cuerpo expuesto y vulnerable. Sentí cómo mi respiración se aceleraba mientras él se desnudaba lentamente, su mirada fija en mí todo el tiempo. Su cuerpo era musculoso y bien definido, y no pude evitar sentir una oleada de deseo al verlo.

—Voy a tocarte ahora —dice lentamente—. Quiero que sientas cada caricia, cada beso.

Benedict se inclinó sobre mí, sus labios encontrando los míos en un beso profundo y apasionado. Sentí cómo su lengua exploraba mi boca, su sabor invadiendo mis sentidos. Sus manos comenzaron a recorrer mi cuerpo, explorando cada curva y cada línea.

—Eres tan hermosa —murmuró contra mi piel, sus labios moviéndose hacia mi cuello—. Tan inocente y dulce. Pero voy a cambiar eso esta noche.

Sentí cómo sus manos se movían hacia mis pechos, sus dedos jugando con mis pezones hasta que se endurecieron bajo su toque. Mi cuerpo respondió a sus caricias, mi piel ardiendo con cada beso y cada mordisco.

—¿Te gusta esto? —preguntó él, con su voz ronca de deseo.

—Sí —jadeé, mi cuerpo temblando bajo su toque.

—Buena chica —sus labios seguían moviéndose hacia abajo, dejando un rastro de besos ardientes por mi piel—. Voy a hacerte sentir cosas que nunca has sentido antes.

Sentí cómo sus labios encontraban mi abdomen, sus besos enviando oleadas de placer a través de mi cuerpo. Sus manos se movieron hacia mis caderas, agarrándolas con fuerza mientras su boca se acercaba cada vez más a mi centro.

—Estás tan mojada —murmuró, sus dedos rozando mi entrada—. ¿Te excita estar atada y vulnerable para mí?

—Sí —susurré, mi voz temblorosa de anticipación.

—Eres una buena chica —sonrió, con sus dedos deslizándose dentro de mí, explorando mi interior con una precisión experta. Sentí cómo mi cuerpo se arqueaba bajo su toque, cada caricia enviando olas de placer a través de mí.

—Voy a tomarte ahora —me advierte él, retirando sus dedos y alineando su polla con mi entrada—. Quiero que recuerdes cada momento de esto.

Sentí cómo la punta de su polla presionaba contra mi entrada, y mi cuerpo se tensó anticipando lo que vendría. Él se inclinó sobre mí, su aliento caliente contra mi oído.

—Relájate —susurró, su voz una mezcla de suavidad y dominación—. Tienes que dejar que yo te haga mía.

Con un movimiento lento y deliberado, comenzó a empujar dentro de mí. El dolor inicial fue intenso, y un gemido escapó de mis labios. Él se detuvo por un momento, dejando que mi cuerpo se ajustara a la intrusión.

—Respira, nena —me pidió, con su voz todavía ronca —Estás bien. Estás conmigo.

Tomé una respiración profunda, tratando de relajarme. Sentía cómo mi cuerpo se adaptaba lentamente a su enorme tamaño, el dolor transformándose gradualmente en una sensación de plenitud.

—Así está mejor —murmuró, comenzando a moverse de nuevo. Cada empuje era lento y medido, su cuerpo tenso mientras me penetraba más profundamente.

El dolor se mezcló con placer, creando una mezcla embriagadora que me hizo gemir. Mis muñecas tiraban de las ataduras, mis caderas moviéndose involuntariamente para encontrarse con sus embestidas.

— ¿Te gusta esto? —preguntó Benedict, con sus ojos fijos en los míos, observando cada una de mis reacciones.

—Sí —jadeé, mi cuerpo temblando con cada movimiento.

—Quiero oírte decirlo —gruñó, aumentando la fuerza de sus empujes.

—Me gusta —susurré, mi voz temblorosa.

—Más fuerte —ordenó, su ritmo volviéndose más implacable.

— ¡Me gusta la forma en la que me follas! —grité, el placer y el dolor alcanzando un punto álgido.

—Buena chica —dice llenó de satisfacción—. Hoy eres mía, y voy a hacer que nunca lo olvides.

Sus movimientos se volvieron más frenéticos, su cuerpo dominando el mío con cada empuje. Podía sentir el calor acumulándose en mi abdomen, el clímax acercándose rápidamente. Cada embestida llevaba mi cuerpo al borde, el placer intensificándose con cada segundo que pasaba.

—Te haré gemir de placer hasta que no puedas ni recordar tu propio nombre — murmuró él, su voz un susurro lleno de lujuria y promesas peligrosas—. Te reclamaré como mía, dejando una huella en tu alma que nadie, ningún otro maldito hombre podrá borrar.

Sus palabras me llevaron al borde, mi cuerpo arqueándose mientras el orgasmo me arrasaba. Un grito ahogado escapó de mis labios mientras el placer explotaba en cada célula de mi ser. Sentí cómo mis paredes se apretaban alrededor de su polla, intensificando su propio

placer.

—Eso es —murmuró, su cuerpo tenso mientras se acercaba a su propio clímax—. Siente eso, Rebecca, siente cómo te lleno, cómo te hago mía.

Con un último empuje profundo, se corrió dentro de mí, su calor llenándome completamente. Nos quedamos allí, jadeando y temblando, nuestros cuerpos todavía entrelazados.

Finalmente, se retiró y se sentó a mi lado, sus dedos acariciando suavemente mi piel.

—Eres increíble, Rebecca.

—Gracias —susurré, mi cuerpo aun temblando por la intensidad de lo que acababa de ocurrir.

—Apenas estamos comenzando —me dice él mientras liberaba mis muñecas y tobillos, su mirada ardiente recorriendo mi cuerpo—. Esta noche te guiaré hacia placeres que nunca habrías osado soñar.

Sentí cómo mis músculos se relajaban mientras me liberaba de las ataduras. Aunque mi cuerpo estaba exhausto, una parte de mí ansiaba más. Había probado una pequeña parte de su mundo oscuro y sensual, y sabía que quería más.

— ¡Estoy lista!

Él sonrió, una mezcla de satisfacción y promesa en su mirada.

—Buena chica. Ahora descansa. En un rato comenzaremos de nuevo.

Me arropó en la cama, su cuerpo cálido junto al mío. Sentí cómo el sueño me envolvía, mi mente llena de pensamientos y sensaciones nuevas.

Tomé un respiro profundo mientras mi cuerpo aún temblaba ligeramente. Mientras me recuperaba, un pensamiento me dio una tranquilidad adicional. Desde hacía tiempo yo tomaba pastillas anticonceptivas por motivos médicos, algo que me había recomendado mi ginecólogo para regular mis ciclos. Esa previsión, aunque en su momento fue por una cuestión de salud, ahora me ofrecía una sensación de alivio. Sabía que no tendría que preocuparme por un embarazo inesperado después de esta noche de desenfreno.

Y por otra parte, posiblemente entregarme a un completo desconocido, tan sensual y caliente, no fue la decisión más inteligente. Sin embargo, en el calor del momento, la razón quedó relegada a un segundo plano. Cuando sus manos expertas recorrieron mi cuerpo, y su boca encontró cada punto sensible, supe que estaba perdida. El deseo me consumía.

Dejar que me llenara de su semen fue un acto impulsivo, pero no puedo negar que fue increíble. Sentí cada pulsación de su cuerpo, cada movimiento lleno de pasión y hambre. Mientras nuestros cuerpos se fundían en uno solo, la realidad se desvanecía y solo existíamos nosotros dos, sumidos en un frenesí de placer.

No me importa lo que diga la lógica, estaba feliz. Entregarle mi virginidad a un dios del

sexo como él fue, sin duda alguna, la mejor decisión de mi vida. Su habilidad y destreza me llevaron a un éxtasis que jamás había experimentado. Cada caricia, cada beso, cada penetración me hizo sentir viva de una manera que nunca antes había sentido.

Definitivamente, ha valido la pena.

Capítulo 2

Rebecca

Después de una noche larga y llena de sexo, me desperté a la mañana siguiente en mi propio apartamento en el centro de la ciudad de Nueva York con una mezcla de nervios y emoción. La luz del amanecer se filtraba a través de las cortinas, pintando la habitación con un resplandor suave y dorado. Me estiré entre las sábanas, recordando los eventos de la noche anterior.

Tras nuestro frenético encuentro, mi primera intención fue tomar un taxi y volver a mi apartamento. Quería procesar lo que había sucedido en la soledad de mi casa, pero Benedict había insistido en llevarme él mismo. "No puedo dejar que te vayas sola a esta hora," había dicho él.

Al principio, dudé. No quería complicar las cosas ni crearme a mí misma expectativas en mi mente por ese simple acto. Pero su insistencia fue tan genuina y su mirada tan persuasiva, que finalmente acepté. Subimos a su coche, y durante el trayecto, no hubo necesidad de palabras. La conexión que habíamos compartido hablaba por sí misma, y el silencio era cómodo, casi íntimo.

Cuando llegamos a mi edificio, se ofreció a acompañarme hasta la puerta, pero le aseguré que yo estaría bien. Nos despedimos con un último beso, uno que era tanto un adiós como un recordatorio de la noche que habíamos compartido. Mientras lo veía alejarse, su auto desapareciendo en la oscuridad de la calle, sentí una punzada de tristeza. Sabía que, por diversas circunstancias, era poco probable que volviera a verlo. La vida en una ciudad como Nueva York es así, llena de encuentros fugaces y despedidas repentinas.

De vuelta en mi apartamento, me desvestí lentamente, sintiendo cada músculo aún adolorido y satisfecho. Me metí en la cama y, a pesar de la hora tardía, tardé en conciliar el sueño, reviviendo una y otra vez cada momento de esa noche.

Ahora, despierta y descansada, una mezcla de nervios y emoción me invadía. La noche anterior había sido una de las mejores de mi vida. Benedict, con su intensidad y su habilidad, me había llevado a lugares que nunca imaginé. Había sido una experiencia increíble, una que atesoraría siempre, aunque solo fuera un recuerdo.

Quizás nunca vuelva a verlo, pero no me arrepiento de nada.

En fin, hoy era el día de mi entrevista para la pasantía en una de las empresas de joyas más prestigiosas de la ciudad: *Hawthorne Diamond Atelier*.

Era una oportunidad increíble, y había pasado días preparando mi portafolio y practicando mis respuestas para cualquier pregunta que pudieran hacerme.

Elegí cuidadosamente mi atuendo: una blusa blanca elegante, una falda lápiz negra y tacones que me daban un poco más de altura y confianza. Me maquillé ligeramente, lo suficiente para resaltar mis rasgos sin parecer exagerada. Quería proyectar una imagen profesional, pero también auténtica.

Llegué a las oficinas de la empresa de joyas con tiempo de sobra. El edificio era impresionante, un rascacielos de vidrio y acero que reflejaba la luz del sol de la mañana. Tomé una respiración profunda y me dirigí a la recepción, donde una mujer amable me indicó que esperara en la sala de espera del último piso de la gran torre de cristal.

Subí el elevador y luego, en el último piso, esperé y esperé por al menos unos veinte minutos aproximadamente. El tiempo parecía pasar lentamente, y cada segundo aumentaba mi nerviosismo y emoción. Finalmente, otra recepcionista me llamó y me condujo a una oficina más privada. Sentía mi corazón latir con fuerza mientras caminaba por el elegante pasillo.

Me encontraba tan emocionada que la sonrisa en mi rostro no se borraba con absolutamente nada. Mis pensamientos volaban, anticipando lo que vendría. Pero entonces, eso cambió de un segundo a otro.

Me quedé sin aliento cuando crucé la puerta y lo vi allí, de pie junto a una gran ventana que ofrecía una vista panorámica de la ciudad. Benedict, el hombre que había transformado mi noche, estaba en esa misma oficina.

Él giró para mirarme, y una sonrisa depredadora se extendió por su rostro.

—Vaya, vaya, quién iba a imaginar que nos volveríamos a ver tan pronto —es lo primero que él dice con esa voz grave y seductora que yo reconocería en cualquier parte.

Mi corazón dio un vuelco.

Yo todavía seguía sin creer lo que mis ojos veían.

Era él, el hombre que me había llevado a su apartamento y me había hecho experimentar cosas que nunca había imaginado. Sentí cómo mis mejillas se sonrojaban mientras me esforzaba por mantener la compostura.

—Hola — dije simplemente, tratando de sonar profesional—. No esperaba verte aquí.

— ¿No? —preguntó, acercándose a mí con pasos lentos y medidos—. Bueno, parece que el destino tiene una manera curiosa de unirnos, ¿no crees?

Asentí, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Él se detuvo justo frente a mí, su presencia dominante llenando el espacio.

Y de repente, no pude evitar preguntarme cómo él no parecía sorprendido de verme allí. Con un intento de recuperar la compostura, le pregunté:

— ¿Por qué tú no pareces sorprendido de verme?

Él sonrió de nuevo, esa sonrisa que me hacía estremecer.

—Porque antes de que entraras a mi oficina, ya sabía que vendrías —dijo con calma,

sus ojos nunca apartándose de los míos—. Yo mismo selecciono a mis pasantes antes de que lleguen a la empresa.

La revelación me dejó momentáneamente sin palabras. Había sabido todo este tiempo quién era yo, incluso antes de nuestro encuentro. La mezcla de emociones en mi interior se intensificó. Por un lado, me sentía intrigada y halagada de que me hubiera elegido personalmente. Por otro lado, la idea de que todo esto había sido orquestado por él me hacía sentir vulnerable.

—Entonces, ¿esto fue una coincidencia, o lo planeaste todo?" pregunté, mi voz apenas un susurro.

Benedict se acercó aún más, hasta estar a solo unos pasos de distancia.

—Coincidencia no es la palabra adecuada. Vi tu potencial en tu solicitud y supe que quería que formarás parte de mi equipo. Lo que pasó anoche fue... un encuentro inesperado, pero yo no lo cambiaría por nada.

Su honestidad y la forma en que me miraba, como si fuera la única persona en el mundo, me hicieron sentir algo que no podía describir. Una mezcla de deseo y curiosidad que me quemaba por dentro.

— ¿Y ahora qué? —murmuré, todavía tratando de procesar toda la información.

—Ahora vamos a empezar con la entrevista, ¿te parece?

Asentí de nuevo, sintiéndome un poco más segura ahora que había una estructura a seguir.

Ambos tomamos asientos finalmente.

Él comenzó a hacerme preguntas sobre mi experiencia, mis habilidades y por qué quería trabajar en su empresa. Pero cada vez que respondía, sus ojos se mantenían fijos en los míos, su mirada intensa haciéndome sentir expuesta.

—Tu portafolio es impresionante —dijo finalmente, revisando mis diseños con interés—. Pero dime, ¿qué es lo que realmente te motiva? ¿Qué te hace levantarte cada mañana y querer diseñar joyas?

—Creo que las joyas tienen el poder de contar historias —respondí, mi pasión comenzando a superar mi nerviosismo—. Cada pieza es única y puede capturar momentos, emociones y recuerdos. Me encanta la idea de crear algo que pueda tener un significado tan profundo para alguien.

—Interesante —él asiente lentamente—. Tienes una perspectiva única. Pero hay algo más que quiero saber.

— ¿Qué es? —pregunté, inclinándome ligeramente hacia adelante.

— ¿Qué tan lejos estás dispuesta a llegar para conseguir lo que quieres? —preguntó, su voz volviéndose más baja y cargada de insinuaciones.

Me quedé en silencio, tratando de procesar la pregunta. ¿Era esto parte de la entrevista o algo más?

—Estoy dispuesta a trabajar duro y a aprender todo lo que pueda —respondí finalmente, eligiendo mis palabras con cuidado.

—Eso está bien.

Él se va levantando lentamente de su asiento y camina hacia mí.

—Pero quiero saber si estás dispuesta a seguir mis reglas. A jugar bajo mis términos.

Sentí cómo mi respiración se aceleraba mientras se inclinaba sobre mí, su rostro a solo unos centímetros del mío. Yo podía sentir el calor de su aliento y el magnetismo de su presencia.

— ¿Entiendes lo que digo? —murmuró, sus ojos fijos en los míos.

—Sí —susurré, incapaz de apartar la mirada.

—Buena chica —dijo, su sonrisa volviendo—. Ahora, vamos a ponerte a prueba.

Antes de que yo pudiera procesar sus palabras, me tomó de la mano y me levantó de mi asiento. Me guió hacia una pared cercana y me presionó contra ella, con su cuerpo tan fuerte y dominante cubriendo el mío.

—Quiero que recuerdes esto, pequeña —susurró, sus labios rozando mi oído—. Soy el amo aquí. Y tú seguirás mis reglas.

Oh.

¡Creo que mi mente comenzaba a entender todo esto!

Sentí cómo mi cuerpo respondía a su cercanía, el calor y el deseo mezclándose con la adrenalina. No podía negar la atracción que sentía por él, la forma en que me hacía sentir viva y vulnerable al mismo tiempo.

—Ahora —habla de nuevo, con su voz más suave pero aún cargada de autoridad—. Quiero que me digas que lo entiendes.

—Lo entiendo —susurré.

—Buena chica —entonces, sus labios comienzan a rozar mi frágil cuello.

Unos segundos después, Benedict se apartó ligeramente, sus ojos aún fijos en los míos. Podía ver la promesa de algo más en su mirada, algo que me hacía desear más a pesar de mis nervios.

—Quiero que vuelvas aquí mañana —dijo, su tono más formal ahora—. A las nueve en punto. Y asegúrate de estar preparada para cualquier cosa.

Asentí, mi corazón todavía latiendo con fuerza. Sabía que estaba entrando en un territorio desconocido, pero una parte de mí estaba emocionada por lo que vendría.

—Nos vemos mañana —me dijo con su sonrisa depredadora—. No llegues tarde.

Salí de la oficina con la mente dando vueltas y mi cuerpo todavía temblando por la intensidad del encuentro. Sabía que esta pasantía sería diferente a cualquier otra normal y corriente, pero no tenía idea de cuánto cambiaría mi vida en los próximos días. Y aunque una parte de mí estaba nerviosa, la mayor parte estaba ansiosa por descubrirlo.

Capítulo 3

Rebecca

Al día siguiente, me preparé con aún más cuidado. Sabía que este no sería un día típico de trabajo, y quería asegurarme de estar lista para cualquier cosa que pudiera pasar.

Llegué a la oficina unos minutos antes de las nueve, mi corazón latiendo con fuerza mientras me dirigía a la recepción.

La misma recepcionista del último piso me saludó con una sonrisa y me indicó que esperara en la oficina del gran magnate sexy. Sentí un nudo en el estómago mientras esperaba, preguntándome qué tipo de prueba me tendría preparada hoy.

Es tan loco pensar que, de repente, estoy obedeciendo a un hombre y que de la noche a la mañana se ha convertido en mi amo. Pero, a la vez, es tan excitante que no puedo evitar querer ser su completa sumisa. La idea de entregarme a él, de dejar que controle cada aspecto de mi cuerpo y mente, me enciende de una manera que nunca antes había experimentado.

Después de unos minutos, la puerta se abrió y él entró, su presencia llenando la habitación al instante. Cerró la puerta detrás de él y se acercó a mí, su mirada intensa como siempre. Vestía un traje negro completamente ceñido a su musculoso cuerpo, cada pliegue de la tela delineando la definición de sus hombros y el contorno de su pecho. La chaqueta, ajustada a su torso, destacaba su figura atlética, mientras que la camisa negra debajo dejaba entrever la tensión de sus músculos al moverse. El pantalón, igualmente ceñido, abrazaba sus piernas fuertes, rematando con unos zapatos de cuero que resonaban firmemente contra el suelo con cada paso que daba hacia mí.

—Buenos días —me saludó con un aura cargada de autoridad—. Espero que hayas descansado bien.

—Sí —respondí, tratando de sonar más segura de lo que me sentía.

—Bien. Hoy vamos a hablar de tus responsabilidades aquí. Pero primero, quiero asegurarnos de que entiendes bien las reglas.

Benedict se sienta frente a mí finamente.

Luego, yo asentí con la cabeza, esperando a que continuara hablando.

—Primera regla —dijo con su tono firme—. Siempre debes seguir mis instrucciones. No importa lo que yo te pida, lo haces sin cuestionarlo. ¿Entendido?

—Entendido.

—Segunda regla —continuó—. Siempre debes ser honesta conmigo. No importa lo que pase, necesito saber que puedo confiar en ti. ¿Entendido?

—Entendido —repetí.

—Y la tercera regla —dijo, inclinándose hacia adelante—. Siempre debes esforzarte por dar lo mejor de ti. No tolero la mediocridad. ¿Entendido?

—Entendido —dije de nuevo, sintiendo cómo mi confianza crecía con cada respuesta.

—Bien —dice satisfecho, y sonriendo ligeramente—. Ahora, vamos a empezar.

Pasamos la siguiente hora discutiendo mis responsabilidades y los proyectos en los que yo trabajaría. A pesar de su actitud dominante, me impresionó su conocimiento y pasión por la empresa. Era claro que él esperaba mucho de sus empleados, pero también estaba dispuesto a apoyar y guiar a aquellos que se esforzaban.

Finalmente, llegó la hora de dejar atrás las verdaderas responsabilidades de una pasante de empresa.

—Ahora —dice acercándose a mí—. Vamos a poner a prueba tu capacidad para seguir instrucciones, pequeña.

Sentí cómo mi corazón comenzaba a latir más rápido mientras él se acercaba. Esto no era una prueba convencional, pero estaba dispuesta a enfrentar lo que fuera necesario.

—Quítate la blusa —ordenó.

Me quedé helada por un momento, pero luego recordé sus reglas. Con manos temblorosas, comencé a desabotonar mi blusa, dejando que cayera al suelo.

—Buena chica —murmuró, sus ojos recorriendo mi cuerpo—. Ahora la falda.

No podía creer lo que estaba haciendo, pero algo en su tono y la intensidad de su mirada me hacía imposible negarme. Deslicé la cremallera de mi falda y la dejé caer al suelo, quedándome en ropa interior frente a él.

—Eso es —dijo con su típica voz ronca—. ¿Ves lo fácil que es seguir mis instrucciones, pequeña?

Asentí, mi corazón latiendo con fuerza.

Me sentía expuesta y vulnerable, pero también había una extraña emoción en el aire, algo que me hacía querer más.

—Ven aquí —él me ordenó, y me acerqué a él, sintiendo el calor de su cuerpo tan cerca del mío—. Hoy, voy a enseñarte lo que significa realmente seguir mis reglas.

Me tomó de la muñeca y me condujo hacia su escritorio. Me hizo inclinarme sobre él, mi pecho presionado contra la superficie fría mientras sus manos recorrían mi espalda y mis caderas.

—No te muevas —susurró.

Sentí cómo sus manos desabrochaban mi sujetador, dejándolo caer al suelo.

—Eres tan hermosa —murmuró, sus labios rozando mi cuello—. Y ahora, eres mía.

Sentí un escalofrío recorrer mi columna vertebral mientras sus palabras se hundían en mi mente. Estaba completamente a su merced, y aunque una parte de mí estaba aterrorizada, otra parte estaba ansiosa por ver qué sucedería.

—Voy a hacer que nunca olvides quién es tu amo —susurró, sus manos firmes en mis caderas—. Y voy a empezar ahora mismo.

Con una rapidez que me dejó sin aliento, él me arrancó las bragas de un tirón, exponiéndome por completo. Su mano se deslizó con firmeza por mis nalgas, explorando cada centímetro antes de soltar una nalgada que resonó con fuerza en la habitación, haciendo que mi piel ardiera.

—Esto es solo el principio —dice Benedict con un tono lleno de satisfacción—. Vas a aprender a obedecerme en todo.

Cada golpe era una mezcla de dolor y placer, mi cuerpo respondiendo de maneras que nunca había experimentado. Sentí cómo mis músculos se tensaban, mi respiración acelerándose con cada nalgada.

—¿Te gusta esto, pequeña? —preguntó, su voz baja y peligrosa—. ¿Te gusta cuando te castigo aunque sea sin una razón en específico?

—Sí —jadeé, sorprendida por la honestidad en mi respuesta. Había algo increíblemente liberador en rendirme a él, en dejar que tomara el control.

—Me encanta que seas una buena chica —murmuró, acariciando suavemente mi piel enrojecida y adolorida—. Y ahora, vamos a llevar esto al siguiente nivel.

Me hizo girar y me levantó sobre el escritorio, mis piernas colgando sobre el borde. Se inclinó sobre mí, y su rostro quedó a solo unos centímetros del mío.

—Quiero que mires a tus ojos en el reflejo —dijo él, señalando un espejo en la pared opuesta de la oficina—. Quiero que veas cómo te hago mía ahora mismo.

Entonces, mis ojos encontrando los suyos en el espejo. Había algo intensamente íntimo en esa conexión visual, como si él pudiera ver directamente en mi alma.

—Buena chica —murmuró, sus labios rozando los míos—. Eres tan hermosa cuando te rindes a mí.

Sentí cómo su mano se deslizaba entre mis piernas, sus dedos explorando mi humedad. Un gemido escapó de mis labios mientras él jugaba con mi cuerpo, llevándome al borde del placer.

—Te sientes tan bien, pequeña —me muerde ligeramente el lóbulo de la oreja—. Eres tan perfecta para mí.

Antes de que yo pudiera responder, sentí cómo él alineaba su polla firme y comenzaba a empujar dentro de mí. La punta se abrió paso lentamente, estirándome y provocando una

mezcla de dolor punzante e intenso placer. Un grito ahogado escapó de mis labios mientras su grosor seguía invadiéndome, llenándome por completo, y cada centímetro que avanzaba enviaba oleadas de sensaciones a través de mi cuerpo.

—Respira un poco, pequeña —me dice, mientras sus manos se mantienen firmes en mis caderas—. Debes dejar que yo te llene completamente.

Tomé una respiración profunda, tratando de relajarme mientras él se adentraba más y más. Sentí cómo mi cuerpo se adaptaba lentamente a su tamaño de nuevo, con el dolor transformándose en una sensación de plenitud.

—Así está mejor —él comienza a moverse.

Cada empuje era lento y deliberado, su cuerpo dominando el mío con cada movimiento.

El placer se intensificó rápidamente, mi cuerpo respondiendo a su ritmo. Sentí cómo sus manos recorrían mi piel, sus labios encontrando los puntos más sensibles de mi cuello y mis hombros.

—¿Te gusta cómo te estoy follando?

—Sí —gemí, mi cuerpo sacudiéndose con cada embestida.

—Dímelo, quiero escucharlo claro —él gruñó, golpeándome más fuerte.

—Me encanta —jadeé, mi voz quebrada.

—Más fuerte, pequeña —ordenó, su ritmo haciéndose frenético.

—¡Me encanta! —grité, el placer explotando dentro de mí.

—Buena chica —susurró él, su voz llena de deseo—. Eres mía, y no vas a olvidarlo jamás.

Sus movimientos se volvieron salvajes, cada embestida más profunda y feroz, su cuerpo aplastando el mío con una fuerza que me dejaba sin aliento. Y el calor en mi vientre era insoportable, como un incendio que se propagaba rápidamente, llevándome al borde del éxtasis. Cada vez que él se movía dentro de mí, el placer se convertía en un torbellino que me consumía.

—Voy a hacer que te corras tan fuerte que olvidarás tu propio nombre —gruñó, su voz rasposa y llena de lujuria—. Eres mía, joder.

Sus palabras me llevaron al borde, mi cuerpo arqueándose mientras el orgasmo me arrasaba. Un grito ahogado escapó de mis labios mientras el placer explotaba en cada célula de mi ser. Sentí cómo mis paredes se apretaban alrededor de él, intensificando su propio placer.

—Eso es —murmura él, con su cuerpo tenso mientras se acercaba a su propio clímax—. Siente cómo te estoy llenando, cómo te hago mía, pequeña.

Con un último y bruto empujón, me llenó hasta el fondo, su ardor derramándose dentro de mí. Luego, nos quedamos allí, respirando entrecortado y temblando, nuestros cuerpos aún atrapados el uno en el otro.

Finalmente, él se retiró de mí y se sentó a mi lado, sus dedos acariciando suavemente mi piel.

Luego, yo me senté también lentamente, tratando de procesar lo que acababa de suceder.

—Quiero que sepas algo —dice, tomando mi mano y mirándome a los ojos—. Eres especial para mí porque a partir de hoy te has convertido en mi sumisa. Por lo tanto, ya no eres solo una pasante. Eres mía, y voy a cuidarte y enseñarte todo lo que sé.

Sentí cómo una oleada de emoción me invadía. A pesar de la intensidad de nuestra relación, había algo en sus palabras que me hacía sentir segura y valorada.

—De acuerdo —dije, mi voz más firme de lo que esperaba.

Él sonrió, una mezcla de satisfacción y promesa en su mirada.

—Buena chica. Ahora, vístete, debes trabajar.

Me levanté y me vestí lentamente, mis músculos todavía temblando por la intensidad del encuentro.

Luego, salí de su oficina con la mente llena de pensamientos y sensaciones nuevas, ansiosa por descubrir qué más tenía reservado para mí. Y como una buena pasante, comencé a trabajar.

Capítulo 4

Benedict

Yo estaba en medio de una de las reuniones más importantes del año. La sala de juntas estaba llena de ejecutivos de alto nivel, diseñadores principales y algunos accionistas clave. Las ventanas del piso al techo ofrecían una vista impresionante de la ciudad, pero mi mente estaba lejos de los rascacielos y las calles bulliciosas. No podía dejar de pensar en ella.

El tema principal de la reunión era la nueva colección de joyas que estábamos lanzando en primavera. Cada detalle era crucial: desde los materiales hasta el diseño y el marketing. Mi equipo estaba presentando una propuesta ambiciosa, llena de innovaciones y estrategias destinadas a captar la atención del mercado de lujo.

La jefa de diseño, Katherine, estaba en medio de una presentación sobre las nuevas técnicas de engaste de diamantes que íbamos a implementar. Sus palabras eran precisas, llenas de tecnicismos y entusiasmo. Yo debía estar completamente concentrado en cada palabra, pero mi mente seguía divagando hacia esa noche, hacia ella.

Comencé a recordar cada detalle: su piel suave, sus gemidos ahogados, la manera en que se rendía completamente a mí. La sensación de control absoluto me invadía, y la intensidad de esos recuerdos me hacía desear verla de nuevo, sentirla de nuevo.

— ¿Señor? —La voz de Katherine me sacó de mis pensamientos.

Todos en la sala estaban mirándome, esperando mi respuesta.

—Sí, Katherine —dije, volviendo a la realidad con rapidez—. Continúen con la siguiente parte de la presentación, por favor.

Katherine asintió y pasó a explicar los planes de marketing digital, pero yo apenas podía seguir el hilo. Cada palabra parecía una distracción, una barrera entre yo y mi deseo de tenerla cerca.

Finalmente, la reunión llegó a su fin. Los ejecutivos comenzaron a levantarse, charlando entre ellos sobre los próximos pasos y los detalles que aún quedaban por pulir. Me levanté lentamente, tomando mi maletín y fingiendo revisar algunos documentos.

—Excelente trabajo —dije, tratando de sonar profesional—. Esperemos que esta colección sea un gran éxito.

Mientras los demás salían de la sala, me dirigí a mi oficina, mi mente aún atrapada en la imagen de ella. Necesitaba verla urgentemente, joder.

Caminé por el pasillo de la oficina saludando brevemente a algunos empleados con un gesto de la cabeza mientras avanzaba hacia el área de los pasantes. El murmullo de

conversaciones y el sonido de teclados golpeando llenaban el ambiente. Al llegar, mis ojos la encontraron de inmediato. Ella estaba de pie junto a un grupo de otros pasantes, su risa resonando como una melodía entre las voces. Su sonrisa iluminaba su rostro, y sus ojos brillaban con una alegría que hacía difícil no mirarla.

Pero entonces, algo en mi interior se tensó. Sentí un calor intenso recorrerme, como si mi sangre se hubiera convertido en lava. No me gustaba ver a otros hombres cerca de ella, especialmente después de haber dejado claro cuál sería la naturaleza de nuestra relación. Era una mezcla de celos y posesividad que no podía controlar. Cada segundo que la veía interactuar con ellos, una punzada me atravesaba.

Me detuve por un momento, inhalando profundamente para calmarme antes de acercarme.

— ¡Tú, ven aquí! —gruñí, y eso ha resonando tanto por el pasillo que todos se volvieron a mirarme, y vi cómo la sonrisa de su rostro se desvanecía mientras me miraba, claramente asustada.

La tomé del brazo y la llevé a mi oficina sin decir una palabra. Cerré la puerta de un portazo y la empujé ligeramente contra la pared, mis ojos clavados en los suyos.

—No quiero verte hablando con otros hombres —gruñí, mi voz baja y peligrosa, mientras me inclinaba hacia ella—. ¿Entiendes?

Ella levantó la mirada, sus ojos llenos de sorpresa.

—Pero... solo estábamos hablando de trabajo —respondió, con voz temblorosa.

—No me importa —dije, acercándome más, hasta que casi podía sentir el calor de su piel—. Eres mía. Solo mía. Y no quiero que nadie más te toque, te mire o te hable de una manera coqueta.

Ella negó con la cabeza, su voz un susurro apremiante.

—No estaban coqueteando conmigo. Solo me estaban preguntando sobre un proyecto.

Mis ojos se entrecerraron, la frustración mezclada con una intensidad que no podía ocultar.

—Claro que lo estaban haciendo. Cada mirada, cada sonrisa... En sus mentes ellos ya te deseaban. Ya querían follarte.

—Eso no es verdad —insistió, su voz adquiriendo un tono más firme—. Ellos solo son compañeros de trabajo.

—No seas ingenua. Sé cómo piensan los hombres. Puedo ver cómo te miran, y no me gusta. Eres demasiado hermosa para que no lo hagan —Mi mano se movió, rozando suavemente su mejilla—. Y no soporto la idea de que alguien más imagine lo que es tenerte.

Ella tembló bajo mi toque, sus ojos buscando los míos, como si intentara encontrar una manera de calmar mi ira.

—Por favor, tienes que confiar en mí. Yo nunca...

—Lo sé —la interrumpí, mi voz suavizándose un poco, pero manteniendo la firmeza—. Confío en ti, pero no en ellos. No puedo evitarlo. Verte con otros hombres me vuelve loco.

Su respiración se volvió más rápida, su cuerpo respondiendo a la tensión entre nosotros. Podía ver el conflicto en sus ojos, la lucha entre la razón y la emoción.

—Solo quiero estar contigo —murmuró finalmente, su voz cargada de deseo y sumisión.

—Y estarás solamente conmigo —le aseguré, mi voz ahora un susurro seductor, mientras mis dedos recorrían la línea de su mandíbula—. Solo mía.

Ella asintió rápidamente, sus ojos grandes y asustados. Podía ver la mezcla de miedo y deseo en su mirada, y eso solo aumentaba mi deseo de controlarla completamente.

—Ahora, puedes regresar al trabajo —ordené, alejándome de ella—. Y recuerda lo que te dije.

Ella salió de mi oficina rápidamente, cerrando la puerta tras ella. Me dejé caer en mi sillón, intentando calmarme. La ira aún ardía en mi interior, pero también lo hacía el deseo. Necesitaba encontrar una manera de equilibrar esas emociones, de mantener el control.

En fin, mientras trataba de concentrarme en el trabajo, mi móvil comenzó a vibrar. Miré la pantalla y vi un mensaje de un número que reconozco pero he decidido no guardarlo. Lo abrí y leí las palabras únicamente: "Ella sigue igual."

Suspiré.

Y posteriormente, guardé el móvil, ahora, necesitaba concentrarme en mis responsabilidades y mantener mi mente clara.

La reunión había sido crucial para delinear el futuro de nuestra compañía. Los detalles de la nueva colección de joyas no eran solo sobre belleza, sino también sobre innovación y tecnología avanzada. Katherine había explicado cómo íbamos a utilizar técnicas de engaste de diamantes que no solo aumentarían el brillo de las piedras, sino también la durabilidad y la resistencia.

El jefe de marketing, Louis, habló sobre las estrategias digitales que implementaríamos para alcanzar a una audiencia más joven y conectada. Mencionó influencers, campañas en redes sociales y colaboraciones con celebridades. Todo estaba perfectamente planificado, y todos los ojos estaban en mí para dar el visto bueno.

Todo eso permanece en mi mente por una parte del día.

El día continuó con la misma intensidad. Revisé contratos, aprobé diseños y tuve más reuniones. Pero siempre, en el fondo de mi mente, estaba ella. No podía sacarla de mi cabeza, y eso me preocupaba más de lo que quería admitir.

La oficina era un hervidero de actividad, cada departamento trabajando febrilmente

para asegurarse de que todo estuviera listo para el lanzamiento de la nueva colección. Yo sabía que debía mantenerme enfocado, pero cada vez que veía su nombre en mi lista de tareas, sentía un tirón en mi pecho.

Pasé por el área de los pasantes un par de veces más durante el día, asegurándome de que ella estuviera concentrada en su trabajo. La observaba de reojo, asegurándome de que no hubiera más "incidentes" como el de esta mañana. Necesitaba que comprendiera su lugar y mi necesidad de control.

El resto del día mi agenda estaba repleta. Tenía otra reunión con los diseñadores para discutir los últimos ajustes en las piezas más destacadas de la colección. La sala de diseño estaba llena de bocetos, piedras preciosas y prototipos. Cada detalle era discutido minuciosamente, desde el corte del diamante hasta la tonalidad exacta del oro blanco.

—Este anillo —dijo Katherine, señalando un diseño particularmente intrincado—. Creo que este anillo podría ser la pieza central de la colección. La combinación de rubíes y diamantes en este patrón es única.

Asentí, apreciando el trabajo y el talento de mi equipo.

—Es impresionante, Katherine. Asegurémonos de que la manufactura esté a la altura del diseño.

Mientras hablaba, una imagen de ella vino a mi mente. La idea de verla usando una de nuestras joyas, de ser la musa detrás de nuestros diseños, era una fantasía que no podía sacarme de la cabeza.

Después de la reunión, tenía una comida con un importante inversor. Fuimos a un restaurante elegante, uno de esos lugares donde la privacidad era tanto un lujo como una necesidad. La conversación giró en torno a los planes de expansión y las estrategias de mercado, pero mi mente seguía divagando hacia ella.

—¿Todo bien? —preguntó el inversor, notando mi distracción.

—Sí, todo bien —mentí, sonriendo—. Solo estaba pensando en algunos detalles que tengo pendientes.

Sentado en mi sillón, traté de relajarme. Pero mis pensamientos seguían volviendo a ella.

El equilibrio entre mi vida profesional y mi obsesión por ella se volvía cada vez más frágil. Cada reunión, cada decisión, todo estaba teñido por la constante necesidad de mantener el control. Sabía que debía manejar esta situación con cuidado.

Capítulo 5

Rebecca

Me encontraba en mi pequeño pero acogedor apartamento, acurrucada en el sofá con una manta suave, viendo mi serie favorita en la televisión. Era una de esas noches en las que todo parecía normal, pero mi mente no podía dejar de divagar. Las luces tenues y el suave murmullo de la televisión creaban una atmósfera relajante, pero mi mente estaba lejos de relajarse.

¿Por qué Benedict me cela tanto? Nos conocíamos tan poco y nuestra relación en privado era solamente la de amo y sumisa, nada más. No éramos una pareja oficial, no teníamos compromiso más allá de los encuentros intensos y apasionados en su oficina y en otros lugares. Sin embargo, su comportamiento era más propio de un novio celoso que de un jefe dominante. No dejaba de preguntarme a mí misma qué significaba todo esto. ¿Había algo más? ¿O simplemente a él le gustaba ejercer control absoluto sobre mí?

Mientras me perdía en estos pensamientos, mi teléfono vibró en la mesa de café. Lo tomé y vi un mensaje de mi exnovio. Mi corazón dio un vuelco. Aún sentía algo por él, aunque nuestra relación había terminado hace meses. Había sido una ruptura difícil, pero parte de mí nunca había dejado de quererlo. La curiosidad y el remolino de emociones me invadieron mientras leía su mensaje.

“Hola, ¿cómo has estado, Becca? Me gustaría hablar y salir contigo unos días de estos”

Sentí un nudo en el estómago. Antes de que pudiera decidir qué responder, escuché un golpe en la puerta. Me sobresalté, pues yo no estaba esperando a nadie.

Caminé hacia la puerta con cierta inquietud y la abrí lentamente. Para mi sorpresa, allí estaba él, mi jefe, con su imponente figura llenando el umbral de mi puerta. Y mi mente se llenó de un millón de preguntas.

— ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo conseguiste mi dirección? —pregunté, sintiendo una mezcla de confusión y sorpresa.

Él sonrió de esa manera que siempre me desarmaba, una sonrisa que era tanto encantadora como intimidante.

—Tengo mis métodos —respondió simplemente, sin darme una respuesta concreta—. ¿Puedo pasar?

Asentí lentamente, todavía procesando su presencia en mi apartamento. Lo dejé entrar y cerré la puerta detrás de él.

Mi apartamento de repente se sintió más pequeño con él allí, su aura dominante estaba llenando el espacio.

Benedict se dejó caer en mi sofá con la confianza de un rey en su trono, como si aquel espacio le perteneciera desde siempre. Se acomodó despacio, extendiendo un brazo sobre el respaldo y cruzando una pierna sobre la otra, irradiando ese aire de poder y riqueza que siempre lo rodeaba aparentemente. Parecía un macho alfa dueño del lugar, relajado pero dominante, consciente de su autoridad.

Yo, mientras tanto, permanecía de pie, incómoda y sin saber muy bien qué hacer o decir. Mis pensamientos se atropellaban, intentando encontrar algo adecuado que decir. Pero nada parecía ser lo correcto en presencia de alguien tan imponente.

Finalmente, él rompió el silencio, su voz resonando con una calma que contrastaba con mi nerviosismo.

—Quería hablar contigo sobre nuestra... relación —dice, sacando algo de su bolsillo. Era un collar. Un hermoso y delicado collar, con un pequeño candado en forma de corazón.

—¿Qué es esto? —pregunté, mi voz sonando más insegura de lo que quería.

—Es un collar de sumisa —explicó, mirándome intensamente—. Es un símbolo de tu sumisión y de mi dominio sobre ti. Quiero que lo uses, para que recuerdes siempre a quién perteneces.

Me quedé sin palabras por un momento. La idea era desconcertante y emocionante al mismo tiempo. Aceptar ese collar significaba aceptar completamente mi rol de sumisa bajo su control. Pero parte de mí estaba intrigada por la idea. ¿Qué significaría realmente llevar ese collar? ¿Cómo cambiaría nuestra dinámica?

—¿Y si no quiero usarlo? —pregunté finalmente, queriendo entender todas mis opciones.

—Esa es tu decisión —respondió simplemente—. Pero quiero que pienses en lo que significa para nosotros. Este collar no es solo un símbolo de control, también es un símbolo de confianza y entrega. Quiero que seas mía, completamente, sin reservas.

Mi mente estaba hecha un lío, pero sabía que la única manera de resolverlo era aceptar. Había algo en ser su sumisa que me atraía, algo en ceder el control que me hacía sentir viva y deseada.

Finalmente, asentí y le permití ponerme el collar. Sentí el frío del metal contra mi piel y el pequeño clic del candado cerrándose. Era oficial. Estaba marcando mi lugar como su sumisa.

—Buena chica —dijo, acariciando suavemente mi mejilla.

Me quedé allí, todavía asimilando todo, mientras él se levantaba y se dirigía hacia la puerta.

¿Qué?

¿Eso es todo?

¿Benedict simplemente se va a ir?

Antes de salir, él se volvió y me miró con esa mirada intensa que siempre me dejaba sin aliento.

—Recuerda, eres mía —dijo suavemente antes de cerrar la puerta tras él.

Me quedé allí, sola en mi apartamento, con el collar alrededor de mi cuello. La serie aún seguía en la televisión, pero mi mente estaba en otra parte, perdida en la confusión y la emoción de lo que acababa de suceder.

Yo no sabía qué depararía el futuro, pero una cosa era segura: mi vida nunca volvería a ser la misma.

Capítulo 6

Rebecca

A la mañana siguiente, he decidido venir al hospital.

Yo estaba sentada junto a la cama de hospital de mi hermana pequeña, me sentía abrumada por una mezcla de emociones difíciles de describir. El cuarto olía a desinfectante y medicina, un olor penetrante y estéril que de alguna manera se había vuelto parte de nuestra rutina. A pesar de esto, el ambiente era cálido y acogedor, gracias a los peluches que yo había traído y los dibujos coloridos que colgaban de las paredes, intentando darle un toque de hogar a ese espacio tan impersonal.

Valeria estaba allí, recostada, con la cabeza completamente rapada debido al tratamiento, pero sus ojos brillaban con una fuerza que solo ella podría tener. A sus cortos dieciocho años, mi hermana había enfrentado más batallas de las que cualquier adulto podría imaginar en toda una vida.

Cada vez que yo la miraba, sentía una mezcla de orgullo y tristeza, un nudo en la garganta que amenazaba con hacerme llorar, pero me obligaba a mantenerme fuerte por ella.

— ¿Cómo te sientes hoy, hermanita? —le pregunté, tomando su mano.

Su piel estaba pálida, pero su sonrisa era tan radiante como siempre.

—Mejor, pero sigo algo cansada —respondió suavemente—. ¿Qué hay de ti? Me tienes que contar qué está pasando con tu vida, ¿eh?

Sabía que no podía ocultarle nada a Valeria. Siempre había sido mi confidente, mi mejor amiga. Así que, respiré hondo y comencé a contarle todo lo que había pasado con mi jefe.

—Bueno, conocí a alguien en el trabajo —empecé, tratando de sonar casual—. Es... complicado. Es mi jefe, y hemos estado teniendo una especie de relación. No es nada serio, pero él es muy... dominante.

Los ojos de Valeria se agrandaron con curiosidad.

— ¿Dominante? ¿Qué quieres decir con eso, Rebecca?

—Es difícil de explicar —le dije, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Él... controla muchas cosas, y eso también me incluye a mí. Tenemos una dinámica de amo y sumisa.

Valeria frunció el ceño y se quedó helada por unos segundos.

— ¿Y eso te gusta? Suena un poco... peligroso.

—No es peligroso —le aseguré rápidamente—. Es consensuado. Pero a veces me pregunto si estoy haciendo lo correcto. Él es tan celoso, y no sé por qué. No somos una pareja

oficial, y apenas nos conocemos fuera del trabajo.

Valeria me miró con seriedad, su mirada penetrante a pesar de su fragilidad.

—Tienes que cuidar tu corazón, hermana. No quiero que te hagas daño con eso.

Me reí suavemente, aunque sabía que ella hablaba en serio.

—No te preocupes, no me voy a enamorar de él. Es solo una aventura temporal.

—Eso dicen todos siempre —replicó ella, rodando los ojos—. Hasta que se enamoran y todo se complica. Prométeme que serás cuidadosa.

—Lo prometo —dije, sonriendo—. No voy a enamorarme de él. Es solo diversión.

Valeria asintió, pero no parecía convencida.

—Siempre dices eso, pero el amor es complicado. Mamá y papá se amaban, y mira cómo terminó todo.

El recuerdo de nuestros padres era doloroso, pero no podía dejar de sonreír ante la sabiduría de mi hermana menor.

—No soy como mamá —le dije—. Puedo manejar esto.

—Eso espero, eso espero —respondió ella, volviendo a sonreír—. Porque si no, te voy a dar un tirón de orejas desde el hospital.

Y entonces, nos reímos juntas, disfrutando de esos momentos de normalidad en medio de la tormenta que había sido su enfermedad. Valeria y yo siempre habíamos sido cercanas, especialmente después de que nuestros padres murieron en un accidente automovilístico cuando ella tenía solamente trece años y yo dieciocho. Según lo policía, ellos dos iban discutiendo mientras conducían, y allí ocurrió la gran tragedia.

Desde entonces, ella y yo habíamos sido todo la una para la otra, y así éramos felices.

Sin embargo, un día todo se fue a la mierda.

Valeria siempre había sido una niña enérgica y llena de vida. Pero hace dos años, empezó a quejarse de que se sentía muy cansada todo el tiempo. Al principio, pensé que era solo el estrés de la escuela y los deportes. Pero cuando comenzaron a aparecer moretones inexplicables en su piel y perdió peso rápidamente, supe que algo no estaba bien.

La llevé al médico, esperando que fuera algo simple. Pero cuando nos dijeron que tenía leucemia, mi mundo se desmoronó. Fue un golpe devastador. Pasamos de un especialista a otro, enfrentándonos a tratamientos y hospitalizaciones interminables. Ver a mi hermana pequeña luchar con tanta valentía contra una enfermedad tan terrible me rompía el corazón, pero también me daba fuerzas para seguir adelante por ella.

— ¿Recuerdas cuando me dijiste que todo iba a estar bien? —me preguntó Valeria, sacándome de mis pensamientos.

—Claro que sí, —respondí, apretando su mano—. Y todo estará bien de verdad. Vamos

a superar esto juntas.

—Eres la mejor hermana del mundo —dijo ella, sonriendo—. No sé qué haría sin ti.

—Y yo sin ti —respondí, sintiendo las lágrimas arder en mis ojos—. Eres mi héroe, Valeria. Nunca olvides eso.

Después de pasar un rato más con ella, decidí que era hora de dejarla descansar. Le di un beso en la frente y le prometí que volvería al día siguiente. Al salir del hospital, me sentí un poco más ligera, sabiendo que habíamos tenido esa conversación y que Valeria estaba de buen ánimo.

Cuando llegué a casa, me dejé caer en el sofá, exhausta. Mi teléfono vibró y vi un mensaje de él, de mi jefe.

"Quiero verte en el Hotel Magnolia Court esta noche. Habitación 50."

Mi corazón latió con fuerza, una mezcla de emoción y nerviosismo. Yo sabía exactamente lo que significaba ese mensaje. Había algo electrizante en nuestra dinámica, algo que me hacía sentir viva. Pero también sabía que debía ser cuidadosa, tal como Valeria me había aconsejado.

"Nos vemos allí," respondí, sintiendo una oleada de anticipación.

Unas horas después, mientras me estaba preparando, repetía en mi mente las palabras de Valeria. No me enamoraré de él. Esto es solo una aventura. Pero en el fondo, sabía que jugar con fuego siempre era peligroso. Sin embargo, no podía evitar sentirme atraída por la intensidad de nuestra relación.

Me miré una última vez al espejo, ajusté mi ropa y me dirigí al hotel. Estaba decidida a disfrutar de la noche, a sumergirme en el papel de sumisa, pero también a mantener mi corazón protegido.

Al fin y al cabo, había prometido a Valeria que cuidaría de mí misma. Y aunque la emoción del momento era tentadora, sabía que debía mantener la cabeza fría y recordar que, al final del día, él solo era mi jefe.

Capítulo 7

Benedict

Estaba en la suite presidencial del hotel más lujoso de Nueva York, un lugar que ofrecía una vista panorámica de la ciudad que nunca duerme. El cielo estaba oscuro, salpicado de las luces de los rascacielos y el bullicio constante de la metrópoli. Me paré junto a la ventana, con una copa de whisky en la mano, sintiendo el suave quemar del líquido ámbar mientras lo bebía lentamente.

Miré el reflejo en el cristal, las luces de la ciudad parpadeando como estrellas artificiales. Mi mente, sin embargo, estaba en otra parte. Pensaba en ella, en cómo la noche se desarrollaría una vez que ella cruzara esa puerta. Había algo en esa espera, en la anticipación, que siempre lograba acelerarme el pulso.

Saqué mi móvil y miré la pantalla. La foto me recordaba el motivo de mi control, la razón de mi necesidad de dominar cada aspecto de mi vida, incluido ella. Pero justo cuando mis pensamientos comenzaron a oscurecerse, un golpe suave en la puerta me sacó de mi ensimismamiento.

—Puedes entrar —dije sin voltear.

Escuché la puerta abrirse y sus pasos suaves al entrar en la habitación. El aire se cargó de electricidad con su presencia. Pude sentir su nerviosismo mezclado con la excitación. Me giré lentamente, observándola. Ella estaba hermosa, como siempre, con esa mezcla de inocencia y atrevimiento que me volvía loco.

—Cierra la puerta —ordené, viendo cómo ella obedecía sin dudar—. Acércate.

Rebecca caminó hacia mí, sus movimientos sigilosos y cautelosos. Disfruté de cada segundo, observando cómo intentaba controlar su respiración, cómo sus ojos evitaban los míos por puro instinto de sumisión.

— ¿Sabes por qué estás aquí? —le pregunté, dejando mi copa de whisky en una mesa cercana.

—Sí, señor —respondió ella, su voz apenas un susurro.

—Bien —dije, acercándome más a ella, invadiendo su espacio personal hasta que pude sentir el calor de su cuerpo—. Quítate la ropa. Ahora.

No hubo titubeo en su respuesta. Ella comenzó a desvestirse para mí. Sus manos se movían con urgencia, desabrochando botones y deslizando cremalleras. Cada prenda que caía al suelo resonaba en mi pecho, alimentando un deseo insaciable. Primero, su blusa se deslizó por sus hombros, revelando la delicada curva de su clavícula blanca y lechosa. Luego, su falda cayó suavemente, dejando al descubierto unas piernas que parecían talladas por los dioses.

Su ropa interior siguió el mismo destino, y con cada capa que desaparecía, mi excitación crecía. Sus tetas redondas y enormes quedaron al descubierto, erguidos y perfectos, y mi respiración se volvió más pesada. Finalmente, quedó completamente desnuda frente a mí, su piel brillando bajo las luces suaves de la habitación, como un lienzo esperando ser tocado.

—Arrodíllate —ordené, y ella obedeció al instante, sus ojos ahora fijos en los míos, buscando aprobación y guía.

La miré con intensidad, disfrutando de su sumisión.

—Eres mía esta noche —le dije, mi voz baja y grave—. Cada parte de ti me pertenece.

—Sí, señor —respondió con un tono claro de deseo y rendición.

Me arrodillé frente a ella, mis manos recorriendo su cuerpo, sintiendo su piel suave y caliente bajo mis dedos.

—Vamos a jugar un juego —mi voz estaba cargada de malas y sucias intenciones—. Un juego donde yo mando y tú obedeces sin cuestionar.

Ella asintió, sus ojos llenos de una mezcla de miedo y excitación.

Le até las manos con una cuerda de seda, sintiendo cómo la suavidad del material contrastaba con la tensión del momento. Me aseguré de que la cuerda estuviera lo suficientemente ajustada para recordarle a ella su lugar, pero sin causarle dolor. La levanté en mis brazos, disfrutando del ligero temblor en su cuerpo, y la llevé hacia la cama. La tumbé con cuidado, mientras mis manos iban recorriendo su piel mientras la acomodaba. La miré a los ojos, dejando claro que aunque el toque fuera delicado, el control era mío.

—Quiero que sientas cada toque, cada orden que voy a darte —le susurré al oído, mordiendo suavemente su lóbulo—. Eres mía para usar como yo desee.

Ella gimió en respuesta, su cuerpo temblando con anticipación. Mis manos comenzaron a explorar su piel, deslizándose lentamente por cada curva mientras mis labios seguían el rastro de mis dedos. Sus gemidos se intensificaban, cada uno más urgente que el anterior, cada susurro de placer escapando de sus labios alimentaba mi deseo de someterla aún más. La sensación de su piel suave y cálida bajo mis manos y mis labios me impulsaba a ir más allá, a explorar cada rincón de su cuerpo con una intensidad casi feroz. Sentí cómo su cuerpo se arqueaba hacia mí, suplicante, y sonreí ante su evidente necesidad de más.

—Abre las piernas —ordené, y ella obedeció sin vacilar. Me posicioné entre ellas, sintiendo la calidez y la humedad de su deseo.

Mi boca se deslizó hacia abajo, atrapando su clitoris entre mis labios. La follé con la boca, mis movimientos eran implacables y dominantes. La intensidad de cada lamida y succión le recordaba quién estaba al mando. Mis manos se aferraban a sus caderas con fuerza, marcando la piel con mis dedos. Mientras mis labios recorrían su cuello y sus hombros, dejándole una estela de besos y mordiscos que la hacían retorcerse de placer y dolor.

—Te gusta esto, ¿verdad, pequeña? —le gruñí, mi voz entrecortada por el placer.

—Sí, señor —jadeó ella, su cuerpo arqueándose automáticamente.

Unos minutos después, mi boca se apartó de su clítoris, dejándola jadeante y temblando. Me levanté, mirándola a los ojos mientras me desnudaba lentamente, dejando que el deseo se acumulara en el aire pesado de la habitación.

Ella me observaba con ojos brillantes, su cuerpo tembloroso en una mezcla de anticipación y necesidad.

— ¿Sabes lo que voy a hacerte ahora, verdad? —Dije, mirándola con intensidad mientras me despojaba de la última prenda—. Voy a follarte tan fuerte que mañana no podrás ni cerrar las piernas, pequeña.

Ella asintió con la cabeza, mordiendo su labio inferior, sus ojos llenos de lujuria y sumisión. Me acerqué y la tomé por las caderas, levantándola ligeramente para alinear nuestros cuerpos. La punta de mi erección rozó su entrada húmeda y caliente. Sin previo aviso, la penetré de una sola estocada, profundo y sin piedad. Y un grito ahogado escapó de sus labios mientras su cuerpo se arqueaba bajo el impacto.

— ¿Te gusta sentirme tan dentro de ti, pequeña? —gruñí, moviéndome con fuerza. Cada embestida era un recordatorio de mi dominio absoluto sobre ella. Mis manos se aferraban a sus caderas, tirándola hacia mí con cada impulso, como si quisiera fundirnos en uno solo.

—Sí, amo, me encanta —gimió ella, su voz quebrada por el placer y el dolor.

Y entonces, la habitación se llenó del sonido rítmico de nuestros cuerpos chocando, de sus gemidos y mis gruñidos. Sentía su piel caliente bajo mis manos, mientras sus piernas se envolvían alrededor de mi cintura, buscando más contacto, más profundidad.

—Eres mía, solo mía —susurré al oído mientras mordía su lóbulo, con mi aliento caliente haciendo que ella se estremeciera—. Dime que lo sabes, pequeña.

—Soy tuya, amo, completamente tuya —respondió ella entre jadeos, su cuerpo temblando de deseo.

Cada vez que yo la embestía, me inclinaba hacia adelante, atrapando sus pezones entre mis labios, mordéndolos suavemente para arrancarle más gemidos. Mi boca recorría su cuello, dejando marcas rojas y moradas en su piel mientras ella se retorció debajo de mí, perdida en un torbellino de sensaciones incontrolables.

—Vas a recordar esto cada vez que te mires en el espejo, cada vez que sientas el dolor de mis marcas en tu cuerpo —dije con voz ronca, acelerando el ritmo de mis embestidas.

Con cada movimiento, con cada estocada, yo sentía cómo su cuerpo respondía, cómo ella se entregaba más y más a mí. La follé con una intensidad salvaje, sucia, llevándonos a ambos al borde de la locura. No había espacio para la ternura, solo un deseo crudo y urgente que nos consumía por completo.

—Ahora vas a correrte para mí.... ¡hazlo, pequeña! —ordené, sintiendo cómo su cuerpo comenzaba a temblar violentamente a medida que se acercaba al clímax.

Y entonces, con un grito desgarrador, ella se corrió, su cuerpo estremeciéndose bajo el mío. Yo la seguí poco después, llenándola completamente mientras gemía su nombre, marcando nuestro momento con una intensidad primitiva y salvaje.

— ¿A quién perteneces? —pregunté, sin salir de ella y aumentando el ritmo de mis embestidas.

—A usted, señor.

La llevé al límite una y otra vez, disfrutando de su sumisión absoluta. La hice gritar mi nombre, rogar por más, y cuando finalmente llegó por segunda vez al clímax, con su cuerpo temblando y sudoroso bajo el mío, me permití salir de ella.

Nos derrumbamos en la cama, agotados pero satisfechos. Ella estaba acurrucada a mi lado, su respiración aún agitada, mientras yo la miraba, mi mente aún enredada en el poder de la noche.

Había algo en su sumisión que me daba una sensación de control absoluto, algo que necesitaba tanto como el aire. Y aunque no sabía cómo terminaría esto entre nosotros, por ahora, estaba satisfecho con el poder que yo tenía sobre ella.

Capítulo 8

Rebecca

Me desperté con el sol filtrándose por las cortinas de la suite del hotel, sintiendo la fría seda de la cama contra mi piel desnuda. Me tomó unos segundos recordar dónde me encontraba y por qué estaba ahí. La confusión me envolvió mientras intentaba orientarme, mi cuerpo dolorido y desorientado por la noche anterior.

— ¿Dónde está Benedict? —me pregunté en voz alta, mi voz resonando en la silenciosa habitación.

Me levanté lentamente, mis músculos protestando por el esfuerzo. Busqué a mi alrededor, esperando encontrar algún rastro de él, pero la habitación estaba vacía. No había señales de su presencia, como si él hubiera desaparecido en el aire.

Me sentí usada, una sensación de vacío que no podía ignorar. Pero, ¿yo qué esperaba? Sabía cuál era mi papel en esta dinámica, sabía que no éramos más que amo y sumisa. Aún así, no pude evitar sentirme frustrada. Me dirigí al baño y me miré en el espejo. Mi reflejo me devolvía una mirada cansada y un poco perdida.

Suspiré y volví a la habitación, recogiendo mi ropa dispersa por el suelo. Me vestí rápidamente, tratando de sacudirme la sensación de abandono. La habitación del hotel, tan lujosa y espaciosa, me parecía ahora fría y despersonalizada.

Decidí que necesitaba un momento para mí antes de enfrentar el día. Me senté en el sofá del hotel y pedí un desayuno. Mientras comía, mis pensamientos eran un caos. Me sentía humillada, pero no podía culpar a nadie más que a mí misma. Sabía en lo que me estaba metiendo desde el principio. Yo era solo una sumisa, una pieza en su juego.

Terminé mi desayuno y salí del hotel, dirigiéndome a mi apartamento. Necesitaba una ducha caliente y un cambio de ropa antes de enfrentar el día en la oficina. Cuando llegué a casa, me desvestí rápidamente y me metí bajo el agua caliente, dejando que el agua limpiara no solo mi cuerpo, sino también mi mente.

Llegué al trabajo un poco más tarde de lo habitual, pero aún a tiempo. Mis compañeros ya estaban en sus lugares, trabajando en sus proyectos. Intenté entrar en mi rutina diaria, pero las miradas y los murmullos me seguían por los pasillos.

—Dicen que el jefe ha encontrado un nuevo juguete para jugar —escuché a uno de mis compañeros decir en voz baja—. Parece que es una prostituta o algo así.

Mi corazón se hundió. Sabía que hablaban de mí. Fingí que no me afectaba, manteniendo una expresión neutra mientras caminaba hacia mi escritorio. Era irónico cómo la

gente podía juzgar sin saber nada de la verdad.

Como pasante en la empresa, mi trabajo era variado pero interesante. Pasaba la mayor parte de mi tiempo ayudando en la investigación de mercado, analizando datos de ventas y tendencias del mercado de joyas. Tenía que preparar informes y presentaciones para las reuniones semanales. Yo también ayudaba en la organización de eventos y muestras de las nuevas colecciones de la empresa.

Hoy tenía que actualizar un informe de ventas para una reunión importante la próxima semana. Me sumergí en los números y gráficos, tratando de mantener mi mente ocupada y alejada de los murmullos de mis compañeros. También tuve que asistir a una reunión breve con el equipo de marketing para discutir las estrategias de promoción de nuestra nueva línea de productos.

El trabajo era una buena distracción, pero no podía dejar de pensar en él. Quería verlo, necesitaba entender por qué había desaparecido sin decir nada. Tal vez era estúpido de mi parte esperar algo más, pero no podía evitarlo.

Por la tarde, decidí que necesitaba hablar con él. Fui a su oficina, esperando encontrarlo allí, pero su secretaria me ha dicho que no había venido a la empresa en todo el día. La frustración se instaló en mi pecho. No podía creer que él me hubiera dejado así, sin una palabra, sin una explicación y abandonada en el hotel sin una nota al menos.

Regresé a mi escritorio, sintiéndome más perdida que nunca. Yo no sabía qué pensar, no sabía cómo actuar. Solo sabía que necesitaba respuestas, pero parecía que no las conseguiría hoy.

El día terminó y me dirigí a casa, con la mente llena de preguntas y el corazón pesado. Sabía que debía ser fuerte, que debía mantener mi postura, pero era más fácil decirlo que hacerlo. Me quedaba esperar, y mientras tanto, intentar seguir adelante con mi vida, con mi trabajo.

Sabía que esto era solo el principio de una complicada y oscura dinámica, y aunque me había prometido no enamorarme, cada día se hacía más difícil cumplir esa promesa.

Capítulo 9

Rebecca

La semana en la empresa pasó lenta y pesada, cada día una repetición del anterior. Cada mañana yo llegaba esperando ver al jefe, pero su oficina seguía vacía. Nadie sabía dónde estaba, o al menos eso decían. La incertidumbre me carcomía, quería llamarlo, preguntarle qué estaba pasando, pero mis llamadas iban directamente al buzón de voz.

No era solo la ausencia física lo que me molestaba, sino también la falta de comunicación. Sentía como si me hubiera dejado en la oscuridad sin una explicación. Mi papel como su sumisa me obligaba a aceptar ciertas cosas, pero esto se sentía diferente, más personal.

El miércoles, después de un largo día en la oficina, me dirigí al hospital para visitar a mi hermana. Su leucemia había sido una carga pesada para ambas, y aunque yo siempre intentaba mantener una actitud positiva frente a ella, cada visita al hospital era una montaña rusa emocional.

Y mientras estaba con mi hermana, el doctor entró en la habitación, con una expresión grave y profesional. Y él comenzó a revisar los últimos análisis de mi hermana.

—Desafortunadamente, —comenzó, con voz calmada pero firme, —los resultados no son tan alentadores como esperábamos. La leucemia de tu hermana está avanzando más rápido de lo que anticipábamos. Hemos probado varios tratamientos, pero su cuerpo no está respondiendo como esperábamos.

Mi corazón se hundió al escuchar sus palabras. Yo sabía que las cosas no estaban bien, pero siempre había mantenido la esperanza de que algo cambiaría, de que encontrarían una manera de detener esta enfermedad maldita.

—¿Qué opciones nos quedan? —pregunté, con mi voz apenas un susurro.

—Podemos intentar un nuevo tratamiento experimental —respondió el doctor—. Pero es muy arriesgado y no hay garantías. También podemos reconsiderar un trasplante de médula ósea, pero encontrar un donante compatible puede ser complicado.

Aún recuerdo la primera vez que intenté donar mi médula ósea a mi pequeña hermana. Estaba llena de esperanza y nerviosismo, pensando que yo podría ser su salvación. Sin embargo, después de someterme a todas las pruebas necesarias, recibimos la devastadora noticia: no éramos compatibles. El golpe fue doblemente duro porque no teníamos más familiares cercanos que pudieran hacerse la prueba. La desesperación se apoderó de nosotras al darnos cuenta de que nuestras opciones se reducían drásticamente.

Miré a mi hermana, que estaba en su cama a mi lado, su rostro pálido pero fuerte. Sabía que ella estaba luchando con todas sus fuerzas, pero también sabía que estaba cansada, muy

cansada.

—Tomaremos cualquier opción que pueda darle una oportunidad de vivir a Valeria — dije finalmente, tragando saliva.

Yo no iba a rendirme tan fácilmente, no cuando aún había algo que pudiéramos hacer.

El doctor asintió, su expresión un poco más esperanzada.

—Lo entiendo. Vamos a comenzar las pruebas para el tratamiento experimental y también empezaremos a buscar un donante de médula ósea. Manténganse fuertes, chicas, esto es una batalla dura, pero no imposible.

Luego de eso, ambas nos quedamos en silencio por unos minutos.

A veces, ser fuerte, puede ser tan complicado como mantearse de pie sobre una cuerda.

Una hora después, salí del hospital sintiéndome más sola que nunca. No sabía a dónde ir o qué hacer para aliviar el peso en mi pecho. Estaba caminando sin rumbo cuando mi móvil sonó. Era un mensaje de mi ex novio, Carter.

"Hey, ¿quieres tomarte una copa esta noche? Podríamos ponernos al día,
Becca."

La idea de tener a alguien con quien hablar, aunque fuera mi ex, era tentadora. No tenía a nadie más a quien acudir en ese momento. Después de un momento de duda, respondí con un simple "Sí, ¿dónde nos encontramos?"

Nos encontramos en un bar pequeño y acogedor en el centro de la ciudad. Carter ya estaba ahí cuando llegué, sentado en una mesa en la esquina con dos copas de vino esperándome. Me saludó con una sonrisa cálida, y por un momento, me sentí un poco menos sola.

—Es bueno verte —dijo él mientras me sentaba—. Ha pasado tiempo, Becca.

—Sí, ha pasado bastante tiempo —respondí, tomando un sorbo de mi vino—. Gracias por invitarme.

—No hay de qué —dijo, inclinándose un poco más cerca—. Sabes que siempre puedes contar conmigo para lo que sea.

Él y yo comenzamos a hablar sobre cosas triviales al principio, poniéndonos al día sobre nuestros trabajos y nuestras vidas. Evité mencionar lo de mi jefe, no quería que Carter pensara que estaba metida en algo más complicado de lo que ya estaba. Pero eventualmente, la conversación se tornó más personal.

— ¿Y cómo estás, de verdad? —preguntó, su tono serio—. Sé que lo de tu hermana debe ser difícil.

Suspiré, sintiendo las lágrimas amenazar con salir.

—Está siendo difícil, sí. Cada día es una lucha. Y con todo lo demás... —mi voz se apagó.

— ¿Todo lo demás? —Preguntó él, levantando una ceja—. ¿Hay algo más que esté pasando en tu vida, Becca?

—No quiero hablar de eso ahora —respondí, intentando cambiar de tema—. Háblame de ti, ¿cómo van las cosas con tu nuevo trabajo?

Carter me contó sobre su nuevo proyecto en la empresa, sus ojos brillando con entusiasmo. Era una distracción bienvenida, pero no podía evitar sentirme un poco envidiosa de su felicidad.

A medida que la noche avanzaba y las copas de vino se acumulaban, Carter comenzó a coquetear conmigo más abiertamente. Me tocaba la mano cuando hablaba, me miraba con esa intensidad que solía derretirme cuando estábamos juntos.

—Voy a confesar algo —dijo, inclinándose más cerca—. Siempre he pensado que tú y yo teníamos algo especial. A veces me pregunto si cometimos un error al separarnos.

Mi corazón latía más rápido, pero no de la manera que él probablemente esperaba.

—Carter, no sé si esto es una buena idea —dije, apartando mi mano suavemente—. Hemos tomado caminos diferentes por una razón.

—Tal vez —dijo, sin perder la sonrisa—. Pero la vida es corta, y a veces hay que arriesgarse un poco.

—Lo sé —respondí, sintiendo la presión de la situación—. Pero ahora mismo, mi vida es un caos. No quiero complicar las cosas más de lo que ya están.

—Entiendo —dijo Carter, aunque su mirada sugería lo contrario—. Solo quería que supieras que siempre estaré aquí para ti.

Agradecí su apoyo, pero yo también sabía que tenía que mantener mis límites. No podía permitirme caer en la tentación de una relación pasada, no con todo lo que estaba pasando actualmente dentro de mi vida.

La noche terminó con una nota agri dulce. Carter me acompañó hasta un taxi, dándome un abrazo antes de despedirse.

—Cuídate, Becca —dijo, sus ojos llenos de preocupación genuina—. Y si alguna vez necesitas hablar con alguien, no dudes en llamarme.

Asentí, agradecida por su oferta. Pero mientras el taxi me llevaba de vuelta a mi apartamento, no podía dejar de pensar en Benedict, en su ausencia y en el vacío que yo sentía sin él. Me prometí a mí misma que, pase lo que pase, encontraría la manera de mantenerme fuerte y seguir adelante pase lo que pase dentro de mi corazón.

Capítulo 10

Benedict

De vuelta en mi oficina, todo se sentía como un regreso a la normalidad, o al menos, a mi versión de ella. Mi escritorio estaba lleno de documentos, y los pasantes esperaban instrucciones. Tomé un sorbo de mi café y les dirigí una mirada firme, y yo ya estaba listo para comenzar el día.

—Martínez, necesito que revises el último informe de ventas y prepares un resumen para la reunión de esta tarde —dije, señalando al joven de cabello oscuro que siempre parecía estar al borde del pánico.

—Sí, señor —respondió, asintiendo rápidamente mientras agarraba una pila de papeles.

—Copper, encárgate de la nueva colección de primavera. Quiero un informe detallado sobre las tendencias actuales y cómo podemos integrarlas en nuestros diseños —ordené a la chica de ojos brillantes que parecía hecha para este trabajo.

—Entendido, señor —respondió ella, con una sonrisa profesional.

Continué dando órdenes, cada uno de ellos absorbiendo mis palabras con la esperanza de no cometer ningún error. La eficiencia era clave en esta empresa, y yo no toleraba menos que la perfección.

Después de despachar a todos los pasantes, me sumergí en una pila de documentos que necesitaban mi firma. El silencio de la oficina era reconfortante, un contraste bienvenido a la actividad frenética del día.

Fue entonces cuando noté que no estaba solo. Levanté la vista y vi que ella seguía allí, parada cerca de la puerta, con una expresión dubitativa en su rostro.

Rebecca Sullivan.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres? No tengo tiempo para ti ahora —le dije, con un tono que dejaba claro que no estaba de humor para distracciones.

Ella vaciló, pero finalmente reunió el valor para hablar.

—¿A dónde has estado todo este tiempo? —preguntó, con su voz suave pero firme.

La miré, sorprendido por su audacia. ¿Quién se creía que era para cuestionarme? Decidí que era mejor evadir el tema, no estaba en el ánimo de dar explicaciones sobre mi vida personal a nadie.

Me levanté de mi silla y caminé hacia ella, mi mirada fija en la suya.

— ¿Quieres jugar a esto ahora? —Dije, con una sonrisa que no alcanzaba mis ojos—. Muy bien.

La agarré del brazo y la llevé a mi escritorio, empujándola contra la fría superficie.

—Tú no preguntas, ¿entiendes? —gruñí—. Yo doy las órdenes, yo pido explicaciones.

Ella asintió, sus ojos grandes y llenos de una mezcla de miedo y deseo. Me deleité en su sumisión, en cómo su cuerpo respondía a mi toque.

Y entonces, decidí darle la orden que se ha vuelto casi una rutina pero tan placentera.

—Ahora, arrodíllate —ordené, y ella obedeció sin vacilar, bajando lentamente hasta que estuvo a mis pies.

La observé por un momento, disfrutando de la vista.

—Eres mía, ¿entiendes? —Dije, inclinándome para levantar su barbilla y obligarla a mirarme a los ojos—. Cada parte de ti me pertenece completamente.

Ella asintió de nuevo, y pude ver cómo sus labios temblaban.

—Sí, señor —susurró.

—Bien —dije, soltando su barbilla y retrocediendo un paso—. Ahora, demuéstreme tu fiel obediencia, pequeña.

Me deleité en su sumisión, en cómo cada fibra de su ser estaba dedicada a complacerme. Yo no necesitaba llegar al sexo para sentir el poder absoluto que ejercía sobre ella. Con un susurro y una orden, sus labios rodeando mi dureza, su lengua trabajando con una mezcla de habilidad y adoración. Su gemido vibró en mi piel, entregándose completamente a mi voluntad mientras mi voz y mis órdenes la hacían temblar de deseo. Eso es lo que tanto le gustaba a ella.

—Levántate —le ordené finalmente cuando terminamos, y ella obedeció, sus ojos llenos de devoción y deseo.

La miré mientras yo mismo me subía la cremallera del pantalón.

—Eso es todo por ahora —dije, señalando la puerta—. Vete.

Ella parecía desorientada por un momento, pero asintió y se dirigió hacia la salida. La observé mientras salía, su figura temblorosa por lo que acabamos de hacer.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, me permití un momento de reflexión. Había algo en ella que me gustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir. Su obediencia, su devoción, eran adictivas, y eso estaba bien... por ahora.

La noche llegó rápidamente, y después de un largo día de trabajo, me encontré solo en mi oficina, mirando la ciudad desde la ventana. Luego, tomé mi saco y apagué las luces, listo para irme.

Hoy debía ir al hospital como lo he estado haciendo las últimas semanas.

Mientras conducía hacia el hospital, mis pensamientos se volvían inevitablemente hacia ella. Había algo en su sumisión, en su disposición a seguir mis órdenes sin cuestionar, que comenzaba a gustarme demasiado. Era un peligroso deslizamiento hacia un territorio que yo había jurado evitar. Pero no podía resistirme, ella me estaba atrapando de una manera que ninguna otra mujer había logrado.

He tenido muchas sumisas dispuestas a dar su vida por mí, pero ninguna me había obsesionado como lo hacía Rebecca Sullivan. Había algo en la forma en que se arrodillaba ante mí, en cómo sus ojos brillaban con una mezcla de miedo y deseo, que encendía cada fibra de mi ser. Su cuerpo temblaba bajo mis manos, su piel se erizaba al contacto de mis dedos, y su respiración se volvía entrecortada cada vez que yo susurraba mis órdenes en su oído.

Rebecca no era solo otra sumisa ordinaria; era una tormenta perfecta de vulnerabilidad y resistencia, de fragilidad y fuerza. Y ese contraste me volvía loco. Había algo perversamente satisfactorio en verla rendirse, en romper sus últimas barreras y verla desmoronarse bajo mi control absoluto.

Y saber que yo había sido el primer hombre en su vida, que había robado su virginidad, hacía que todo esto fuera aún más intoxicante. La idea de que yo fuera el único que había explorado cada centímetro de su cuerpo, que había sentido la tensión de su virginidad romperse bajo mí, me ponía más duro de lo normal.

Mientras aceleraba el coche, mi mente se llenaba de imágenes de nuestras sesiones de sexo rudo: su cuerpo desnudo y tembloroso, sus gemidos ahogados, y esa mirada de entrega total que me rogaba por más. La lujuria y el poder se entrelazaban en mi interior, creando un cóctel intoxicante del que no podía escapar. Rebecca estaba invadiendo cada rincón de mi mente, y, aunque sabía que era un peligro, no quería detenerme. Ella era mi nueva obsesión, y no había marcha atrás, era mía por ahora.

Aparqué el coche y caminé hacia el hospital, listo para enfrentar la realidad de mi vida, hoy era día de visita.

Pero en el fondo de mi mente, ella estaba siempre presente, su imagen una constante tentación que yo no podía ignorar.

Capítulo 11

Rebecca

Yo llevo más de cinco semanas como pasante en esta empresa de joyas, y debo decir que ha sido toda una montaña rusa. Mi vida ha cambiado de formas que nunca imaginé. Cada día es un nuevo desafío, una nueva oportunidad para aprender y crecer en este campo. La empresa es un lugar frenético y exigente, pero también increíblemente gratificante.

Y aunque mis primeras semanas fueron una avalancha de información y tareas rutinarias, yo aprendí a moverme rápidamente por la oficina, a reconocer los rostros de los ejecutivos y a anticipar lo que necesitaban antes de que lo pidieran. Mis días comenzaban temprano y terminaban tarde, pero la satisfacción de saber que estaba contribuyendo a una de las empresas de joyería más prestigiosas del mundo era suficiente para mantenerme en marcha.

Además de las tareas administrativas, he tenido la oportunidad de participar en el diseño de nuevas piezas. Nada demasiado grande, claro, pero el simple hecho de que mis ideas fueran tomadas en cuenta me hacía sentir parte del equipo. He pasado horas revisando tendencias de moda, proponiendo ideas para la próxima colección y aprendiendo de los diseñadores más talentosos de la industria.

Y luego está mi otra vida. La vida que llevo cuando el sol se pone y las luces de la oficina se apagan. La vida en la que él es mi amo y yo su sumisa. Nunca pensé que podría vivir algo así, pero aquí estoy, sumergida en un mundo de placer y sumisión que nunca imaginé. Cada encuentro con él es una mezcla de nerviosismo y excitación, una danza delicada entre el miedo y el deseo.

Recuerdo aquella vez que me llevó a su despacho después de horas de trabajo. Me ordenó que me arrodillara frente a él, y lo hice sin vacilar. Sentí sus manos firmes en mi cabello, tirando suavemente mientras me obligaba a mirar hacia arriba. Sus ojos ardían con una intensidad que me dejaba sin aliento.

—¿Eres mía? —me preguntó, y no pude hacer otra cosa que asentir firmemente con la cabeza, con el corazón latiendo desbocado en mi pecho.

—Sí, señor —respondí, mi voz apenas un susurro.

Y ha habido muchas noches como esa. Y también noches en las que él me ha atado a su cama, inmovilizando mis muñecas con firmeza mientras susurraba palabras sucias en mi oído. Su voz, grave y seductora, me hacía temblar de placer. Benedict me llevaba al límite de lo que creía posible, empujando mis fronteras con cada orden y cada toque.

Noches en las que me ha usado como su juguete, disfrutando de mi cuerpo de maneras que nunca imaginé. Sus manos recorriendo cada rincón de mi piel, explorando cada curva y cada pliegue con una precisión casi cruel. Me poseía con una intensidad que me hacía gemir de placer.

y dolor mezclados.

Cada caricia, cada mordisco, cada embestida me hacía sentir viva de una manera que nunca antes había experimentado. Su dominio absoluto me liberaba de todas las inhibiciones, dejándome rendida y ansiosa por más. Me obligaba a suplicar, a rogar por su toque, por su aprobación. Y cada vez que yo alcanzaba el clímax, lo hacía con una explosión de sensaciones que me dejaban temblando y deseando más.

Me convertía en suya completamente, perdida en un mar de deseo y sumisión. Cada palabra sucia que salía de su boca, cada orden que me daba, encendía un fuego en mi interior que solo él podía apagar. Y mientras él me usaba, yo disfrutaba de la manera en que mi cuerpo respondía, de la manera en que me perdía completamente en el placer que me brindaba.

Yo era su juguete, su sumisa, y en esas noches, nada más importaba.

Sin embargo, siempre después de despertar a la mañana siguiente, siempre volvía esa sensación de ser solo una muñeca de trapo. Los sentimientos contradictorios me asaltaban. Cuando él me tenía desnuda, me convertía en su sumisa devota, dispuesta a hacer cualquier cosa para complacerlo. Pero luego, al quedarme sola con mis pensamientos, me preguntaba si realmente él me veía como una simple prostituta.

Esa dualidad me consumía, atrapada entre el deseo ardiente de ser suya y la duda persistente de mi valor para él. ¿Era yo más que un cuerpo para satisfacer sus necesidades? Esa simple pregunta me perseguía constantemente.

Bueno... supongo que puedo tratar de averiguarlo, ¿verdad?

Eran las ocho de la mañana, y mientras me dirigía a su oficina para darle los buenos días, algo diferente ocurrió. Yo estaba a punto de tocar la puerta cuando escuché unos gritos ensordecedores masculinos desde el interior. Me detuve en seco, mi mano a centímetros de la puerta.

— ¡Eres un gilipollas! ¡La vida te cobrará todo lo que estás haciendo! ¡El karma pronto te encontrará, Benedict! —La voz del hombre era furiosa, cargada de una rabia que me hizo estremecer.

Me quedé allí, paralizada, tratando de entender lo que estaba sucediendo allí dentro. ¿Quién era ese hombre? ¿Y por qué estaba tan enfadado con el gran jefe?

Escuché la risa amarga e indiferente de Benedict, una risa que me resultaba tan familiar pero que en ese momento me pareció extraña y perturbadora. No podía moverme, no podía hacer nada más que quedarme allí, escuchando.

Sin embargo, de repente, la puerta se abrió de golpe y un hombre de unos treinta y cinco años salió a grandes zancadas de la oficina, con su rostro rojo de ira. Me miró brevemente, su expresión una mezcla de furia y desprecio, antes de marcharse a toda prisa sin decir nada más.

Me quedé en el umbral de la puerta, sin saber qué hacer. Entonces, la voz del jefe me llamó desde dentro.

—Puedes entrar, Rebecca —dijo él, en su tono frío y autoritario.

Obedecí sin vacilar, cerrando la puerta detrás de mí. El despacho estaba en silencio, la tensión en el aire era palpable. El jefe estaba de pie junto a su escritorio, mirándome con esos ojos penetrantes que siempre me hacían sentir vulnerable.

—Arrodíllate —ordenó, pero esta vez en su voz, no había ni un solo rastro de la amargura que yo había escuchado antes.

Sin decir una palabra, me dejé caer de rodillas, mis ojos fijos en el suelo. Sentí el peso de su mirada sobre mí, y un escalofrío recorrió mi espalda. No sabía qué había pasado con ese hombre, no sabía por qué estaba tan enfadado con Benedict. Pero en ese momento, lo único que me importaba era cumplir con la orden de mi amo.

Mientras me arrodillaba allí, no pude evitar preguntarme qué estaba haciendo. ¿Por qué yo estaba tan dispuesta a someterme a él? ¿Por qué esta vida de sumisa me hacía sentir tan viva y a la vez tan mal? Sabía que había algo oscuro y peligroso en él, algo que debería asustarme. Pero en lugar de eso, me atraía más y más.

Las últimas cinco semanas habían sido un torbellino de emociones y descubrimientos. Había momentos en los que me sentía utilizada y vacía, pero también había momentos de una intensidad y placer que nunca había experimentado antes. Mi vida estaba dividida en dos mundos: el mundo de la oficina, donde era una pasante más, y el mundo privado de mi jefe, donde era su sumisa.

Y a pesar de todo, no podía imaginar mi vida de otra manera. Estaba atrapada en esta dinámica de poder y deseo, y no había forma de salir. No quería salir. Mientras estuviera arrodillada frente a él, mientras sus órdenes resonaran en mis oídos, sabía que yo estaba exactamente donde debía estar.

Capítulo 12

Benedict

El aire del hospital siempre tiene ese olor estéril y ligeramente astringente que me desagrada. Pero estoy aquí, caminando por esos pasillos blancos e impersonales, dirigiéndome hacia la habitación de alguien que lleva demasiado tiempo en coma. La conversación con el doctor Howard es siempre la misma, monótona y sin esperanza.

—¿Alguna mejoría? —pregunté con indiferencia, porque ya conozco la respuesta.

—No, señor. La situación sigue siendo la misma. No hay signos de mejoría —responde el doctor, con su tono profesional pero algo resignado.

Miro al doctor, su bata blanca impecable y su expresión controlada. Esta rutina se ha vuelto tan familiar que apenas la noto ya. La persona en la cama sigue siendo un enigma, un espectro atrapado entre la vida y la muerte.

—Bien. Avíseme si hay algún cambio, doctor —digo antes de girar sobre mis talones y salir de la habitación.

La indiferencia es mi escudo. No puedo permitirme sentir nada más.

Conduciendo por la ciudad, los edificios pasan como sombras, y mis pensamientos están lejos. Estoy acostumbrado a tener todo bajo control, a manejar cada situación con precisión. Pero hoy, algo me hace sentir... inquieto. Y entonces la veo.

Ella, entrando a otro hospital, su rostro tenso y preocupado. ¿Qué demonios está haciendo aquí? Decido seguirla, la curiosidad me hizo estacionar mi coche y entrar al edificio detrás de ella.

El hospital es similar al otro: blancos pasillos interminables, el murmullo de conversaciones a medias y el sonido ocasional de una máquina médica. La sigo a distancia, mis pasos silenciosos, hasta que la veo entrar en una habitación.

Me acerco con cautela y, a través de la pequeña ventana de la puerta, la veo hablando con una joven que parece muy enferma. El rostro, lleno de preocupación y cariño de Rebecca, me desconcierta. ¿Quién es esta niña para ella?

Necesito respuestas.

Una enfermera pasa junto a mí y la detengo con un gesto.

—Disculpe —digo suavemente, y luego pregunté con inocencia—: ¿Quiénes son ellas dos?

La enfermera me mira con curiosidad antes de responder.

—La joven es Valeria Sullivan. Tiene leucemia. Su hermana mayor viene a verla todos los días, se llama Rebecca Sullivan. La niña está en una situación bastante delicada.

La información me golpea como un balde de agua fría. ¿La hermana de Rebecca, Valeria, está gravemente enferma?

Las observo un momento más antes de decidir salir del hospital, mi mente trabajando rápidamente. Necesito hacer algo al respecto.

Ya en mi coche, llamo a mi secretaria Leonor. Su eficiencia es una de las razones por las que confío en ella y la mantengo conmigo.

—Necesito que hagas algo para mí —digo sin preámbulos—. Quiero que transfieran a Valeria Sullivan, una paciente con leucemia, al Hospital Central Phoenix. Es el hospital más equipado y avanzado que hay en la ciudad. Ella es la hermana de Rebecca. Asegúrate de que reciba la mejor atención posible.

Mi secretaria no hace preguntas, solo asiente y promete ocuparse de todo de inmediato. Termino la llamada y me permito un momento para reflexionar por un buen rato.

Y mientras conduzco de regreso a la ciudad, no puedo evitar pensar en lo que acabo de descubrir. Valeria, una niña inocente atrapada en una lucha por su vida. Y su hermana, mi sumisa, mi empleada, enfrentando esta batalla con una fuerza que yo no había visto antes. La situación me hace sentir un extraño tipo de respeto por ella.

Unas horas más tarde, Leonor me llama para informarme que todo ya está listo como lo he ordenado.

Me dirijo hacia el hospital para supervisar personalmente la transferencia de Valeria.

Y el hospital se alza ante mí nuevamente, imponente y frío.

Estoy en mi oficina, revisando algunos documentos importantes y planificando las próximas estrategias para la empresa. Los días han pasado rápidamente desde que hice los trámites para transferir a Valeria al hospital más equipado de la ciudad. Todo ha ido según lo previsto, sin contratiempos, exactamente como me gusta.

Mis pensamientos son interrumpidos por el sonido de la puerta abriéndose bruscamente.

Rebecca entra como un torbellino de furia, sus ojos ardiendo con una ira que rara vez he visto en ella. Cierro lentamente el documento que estaba revisando y levanto la vista, observándola con calma mientras se aproxima a mi escritorio.

— ¿Qué demonios crees que estás haciendo? —su voz es casi un grito, llena de indignación—. ¿Cómo te atreves a tomar decisiones sobre mi hermana sin siquiera consultarme primero?

La observo en silencio por un momento, mi expresión indiferente.

—Era lo mejor para ella —respondí tranquilamente—. Valeria necesita la mejor atención posible y el otro hospital no podía ofrecer eso. Además, ¿por qué no me dijiste que tenías una hermana enferma?

—Eso no es asunto tuyo —replica, temblando de furia—. Mi hermana es mi responsabilidad, no la tuya. No tienes derecho a involucrarte en mi vida personal de esa manera.

Me levanto de mi silla, rodeando el escritorio lentamente hasta quedar frente a ella.

—Todo lo que te concierne a ti, me concierne a mí también —digo con firmeza—. Tu hermana está mejor ahora, gracias a mí. ¿Por qué no me lo dijiste desde el principio? ¿Temías que no te ayudara?

Ella retrocede un paso, su rabia empezando a disiparse, reemplazada por la confusión y la vulnerabilidad.

—No quería que te involucraras —murmura, bajando la mirada—. Yo... simplemente no quería que supieras nada.

—Pero ahora lo sé —digo suavemente, levantando su barbilla con un dedo para que ella me mire a los ojos—. Y no me arrepiento de haber intervenido. Tu hermana está en buenas manos gracias a mí. Deberías estar agradecida, no enfadada.

Sus ojos se llenan de lágrimas, pero no de tristeza, sino de impotencia.

—No puedes controlarlo todo —dice, su voz quebrándose—. No puedes controlar mi vida de esa forma.

—Ese es el problema —digo, acercándome más, mi voz baja y amenazante—. Sí puedo. Y lo haré. Porque te pertenezco y tú me perteneces. Ahora, arrodíllate.

Ella me mira con desafío, pero lentamente, su voluntad empieza a ceder. Se arrodilla frente a mí, su respiración agitada, su cuerpo temblando. La dominación es una danza delicada, y ella está empezando a recordar su lugar en este baile.

—Por gritarme y cuestionar mi autoridad —digo suavemente, —, mereces un castigo. Pero hoy, seré indulgente. No quiero dañarte, solo recordarte tu lugar.

Deslizo una mano por su cabello, enredando mis dedos en sus mechones antes de tirar ligeramente hacia atrás, obligándola a mirarme.

—Quiero que recuerdes que cada decisión que tomo es por tu bien. Incluso si no lo entiendes en el momento.

—Sí, señor —susurra, con sus ojos llenos de sumisión y aceptación como siempre.

Seguidamente, la levanto con fuerza, mi mano apretando su cintura mientras la llevaba hacia el sofá de cuero negro que estaba en un rincón de mi oficina. La coloqué en mis rodillas con un movimiento brusco, asegurándome de que su cuerpo sintiera cada centímetro del mío. Mis dedos recorrieron su espalda con una caricia suave, casi engañosa, antes de inclinarla abruptamente hacia adelante, dejándola expuesta y vulnerable, con su trasero al aire.

—Esto no es solo un castigo leve —susurré—. Esto es por cuestionarme.

Levanté la palma de mi mano, sintiendo el calor y la anticipación en el aire. Con un movimiento rápido y decidido, dejé caer un golpe firme sobre su trasero. El sonido del impacto llenó la habitación, un eco que resonó en nuestras pieles. Su carne se enrojeció al instante, y allí apareció instantáneamente una marca que yo sabía que duraría bastante tiempo.

Sin darle tiempo para recuperar el aliento, repetí el golpe, más fuerte esta vez, sintiendo la vibración recorrer mi brazo. Su cuerpo se tensó, pero ella no se movió, sus jadeos eran cortos y entrecortados, una mezcla de dolor y sumisión que solo avivaba mi deseo de controlarla por completo.

—Y también es para recordarte quién tiene el poder aquí —murmuré, mi voz baja y peligrosa mientras mis dedos recorrían las marcas recientes en su piel.

Dejé caer otro golpe, esta vez más abajo, más cruel. Su jadeo se convirtió en un gemido ahogado, su cuerpo temblaba ligeramente pero seguía sin moverse, su sumisión era total. Mis dedos se hundieron en su carne, acariciando y apretando las marcas rojas mientras mi otra mano se deslizaba por su cintura.

—Sí, señor —susurró ella, su voz apenas audible, temblando con la mezcla de dolor y placer que sabía que sentía.

Acerqué mi boca a su oído, dejando que mi aliento caliente acariciara su piel.

—Quiero que sientas esto cada vez que te sientes —dije—. Quiero que recuerdes que tú eres mía y que siempre estarás bajo mi control.

Mis manos continuaron explorando su cuerpo, alternando entre golpes firmes y caricias bruscas, asegurándome de que cada toque, cada acción, quedara grabada en su mente y en su piel.

Ella jadeaba y gemía, su cuerpo reaccionaba a cada movimiento mío, cada golpe, cada caricia, y su sumisión total me llenaba de una satisfacción oscura y profunda.

Unos minutos después, la acaricio lentamente.

Mi mano se deslizó hacia abajo, acariciando sus nalgas enrojecidas antes de presionar mis dedos contra su húmeda entrepierna.

—Mira cómo te pones de mojada solo con mis golpes, pequeña —susurré suavemente, con mis dedos deslizándose dentro de ella, sintiendo su calor y su humedad—. Eres una devota insaciable, siempre lista para complacerme.

Ella se arqueó contra mí, sus gemidos aumentando mientras mis dedos la exploraban con movimientos firmes y decididos.

—Sí, señor —jadeó, su voz entrecortada por el placer.

Saqué mis dedos lentamente, brillando con su humedad, y los llevé a su boca, presionándolos contra sus labios.

—Chúpalos —ordené, mirándola intensamente—. Quiero ver cómo disfrutas de tu propio sabor, como mi sumisa exquisita que eres.

Ella obedeció de inmediato, su lengua deslizando sobre mis dedos, chupando y lamiendo con una mezcla de sumisión y deseo. Sus ojos se cerraron, disfrutando cada momento mientras saboreaba su propia esencia, su lengua moviéndose con devoción y lujuria, lamiendo cada gota de su humedad de mis dedos.

—Buena chica —dije, sacando mis dedos de su boca y tirando de su cabello para inclinar su cabeza hacia atrás—. Ahora quiero que me digas lo que eres.

—Soy tu sumisa, señor —respondió, su voz temblando pero firme—. Soy tu chica devota, siempre lista para complacerte.

Solté una carcajada baja, oscura, antes de presionar mis labios contra los suyos por unos segundos.

—Eso es, mi preciosa —susurré, mi boca acariciando su oído—. Y siempre vas a estar bajo mi control, disfrutando de cada segundo que te uso como me plazca.

Ella jadea ante mis palabras.

—Cada vez que dudes de mí, recuerda este momento. Recuerda que siempre hago lo que es mejor para ti. ¿Entendido?

—Sí, señor —dice.

La levanto y la hago sentarse a mi lado, mis brazos rodeándola mientras suspiro, permitiendo que la calma vuelva a inundar la habitación.

—Eres mía —murmuré contra su oído—. Y siempre cuidaré de lo que es mío.

La miro mientras asiente, su respiración volviendo a la normalidad.

—Nunca olvides tu lugar, pequeña —añadí, mis dedos trazando círculos suaves sobre su piel—. Eres mi sumisa, y yo soy tu amo. Juntos, somos invencibles.

—Lo entiendo, señor —dice con un tono más seguro, y su cuerpo relajándose en mis brazos.

Nos quedamos en silencio por un momento, la tensión disipándose, reemplazada por una sensación de conexión y entendimiento. Ella finalmente comprende que mi dominio no es solo sobre su cuerpo, sino también sobre su bienestar. Y aunque puede que no siempre ella esté de acuerdo, sabe que todo lo que hago es por su bien.

La miro a los ojos, viendo la aceptación y la comprensión reflejada en ellos.

—Vete ahora —le digo suavemente—. Vuelve a tu trabajo. Pero recuerda siempre quién eres y quién soy.

Ella asiente, levantándose lentamente y arreglándose la ropa antes de dirigirse hacia la puerta.

—Gracias, señor —dice antes de salir.

La observo irse, sintiendo una extraña satisfacción.

Y mientras me siento de nuevo en mi escritorio, una sensación de calma y determinación me inunda. El juego de amo y sumisa es más que un juego de poder; es una conexión profunda y compleja que ambos compartimos. Y mientras yo siga teniendo el control, todo estará bien.

Cierro los ojos por un momento, permitiéndome disfrutar de la paz que sigue a una tormenta. Cada decisión que tomo, cada movimiento que hago, está calculado y preciso. No hay lugar para errores en mi mundo, y siempre me aseguraré de que así sea.

Levanto el teléfono y llamo a mi secretaria.

—Prepárame una lista de tareas para mañana. Quiero estar listo para cualquier eventualidad.

—Sí, señor —responde ella, tan eficiente como siempre.

Cuelgo el teléfono y sonrío ligeramente.

Capítulo 13

Rebecca

Estoy sentada en mi pequeña oficina, mirando la pantalla de mi computadora, pero mi mente está a kilómetros de distancia. La discusión con él aún resuena en mi cabeza, como un eco persistente que se niega a desaparecer. ¿Cómo se atrevió a involucrarse en mi vida de esa manera sin pedir permiso? Ni siquiera se disculpó, simplemente tomó decisiones por mí, sobre mi hermana, como si tuviera algún derecho.

Suspiro frustrada, dejando caer la cabeza entre mis manos. Por otra parte, no puedo evitar pensar en lo hermoso que se veía durante la discusión, incluso en medio de mi indignación. Esa mirada intensa, su rostro perfectamente cincelado, y la forma en que sus ojos parecían penetrar en mi alma me desarman completamente.

Recuerdo el olor de su colonia, una mezcla de maderas ahumadas y algo más suave, casi dulce. Ese aroma que parecía envolverte, haciéndote sentir a la vez intimidada y atraída, como una caricia invisible. Cierro los ojos y puedo casi sentir su presencia, esa sensación de cercanía que siempre trae consigo él.

Su vestimenta, siempre impecable, no hace más que aumentar su atractivo. El traje negro ajustado a la perfección, resaltando su figura atlética. La camisa blanca que contrastaba con su piel bronceada, dándole un aire de sofisticación y frescura. Y esa corbata oscura que añadía un toque de elegancia y poder, un recordatorio constante de su arrogancia y control. Todo en él irradiaba una mezcla de autoridad y misterio que me volvía loca, y no podía dejar de pensar en ello, incluso cuando trataba de concentrarme en mi frustración a pesar de todo.

Mis pensamientos vuelven a ese momento, su voz firme pero suave, cada palabra cargada de una intensidad que me dejaba sin aliento. Intento despejar mi mente, pero su imagen sigue ahí, invadiendo cada rincón de mis pensamientos. ¿Cómo es posible que alguien pueda ser tan exasperante y tan irresistiblemente atractivo al mismo tiempo?

¡Eso debería ser un crimen!

Mientras estos pensamientos invaden mi mente, siento un calor incómodo extendiéndose por mi cuerpo. Me muevo inquieta en mi silla, incapaz de concentrarme en el trabajo que tengo delante. Mi respiración se vuelve un poco más pesada mientras las imágenes de él se hacen más vívidas en mi mente.

Cierro los ojos por un momento, permitiéndome recordar cada detalle. Sus manos fuertes y seguras, la manera en que él me miraba como si fuera lo único que importara en el mundo. La forma en que sus labios se curvaban en una sonrisa satisfecha cuando sabía que tenía el control.

Sin pensarlo, dejo que una mano se deslice lentamente por mi muslo, mis dedos

acariciando la tela de mi falda. Mi mente está en él, en cómo se veía, en cómo me hacía sentir. Acaricio mis piernas, dejándome llevar por la sensación, imaginando que son sus manos las que están recorriendo mi piel.

Mis dedos encuentran el borde de mi falda y la suben ligeramente, el roce de la tela contra mi piel desnuda enviando un escalofrío por mi espalda. No debería estar haciendo esto, no aquí, no ahora. Pero el deseo es más fuerte, y no puedo resistirlo.

Deslizo la mano debajo de mi falda, mis dedos acariciando mi entrepierna a través de la fina tela de mis bragas. Siento la humedad que se acumula allí, prueba de lo mucho que me afecta pensar en él.

Mi respiración se vuelve más errática, mi pecho subiendo y bajando con cada latido acelerado.

Desplazo la tela a un lado, dejando que mis dedos rocen mi piel sensible. El primer contacto envía una descarga eléctrica por mi cuerpo, un gemido suave escapa de mis labios mientras empiezo a tocarme a mí misma. Mi mente se llena de imágenes de él: su rostro, su cuerpo, el calor de su aliento contra mi cuello, cómo me hace sentir cuando está cerca.

Mi otra mano sube hasta mis pechos, acariciándolos a través de la blusa. Siento los pezones endurecerse bajo la tela, y aprieto suavemente, imaginando que son sus manos las que están en mi cuerpo, sus dedos expertos sabiendo exactamente cómo tocarme. El roce de la tela contra mis pezones es un tormento delicioso, y el placer comienza a construirse, cada vez más intenso, mientras mis dedos se mueven con más urgencia.

Mi mente está perdida en un torbellino de deseo y fantasía. Me imagino en su oficina, él mirándome con esos ojos oscuros y mandones, diciéndome qué hacer, cómo hacerlo. La idea de su control me excita aún más. Veo su sonrisa arrogante, y mis dedos se mueven más rápido, más profundo, buscando ese punto exacto que él encontraría sin mucho esfuerzo.

La humedad entre mis piernas aumenta, mis dedos resbalan fácilmente sobre mi piel empapada. Mi respiración se convierte en jadeos, el placer creciendo dentro de mí como una ola imparable. Siento mi cuerpo tensarse, mis músculos contrayéndose mientras me acerco al clímax. La imagen de él, su mirada intensa, su sonrisa arrogante, está grabada en mi mente más fuerte que nunca. Es como si estuviera aquí, susurrando órdenes en mi oído, su voz un ronroneo que me hace temblar de puro placer.

Con un último movimiento desesperado, el placer explota dentro de mí, un gemido ahogado escapando de mis labios. Mi cuerpo se sacude, y mis dedos todavía trabajando mientras siento cada pulso de placer atravesar mi ser.

Me dejo llevar, disfrutando del momento, de la liberación. La sensación de sus manos imaginarias en mi piel, su voz aún resonando en mi oído, su presencia impregnando cada rincón de mi mente. Es un placer absoluto, una entrega completa, y me deleito en cada segundo de esta fantasía sucia y embriagadora.

Me quedo ahí, recuperando el aliento, mis manos aún temblando ligeramente. Abro los ojos y miro alrededor de mi oficina, de repente consciente de lo que acabo de hacer. Me siento

un poco avergonzada, pero también satisfecha. Necesitaba esto, esta liberación.

Finalmente, unos cinco minutos después, comencé a arreglar mi ropa, alisando la falda y asegurándome de que todo esté en su lugar. Pero aunque el momento haya pasado, la sensación persiste. Él tiene ese efecto sobre mí, y no puedo evitarlo. No importa cuánto intente resistir, siempre termino cediendo.

Me siento de nuevo frente a mi computadora, intentando concentrarme en el trabajo. Pero sé que no será fácil. No cuando él está siempre en mi mente, siempre presente, incluso cuando no está cerca de mí.

Suspiro y cierro los ojos por un momento, tratando de recomponerme. Este juego de amo y sumisa es más complejo de lo que yo esperaba. Pero, de alguna manera, no puedo imaginar mi vida sin él. Aunque me frustre, aunque me haga enojar, también me hace sentir viva, deseada, y eso es algo que no puedo ignorar.

Abro los ojos y miro la pantalla de mi computadora, decidida a seguir adelante. Por ahora, necesito concentrarme en mi trabajo, dejar de lado estos pensamientos. Pero sé que no será la última vez que me encuentre perdida en fantasías sobre él. Y, en el fondo, no quiero que sea la última vez.

Todavía sigo encerrada en mi pequeña oficina, el único sonido que me rodea es el suave zumbido de la computadora y el ocasional chirrido de mi silla. Son altas horas de la noche y la mayoría de los empleados ya se han ido. Estoy terminando mis tareas de pasantía, revisando algunos documentos y organizando archivos. Me siento agotada, pero al menos he logrado avanzar bastante hoy.

El edificio está en silencio, una paz inquietante que me permite concentrarme en mi trabajo.

Miro el reloj y veo que ya son casi las diez.

Bueno, creo que ya es hora de irme a casa.

Comienzo a recoger mis cosas, apagando la computadora y guardando algunos papeles en mi bolso. De repente, escucho pasos en el pasillo. Me detengo, un poco sorprendida de que alguien más esté aquí tan tarde.

La puerta se abre y, para mi sorpresa, es él.

Mi corazón late más rápido al verlo.

Entra en la oficina, cerrando la puerta detrás de él. Se queda allí, mirándome con esa expresión enigmática que siempre lleva en su perfecto rostro.

— ¿Qué haces aquí tan tarde? —pregunté, intentando mantener mi voz casual, aunque mi corazón está acelerado.

Él sonríe ligeramente, caminando hacia mi escritorio.

—Yo podría preguntarte lo mismo— responde—. Quería hablar contigo.

Asiento con la cabeza, dejando de recoger mis cosas y volviendo a sentarme.

— ¿Sobre qué?

Benedict se sienta en el borde de mi escritorio, su cercanía haciendo que mi corazón lata aún más rápido.

—Sobre tu hermana. Me gustaría informarte personalmente cómo va todo en el nuevo hospital.

La mención de mi hermana cambia mi enfoque por completo. Mi preocupación por ella es constante, y saber que él tiene noticias me alivia y me inquieta a la vez.

— ¿Sabes cómo se encuentra ella? —Pregunté, mi voz reflejando mi ansiedad—. No he tenido la oportunidad de visitarla los últimos dos días lamentablemente.

— ¡No te preocupes! Ella está recibiendo el mejor cuidado posible —responde, mirándome directamente a los ojos—. El equipo médico es excelente, y están haciendo todo lo que pueden por ella.

Me siento agradecida, aunque todavía un poco confundida por cómo manejó la situación.

—Gracias —digo suavemente—. Realmente aprecio lo que has hecho, pero... todavía me cuesta entender por qué no me lo dijiste antes de hacer las cosas a tus maneras...

Él suspira, inclinándose un poco más hacia mí.

— ¿No tuvimos esta conversación antes, Rebecca?

—Sí... pero...

—Yo sabía que te preocuparías y quería asegurarme de que todo estuviera en orden antes de decírtelo. No quería añadir más estrés a tu vida.

Nos quedamos en silencio por un momento, la atmósfera entre nosotros cargada de una tensión que no puedo definir. De repente, él rompe el silencio con una pregunta que no esperaba.

— ¿Cómo es tu hermana? —Pregunta—. ¿Cómo era antes de que le diagnosticaran leucemia?

La pregunta me toma por sorpresa, pero también me trae una oleada de nostalgia. Sonríe, recordando los momentos felices antes de que todo cambiara.

—Valeria es... increíble —comienzo, mi voz llena de cariño—. Siempre ha sido una persona llena de vida, con una energía que podía iluminar cualquier habitación.

Él se inclina un poco más, claramente interesado, como si supiera que esto me hace sonreír más genuinamente.

—Cuéntame más.

Respiré hondo, permitiéndome recordar los días felices.

—Valeria siempre ha sido muy activa. Le encanta el deporte, especialmente el fútbol. Era la estrella del equipo en su escuela. Siempre estaba corriendo, jugando, riendo. Tenía una pasión por la vida que era contagiosa.

Mis ojos se llenan de lágrimas mientras hablo, pero no son lágrimas de tristeza, sino de amor por mi hermana.

—Siempre me cuidaba, incluso siendo ella la menor. Es muy madura para su edad. Tiene una manera de ver el mundo que es increíblemente optimista y madura, a pesar de todo lo que ha pasado.

Él escucha atentamente, sin interrumpir, permitiéndome continuar.

—Recuerdo cuando descubrieron la leucemia. Fue un golpe devastador para nosotras. Valeria estaba tan llena de vida, literalmente. Fue difícil para ella, ver cómo su cuerpo se debilitaba, cómo perdía la energía que siempre había tenido...

Mis manos tiemblan un poco mientras hablo, pero la presencia de él me da fuerzas para seguir hablando.

—Pero incluso entonces, ella nunca perdió su espíritu. Siempre intentaba mantenernos animadas a las dos, a pesar de que era ella la que estaba sufriendo. Tiene una fuerza interior que es asombrosa.

Él asiente, mirándome con una mezcla de comprensión y algo más que no puedo identificar.

—Ella parece una persona increíble —dice suavemente.

Sonríó a través de mis lágrimas.

—Lo es. Y ver cómo lucha cada día me inspira. Me recuerda que no importa cuán difíciles se pongan las cosas, siempre hay una razón para seguir adelante.

Nos quedamos en silencio de nuevo, pero esta vez es un silencio cómodo. Siento que él realmente me está escuchando, no solo oyendo mis palabras, sino comprendiendo la profundidad de mis sentimientos.

—Gracias por compartir eso conmigo —dice él finalmente—. Sé que no es fácil hablar de estas cosas.

Asiento, sintiéndome agradecida por su comprensión.

—Gracias por escuchar. Realmente significa mucho para mí —respondí solamente.

Me doy cuenta de que, a pesar de todas las complicaciones entre nosotros, hay momentos como este que me hacen sentir más conectada con él. Momentos en los que me doy cuenta de que, detrás de su fachada autoritaria, hay una persona que se preocupa.

Él se levanta del escritorio, mirándome con una expresión suave.

—Deberías ir a casa y descansar. Has tenido un día largo.

Asentí, levantándome también.

—Sí, creo que tienes razón.

Nos dirigimos hacia la puerta, y él se detiene un momento, mirándome.

—Si necesitas algo, cualquier cosa, no dudes en decírmelo, Rebecca.

Sonríó, sintiendo una calidez en su oferta.

—Lo haré. Gracias.

Salimos de la oficina juntos, y mientras caminamos hacia la salida, me siento un poco más ligera, como si una carga se hubiera levantado de mis hombros. Saber que él está ahí, dispuesto a escuchar y ayudar, hace que todo parezca un poco más manejable.

Nos despedimos en la entrada del edificio, y mientras camino por la acera de la ciudad relajada, no puedo evitar sentirme agradecida por esta noche. A veces, las personas que menos esperamos son las que más nos sorprenden. Y aunque nuestra relación es complicada y llena de altibajos, momentos como este me hacen sentir que todo vale la pena.

Ojalá haya más momentos así en el futuro, es todo lo que pido.

Mientras sigo caminando, pienso en mi hermana y en él. En cómo, a pesar de todo, hay una conexión entre nosotros que no puedo negar. Una conexión que va más allá del juego de amo y sumisa, una conexión que se basa en la comprensión.

Llego a mi apartamento luego de comprar un par de cosas por el camino, y luego me preparo para dormir, mientras mis pensamientos aún están en lo que hablamos él y yo esta noche, se sintió una charla tan íntima. Y sé que probablemente mañana esto no suceda de nuevo, pero se vale soñar.

Capítulo 14

Rebecca

Era temprano en la mañana cuando llegué al nuevo hospital para visitar a Valeria. El sol apenas se asomaba por el horizonte y el aire estaba fresco. Caminé por los pasillos casi vacíos, sintiendo una mezcla de nerviosismo y alivio. Desde que trasladaron a mi hermana aquí, las cosas han sido un poco diferentes. Este lugar era mucho más avanzado y caro que el anterior, y aunque sabía que estaba recibiendo la mejor atención posible, no podía evitar preocuparme por cómo íbamos a pagar todo esto.

Al llegar a la habitación de Valeria, la encontré despierta, sentada en su cama y mirando por la ventana. Su rostro se iluminó cuando me vio entrar, y eso me hizo sentir un poco más tranquila.

— ¡Buenos días, dormilona! —le dije, sonriendo mientras me acercaba a ella.

—Buenos días —respondió ella, sonriendo también—. ¿Cómo estás, hermanita?

—Estoy bien, solo un poco cansada. Ha sido una semana larga en el trabajo —respondí, sentándome en la silla junto a su cama—. ¿Y tú? ¿Cómo te sientes hoy?

—Me siento bien —dijo ella, aunque su sonrisa se desvaneció un poco—. Este lugar es increíble, pero... ¿cómo estamos pagando todo esto, hermana? Sabes muy bien que este hospital es carísimo.

Me quedé helada por un momento. Sabía que esta pregunta llegaría eventualmente, pero no estaba completamente preparada para responderla. Sentí que mi cara se calentaba, y bajé la mirada, jugando nerviosamente con mis manos.

—Es... gracias a mi jefe —dijo finalmente, tratando de mantener mi voz tranquila.

Valeria arqueó una ceja, claramente sorprendida.

— ¿Tu jefe? ¿Cómo es que él está pagando todo esto? ¿Y por qué?

Suspiré, sabiendo que tendría que explicarle todo.

—Él tiene muchos recursos y contactos. Quería asegurarse de que recibieras el mejor cuidado posible. Fue su idea trasladarte aquí.

Valeria me miró con una mezcla de preocupación y sospecha.

— ¿Y por qué haría eso, hermana? ¿Qué espera obtener a cambio?

Me mordí el labio, sabiendo que la conversación iba a volverse mucho más incómoda.

—No es así, Valeria. Él solo quiere ayudar. Es un hombre... complicado, pero se

preocupa por los demás.

Valeria frunció el ceño todavía más.

—Hermana, sabes que me preocupo por ti. No quiero que nadie se aproveche de ti, especialmente alguien en una posición de poder. ¿Qué te ha pedido a cambio de esto?

Sentí que mis mejillas se ruborizaban aún más.

—Él no se está aprovechando de mí. Es complicado de explicar, pero... soy su sumisa.

Los ojos de Valeria se abrieron de par en par.

—¿Recuerdas cuando te hablé sobre un compañero de trabajo y que yo me convertí en su sumisa?

—¡Sí!

—Umm... bueno... el compañero de trabajo es... es en realidad mi jefe.

Valeria me miró, claramente preocupada.

—Oh, no, esto suena peligroso, Becca. ¿Estás segura de que sabes en lo que te estás metiendo?

Asentí, tratando de calmarla.

—Sí, estoy segura. Sé que parece extraño, pero confío en él. No me haría daño. Y gracias a él, tú estás recibiendo el mejor tratamiento posible.

Valeria se quedó en silencio por un momento, pensando en lo que le había dicho. Finalmente, suspiró.

—Solo quiero que seas feliz y estés segura. No quiero que te lastimen, ni física ni emocionalmente. ¿Estás segura de que no te estás enamorando de él, verdad?

La pregunta me tomó por sorpresa, y sentí que mi corazón daba un vuelco.

—No... no lo sé. Es complicado. Me importa, pero no estoy segura de si es amor. Es... diferente.

Mi hermana me miró con una profunda tristeza.

—Solo ten cuidado, hermana. El amor puede ser hermoso, pero también puede ser muy doloroso. No quiero verte sufrir.

Nos quedamos en silencio por un rato, cada una perdida en sus pensamientos. La preocupación de Valeria era palpable, y aunque yo trataba de tranquilizarla, no podía evitar sentir una punzada de duda. ¿Realmente yo sabía en lo que me estaba metiendo? ¿Estaba enamorándome de él sin darme cuenta?

—Entonces, dime más sobre tu jefe —dijo Valeria, tratando de cambiar el tema pero sin dejar de lado su preocupación—. ¿Cómo es él?

—Él es... complicado —repetí, riendo suavemente—. Es muy demandante, siempre sabe lo que quiere y cómo conseguirlo. Pero también tiene un lado protector. Es difícil de explicar.

—¿Te trata bien? —preguntó ella, su voz llena de curiosidad y preocupación.

—Sí, me trata bien. A su manera —respondí, sonriendo un poco—. Es exigente, pero también sabe cómo cuidar de las personas que le importan.

—Me cuesta entender cómo funciona eso de ser una sumisa de tu propio jefe —dijo Valeria, frunciendo el ceño—. ¿No es algo... degradante para ti?

—No, no lo es —respondí, negando con la cabeza—. Es una dinámica consensuada. Me gusta saber que estoy satisfaciendo sus necesidades y deseos. Y él se asegura de que yo esté segura y cómoda. Hay mucha confianza involucrada.

—Pero, ¿no te sientes... usada? —preguntó Valeria, con su voz llena de preocupación genuina.

—En realidad, a veces bastante —dije, pensativa—. Sé que suena raro, pero también me siento empoderada de alguna manera. Saber que tengo control sobre su placer y que él tiene control sobre el mío es... diferente. Pero es una relación de mutuo acuerdo. Ambos obtenemos algo de ella.

Valeria asintió lentamente, aunque todavía parecía preocupada.

—Solo quiero que seas feliz, hermana. Y segura. Prométeme que te cuidarás y que no dejarás que nadie te lastime.

—Lo prometo —dije, sonriendo y tomando su mano—. Y gracias por preocuparte tanto. Eres una hermana increíble.

Ella sonrió, aunque sus ojos todavía mostraban una pizca de preocupación.

—Tú también, Becca. Te quiero muchísimo.

—Y yo te quiero muchísimo más —respondí, sintiendo una oleada de amor por mi hermana. A pesar de todo lo que estaba pasando, tenerla en mi vida era un regalo invaluable.

Pasamos el resto de la visita hablando de cosas más ligeras, tratando de dejar de lado las preocupaciones por un momento. Valeria me contó sobre algunos de los nuevos tratamientos que estaban probando y cómo se sentía con respecto a todo. Yo le hablé de mi trabajo y de algunos de los proyectos en los que estaba trabajando. Era agradable simplemente estar juntas, compartiendo nuestras vidas y apoyándonos mutuamente.

Luego, mientras yo salía del hospital, no podía evitar sentirme agradecida por la oportunidad de tener a mi hermana en un lugar donde podía recibir el mejor cuidado posible. Aunque las cosas con mi jefe eran complicadas, sabía que había hecho lo correcto al aceptar su ayuda. Valeria merecía lo mejor, y yo haría cualquier cosa para asegurarme de que lo tuviera.

El día había empezado como cualquier otro. La rutina en la oficina, el café de la mañana, los saludos cordiales a los compañeros. Pero algo estaba fuera de lugar, algo que solo yo podía notar. El ambiente estaba cargado, y no podía evitar sentir la mirada penetrante de Benedict Hawthorne, seguirme a cada paso. Sabía que estaba molesto, sabía que algo le había encendido esa chispa de celos en sus ojos.

Yo había estado charlando con un compañero de trabajo, Ryan, sobre un proyecto en el que estábamos dando nuestra opinión de un grupo de colegas. Ryan es un tipo simpático, siempre dispuesto a ayudar. Pero las cosas se pusieron tensas cuando Benedict pasó junto a nosotros, su mirada oscura y fría como una tormenta a punto de desatarse. Sentí un escalofrío recorrer mi espalda y más aun cuando recordé lo que él me había advertido hace semanas atrás sobre hablar con otros hombres.

No pasó mucho tiempo antes de que recibiera un mensaje en mi teléfono. Era de Benedict.

"Sala de conferencias. Ahora."

Tragué saliva, con mi corazón acelerándose. Sabía lo que venía y, a pesar de la anticipación y el miedo, también sentía una ola de excitación recorrer mi cuerpo.

Al llegar a la sala de conferencias, la puerta se cerró con un clic definitivo detrás de mí. Él estaba allí, de pie junto a la mesa larga de cristal, su postura tensa y dominante. Sus ojos se clavaron en los míos, una mezcla de celos y deseo ardiendo en ellos.

— ¿Qué demonios crees que estás haciendo? —Su voz era baja, peligrosa, y se me erizó la piel. Y antes de que yo pudiera responder, él estaba sobre mí, sus manos firmes sujetando mis muñecas y empujándome contra la mesa—. ¿Crees que no vi cómo le sonreías a Ryan? ¿Crees que no me di cuenta de cómo él coqueteaba abiertamente contigo?

—No es lo que piensas, Benedict —intenté decir, pero mi voz sonaba débil incluso para mí. Sabía que cualquier explicación solo avivaría más su rabia.

—No me importa lo que digas —gruñó, su aliento caliente en mi oído—. Eres mía, y voy a recordártelo de la única manera que entiendes.

Antes de que yo pudiera procesar sus palabras, él me giró bruscamente, presionando mi pecho contra la fría superficie de la mesa. Mis muñecas aún estaban atrapadas bajo su agarre, y podía sentir su dureza contra mi trasero a través de la tela de mi falda.

—Te voy a hacer entender que no debes ponerme celoso, pequeña —Benedict murmuró, su voz un susurro peligroso que me hizo estremecer.

Con una mano todavía sujetando mis muñecas con firmeza, y con la otra mano comenzó a deslizarse lentamente por mi muslo, levantando mucho más mi falda con una deliberación agonizante. Mi respiración se volvió errática, mi cuerpo respondiendo a su toque a pesar del miedo que me invadía.

Sus dedos rozaron la piel expuesta de mi muslo, avanzando con una lentitud tortuosa hasta llegar a la orilla de mi ropa interior. Con una precisión casi cruel, se coló debajo de la tela,

encontrando mi piel más sensible. El contacto hizo que un gemido involuntario escapara de mis labios, una mezcla de placer y aprensión.

—Estás tan mojada —dijo con una sonrisa perversa en su voz, el sonido impregnado de satisfacción—. Sabía que esto te excitaba. Sabía que te gustaba jugar con fuego, pequeña.

Antes de que pudiera responder, sus dedos se hundieron en mí, encontrando mi punto más sensible y arrancándome otro gemido.

—No hagas ruido —me ordenó con una voz grave y cargada de lujuria—. A menos que quieras que todos allí en el exterior escuchen cómo te voy a follar.

La amenaza en su voz solo me excitó más. Sabía que no debía disfrutar esto tanto, pero no podía evitarlo. La sensación de sus dedos dentro de mí, moviéndose con una precisión experta, me estaba volviendo loca. Sentía cada curva y cada presión, como si él conociera mi cuerpo mejor que yo misma.

Mi respiración se aceleró y el calor se acumuló entre mis piernas, intensificando el placer.

Mi cuerpo se arqueó involuntariamente, buscando más de su toque. Los espasmos de placer me hacían gemir bajito, a pesar de sus órdenes. La humedad se acumulaba entre mis muslos, y podía sentir cómo él lo notaba, cada movimiento de sus dedos era una tortura deliciosa que me dejaba al borde de la locura.

—Así me gusta —dijo él, sacando sus dedos lentamente, saboreando cada segundo de mi agonía.

Y luego, él se llevó sus dedos a la boca, chupándolos uno a uno con una lentitud provocadora, sin dejar de mirarme a los ojos. Podía ver el brillo de la lujuria en su mirada, y eso solo me excitaba más. Mi cuerpo temblaba, ansioso por más. Cada sonido húmedo que hacía al chupar sus dedos resonaba en mis oídos, intensificando mi deseo.

Luego, él me soltó las muñecas solo para levantarme bruscamente y empujarme hacia el centro de la sala. Me giró con firmeza para que lo enfrentara, y la intensidad ardiente en sus ojos me dejó sin aliento. Era como si me desnudara con la mirada.

—Desnúdate, pequeña.

Y yo obedecí instantáneamente, mis manos temblorosas mientras desabrochaba lentamente mi blusa, cada botón aumentando la tensión en el aire. Deje caer mi falda al suelo, sintiendo la fría brisa acariciar mi piel desnuda.

Una vez completamente expuesta, él recorrió mi cuerpo con una mirada que mezclaba deseo insaciable y posesión total. Sentía su mirada como un toque físico, una caricia lasciva que quemaba mi piel.

—Ven aquí, pequeña —dijo, mientras Benedict se sentaba en una de las sillas de la sala de conferencias y señalando con impaciencia el suelo a sus pies.

Me arrodillé lentamente ante él, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho, cada

pulso resonando en mis oídos. Estaba tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo, y el aroma de su colonia me envolvía, mezclado con un toque de su excitación.

—Abre esa bonita boca tuya, pequeña —ordenó él, desabrochándose los pantalones y sacando su polla, ya dura y pulsante, la piel brillante y las venas prominentes.

Obedecí de inmediato, abriendo bien la boca y envolviendo mis labios alrededor de su grosor, sintiendo su calor y saboreando el sabor salado de su piel, que se mezclaba con el preseminal ligeramente amargo que empezaba a brotar de la punta de su enorme polla.

—Así me gusta, nena. Sigue moviendo esa lengua —murmuró él con una voz ronca y profunda.

Luego, sus manos se enredaron en mi cabello, tirando de él con firmeza mientras guiaba mi cabeza hacia arriba y hacia abajo. Cada vez que mi lengua rozaba una de sus venas gruesas y palpitantes, yo sentía cómo él se tensaba y emitía un gemido profundo y gutural. Empecé a mover mi lengua en círculos alrededor de su glándula, acariciando con la punta y explorando cada pliegue y curva. Los sonidos húmedos y sucios de mi boca trabajando sobre su carne llenaban la habitación, mezclándose con sus jadeos y gemidos.

Yo podía oír cómo su respiración se volvía más pesada, más entrecortada, con cada movimiento que hacía. Sus dedos se apretaban en mi cuero cabelludo, forzándome a tomarlo más profundo, hasta que sentía la punta de su polla golpeando el fondo de mi garganta. No pude evitar gemir alrededor de su miembro, haciendo que las vibraciones de mi voz lo recorrieran y lo hicieran estremecer aún más.

—Mira cómo te has convertido en una buena chica —murmuró él con su voz ronca—. Mi sumisa perfecta.

Redoblé mis esfuerzos, succionando con más fuerza y moviendo mi lengua con más rapidez, lamiendo desde la base hasta la punta y chupando sus testículos uno por uno, sintiendo su peso en mi boca. Cada vez que él tensaba su cuerpo, yo sabía que estaba acercándose al límite, y eso me impulsaba a seguir, a darle más de lo que necesitaba.

Podía sentir sus muslos temblar ligeramente, y sus gemidos se volvían más intensos, más desesperados. Con cada movimiento, con cada caricia de mi lengua y cada succión profunda, lo llevaba más cerca del borde, y su placer se convertía en el mío, una mezcla intoxicante de deseo y sumisión.

—Ahora voy a correrme en tu boca, y vas a tragarlo todo —me dice él, con sus manos apretando mi cabeza con fuerza.

Yo sentía su cuerpo temblar, cada músculo tensándose en anticipación.

Con un gruñido profundo y gutural, se corrió, su semen inundando mi boca en oleadas calientes. Tragué todo, deleitándome en su sabor salado y la sensación de poder absoluto que tenía sobre mí. Cada gota me hacía sentir más sumisa, más suya. Cuando finalmente me soltó, sus ojos oscuros brillaban con una satisfacción perversa y dominadora.

—Buena chica —murmuró, acariciando mi mejilla con el pulgar mientras su mirada se

clavaba en la mía—. Sin embargo, apenas hemos comenzado.

Benedict me levantó con un tirón firme y me volvió a empujar contra la mesa, esta vez de espaldas. Mi respiración se aceleró mientras él sacaba una cuerda de su bolsillo, su sonrisa oscura prometiendo mucho más. Ató mis muñecas juntas con destreza, luego las aseguró firmemente a la pata de la mesa. La cuerda raspaba ligeramente mi piel, añadiendo un toque de dolor placentero.

—Voy a follarte aquí y ahora —gruñó posesivamente—. Y esta vez, vas a gritar, y quiero que lo hagas, para que todos afuera sepan que eres mía, solo mía.

Su aliento caliente contra mi cuello, sus manos recorriendo mi cuerpo con una posesividad feroz, hacían que mi deseo creciera, alimentado por su control absoluto sobre mí.

Benedict se colocó entre mis piernas, y sentí la punta de su polla gruesa y caliente rozando mi entrada, enviando escalofríos por todo mi cuerpo.

—¿Quién es tu dueño, Rebecca?

Mi respiración se aceleró, y apenas pude responder, mi voz un susurro cargado de deseo:

—Tú.

Él no quedó satisfecho con mi respuesta débil. Su mirada intensa se clavó en la mía mientras empujaba la punta de su polla dentro de mí, exigiendo:

—Más fuerte.

El calor de su invasión me hizo gemir. Mi cuerpo se arqueó hacia él, buscando más.

—Tú, Benedict. Eres mi dueño —jadeé, mis palabras llenas de sumisión y anhelo.

Una sonrisa oscura curvó sus labios mientras gruñía:

—Eso es. Y ahora, te voy a follar como tanto te gusta.

Con una fuerza brutal, empujó profundamente dentro de mí, arrancándome un grito ahogado. El placer y el dolor se entrelazaron en una danza salvaje mientras me llenaba completamente. Cada embestida era dura y precisa, golpeando con una intensidad que me hizo perder el control. Mis uñas se clavaron en la propia piel de mis manos atadas, mi cuerpo estremeciéndose con cada movimiento.

Yo podía sentir cada centímetro de su polla, sus venas pulsando contra mis paredes internas. Y la sala de conferencias se llenó con el sonido de nuestra unión, húmeda y frenética, su polla martilleando sin piedad. Cada vez que él empujaba, me llevaba más cerca del borde, al punto de no retorno.

Sus manos ávidas encontraron mis pechos y comenzaron a apretarlos con una mezcla de fuerza y ternura, sus dedos experimentados pellizcando mis pezones con una intensidad que me hizo arquear la espalda y soltar gemidos de puro placer animal. Cada pellizco enviaba descargas eléctricas de deseo directamente a mi entrepierna, encendiendo una llama

incontrolable en mi interior. Sus uñas afiladas rasparon ligeramente mi piel, dejando un rastro de fuego que se extendía por todo mi cuerpo, provocando una combinación de dolor y placer que me hacía perder la razón.

Él no solo se conformaba con acariciar mis pechos, sino que también los lamía y mordisqueaba con sus afilados dientes, sus labios y dientes creando un contraste deliciosamente lascivo que me hacía temblar de lujuria.

Cada mordida, cada lamida, cada pellizco, se sentían como una explosión de sensaciones que me dejaban jadeando y suplicando por más.

—Eres solo mía, Rebecca. Nadie más tiene derecho a tocarte. Nadie más te hará gritar como yo —su voz era un gruñido posesivo, ronco y cargado de deseo primitivo.

—Sí, Benedict. Solo tú —jadeé, mi cuerpo temblando incontrolablemente con cada empuje. Cada golpe de sus caderas contra las mías enviaba choques eléctricos de placer que me hacían querer gritar su nombre sin cesar.

Sus manos firmes se aferraban a mis caderas, tirándome hacia él con una fuerza casi brutal, su piel caliente contra la mía, y el sudor mezclándose con la mía. Sentía cada pulgada de su dureza enterrándose profundamente en mí, llenándome por completo y desatando olas de placer que me dejaban sin aliento.

—Te voy a hacer correrte tan fuerte que no podrás caminar durante días —me advierte, aumentando la velocidad y la fuerza de sus embestidas, cada palabra un latigazo de lujuria que resonaba en mi mente—. Te voy a marcar, a dejar claro quién te posee.

Mis gemidos llenaron la sala de conferencias, resonando en las paredes vacías, y no pude evitar imaginar lo excitante que sería si alguien nos escuchara. La posibilidad de ser descubiertos solo alimentaba mi lujuria.

Mientras tanto, yo sentía cómo mi orgasmo se acercaba, mi cuerpo tensándose mientras el placer se acumulaba, cada vez más intenso. Sus manos se aferraban con fuerza a mis caderas, sus dedos clavándose en mi piel mientras su polla me penetraba profundamente, una y otra vez. El sonido húmedo y rítmico de nuestros cuerpos chocando resonaba en la habitación, mezclándose con mis gemidos desesperados.

Su cuerpo se movía con una urgencia salvaje, como si él fuera a devorarme literalmente. Cada embestida me hacía sentir como si me partiera en dos, el dolor mezclándose con el placer en una mezcla explosiva. Pude sentir su respiración caliente y entrecortada en mi cuello, su pecho fuerte y musculoso rozándome mientras me empujaba hacia la mesa de conferencias, mi cuerpo arqueándose en un intento de recibirlo aún más profundo.

—Voy a hacerte gritar mi nombre, nena —gruñó, su voz ronca y cargada de deseo, sus movimientos cada vez más frenéticos, cada embestida más profunda y poderosa—. Quiero sentir cómo te corres alrededor de mi polla, cómo me aprietas mientras explotas.

Mi mente se nublaba con cada palabra suya, cada embestida llevándome más cerca del abismo. Su lengua se deslizó por mi cuello, lamiendo el sudor de mi piel, sus dientes

hundiéndose ligeramente en mi carne, enviando escalofríos por mi columna. Sus manos se deslizaron por mi cuerpo, encontrando mis pechos nuevamente, sus dedos jugando con mis pezones endurecidos nuevamente, pellizcándolos y tirando de ellos con una mezcla de dolor y placer que me hacía gritar.

Sentí cómo su polla se hinchaba dentro de mí, sus gemidos mezclándose con los míos en una sinfonía de lujuria. Mis piernas temblaban mientras el orgasmo se acercaba, cada músculo de mi cuerpo tensándose en anticipación. Y entonces, con una última embestida profunda, exploté alrededor de él, mis paredes internas contrayéndose y apretándolo con fuerza. Mis gritos llenaron la sala, su nombre escapando de mis labios en un susurro desesperado mientras el placer me abrumaba, dejándome temblando y jadeando en sus brazos.

Benedict siguió empujando, sus embestidas cada vez más intensas y salvajes, prolongando su propio clímax hasta que ya no pudo más. Sentí cada centímetro de él dentro de mí, golpeando profundo y despiadado. Finalmente, se corrió dentro de mí, su semen caliente llenándome, inundando mis entrañas mientras sus movimientos se volvían erráticos, casi desesperados.

Luego, ambos nos quedamos allí, jadeando y temblando, nuestros cuerpos todavía entrelazados en un nudo de sudor y deseo satisfecho. Seguidamente, él me desató las muñecas con manos todavía temblorosas, pero su mirada había cambiado, era más suave pero aún llena de una intensa posesión. Me levantó y me sostuvo contra él, su cuerpo aún palpitante contra el mío.

—Cada vez que veas a Ryan o a cualquier otro hombre que te coquette, quiero que recuerdes inmediatamente a quién perteneces, pequeña. Recuerda quién te llena hasta que no puedes más, quién te hace gemir y rogar —dijo, acariciando mi mejilla con el pulga.

Lo miré, mi cuerpo todavía temblando por la intensidad del momento, cada fibra de mí aún vibrando con la energía de lo que acabábamos de compartir

—Lo recordaré —susurré, con la voz entrecortada, sabiendo que esta no sería la última vez que su posesividad nos llevaría a estos extremos. Pero también sabiendo que, en el fondo, ambos disfrutábamos de cada momento de nuestro oscuro y sensual juego. La manera en que él me miraba, la forma en que me hacía sentir completamente suya, era una adicción que no deseaba dejar.

Capítulo 15

Benedict

Estaba sentado en mi oficina, revisando los últimos detalles de una propuesta antes de la reunión. El reloj marcaba las diez de la mañana y esperaba a una joven inversionista que, según mis asistentes, tenía un potencial considerable. Aunque, para ser honesto, lo que realmente me importaba era el capital que podía inyectar en la empresa. Había mucho en juego y yo no tenía tiempo para distracciones innecesarias.

El clic de los tacones en el mármol pulido anunció su llegada antes de que la puerta se abriera. Levanté la mirada y vi a Helena Carpenter, una mujer en sus veintitantos años, con una figura que no dejaba nada a la imaginación. Llevaba un traje entallado que resaltaba sus curvas y una blusa ajustada que enfatizaba sus pechos generosos. Su cabello rubio caía en suaves ondas sobre sus hombros y sus ojos azules brillaban con una mezcla de ambición y algo más que no me interesaba explorar.

—Buenos días, señor Hawthorne —dijo ella con una sonrisa que parecía demasiado ensayada mientras entraba en la oficina.

—Buenos días, Helena. Toma asiento —respondí, sin levantarme.

No había necesidad de cortesías innecesarias.

Ella se sentó frente a mi escritorio, cruzando las piernas lentamente, un movimiento calculado para captar mi atención. Y lo hizo, pero no de la manera que ella esperaba. Me recordaba a un depredador acechando a su presa, y aunque yo solía disfrutar de juegos de poder, hoy no tenía tiempo para eso.

—Gracias por verme tan temprano, señor Hawthorne. Sé que su agenda debe estar muy ocupada —dijo ella, inclinándose ligeramente hacia adelante, lo suficiente para mostrar un poco más de escote.

—Siempre hay tiempo para discutir oportunidades de negocio —respondí, manteniendo mi tono profesional—. Háblame sobre tu propuesta.

Ella comenzó a exponer su plan de inversión, pero su atención no estaba en los números. Se movía de manera inquieta en su silla, sus manos jugueteando con su cabello, y su mirada no se despegaba de mí. Aunque me esforzaba por mantener el foco en la reunión, sus insinuaciones eran evidentes.

Mientras ella hablaba, se levantó y caminó alrededor del escritorio, deteniéndose junto a centímetros de mi sillón de cuero. Podía sentir su perfume caro, una fragancia que intentaba seducir y distraer.

— ¿No prefieres discutir esto en un lugar más... cómodo? —sugirió, colocando una

mano sobre el respaldo de mi sillón.

Me giré para mirarla y vi cómo se inclinaba, su blusa desabotonada lo suficiente como para mostrar una vista clara de su sostén de encaje negro.

—No. La verdad es que estoy bastante cómodo aquí —respondí, con una sonrisa fría.

— ¿Seguro? —dijo ella, acercándose más. Antes de que pudiera reaccionar, Helena subió una pierna sobre el brazo de la silla, abriendo las piernas de manera descarada. El movimiento fue tan vulgar y directo que me dejó momentáneamente sin palabras.

Ella no llevaba ropa interior.

— ¿Qué te parece esto, Benedict? —susurró, su voz cargada de lujuria.

Sonreí desvergonzadamente, pero no con la intención que ella esperaba. Mi mirada recorrió su cuerpo con un desprecio que no intenté ocultar.

—Patético —murmuré, con una frialdad calculada.

—¿Perdón? —dijo ella, con su confianza tambaleando por un momento.

—Patético —repetí, levantándome lentamente de mi sillón—. ¿De verdad piensas que abrirte de piernas como una cualquiera es la manera de cerrar un trato conmigo?

Su rostro palideció, y la seguridad que ella había mostrado se desvaneció en un instante.

—Yo... pensé que...

—Pensaste que podrías usar tu cuerpo para conseguir lo que querías. Qué cliché más barato —dije, sin molestia alguna en ocultar mi desdén—. Me importan los negocios, Helena. Y tú, con esta patética exhibición, has demostrado que no tienes nada más que ofrecer.

Helena no se detuvo ante mi rechazo. En lugar de eso, se abrió más las piernas, buscando mi aprobación. La situación se volvió aún más incómoda cuando se arrodilló delante de mí, intentando desabrocharme el cinturón. Su intención era obvia, y aunque su desesperación era palpable, su falta de dignidad era aún más evidente.

— ¿Qué crees que estás haciendo? —le pregunté con una frialdad cortante.

—Solo trato de hacer que cambies de opinión —respondió, con una sonrisa lasciva mientras sus manos se movían con torpeza sobre mi cinturón.

Mi paciencia estaba llegando a su límite, pero antes de que pudiera detenerla, la puerta se abrió de golpe.

Ella estaba allí, mi sumisa perfecta y mi obsesión, parada en la puerta con una mezcla de sorpresa y algo que parecía celos en su rostro. Sus ojos se encontraron con los míos por un momento, y pude ver cómo se quedaba tiesa ante la escena.

—Umm... yo... yo lamento haber interrumpido —dijo ella, con la voz temblorosa y una mirada que intentaba ser indiferente, aunque el dolor en sus ojos era evidente.

—No, no has interrumpido absolutamente nada importante —dije rápidamente, disfrutando del pequeño destello de celos que vi en sus ojos—. Quédate.

Helena se giró, mirando a la recién llegada con desprecio.

—¿Quién es ella? —preguntó, con un tono desafiante.

—Eso no te concierne —respondí con firmeza—. Ahora, vete de aquí y no vuelvas a molestarme con insinuaciones baratas.

—¿Qué? —Helena se levantó, todavía intentando recuperar algo de dignidad—. No puedes echarme así. ¡Tenemos negocios que discutir, Benedict!

—Los negocios se acabaron cuando decidiste comportarte como una desesperada —respondí, levantándome y arreglándome el cinturón—. Ahora, te quiero fuera de aquí.

Helena me miró con furia, pero no tenía más argumentos. Con un bufido, recogió sus cosas y se dirigió a la puerta. Cuando pasó junto a Rebecca, le lanzó una mirada de odio. Cerré la puerta detrás de ella y me volví hacia mi sumisa, que seguía parada allí, con una mezcla de confusión y celos en su rostro.

Mientras tanto, yo volví a sentarme en mi sillón.

—Ven aquí, pequeña —le dije, señalando la silla frente a mi escritorio.

Ella obedeció, sentándose en el regazo de la silla, pero sus ojos evitaban los míos. Entonces, no me ha quedado otra elección, que volver a levantarme y la tomé por la barbilla y la obligué a mirarme.

—¿Qué está pasando por tu cabeza? —le pregunté suavemente.

—¿Tienes más sumisas esparcidas por la ciudad? —preguntó ella, con un puchero que casi me hizo sonreír.

—¿De verdad crees eso? —le respondí, soltando una risa suave—. Lo que acabas de ver no fue más que una pobre mujer tratando de conseguir lo que quiere de la peor manera posible.

—Umm... bueno... ella parecía... muy interesada en ti —dijo ella, su voz cargada de una mezcla de inseguridad y curiosidad.

—Interesada en mi dinero, no en mí —corregí, mientras acariciaba su mejilla—. No tienes de qué preocuparte. Tú eres mi sumisa, y eso es algo completamente diferente.

Ella se sonrojó, bajando la mirada nuevamente.

—Es que... nunca habíamos hablado de esto. No sabía que...

—No sabías que alguien podría intentar algo así conmigo —completé por ella—. Mira, no soy el tipo de hombre que se distrae fácilmente con esas cosas. Tengo objetivos claros, y tú eres una parte importante de ellos.

Me incliné hacia ella, mirándola a los ojos.

—Eres hermosa —dije, casi sin darme cuenta de que las palabras salían de mi boca—. Y mucho más de lo que alguna vez yo podría haber imaginado.

Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendida por mis palabras.

—¿En serio piensas eso?

—Sí —respondí, con una sinceridad que incluso a mí me sorprendió—. Eres mucho más que una simple sumisa para mí.

Ella sonrió, con un rubor que le iluminaba el rostro. Se acomodó en mi regazo, y por un momento, el mundo exterior dejó de existir. Éramos solo nosotros dos.

—Gracias —susurró ella, apoyando su cabeza en mi hombro.

Mientras ella se acomodaba en mi regazo, me di cuenta de lo mucho que había cambiado en mi vida desde que ella había entrado en ella. No era solo una sumisa, era alguien que empezaba a significar más para mí de lo que estaba dispuesto a admitir, y eso me asustaba en cierto modo. No podía dejar que esto traspasara a otro nivel donde el corazón esté involucrado. Eso jamás.

Pero, mientras eso pasaba por mi mente, la abracé con firmeza, disfrutando del calor de su cuerpo contra el mío.

Capítulo 16

Rebecca

Hoy era sábado, y me encontraba dentro de mi pequeño apartamento terminando de prepararme para ir a visitar a mi hermana. Me había puesto un vestido sencillo pero bonito, algo que ella siempre decía que le gustaba verme usar. Y mientras me ajustaba los pendientes en el espejo, escuché un golpe en la puerta.

— ¿Quién podría ser tan temprano? —me pregunté a mí misma.

Abrí la puerta y allí estaba él, el jefe, el hombre que había cambiado mi vida de tantas maneras en tan poco tiempo. Se veía tan imponente como siempre, con su traje perfectamente ajustado y esa mirada que mataba corazones pero en el buen sentido, claro.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté, intentando mantener la calma mientras mi corazón latía con fuerza.

—Buenas días —dijo con una sonrisa que no prometía nada bueno por alguna razón—. Tengo algo para ti.

Entonces, él levantó una mano y me mostró una invitación elegantemente diseñada. La tomé, algo desconcertada.

— ¿Qué es esto? —pregunté, abriéndola lentamente.

—Es una invitación para una gala benéfica mañana por la noche —respondió él, con ese tono casual que usaba cuando quería provocar una reacción—. Me gustaría que vinieras conmigo.

— ¿Una gala? —pregunté, sorprendida—. ¿Conmigo?

—Sí, contigo —siguió hablando Benedict, como si fuera la cosa más obvia del mundo—. Necesito una acompañante y tú eres la única que quiero llevar.

— ¿Y qué hace que yo sea la elección adecuada? —pregunté, intentando ocultar mi nerviosismo.

—Porque nadie más me aguanta tanto tiempo como tú —respondió él, acercándose más a mí—. Además, eres increíblemente sexy y me gusta presumirte.

Me sonrojé profundamente.

—Eres un descarado.

—Lo sé —dijo con una sonrisa pícar—. Y también sé que te gusta que yo sea así.

No pude evitar sonreír mientras sacudo la cabeza.

—Eres imposible.

—Entonces, ¿qué dices? —Preguntó, levantando una ceja—. ¿Vendrás conmigo?

—Bueno, mañana domingo... No tengo planes —dijo, pensativa—. Pero ahora iba a ver a mi hermana en el hospital.

—Perfecto, iré contigo —me dijo él, para mi sorpresa—. Quiero acompañarte.

Lo miré, boquiabierta.

—¿Qué?

—Sí, quiero conocer a tu hermana personalmente —dijo con firmeza—. Después de todo, la trasladé a un mejor hospital. Quiero ver cómo está.

—Pero... ¿por qué? —pregunté, confundida—. No entiendo.

—Porque me importas —respondió él, y vi una chispa de sinceridad en sus ojos—. Y eso significa que tu hermana también me importa.

No supe qué decir. La sorpresa y el agradecimiento me dejaron sin palabras. Nunca habría esperado esto de él, y sin embargo, ahí estaba, ofreciéndose a acompañarme. Sus palabras resonaban en mi mente, "Tú me importas". Aunque sé que podría ser simplemente un gesto de simpatía, una cortesía amable, no podía evitar que una cálida emoción se apoderara de mí. Dudaba que sus sentimientos hacia mí fueran de carácter sentimental, y aunque probablemente solo fuera una muestra de amabilidad, escuchar esas palabras de sus labios me llenaba de una indescriptible alegría.

Pero, de repente, me di cuenta de que, independientemente de sus motivos, el hecho de que él estuviera dispuesto a estar a mi lado significaba mucho para mí. Su presencia era reconfortante y, aunque las dudas seguían rondando en mi mente, la calidez de sus palabras me brindaba una sensación de seguridad y esperanza que hacía mucho no sentía.

—Bueno, supongo que... eso estaría bien —dijo finalmente—. De acuerdo, vamos.

Terminé de arreglarme rápidamente mientras él me esperaba en la puerta. La mezcla de nerviosismo y gratitud me inundaba. No solo estaba preocupada por la visita al hospital, sino también por la idea de tenerlo a él a mi lado en un lugar tan personal y significativo para mí. Cada paso hacia la puerta aumentaba mi ansiedad. Sabía que mi hermana tendría muchas preguntas, y yo no estaba segura de cómo responder a todas.

Al abrir la puerta, lo encontré esperándome con una sonrisa tranquila. Su presencia, aunque reconfortante, también añadía una capa de presión que no podía ignorar. ¿Cómo le explicaría a mi hermana la presencia de mi jefe allí? ¿Cómo justificaría la cercanía que había surgido entre nosotros dos?

—Estás lista —dijo él, ofreciéndome su brazo cuando finalmente salí de mi apartamento.

—Sí, lista —respondí, tomando su brazo con una sonrisa tímida.

Nos dirigimos hacia el hospital en silencio en su lujoso automóvil, pero no era un silencio incómodo. Sus miradas furtivas y el ocasional roce de nuestras manos me recordaban que no estaba sola. Aún así, mis pensamientos se arremolinaban en mi mente.

Al llegar al hospital, tomé una profunda respiración y me preparé para enfrentar lo que viniera. Sentí su mano en mi espalda, un gesto sutil pero lleno de apoyo. Su presencia, aunque en parte desconcertante, me daba la fuerza que necesitaba. A veces, simplemente saber que alguien se preocupa por ti puede hacer toda la diferencia, y en ese momento, me aferré a esa idea con todas mis fuerzas.

El hospital tenía ese olor característico a desinfectante que nunca me gustaba. Caminamos por los pasillos hasta la habitación de Valeria. Me encontraba nerviosa, no solo por la salud de mi hermana, sino también porque no tenía idea de cómo reaccionaría ella al ver a mi jefe allí casualmente.

—Valeria, mira quién ha venido conmigo —dije, tratando de sonar entusiasta y natural.

Valeria levantó la vista de su libro y su expresión pasó de sorpresa a algo más cauteloso. Yo no estaba segura de cómo se sentiría ella al respecto, pero sabía que tenía que intentarlo.

—Hola —dijo él, con una sonrisa que parecía genuina—. Mi nombre es Benedict. Soy el jefe de tu hermana.

—¿Es tu jefe, Rebecca? —Preguntó Valeria, levantando una ceja—. ¿Qué hace tu jefe aquí?

—Bueno, él quería conocerte —dije, sintiendo que la situación se ponía tensa—. Después de todo, fue él quien te trasladó a este hospital.

Valeria frunció el ceño.

—¿Y por qué haría algo así? ¿Qué quiere realmente de ti?

Sentí el aire volverse más denso. Valeria siempre había sido directa, y en esta ocasión no fue diferente.

—Valeria, no es momento para... —comencé a decir, pero ella me interrumpió.

—Quiero saber —dijo ella, mirándolo fijamente—. ¿Qué quieres realmente de mi hermana además de dominarla como si fuera un objeto? ¿Es solo sexo o algo más?

Él no vaciló.

—Para ser honesto, es complicado —dijo con ese tono seguro que siempre tenía—. Empezó como algo físico, pero Rebecca es... diferente. No es solo sexo.

Me sonrojé, sintiendo cómo el ambiente se volvía más incómodo. Valeria no parecía impresionada.

—¿Diferente cómo? —preguntó Valeria, sin apartar la vista de él.

—Diferente en el sentido de que no puedo dejar de pensar en ella —respondió él—. Aunque no quiero involucrarme con ella emocionalmente por el momento, si eso es lo que quieres saber, Valeria.

—Bueno, ¿no crees que es mejor hablar de otra cosa? —Dije, intentando aligerar el ambiente—. Valeria, cuéntale a Benedict sobre ese libro que estás leyendo.

Valeria suspiró, pero cedió.

—Es una novela de fantasía —dijo, levantando el libro—. Trata sobre una chica que descubre que tiene poderes mágicos y tiene que salvar su reino.

—Interesante —dijo él, con una sonrisa—. Siempre me han gustado las historias de magia y aventuras.

Valeria se relajó un poco, pero aún había tensión en el aire. Sentí que tenía que intervenir de nuevo.

— ¿Te gustaría que trajéramos algunos libros nuevos la próxima vez, hermanita? —pregunté.

—Supongo —respondió Valeria, aún un poco fría.

Justo en ese momento, el doctor Howard entró en la habitación. Llevaba una expresión seria, y mi corazón se hundió un poco al instante.

—Buenas días —dijo el doctor, mirando a Valeria y luego a nosotros, el doctor conocía a Benedict, y se sorprendió un poco al verlo, pero de forma inmediata volvió a centrarse en el tema principal—. Me gustaría hablarles sobre el estado de Valeria.

Entonces, algo en mi interior me dijo que me preparara para lo peor.

El doctor se acomodó las gafas y comenzó a hablar.

—La condición de Valeria ha sido difícil —dijo—. Hemos estado monitoreando su progreso, pero lamentablemente, hemos notado que su estado está empeorando cada día más.

Sentí que el mundo se detenía. Miré a Valeria, quien mantenía una expresión valiente, pero podía ver el miedo en sus ojos.

— ¿Qué significa eso? —pregunté, mi voz apenas un susurro.

—Significa que necesitamos considerar opciones más agresivas de tratamiento —respondió el doctor.

—No quiero más tratamientos agresivos —dijo Valeria con cansancio—. Estoy agotada de todo esto.

—Valeria, por favor, tenemos que intentar todo lo posible para salvarte —traté de mantener la calma, aunque mi voz traicionaba mi desesperación—. No podemos rendirnos, ¿de acuerdo?

—Lo sé —respondió ella, su voz quebrándose ligeramente—. Pero a veces me pregunto

si realmente vale la pena seguir luchando.

— ¡Claro que vale la pena! —Exclamé, con un nudo en la garganta—. Sé que los tratamientos son horribles, pero...

—Rebecca —me interrumpió, su voz elevada y cargada de dolor—. No lo sabes. No sabes lo que es vivir con esto, porque no estás en mi piel. Es más que difícil... es una tortura constante.

Ella comenzaba a revelar que no es tan optimista como yo pensaba, lo cual es razonable.

—Lo sé, lo sé —dije, tomando sus manos con fuerza—. Y te juro que daría lo que fuera por estar en tu lugar, para que tú no tengas que pasar por todo este sufrimiento. Te lo juro, hermanita.

— ¿De verdad lo entiendes? —Susurró Valeria, suspirando con frustración—. ¿Sabes lo que es despertar cada día con miedo? Miedo a no ver el siguiente amanecer, miedo a que todo este dolor sea en vano.

—Lo intento —respondí, mis propias lágrimas comenzando a rodar por mis mejillas—. Intento entenderlo cada día, pero no puedo imaginar el infierno que estás viviendo. Solo quiero que sepas que estoy aquí contigo, cada paso del camino.

—Estoy tan cansada, Rebecca —admitió, su voz apenas un murmullo—. Cansada de luchar, cansada de mostrar una sonrisa cuando no estoy bien, estoy cansada de esperar un milagro que quizás nunca llegue.

—No estás sola en esto —dije con firmeza, apretando sus manos—. Me tienes a mí, y no nunca voy a dejar que te rindas. Eres fuerte, Valeria, mucho más de lo que crees.

—Pero ¿y si ya no puedo más? —Preguntó, mirando a los ojos con firmeza—. ¿Y si mi fuerza se ha agotado, Rebecca? ¿Tú podrías dejarme ir si quiero irme?

¿Qué?

Pero, de repente, el doctor decidió intervenir en la conversación.

—Entiendo que es una situación difícil, pero hay opciones que pueden mejorar tu calidad de vida, Valeria. Necesitamos discutir esto más a fondo, ¿bien?

Unos minutos más tarde, el doctor nos dejó para que pudiéramos hablar en privado. Me senté junto a Valeria, tomándole la mano.

—Valeria, tenemos que luchar. No puedo ni quiero perderte.

—Estoy tratando —dijo ella, su voz suave—. Pero es tan difícil, Becca.

Mientras ella y yo nos mirábamos a la cara, Benedict se mantuvo en silencio, observándonos. Y finalmente, habló.

—Lo que sea necesario para que Valeria tenga el mejor tratamiento —dijo—. Me

aseguraré de que ella tenga acceso a los mejores médicos y tratamientos disponibles.

—Gracias —dije, mirándolo a los ojos—. De verdad, muchas gracias.

Luego, con Valeria nos quedamos allí un rato más, hablando de cosas triviales para intentar aligerar el ambiente. Valeria parecía un poco más relajada, aunque la noticia del doctor pesaba sobre todas nosotras todavía.

Finalmente, era hora de terminar la visita.

Me levanté y me incliné para darle un abrazo a Valeria.

—Te amo —susurré.

—También te amo, hermana —respondió ella, aferrándose a mí por un momento.

Luego, Benedict y yo salimos del hospital en silencio. El aire de la ciudad de Nueva York estaba fresco y ayudó a despejar mi mente un poco. Caminamos hasta su coche y él abrió la puerta del copiloto para que yo entrara.

—Gracias por venir conmigo —dije finalmente, rompiendo el silencio.

—De nada —respondió él, encendiendo el motor del coche—. Quería asegurarme de que estuvieras bien.

—Estoy bien —dije, aunque no estaba segura si realmente lo estaba.

El camino de regreso a mi apartamento fue tranquilo. Mis pensamientos estaban desordenados, entre la preocupación por Valeria y la confusión por mis sentimientos hacia él.

—¿Estás pensando en algo? —preguntó él, sin apartar la vista de la carretera.

—Sí —respondí honestamente—. Es mucho para procesar.

—Lo sé. Pero recuerda que no estás sola. Estoy aquí para ayudarte.

Le di una pequeña sonrisa.

—Sí, y nunca voy a terminar de agradecerte, Benedict.

Llegamos a mi apartamento y él me acompañó hasta la puerta.

—¿Quieres subir a mi apartamento? —pregunté, aunque yo ya sabía la respuesta.

—Será mejor que yo te deje descansar —dijo, acariciándome la mejilla con cierta compasión.

—De acuerdo —respondí, sintiendo una mezcla de alivio y decepción.

—Nos vemos mañana en la gala —luego, se inclina para besarme en la frente—. Descansa, pequeña.

—Lo haré —respondí, observándolo mientras se alejaba.

Entré a mi apartamento y cerré la puerta, apoyándome en ella por un momento. Todo lo

que había sucedido en las últimas horas era abrumador. Pensé en Valeria, en su valentía y en la difícil batalla que enfrentaba. Pensé en él, en cómo se había involucrado en mi vida de una manera que nunca había esperado.

Me dirigí a la cama, deseando poder dormir y escapar de mis pensamientos por un rato.

Me acosté, cerrando los ojos y dejando que mis pensamientos divagaran. La preocupación por mi hermana y la confusión sobre mis sentimientos hacia él se mezclaban en mi mente. Pero a pesar de todo, sabía que tenía que seguir adelante. Por Valeria, por mí misma, y por lo que el futuro pudiera depararnos.

Era domingo por la noche y estaba en mi apartamento, nerviosa como nunca. Estaba frente al espejo, arreglando mi cabello una y otra vez, preguntándome qué significaba todo esto. ¿Acompañarlo a una gala benéfica? ¿Significaba que éramos algo más que amo y sumisa?

Miré mi reflejo en el espejo del tocador, y un suspiro profundo escapó de mis labios pintados de un rojo carmesí. Mis ojos, delineados con precisión, brillaban con una mezcla de nerviosismo y excitación.

Mi vestido era negro, ceñido a mi figura, este caía sobre mis curvas con una elegancia seductora. El escote en V bajaba lo suficiente como para dejar un atisbo provocador de mis pechos. La tela del vestido se ajustaba a mi cintura, destacando cada contorno de mis caderas y muslos. Me giré ligeramente para admirar el corte trasero, que dejaba ver mi espalda desnuda hasta casi la base de la columna. A decir, verdad, me vestí para él.

Me mordí el labio, perdida en mis pensamientos. ¿Qué significaba realmente esto? Siempre habíamos mantenido las cosas bastante claras entre nosotros: yo era su sumisa, él era mi amo. Pero ahora, se comportaba conmigo como un novio, y me estaba llevando a una gala, un evento público.

En fin, me apliqué un poco más de brillo labial, buscando distracción. ¿Era posible que esto fuera algo más? ¿Qué significaba realmente para él? Estaba tan perdida en mis pensamientos que no escuché mi teléfono hasta que sonó por segunda vez.

Era un mensaje de él:

"Baja ahora, pequeña. Te estoy esperando."

Mi corazón dio un vuelco. Era el momento. Tomé mi bolso, verifiqué mi maquillaje una última vez y me dirigí hacia la puerta. Mientras bajaba por el ascensor, mis pensamientos volaban. ¿Qué esperaba él de esta noche? ¿Y qué esperaba yo?

Al salir del edificio, me encontré con una limusina lujosa esperándome. Las luces de la ciudad reflejaban en su carrocería negra y brillante, dándole un aire de poder. Mi corazón latía con fuerza, cada paso hacia el vehículo parecía resonar en mi pecho. Y entonces lo vi.

Él estaba de pie junto a la limusina, vestido con un esmoquin negro impecable que resaltaba su figura de dios griego. El corte perfecto del traje acentuaba sus hombros anchos y su

cintura estrecha, proyectando una imagen de fuerza contenida y elegancia. La tela del esmoquin brillaba ligeramente bajo las luces, sugiriendo su calidad superior. Su camisa blanca, inmaculadamente planchada, contrastaba con la piel ligeramente bronceada de su cuello, mientras que la corbata negra le daba un aire de sofisticación y autoridad que hacía que mi respiración se acelerara.

Su cabello oscuro estaba peinado hacia atrás, revelando sus rasgos cincelados y esa mandíbula fuerte que tanto me gustaba. Cada línea de su rostro parecía tallada a mano, exudando una masculinidad cruda y magnética. Sus ojos oscuros y penetrantes eran lo que realmente me derritió. Esos ojos tenían la capacidad de desnudarte el alma, de ver a través de cada máscara que pudieras intentar usar. La intensidad de su mirada me hacía sentir vulnerable, expuesta, y al mismo tiempo, irresistiblemente atraída hacia él.

Cuando él sonrió, mostrando esa sonrisa torcida que tanto me gustaba, sentí que mis rodillas se debilitaban. Sus labios se curvaron lentamente, y en esa sonrisa había una promesa silenciosa de placer y peligro. Me costó mantener la compostura mientras me acercaba más, mis pasos se volvieron más lentos, como si un imán invisible me atrajera hacia él.

La brisa nocturna acariciaba mi piel, pero la verdadera electricidad estaba en el aire entre nosotros. Al llegar a su lado, sus ojos recorrieron mi figura con una mezcla de apreciación y deseo, haciendo que mi piel se erizara bajo su escrutinio.

—Estás hermosa —su voz fue suave y delicada.

—Gracias —respondí, mi voz temblando un poco—. Tú también te ves... increíble.

Él sonrió, y supe que había notado mi nerviosismo.

—Vamos, sube a la limusina —dijo, abriendo la puerta de la limusina para mí.

Me deslicé dentro del coche, sintiendo el lujo y la comodidad del interior. Él se unió a mí, cerrando la puerta tras de sí, y el coche comenzó a moverse.

El viaje en la limusina fue silencioso al principio. Sentí su mirada sobre mí, evaluándome, y me pregunté si él podía oír mi corazón latiendo con fuerza. Finalmente, rompió el silencio.

—Estás nerviosa —dijo, más como una afirmación que como una pregunta.

—Un poco —admití, mirando mis manos.

—No tienes por qué estarlo —dijo, su voz calmante—. Esta noche es para disfrutar. Quiero que te relajes y te diviertas.

Asentí, tratando de relajarme.

—Es solo que... no sé qué significa esto.

Él levantó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Nosotros —dije, dudando—. Siempre hemos sido claros en lo que somos. Pero ahora, me estás llevando a una gala en público. No sé qué pensar.

Él se inclinó hacia mí, su rostro cerca del mío.

—Significa lo que tú quieras que signifique —dijo suavemente—. Quiero que estés a mi lado esta noche, no solo como mi sumisa, sino como alguien importante para mí.

Sentí una oleada de emoción y confusión. ¿Podía significar eso que él quería algo más conmigo? ¿Algo más profundo? No estaba segura de cómo responder, así que simplemente asentí con la cabeza.

Finalmente, la limusina se detuvo y el chófer abrió la puerta. Bajé con él a mi lado, y al mirar hacia el edificio, vi un deslumbrante espectáculo de luces y gente vestida elegantemente entrando al evento.

Él me ofreció su brazo, y yo lo tomé, sintiendo una mezcla de nervios y emoción. Entramos juntos, y de inmediato nos recibieron con sonrisas y saludos.

El interior del lugar era impresionante. Luces suaves, mesas elegantemente decoradas, y un ambiente de sofisticación que casi me hizo olvidar mis nervios. Caminamos entre la multitud, saludando a algunas personas que obviamente conocían a mi acompañante.

—Es un evento importante —susurré, sintiéndome un poco fuera de lugar.

—Lo es —respondió él, apretando mi mano—. Pero quiero que disfrutes. Esta noche es nuestra.

Nos detuvimos en un grupo de personas que lo saludaron calurosamente. Me presente a mí misma ante ellos y todos parecían interesados en conocerme, aunque yo sabía que probablemente solo querían saber quién era la mujer que había capturado la atención de un hombre tan influyente y tan codiciado.

Una mujer mayor, elegantemente vestida, me sonrió.

— ¿Cómo conociste a este hombre encantador, cariño?

—Oh, bueno, trabajamos juntos —dije, tratando de sonar natural.

Durante la siguiente hora, noté cómo él se movía con facilidad entre la gente, saludando a todos con esa sonrisa encantadora. Pero siempre mantenía una mano sobre la mía o un brazo alrededor de mi cintura, como si quisiera asegurarse de que me sintiera segura y protegida.

— ¿Estás bien? —me preguntó en un momento, inclinándose para que solo yo pudiera oírlo.

—Sí, estoy bien —respondí, sonriendo—. Es solo... que esto es mucho para asimilar.

Mientras la noche avanzaba, me di cuenta de lo mucho que significaba para él que yo estuviera allí con él. Y aunque todavía no sabía exactamente lo que éramos, comencé a sentirme más segura y cómoda.

Él me presentó a varias personas importantes, y cada vez que lo hacía, me miraba con esa mezcla de orgullo y afecto que me hacía sentir especial. Comencé a relajarme y a disfrutar de la noche, sabiendo que, al menos por ahora, yo estaba donde debía estar.

Capítulo 17

Benedict

La gala benéfica estaba en pleno apogeo, con el salón de baile del lujoso hotel rebosante de figuras importantes y personalidades influyentes. La orquesta tocaba una melodía suave mientras los camareros se deslizaban entre los invitados, ofreciendo copas de champán y canapés exquisitos. Las mujeres lucían deslumbrantes en trajes de noche elegantes, y los hombres estaban impecablemente vestidos en esmoquin. Sin embargo, a pesar de la atmósfera de sofisticación y caridad, mi mente estaba centrada en una sola persona: Rebecca Sullivan.

Rebecca estaba a mi lado, su vestido de negro ajustado acentuando cada curva de su cuerpo. Sus ojos brillaban con emoción y a la vez con deseo y sumisión, un reflejo de nuestra relación secreta. Ella era mi sumisa, y yo su amo. La dinámica de poder entre nosotros se mantuvo oculta bajo la superficie, invisible para el resto del mundo, pero en esta noche, planeaba llevarla a un nuevo nivel.

—Esta noche quiero que seas más que mi acompañante—, susurré en su oído, mi voz apenas un murmullo. —Esta noche serás mi sumisa, y seguirás cada una de mis órdenes sin dudar.

Ella asintió, sus labios temblando ligeramente. Podía sentir su excitación, su deseo de complacerme. La adrenalina corría por mis venas, sabiendo que estábamos jugando un juego peligroso en medio de la alta sociedad.

—Sí, Señor—, respondió, su voz un susurro apenas audible.

La miré, disfrutando del leve rubor que se extendía por sus mejillas. Mis dedos se deslizaron por su brazo, enviando escalofríos por su piel. Quería saborearla, poseerla, pero sabía que debía ser paciente. La anticipación haría que todo fuera más dulce.

—Quiero que vayas al baño y te quites la ropa interior —ordené—. Luego, vuelve aquí y dámela discretamente.

Ella asintió, sus ojos llenos de un deseo incontrolable. Sin decir una palabra, se dio la vuelta y caminó hacia los baños, su cuerpo moviéndose con una sensualidad natural que encendía aún más mi deseo. La miré mientras se alejaba, mi cuerpo tensándose al imaginar lo que vendría. Sabía que ella cumpliría mis órdenes sin vacilar; su anhelo de complacerme era más fuerte que cualquier rastro de vergüenza o miedo.

Los minutos se arrastraron lentamente antes de que ella regresara. Su rostro mantenía una calma aparente, pero sus ojos brillaban con una emoción contenida, una chispa de lujuria que no podía esconder. Se acercó a mí con pasos deliberadamente lentos, su respiración acelerada, y con un movimiento casi imperceptible, deslizó su ropa interior en mi bolsillo. Sentí la seda suave y aún cálida contra mis dedos, y no pude evitar una sonrisa de satisfacción.

—Buena chica—, susurré, acariciando su mejilla suavemente. Ella cerró los ojos un momento, disfrutando de mi toque. —Has hecho bien. Ahora, vamos a ver qué más estás dispuesta a hacer por mí esta noche.

La gala continuaba a nuestro alrededor, los invitados charlando y riendo, ajenos a la intensa dinámica que se desarrollaba entre nosotros. La llevé conmigo de nuevo, saludando a conocidos y socios de negocios, todo mientras mantenía una mano firme en su espalda baja.

Nos detuvimos junto a una mesa de postres, la variedad de dulces y pasteles era una verdadera tentación para los sentidos. Me incliné hacia ella, mis labios rozando su oído.

—Quiero que tomes uno de esos postres y lo comas para mí— ordené despacio—Pero quiero que lo hagas de una manera que solo yo entenderé lo que realmente estás haciendo.

Ella asintió, sus ojos llenos de sumisión y deseo. Tomó un pequeño pastel y lo llevó lentamente a sus labios, sus ojos nunca apartándose de los míos. Comenzó a comerlo despacio, con movimientos deliberados y sensuales, dejando que la crema se deslizara por sus labios antes de lamerla provocativamente. Y joder, yo podía ver el rubor extendiéndose por su cuello y su pecho, su excitación evidente bajo la luz tenue del lugar. La mezcla de vergüenza y deseo de ser observada y controlada en público la hacía aún más irresistible.

—Así me gusta—murmuré, acercándome más, mis dedos rozando su cuello con suavidad antes de deslizarse hacia abajo, acariciando la piel expuesta de su escote—. Eres perfecta cuando te entregas así.

Ella tembló bajo mi toque.

—Ahora —continué—. Vamos a un lugar más privado. Quiero disfrutar de cada centímetro de ti sin interrupciones.

Tomé su mano y la guíé fuera del salón principal, moviéndonos discretamente hacia uno de los pasillos laterales menos concurridos. Encontré una puerta que daba a un balcón privado, y la llevé afuera, cerrando la puerta tras nosotros. La brisa nocturna era fresca y agradable, pero la anticipación de lo que estaba por venir nos mantenía cálidos.

Nos acercamos a un rincón oscuro del balcón, fuera de la vista de los demás invitados. Rebecca se giró para mirarme, su pecho subiendo y bajando con respiraciones rápidas. Mis manos se deslizaron por su cintura, tirando de ella contra mí.

—Vamos a hacer algo muy atrevido esta noche, Rebecca —le dije, mi voz baja y cargada de deseo—Quiero que montes mi polla aquí mismo, mientras la gala continúa adentro.

Ella jadeó, sus ojos abriéndose con sorpresa y excitación. Aparentemente, ella no había esperado algo tan audaz, pero podía ver en su expresión que estaba más que dispuesta a complacerme. Asintió lentamente, sus manos deslizándose por mi pecho mientras se arrodillaba frente a mí.

Desabroché mis pantalones con dedos temblorosos, liberando mi erección. Sus ojos brillaban con deseo mientras me miraba, su lengua deslizándose por sus labios. Se levantó lentamente, levantando su vestido y dejando al descubierto su piel desnuda debajo.

—Adelante, pequeña —gemí con voz ronca—. Trabaja esas pequeñas caderas y comienza a cabalgarme.

Ella se subió a mis piernas, sus rodillas apoyándose en el asiento del banco del balcón. Lentamente, se dejó caer sobre mi polla, soltando un gemido mientras me adentraba en su cálido y apretado interior. Mis manos se posaron firmemente en sus caderas, ayudándola a moverse. Sentí cómo sus paredes se ajustaban y apretaban alrededor de mí, provocando un estremecimiento que recorría todo mi cuerpo.

—Eso es, nena —murmuré, disfrutando de la sensación de sus músculos apretándose a mi alrededor—. Muéstrame lo bien que puedes montar.

Ella comenzó a moverse, sus caderas encontrando un ritmo lento y deliberado. Sus gemidos eran suaves al principio, pero pronto se hicieron más fuertes y desesperados a medida que la intensidad aumentaba. Sus manos se aferraron a los bordes del banco para mantener el equilibrio, sus dedos rasgando la madera con desesperación.

—Sí, así, más rápido —le ordené, mis dedos clavándose en la carne de sus caderas, guiándola a un ritmo más frenético.

Ella obedeció, moviéndose con mayor urgencia, sus pechos rebotando con cada movimiento. Los gemidos se convirtieron en gritos ahogados mientras su cuerpo se entregaba completamente al placer. Luego, yo mismo sentí sus uñas arañar mi pecho, dejando marcas rojas sobre mi piel. Cada vez que se dejaba caer, mi polla llegaba más profundo, arrancándole jadeos y suspiros incontrolables.

—Me vuelves loco, nena —susurré, mi voz cargada de deseo mientras ella se retorció sobre mí, sus movimientos más erráticos y salvajes. Mis manos subieron por su cuerpo, agarrando sus pechos y apretándolos con fuerza, disfrutando del peso y la suavidad entre mis dedos.

De repente, escuchamos a unas personas hablar mientras caminaban por una calle cerca del balcón del hotel. Pero afortunadamente, nadie podía descubrirnos.

Cuando esas personas siguieron caminando y se desvanecieron en la distancia, ella comenzó a follarme con una intensidad voraz, sus gemidos convirtiéndose en un concierto de maullidos lascivos.

— ¿Te gusta eso, verdad? —jadeé, mis manos apretando con fuerza sus nalgas, guiándola más profundamente sobre mi polla. Sentía cada contracción de su cuerpo, cada temblor de su carne en mis manos, mientras sus caderas se movían frenéticas sobre mí.

—Sí, amo —susurró, su voz temblando de puro placer. Sentí cómo se estremecía al responderme, sus pechos rozando mi pecho, sus pezones duros como piedras. Su ritmo se volvió más frenético, más desesperado, y su piel brillaba con una fina capa de sudor.

— ¿Te excita montar la enorme polla de tu amo aquí afuera, donde cualquiera podría ver cómo te entregas a mí? —mi voz era un gruñido bajo, cargado de lujuria.

Mi mano derecha bajó hasta su entrepierna, mis dedos encontrando su clítoris hinchado

y sensible. Apliqué una presión firme, haciendo que se estremeciera y gritara, sus uñas clavándose en mis hombros.

—Sí, amo... —su voz era un hilo, rota por los gemidos. —Me encanta... oh, Dios mío, amo, me encanta tanto...

Sus palabras eran un bálsamo para mi ego, un combustible para mi deseo. Mis dedos seguían torturando su clitoris mientras ella cabalgaba mi polla con un frenesí desenfrenado. La sensación de su sexo apretando el mío, la mezcla de su humedad y el aire nocturno, el riesgo de ser descubiertos, todo se combinaba en una experiencia intoxicante.

Con un deseo insaciable, agarré una de sus nalgas firmemente otra vez, apretándola contra mi polla con una fuerza que la hacía gemir más todavía. Comencé a moverme, moliéndola lentamente, cada empuje deliberado enviando oleadas de placer a través de ambos. Sentía su dulce clitoris presionarse contra mi longitud, frotándose intensamente de lado a lado, la fricción húmeda y ardiente alimentando mi lujuria.

Ella lanzó un grito agudo de placer, su cuerpo estremeciéndose violentamente mientras se aferraba a mí con desesperación. Sus uñas se clavaban en mi espalda, dejando marcas que ardían deliciosamente. Podía sentir sus jugos empapando mis muslos, su calor desbordándose mientras me perdía en el ritmo salvaje y lujurioso de nuestro encuentro.

—¿Cómo se siente tu coño ahora? —Pregunté, mi voz baja y llena de lujuria—. ¿Te gusta cómo mi polla te llena completamente?

—Sí, me encanta —gimió, su cuerpo sacudiéndose de placer. —Me gusta demasiado, amo...

Sus muslos empezaron a temblar visiblemente, y podía sentir que estaba al borde del clímax. Sus dedos rasgaron mi camisa, sus uñas dejando muchas más marcas rojas en mi piel mientras su cuerpo se tensaba y se relajaba con cada embestida. La intensidad del momento, la posibilidad de ser descubiertos, todo se combinaba para hacer la experiencia aún más excitante.

—Corre para mí, pequeña —murmuré, mi voz un susurro cargado de autoridad—. Quiero sentirte derramarte sobre mi polla.

Ella gritó, su cuerpo arqueándose mientras el orgasmo la arrasaba. Sus músculos se apretaron alrededor de mí, enviándome a mi propio clímax. Gemí su nombre, mis manos aferrándose a sus caderas mientras nos perdíamos en el placer.

Nos quedamos allí, jadeando y temblando, la brisa nocturna enfriando nuestros cuerpos sudorosos. Rebecca se derrumbó contra mi pecho, su respiración aún estaba irregular mientras ella trataba de recuperar el aliento.

Mis manos recorrían su espalda con movimientos lentos y posesivos, disfrutando de la sensación de su piel suave bajo mis dedos.

—Eres una diosa, Rebecca —susurré, mi voz cargada de deseo y posesión. Besé su cabello con ternura, pero no pude evitar que mi mano se deslizara hacia su trasero, apretando ligeramente—. Gracias por estar aquí conmigo.

—Gracias a ti por invitarme —respondió ella, sonriendo—. Significó mucho para mí.

—Para mí también —respondí, inclinándose para besarla suavemente.

Y luego, volvimos a la gala, fingiendo que nada ha sucedido.

Una media hora después, yo estaba en medio de una conversación con algunos inversionistas cuando la vi. Ella estaba hablando con un grupo de hombres que la acorralaron mientras volvía al salón luego de ir al baño, todos claramente interesados en algo más que una simple charla. Pude ver las miradas hambrientas que le lanzaban, las sonrisas que no llegaban a sus ojos.

Mi mandíbula se tensó.

Uno de los inversionistas, un hombre mayor con el que estaba cerrando un trato importante, me preguntó algo sobre las proyecciones financieras del próximo trimestre. Respondí automáticamente, pero mi atención estaba fija en Rebecca y en esos hijos de puta.

La ira empezó a burbujear dentro de mí. No era solo celos, aunque claro que eso también estaba presente. Era más profundo, una necesidad de protegerla. Ella era mía, mi sumisa, mi empleada. Tenía que protegerla de esos buitres asquerosos.

—Disculpen —dije bruscamente a mis interlocutores, sin molestarse en dar más explicaciones. Crucé la sala con pasos decididos, mis ojos fijos en Rebecca.

Ella estaba riendo, aunque podía ver el nerviosismo en sus ojos. Uno de los hombres, un tipo joven y arrogante, estaba demasiado cerca, inclinado hacia ella, hablando en voz baja. La furia en mi interior creció.

—Rebecca —dije con voz firme, haciendo que todos se volvieran a mirarme—. Necesito hablar contigo un momento.

Ella me miró, sorprendida. Los hombres alrededor de ella también se giraron, con miradas que iban desde la curiosidad hasta la molestia.

—Perdón, caballeros —dije, sin molestarme en ocultar mi desprecio—. Pero la joven es mi acompañante esta noche, y necesito hablar con ella en privado.

Tomé su brazo suavemente, pero con firmeza, y la aparté del grupo.

—¿Qué diablos estás haciendo? —le susurré con voz dura.

Ella me miró, con los ojos abiertos de par en par.

—Solo estaba hablando, ellos... ellos se acercaron y empezaron a hablarme...

—No quiero que hables con ellos —gruñí, sintiendo mi posesividad arder—. Eres mía, y no voy a permitir que te traten como... como..."

—¿Cómo qué? —replicó ella, levantando la barbilla con un toque de desafío.

—Como un objeto —terminé de hablar—. No puedo soportar la idea de que esos hombres te miren así.

Hubo un momento de silencio, donde ambos nos miramos intensamente. Podía ver la mezcla de confusión y comprensión en sus ojos. Finalmente, ella asintió.

—Lo siento —dijo suavemente—. No quise causar problemas.

Suspiré, soltando un poco de la tensión.

—No es tu culpa, así que no tienes nada de que disculparte —dije rápidamente—. Solo... mantente cerca de mí, ¿de acuerdo?

Ella asintió de nuevo, y pude ver una pequeña sonrisa asomando en sus labios.

—De acuerdo.

La llevé de vuelta a mi lado, manteniendo una mano firme en la parte baja de su espalda. Los hombres con los que había estado hablando nos miraron con diferentes expresiones, pero no me importó. Rebecca era mía, y lo dejé claro.

Capítulo 18

Benedict

La gala continuaba, con las luces brillando y el murmullo de las conversaciones llenando el aire. Rebecca y yo habíamos encontrado un rincón algo más tranquilo, lejos del bullicio principal. Estábamos hablando, yo todavía sintiendo la tensión de los eventos recientes, cuando de repente, alguien se acercó a nosotros.

Era una mujer alta y rubia, con un vestido rojo que dejaba poco a la imaginación. Sus ojos estaban fijos en mí, y una sonrisa depredadora se formó en sus labios.

— ¡Qué sorpresa verte aquí! —exclamó, con un tono familiar y coqueteo descarado.

—Carla —dije, reconociéndola de inmediato. Ella es una ex amante que yo había dejado atrás hacía tiempo—. No esperaba verte.

—Bueno, ya sabes —dijo, acercándose aún más—. Las galas benéficas siempre atraen a la multitud más interesante.

Carla no perdió tiempo. Se deslizó aún más cerca de mí, su cuerpo rozando el mío mientras sus dedos jugueteaban con la solapa de mi chaqueta.

—Me alegra verte, ha pasado tanto tiempo —susurró, con su aliento cálido contra mi oído.

Rebecca, a mi lado, estaba tensa. Podía sentir su incomodidad y sus ojos fijos en Carla y en mí. A pesar de ello, me permití disfrutar del juego por un momento.

—Sí, ha pasado tiempo —respondí, mirando a Carla con una sonrisa que no llegaba a mis ojos.

— ¿Y quién es esta encantadora mujer? —preguntó Carla, finalmente mirando a Rebecca. Su tono era claramente condescendiente.

—Ella es Rebecca —dije, sin ofrecer más detalles—. Mi acompañante para esta noche.

Carla sonrió, pero era una sonrisa de depredadora.

—Encantada de conocerte, Rebecca —dijo, estirando la mano—. Soy Carla, una vieja amiga de tu acompañante.

Rebecca tomó la mano de Carla, su apretón era firme pero breve.

—Encantada —respondió ella, su voz era suave aunque sus ojos mostraban la tormenta interior que estaba sintiendo.

Carla no volvió a perder el tiempo. Se volvió hacia mí, colocando una mano en mi

pecho.

—Deberíamos ponernos al día, Benedict —dijo, sus labios rozando mi mejilla—. Tantas cosas han pasado desde la última vez que nos encontramos.

La provocación era clara. Yo podía sentir la rabia de Rebecca a mi lado, pero también su dureza de mantener la compostura. Carla se estaba pasando de la raya, y aunque yo estaba tentado a seguir el juego un poco más, sabía que debía ponerle un alto.

Y antes de que yo pudiera decir algo, Rebecca dio un paso adelante.

—Carla, creo que ya es suficiente.

Carla se volvió hacia ella, sorprendida por la audacia de Rebecca.

— ¿Perdón? —preguntó, sus ojos llenos de burla.

—Ya escuchaste —continuó Rebecca sin más preámbulos—. Esta noche él está conmigo. Si tienes algo que discutir con él, será mejor que lo hagas en otro momento.

Carla arqueó una ceja, claramente no acostumbrada a ser confrontada de esa manera.

—Vaya, tienes agallas, querida —dijo, mirando a Rebecca con una mezcla de sorpresa y desprecio.

—No es cuestión de agallas —respondió Rebecca, su voz temblando ligeramente pero manteniéndose firme—. Es cuestión de respeto. Y claramente, eso es algo que te falta.

No pude evitar sonreír. La valentía de mi pequeña me impresionaba y me llenaba de orgullo. Carla, por otro lado, estaba claramente irritada.

—Bueno —dijo Carla, finalmente retrocediendo—. Veo que las cosas han cambiado. Pero no olvides algo, querida. Eventualmente, terminarás como las demás sumisas, olvidada y desechada.

Rebecca levantó la barbilla, desafiante, mientras una sonrisa burlona se dibujaba en mi rostro. No iba a permitir que Carla se saliera con la suya tan fácilmente.

—Carla, cariño —respondí con tono perezoso y arrogante—. Me parece que estás hablando de ti misma. ¿Estás celosa? ¿O simplemente no puedes aceptar que Rebecca es diferente a ti?

La rubia frunció el ceño y dio un paso atrás, claramente afectada por mis palabras. Rebecca, mientras tanto, se mantuvo firme, con una mirada decidida que solo aumentaba mi deseo por ella.

—Nos veremos, Carla —dije con desdén, dejando claro que la conversación había terminado.

Miré a Rebecca, que respiraba profundamente, tratando de calmarse.

Después de que Carla se fue, el ambiente entre Rebecca y yo se tornó más ligero.

Y entonces, aproveché ese momento para atraer a Rebecca hacia mí, deslizando mi mano por su espalda hasta apretar su trasero con posesión.

—Bien hecho, pequeña. Así es como se mantiene el control —murmuré en su oído, disfrutando de la forma en que su cuerpo respondía a mi toque.

Rebecca, sin embargo, en pocos segundos frunció el ceño, con un mohín de disgusto en sus labios.

—No me gustó cómo esa mujer se te insinuaba.

—¿Te has puesto celosa? —le pregunté, sin rodeos, mientras la miraba fijamente.

Ella reaccionó de inmediato, su rostro sonrojándose mientras negaba con la cabeza.

—No, claro que no —respondió rápidamente, sus ojos evitando los míos.

Sonreí, sabiendo que ella estaba mintiendo. Esa reacción tan rápida y defensiva me dijo todo lo que necesitaba saber.

—No importa —dije, acercándome más a ella—. Me ha gustado ver esa parte fiera de ti.

Ella me miró con sorpresa, sus ojos llenos de curiosidad y algo de recelo. Antes de que pudiera decir algo más, me incliné hacia ella, mi voz baja y cargada de intención.

—Es hora de una recompensa —murmuré, mi aliento rozando su oído.

Rebecca tragó saliva, su cuerpo tensándose ante mis palabras. Podía ver la mezcla de emociones en su rostro: confusión, deseo, y un toque de vergüenza de nuevo.

—¿Otra vez? —preguntó ella sorprendida.

—Por supuesto —respondí como si eso fuera lo más obvio del mundo.

Ella me miró con los ojos llenos de incertidumbre y, después de un momento de vacilación, preguntó tímidamente:

—¿Me trajiste a la gala solo para follar?

Una sonrisa torcida se dibujó en mis labios mientras me acercaba a ella, el calor de mi cuerpo mezclándose con el suyo.

—No, te traje aquí para que disfrutes de una maravillosa noche de negocios y placer —dije con descaro, mi voz goteando deseo—. Sin embargo, aquí, entre toda esta gente, solo pienso en lo que te voy a hacer después, en cómo voy a tomar cada centímetro de tu cuerpo. Cada vez que sonríes, cada vez que te tocas el pelo, me imagino lo fácil que sería deslizar mis manos por debajo de ese vestido y hacerte gemir delante de todos ellos. Te traje aquí también porque yo sabía que no podrías resistirte a mis deseos, y porque quiero que todos vean lo que haces por mí, incluso si no lo saben realmente.

Ella se sonrojó, sus ojos buscando los míos, atrapada entre la vergüenza y la excitación.

—Sígueme.

Nos dirigimos hacia una de las salas privadas de la gala, un refugio destinado a ofrecer un respiro a los invitados importantes. El ambiente era íntimo, con luces tenues y una decoración lujosa que envolvía la habitación en un aura de misterio y a la vez comodidad. Cerré la puerta tras nosotros, asegurándome de que nadie nos molestara más tarde.

Rebecca estaba de pie en el centro de la habitación, sus grandes y oscuros ojos recorrían el lugar nerviosamente. Su vestido, una obra maestra de seda negra que abrazaba cada curva de su cuerpo, se movía sutilmente con cada respiración, como si susurrara promesas de placer. Me acerqué a ella lentamente, disfrutando de cada segundo de su expectación palpable.

—Arrodíllate, pequeña —ordené suavemente.

Rebecca obedeció de inmediato, bajando lentamente hasta quedar de rodillas frente a mí. Podía ver cómo sus manos temblaban ligeramente, y su respiración se aceleraba, sus pechos subiendo y bajando con cada inhalación. Su sumisión era un espectáculo en sí mismo, una muestra explícita del poder que tenía sobre ella y la devoción con la que me seguía. Me agaché un poco, disfrutando de su vulnerabilidad, y acaricié su mejilla, sintiendo cómo su piel se erizaba bajo mi tacto.

—Eres tan hermosa cuando estás así —murmuré, acariciando su cabello suavemente, dejándome llevar por la sensación de su suavidad—. Ahora, quiero que me muestres cuánto te ha gustado defender tu lugar esta noche.

Mi tono era inequívoco, y ella lo sabía. Sus manos se apresuraron a desabrochar mi cinturón, sus dedos temblaban, no solo de nerviosismo sino también de deseo reprimido. Podía percibir el temor en sus ojos, el miedo de ser descubiertos en cualquier momento. Pero si nadie nos había atrapado cuando estábamos follando salvajemente en la azotea hace apenas un rato, ahora mucho menos. Bajó mis pantalones y boxers con torpeza, exponiéndome completamente ante ella. Sentí su aliento cálido y entrecortado contra mi polla ya dura, pulsando por ella.

— ¿Te gusta lo que ves? —le pregunté con arrogancia, mirándola fijamente, disfrutando de su sumisión.

—Sí, señor —susurró ella, su voz temblorosa y llena de anticipación.

—Entonces, demuéstremelo —ordené, mi mirada fija en la suya, desafiándola a cumplir con mis expectativas.

Sabía que ella iba a hacer todo lo posible por complacerme, y eso solo aumentaba mi excitación.

Rebecca se inclinó hacia adelante, sus labios rozando la punta de mi erección antes de abrirse lentamente, permitiendo que me deslizara en su boca cálida y húmeda. La sensación era exquisita, su lengua serpenteando alrededor de cada centímetro de mi longitud, mientras ella se movía con una mezcla de devoción y habilidad que me hacía temblar de placer. Cada movimiento era calculado, cada lamida y succión diseñadas para llevarme al límite.

—Así, buena chica —gemí, mientras mis manos comenzaban a enredarse firmemente

en su cabello, guiando su ritmo a mi antojo—. Quiero que sientas cada pulgada de esta enorme polla, y que me des todo lo que tienes de ti.

Ella respondió a mis palabras con un entusiasmo renovado, succionando con una intensidad feroz. Sus mejillas se hundían con el esfuerzo, creando una succión poderosa que hacía que mi erección palpitara de placer. Los suaves gemidos que emanaban de su garganta vibraban a lo largo de mi longitud, enviando olas de éxtasis que recorrían todo mi cuerpo. La veía luchar por mantener el control, su saliva goteando por las comisuras de sus labios mientras me tomaba más y más profundo, hasta que sus labios rozaban la base de mi erección.

—Más profundo —ordené, empujando su cabeza con fuerza hacia mí. Sentí cómo ella se esforzaba por complacerme hasta cruzar las barreras del placer, sus ojos llenos de lágrimas de esfuerzo y placer, su garganta luchando desesperadamente por acomodarse a mi tamaño. Mi polla palpitaba en esa boca insaciable, húmeda y cálida.

—Eso es, toma todo, pequeña —gruñí—. Eres mía, sólo mía. Y vas a hacerme sentir jodidamente bien.

Rebecca se aferró a mis muslos, sus uñas clavándose en mi piel mientras su boca trabajaba con una diligencia casi frenética para cumplir con mis deseos. Podía ver la mezcla de sumisión y deseo en su rostro, su necesidad de complacerme palpable y electrizante. Su lengua se movía con destreza, acariciando cada pulgada de mi polla mientras gemía alrededor de ella.

—¿Te gusta esto, pequeña? —pregunté, tirando de su cabello con firmeza para que me mirara a los ojos. Su mirada se encontró con la mía, llena de deseo y adoración, sus labios hinchados y húmedos de saliva y lágrimas.

Ella asintió rápidamente con la cabeza, incapaz de hablar, pero su devoción era evidente.

—Esa es mi buena chica —dije, saboreando el control absoluto que tenía sobre ella.

La obligué a tomarme más profundo, deleitándome en su sumisión, en cómo su cuerpo temblaba mientras ella me tragaba una y otra vez. Mi placer era su misión, y su entrega total me enardecía aún más.

—Eres tan perfecta, pequeña —dije con voz ronca, soltando su cabello y permitiendo que continuara por su cuenta. Sus ojos brillaban con lágrimas y deseo, y su boca se movía con una fuerza renovada, los labios rodeando mi dureza ansiosamente.

Y entonces, comencé a sentir cómo me acercaba al clímax, mi respiración volviéndose más rápida y superficial. Cada sensación se amplificaba por su devoción, su lengua trazando círculos alrededor de la punta antes de deslizarse a lo largo de toda mi longitud. Mi cuerpo se tensó, y mis dedos se enredaron en su cabello nuevamente, empujando su cabeza hacia abajo con más fuerza.

—Voy a... —comencé a decir, pero las palabras se ahogaron en un gemido profundo cuando finalmente llegué al clímax. Mi liberación llenó su boca en oleadas calientes, y ella lo tomó todo, sin vacilar. Trago tras trago, sus ojos se cerraban en un gesto de pura sumisión y

satisfacción, mientras una sonrisa arrogante se dibujaba en mis labios.

Ella continuó lamiendo y chupando hasta que no quedó nada, su lengua limpiando cada rastro de mi placer. Finalmente, levantó la mirada hacia mí, sus ojos aún húmedos pero llenos de una devoción inquebrantable, y supe que no podría haber sido más perfecto.

Cuando finalmente me aparté, Rebecca se quedó de rodillas, jadeando suavemente. Sus labios estaban rojos e hinchados, brillantes de saliva, y sus mejillas estaban ruborizadas por el esfuerzo y la excitación. Su pecho subía y bajaba rápidamente, los pezones duros marcándose a través de su ropa.

—Levántate —ordené—. Has hecho un excelente trabajo.

Ella se puso de pie lentamente, sus piernas temblando y sus muslos resbaladizos por la humedad de su deseo. La atraje hacia mí con fuerza, acariciando su rostro con una suavidad que contrastaba con el dominio que yo ejercía.

Mis dedos se deslizaron por su mandíbula hasta su cuello.

—Recuerda, Rebecca —murmuré—. Eres mía y yo soy tuyo... por ahora. No hay nada que temer, no hay otra mujer en mi vida más allá de ti.

Sus ojos brillaron de pura emoción, comprendiendo la complejidad de nuestra relación.

—¿Sabes lo que eso significa? —pregunté, con mi aliento caliente contra su piel.

—Sí, señor —respondió ella, su voz temblando ligeramente—. ¡No debo ponerme celosa de otra mujer!

—Buena chica —repetí, una sonrisa curvando mis labios.

Rebecca se mordió el labio inferior, dudando por un momento antes de hablar de nuevo.

—Pero, señor, a veces usted se pone celoso cuando otros hombres se me acercan... aunque yo no quiero a nadie más que a usted.

Me reí suavemente, disfrutando de la vulnerabilidad, esa mirada inocente y la sinceridad en su voz.

—Por supuesto que me pongo celoso. Porque algunos hombres son bestias repugnantes que no merecen respirar el mismo aire que las mujeres —respondí con desdén—. No soportaría ver a esas criaturas inmundas cerca de ti.

—¿Cómo puede decir eso, señor? Usted es un hombre...

La atraje más cerca, mi mano enredándose en su cabello.

—Soy un hombre, Rebecca, pero no como ellos. Yo sé cómo adorarte, cómo poseerte. Ellos no son nada comparados conmigo. Tú lo sabes, y yo lo sé.

Rebecca soltó un suspiro, sus labios rozando los míos.

—Sí, señor. Lo sé.

—Ahora, desnúdate completamente para mí —digo, mientras le suelo.

Su mirada se encontró con la mía, un destello de sorpresa seguido por una aceptación sumisa. Con manos temblorosas, comenzó a desabrochar el vestido, cada botón que se deslizaba liberando más de su piel suave y tentadora. La seda negra cayó al suelo, dejándola expuesta ante mí, su cuerpo temblando ligeramente bajo mi mirada escrutadora.

Me deleito en cada movimiento, cada pliegue de su piel expuesta, cada rincón de su vulnerabilidad. Sus pezones, erguidos y ansiosos, reclamaban mi atención. Su respiración se aceleraba mientras mis ojos recorrían lentamente sus curvas, deteniéndose en la insinuante humedad entre sus muslos. Su cuerpo, totalmente entregado, era una provocación irresistible.

Puedo mirarla un millón de veces más, y parece que cuanto más la miro, más me vuelvo adicto. Cada centímetro de su piel desnuda, cada curva tentadora, cada suspiro contenido es una droga que se infiltra en mis venas, es algo de lo que parece nunca voy a querer curarme realmente.

—Perfecta —murmuré, mis ojos recorriendo cada centímetro de su piel desnuda por segunda vez—. Ahora, ven aquí, pequeña.

Ella avanzó, sus pechos rozando mi torso, su piel ardiente transmitiéndome un calor febril. Sus labios se encontraron con los míos en un beso feroz, nuestras bocas chocando con una urgencia voraz. Mi lengua invadió su boca, saboreando su humedad, explorando cada rincón con una avidez insaciable. Podía sentir su aliento caliente y el sabor dulce de su saliva, nuestros labios moviéndose en una danza frenética e imparable, una batalla de deseo y dominación.

Mis manos se deslizaron por su cuerpo, apretando sus curvas, acariciando cada centímetro de su piel con una necesidad primitiva. Mis dedos recorrieron su espalda, bajando lentamente hasta sus glúteos, apretándolos con un hambre salvaje. Sentí cómo su cuerpo temblaba bajo mi toque, cómo su respiración se volvía más pesada y sus gemidos se intensificaban.

Rebecca soltó otro gemido, con su cuerpo arqueándose, buscando más contacto. Su deseo era palpable, una llama que se avivaba con cada caricia. La empujé hacia una cama que había dentro de la habitación, ella cayó con gracia sobre las sábanas de seda, su mirada fija en la mía, llena de lujuria.

Me desnudé con rapidez, mis ojos devorando cada detalle de su cuerpo mientras se preparaba para lo que vendría.

—Abre muy bien las piernas —ordené.

Ella obedeció de inmediato, sus piernas separándose lentamente, revelando la humedad brillante de su deseo que ya manchaba sus muslos. Mi mirada devoró cada centímetro de su piel expuesta, mis ojos fijos en la suya mientras me arrodillaba entre sus piernas. Seguidamente, me inclino hacia adelante, con mi lengua extendiéndose para rozar suavemente su clítoris.

El primer contacto la hizo arquearse ligeramente, un gemido profundo y gutural

escapando de sus labios, música para mis oídos, un estímulo que encendió aún más mi deseo. Sin apartar la mirada de su rostro, dejé que mi lengua se moviera con mayor precisión y firmeza, trazando círculos lentos y tortuosos alrededor de su clitoris antes de chuparlo con fuerza.

—Así —murmuré, mis palabras vibrando contra su piel húmeda—. Quiero que gimas para mí, Rebecca. ¡Soy el único hombre que puede chuparte, el único!

Sus gemidos llenaron la habitación, cada sonido un testimonio de su placer. Mis dedos se unieron a mi lengua, deslizándose dentro de ella, moviéndose con un ritmo constante y firme. Su cuerpo se arqueó bajo mi toque, sus manos aferrándose a las sábanas mientras se perdía en el placer.

—Voy a hacerte mía de todas las formas posibles —gruñí, mi voz baja y cargada de promesas—. Y esta será tu dulce recompensa, pequeña.

Rebecca gimió más fuerte, su cuerpo temblando mientras se acercaba al borde del orgasmo. Sentí cómo se tensaba a mi alrededor, su respiración rápida y superficial. Con un último movimiento de mi lengua y mis dedos, la llevé al clímax, su cuerpo convulsionando con la intensidad de su liberación.

La observé mientras ella recuperaba el aliento, sus ojos cerrados y su pecho subiendo y bajando rápidamente, una visión que se había vuelto una costumbre y también se ha vuelto adictiva para mí. Me moví con intención, colocándome entre sus piernas, mi erección palpando su entrada, caliente y húmeda, casi rogando por más. Mis manos recorrieron su cuerpo, acariciando su piel con un toque posesivo y hambriento.

—Voy a hacerte mía de todas las maneras posibles, pequeña.

Primero decidí llevar sus dos rodillas a mis hombros, con mis dedos hundiéndose en su carne mientras la levantaba ligeramente de la cama. Luego, sin más preámbulo, empujé mi erección con fuerza en su interior, penetrándola de un solo movimiento brutal y seco. Ella jadeó, sus uñas clavándose en la cama mientras intentaba adaptarse a mi invasión repentina.

Mis primeras embestidas eran despiadadas, cada una buscando llevarnos al borde del abismo. Sus gemidos y los sonidos húmedos de nuestros cuerpos chocando resonaban en la habitación, creando una sinfonía de lujuria desenfrenada. Cada vez que empujaba más fuerte, sus piernas temblaban, y su cuerpo reaccionaba involuntariamente, apretándose a mi alrededor como si no quisiera dejarme ir nunca.

Y sé que ella va a querer correrse en cualquier momento, sin embargo, yo tenía más cosas en mente.

—Ahora, ponte a cuatro patas, pequeña —ordené ansiosamente, deseando verla en una nueva posición, más vulnerable y expuesta.

Rebecca obedeció sin vacilar, girándose y colocándose en la cama a cuatro patas, su trasero levantado en el aire. La vista era increíble: su espalda arqueada, sus caderas redondeadas, sus piernas abiertas mostrando su deseo. Me acerqué a ella, mis manos recorriendo su espalda, bajando hasta sus nalgas. Apreté con fuerza, disfrutando del tacto de su piel suave y firme bajo

mis manos.

— ¿Sabes cuánto me gusta verte así? —Murmuré, mis dedos trazando círculos alrededor de su entrada húmeda—. Totalmente expuesta, esperando que te tome como yo quiero.

—Sí, señor —susurró ella lloriqueando de placer.

—Eres tan buena chica —murmuré, posicionándome detrás de ella, mi rigidez palpitante rozando su entrada con hambre—. Voy a devorarte, Rebecca. Quiero que sientas cada pulgada de mi polla, cada embestida. ¿Estás preparada para lo que viene?

—Sí, señor —suspiró, su cuerpo vibrando levemente—. Por favor, hazme tuya...

Con un movimiento decidido, me hundí en su interior, sintiendo cómo su cuerpo se amoldaba a mí una vez más. La sensación era embriagadora, su calor y humedad envolviéndome, su gemido ahogado llenando la habitación mientras la poseía por completo.

—Así es como me gusta —gruñí, empezando a moverme con un ritmo firme y penetrante—. Quiero que sientas cada centímetro, que sepas quién te posee, pequeña.

Mis manos se aferraron a sus caderas, dirigiendo cada embestida mientras aceleraba el ritmo, cada movimiento más profundo y más rápido. Sus gemidos se intensificaron, su cuerpo reaccionando a cada uno de mis envites, arqueándose y estremeciéndose bajo mi dominio.

—Eres mía, Rebecca —gruñí, mi voz grave y cargada de deseo—. No lo olvides.

—Lo sé, lo sé —jadeó, su voz apenas audible por el éxtasis—. Siempre tuya... solo tuya...

La vista de su cuerpo temblando bajo mis embestidas, sus gemidos llenando la habitación, me llevó al borde del clímax. Con cada movimiento, sentía cómo la presión aumentaba, cada vez más cerca de la explosión.

De repente, la tome por sorpresa cuando la levanté, girándola hasta quedar sobre mis piernas en una posición de silla, su espalda contra mi pecho, mis manos aferrándose a sus pechos, retorciendo sus pezones entre mis dedos mientras mis movimientos continuaban implacables y precisos.

Y llegó el gran momento.

—Voy a llenar cada rincón de tu interior —gruñí, mi voz ronca de lujuria—. Y vas a recibir cada gota, porque eres mi sumisa perfecta y la única. ¿Entiendes eso?

—Sí, amo —gimió—. Por favor... hazlo...

Con un último empujón profundo, sentí cómo me liberaba dentro de ella, su cuerpo apretándose aún más fuerte alrededor de mí, un grito de placer crudo escapando de sus labios mientras alcanzaba su propio clímax. La llené completamente con mi descarga, cada gota reclamando su lugar dentro de ella, sintiendo cómo su interior se bañaba en mi esencia.

Permanecí enterrado en su interior, saboreando la sensación de su cuerpo tembloroso bajo el mío, su respiración acelerada y superficial, y su piel resplandeciente de sudor.

La miré fijamente, sus ojos aún estaban cerrados, y su rostro mostrando una expresión de puro y absoluto éxtasis.

Mis manos recorrían su cuerpo, disfrutando del calor y la humedad, mis dedos trazando líneas por su piel empapada. Su aroma, una mezcla de sexo y sudor, llenaba el aire, intensificando el deseo que aún ardía dentro de mí.

Con la respiración aún agitada, nos quedamos en silencio por unos momentos, permitiendo que nuestras pulsaciones se calmaran.

Unos diez minutos más tarde, Rebecca comenzó a vestirse lentamente, cada movimiento cargado de una sensualidad que hacía que mi deseo por ella se mantuviera encendido. Me tomé un momento para admirarla, viendo cómo su cuerpo se cubría nuevamente, sabiendo que esos momentos de desnudez y entrega eran solo para mí.

Cuando estuvo completamente vestida, me acerqué a ella, mis ojos fijos en los suyos. La atraje hacia mí, nuestras respiraciones sincronizadas. Sin previo aviso, la besé. Fue un beso lujurioso, lleno de pasión y fuego. Nuestras lenguas se encontraron con un fervor que parecía insaciable, entrelazándose en una danza ardiente. El sonido de nuestras bocas moviéndose juntas, húmedas y hambrientas, llenaba el silencio de la sala, una sinfonía de deseo puro.

Mis manos se deslizaron por su espalda, atrayéndola más cerca de mí, sintiendo cómo sus dedos se enredaban en mi cabello, tirando suavemente de él, intensificando cada sensación.

El beso se hizo más profundo, más desesperado, como si nuestros cuerpos se negaran a aceptar que este momento tuviera que terminar. Nuestras respiraciones se mezclaban, y cada pequeño gemido y suspiro añadía una capa extra de lujuria a nuestro contacto.

Sentí sus uñas arañando ligeramente mi nuca, un gesto que provocó un escalofrío de placer que recorrió mi columna. Apreté sus caderas contra las mías, sintiendo la calidez de su cuerpo a través de la ropa. Nos movíamos juntos, nuestros cuerpos en un ritmo silencioso de deseo, luchando contra la inevitabilidad de la separación.

Finalmente, con una necesidad de aire, comenzamos a alejarnos. Pero incluso entonces, nuestros labios se resistían a separarse, cada centímetro que retrocedíamos parecía un esfuerzo hercúleo. Nuestros ojos permanecieron cerrados hasta el último momento, como si al abrirlos el hechizo de la intimidad se rompiera.

Cuando finalmente nos separamos, nuestras respiraciones eran pesadas y nuestros cuerpos temblaban ligeramente por el esfuerzo de contenernos. La miré a los ojos, viendo en ellos el reflejo de la pasión y lujuria que acabábamos de compartir.

Capítulo 19

Rebecca

Han pasado dos semanas desde la gala.

Las cosas en la empresa siguen igual. Soy una pasante más, haciendo mi trabajo y tratando de aprender lo máximo posible sobre la industria de las joyas. Por otro lado, mi vida como sumisa continúa, y aunque me siento feliz de pertenecer a esta excelente empresa y de tener una relación con él, no puedo evitar desear algo más todavía. Algo más profundo. Algo más significativo.

Hoy, mientras me preparo para ir al hospital a visitar a Valeria, estos pensamientos no me dejan en paz. Necesito hablar con alguien sobre esto, y quién mejor que mi hermana.

Llego al hospital y subo a la habitación de Valeria. Ella está sentada en la cama, con otro libro nuevo en las manos. Sonríe al verme entrar, y su sonrisa es un bálsamo para mi alma.

— ¡Becca! —exclama—. Estaba esperándote, hermanita.

—Hola, princesa —digo, acercándome a ella y dándole un beso en la frente—. ¿Cómo te sientes hoy?

Valeria hace una mueca.

—Lo mismo de siempre. Pero tú, ¿cómo estás? Te veo algo preocupada.

Sus palabras me toman por sorpresa. Valeria siempre ha tenido una habilidad especial para leerme, incluso cuando trato de ocultar mis propios sentimientos.

Suspiro y me siento en la silla junto a su cama.

—Es complicado, Val. Las cosas en la empresa van bien, y con él... bueno, ya sabes cómo es.

Valeria arquea una ceja.

— ¿Cómo va eso? ¿Tú sigues siendo la... la... ya sabes?

Asiento, sintiendo un ligero rubor en mis mejillas.

—Sí, sigo siendo su sumisa. Pero a veces siento que quiero algo más. Algo más que ser solo eso.

Valeria me mira con curiosidad.

— ¿Algo más? ¿Cómo qué?

Miro a mi hermana, buscando las palabras adecuadas.

—Quiero... quiero que me vea como algo más que su sumisa. Quiero que me vea como una persona completa, con sueños y aspiraciones. No quiero perder lo que tenemos, pero tampoco quiero que las cosas se vuelvan raras entre nosotros. Y aunque él me ha dicho que soy importante y especial, creo que no lo soy lo suficiente.

Valeria frunce el ceño.

—¿Y por qué no se lo dices? Tal vez él también quiera algo más.

Sacudí la cabeza.

—No lo sé, Val. Tengo miedo de arruinarlo todo. Las cosas están bien como están, y no quiero correr el riesgo de perderlo.

Valeria me toma de la mano, sus ojos llenos de compasión.

—Becca, si sientes que necesitas algo más, tienes que hablar con él. No puedes vivir con miedo toda tu vida. Si él realmente se preocupa por ti, te escuchará.

Sus palabras me tocan profundamente el corazón.

—Tienes razón, Val. Pero eso es más fácil decirlo que hacerlo.

Ella sonríe.

—Lo sé. Pero no puedes seguir así. Tienes que ser valiente, hermanita mayor.

Me acomodo en la silla, sintiéndome un poco más ligera después de hablar con Valeria.

—Entonces, ¿qué ha pasado en el trabajo? —pregunta ella, cambiando de tema rápidamente.

—Bueno, he estado aprendiendo mucho sobre la industria de las joyas. Es fascinante, en realidad. Desde el diseño hasta la fabricación y la venta, hay tanto que aprender. Y todos en la empresa son muy amables y dispuestos a ayudarme.

Valeria asiente.

—Eso suena genial. ¿Y qué hay de él? ¿Ha pasado algo interesante además de todo lo que me has contado?

Suspiré, pensando en las últimas dos semanas.

—Bueno, tuvimos una gala benéfica hace dos semanas. Fue... interesante.

Valeria se inclina hacia adelante, interesada.

—¿Interesante? ¿Cómo?

Le cuento todo sobre la gala: cómo me sentí nerviosa al prepararme, la lujosa limusina, cómo se veía él con su traje perfecto, y cómo terminé casi teniendo una discusión con una mujer rubia despampanante.

—¡Wow, Becca! Eso suena intenso —dice Valeria, sus ojos brillando con emoción—.

Debes haber sido muy valiente en ese momento, ¿no?

Me encojo de hombros.

—No sé si fue valentía o simplemente instinto. Pero sí, fue intenso. Y desde entonces, he estado pensando mucho en lo que quiero realmente en mi vida.

Valeria me mira con seriedad.

—Hermanita, tienes que ser honesta contigo misma. No puedes seguir ignorando tus sentimientos. Tienes que hablar con él directamente, ser honesta y que sea lo que Dios quiera.

Suspiré nuevamente, sintiendo una punzada de miedo en mi pecho.

—A veces siento que la hermana mayor y la más sabia de las dos eres tú, Val —murmuré, sonriendo débilmente mientras besaba la frente de Valeria—. ¡Doy vergüenza como hermana mayor!

Valeria me devolvió la sonrisa.

—Bueno, si te hace sentir mejor, la sabiduría o madurez en todo caso, nada tiene que ver con la edad —respondió, encogiéndose de hombros con una naturalidad sorprendente—. En fin, prométeme que hablarás con él, Becca. No quiero verte sufrir.

Sus palabras resuenan en mi mente, y sé que ella tiene razón. Pero aún así, el miedo a perder lo que él y yo tenemos me paraliza enteramente.

—Lo intentaré, Val —le digo finalmente—. Prometo que lo intentaré.

Valeria sonríe, satisfecha con mi respuesta.

—Eso es todo lo que te pido. Ahora, volvamos al tema del trabajo. Cuéntame más sobre tu trabajo. ¿Cómo es el día a día en la empresa?

Le explico mi rutina diaria: desde las tareas administrativas hasta asistir a reuniones y aprender sobre los diferentes aspectos del negocio de las joyas.

—Cada día es diferente —le digo—. A veces estoy en la oficina, organizando documentos y ayudando con la correspondencia. Otras veces estoy en el taller, observando cómo se fabrican las joyas y aprendiendo sobre los materiales y técnicas.

Valeria escucha atentamente, haciendo preguntas y mostrando un interés genuino.

—¿Y qué es lo que más te gusta de todo eso? —pregunta finalmente.

—Me encanta el proceso creativo —respondo sin dudar—. Ver cómo una idea se convierte en una joya real es increíble. Y todos en la empresa son muy apasionados por su trabajo, lo cual es inspirador.

Valeria sonríe.

—Suenas como un lugar genial para trabajar. Estoy feliz por ti, Becca.

Me siento más ligera después de nuestra conversación, pero todavía hay una pregunta que me ronda la cabeza.

—Val —digo, tomando su mano nuevamente—. ¿Crees que estoy haciendo lo correcto al ser su sumisa? ¿O debería buscar algo más?

Mi hermana me mira con ternura.

—Becca, solo tú puedes responder esa pregunta. Si ser su sumisa te hace feliz y sientes que es lo correcto para ti, entonces sí. Pero si sientes que necesitas algo más, entonces tienes que seguir tu corazón.

Sus palabras me reconfortan y me dan la fuerza que necesito. Sé que tengo que hablar con él, ser honesta sobre mis sentimientos y lo que quiero realmente.

—Gracias, Val —le digo, sintiendo una paz interior—. Hablaré con él. Prometo que lo haré.

Valeria sonríe, apretando mi mano con fuerza.

—Esa es mi hermana. Tienes que ser valiente, Becca. Mereces ser feliz.

De pronto me viene algo a la cabeza, y es que siento que estoy siendo demasiado egoísta al venir aquí con mis problemas.

—Lo siento, Val. Eres mi hermana pequeña, y deberías preocuparte por ti misma, no por mis conflictos internos. No quiero que te preocupes por mi vida sexual o amorosa. Tienes suficiente con lo que estás enfrentando.

Valeria frunció el ceño inmediatamente.

—Oye, no quiero que me trates como una niña enferma. Hablar contigo sobre estas cosas me hace sentir normal. No quiero que te guardes todo para ti sola.

—Pero Val, no quiero que te estreses más de lo necesario. Tú eres la que está enferma. No quiero cargar con mis problemas y añadir más peso sobre tus hombros —dije, sintiendo la frustración aumentar en mi voz.

—Rebecca, ¿no lo entiendes? —Valeria dijo, su tono serio—. Hablar contigo sobre estas cosas me hace sentir viva. Me hace sentir que soy algo más que una paciente encerrada en un hospital. Y cuando compartes tus problemas conmigo, siento que todavía soy tu hermana, no solo una carga para ti.

Mi pecho se apretó ante sus palabras.

—Val, no eres una carga. Nunca lo serás. Pero me duele verte así, y me duele pensar que mis problemas podrían hacerte sentir peor.

—¿Sabes lo que realmente me hace sentir peor? —preguntó Valeria, su mirada fija en la mía—. Cuando me tratas como si fuera frágil. Como si yo fuera un trapo que poco a poco se va desgastando.

— ¡No digas eso! —exclamé, mi voz elevándose—. No eres un trapo, Val. Eres mi hermana, y eres muy, muy fuerte.

Valeria suspiró, su mirada suavizándose.

—Lo sé, Becca. Pero necesito que me hables de tus problemas, de tus sentimientos. Porque eso me hace sentir útil, me hace sentir que todavía puedo ser tu hermana y amiga que te escucha y te apoya.

Me quedé en silencio, asimilando sus palabras. Finalmente, asentí, sintiendo las lágrimas arremolinarse en mis ojos.

—Lo siento, Val. No quería que te sintieras así. Prometo que seré más abierta contigo.

Ella sonrió, apretando mi mano con fuerza.

—Eso es todo lo que te pido, Becca. Juntas podemos con todo.

Nos quedamos un rato en silencio, simplemente disfrutando de la compañía mutua. Finalmente, me atreví a preguntarle algo que siempre había rondado en mi mente.

—Val, ¿alguna vez has estado enamorada? —le pregunté, sintiendo curiosidad por su respuesta.

Ella me miró, sorprendida.

— ¿Enamorada? Bueno, tuve un par de novios en la escuela, pero nada serio. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque a veces siento que estoy enamorada de él — confesé, las palabras saliendo antes de poder detenerlas—. Pero no sé si es real o si es solo parte de nuestra dinámica de amo y sumisa que me tiene confundida, mi cabeza es un caos.

Valeria me miró con comprensión.

—Becca, el amor puede ser complicado. Pero si sientes algo por él, no lo ignores, ya te lo he dicho hace un rato.

—Sí, tienes razón —dije firmemente.

Pasé un rato más con Valeria, hablando de cosas triviales y disfrutando de su compañía. Finalmente, me despedí de ella, sintiéndome más fuerte y decidida.

—Gracias, Val. Eres la mejor hermana que podría pedir.

Mientras salía del hospital, mis pensamientos volvían a él. Sabía que tenía que hablar con él pronto, ser honesta sobre mis sentimientos y lo que quería realmente. Porque, al final del día, merecía algo más que ser solo una sumisa. Merecía ser feliz y completa, tanto en mi vida profesional como personal. Y yo quería tener una familia completa, tener hijos y esposo.

Llegué a la empresa después de visitar a Valeria, mi corazón estaba un poco más ligero tras nuestra conversación. Estaba decidida a hablar con él hoy, a decirle lo que mi corazón había comenzado a sentir. Sabía que no sería fácil, pero necesitaba aclarar mis sentimientos y saber

dónde estábamos realmente.

Pasé todo el día buscando la oportunidad de hablar con él. Intenté localizarlo en su oficina varias veces, pero siempre me encontraba con su secretaria, quien me decía que estaba sumamente ocupado.

—Lo siento, Rebecca, pero el señor tiene una agenda llena hoy —me dijo ella con una sonrisa profesional pero imperturbable.

Cada vez que escuchaba esas palabras, mi ánimo caía un poco más. Me sentía como si estuviera caminando en círculos, atrapada en un laberinto sin salida. Me sumergí en mi trabajo, tratando de no pensar demasiado en él, pero mi mente seguía regresando a la misma pregunta: ¿qué significábamos realmente el uno para el otro?

Cuando finalmente llegó el final del día, me sentí derrotada. Salí de la oficina y comencé a caminar hacia mi apartamento, mi mente en una niebla de confusión y decepción. No había logrado hablar con él, y eso me dejaba un sabor amargo en la boca.

Al acercarme a mi edificio, noté una figura familiar esperando afuera. Era mi ex novio, Carter. Suspiré frustrada. No tenía ganas de lidiar con él ahora, pero parecía decidido a hablar conmigo de igual forma.

—Rebecca —me llamó cuando me vio acercarme, su voz sonaba ansiosa.

—Carter, ¿qué haces aquí? —le pregunté, tratando de mantener mi tono neutral.

—Necesito hablar contigo, por favor —dijo, dándome esa mirada de cachorro que solía funcionar antes.

—No es un buen momento, Carter —respondí, cruzando los brazos—. He tenido un día largo y solo quiero descansar.

—Por favor, Becca. Solo será un momento. Prometo no tomar mucho de tu tiempo —insistió, su voz casi suplicante.

Suspiré de nuevo, sabiendo que no se iría hasta que le diera una oportunidad para hablar.

—Está bien, puedes subir conmigo —le dije finalmente, gesticulando hacia la puerta del edificio.

Entramos en mi apartamento, y me dirigí directamente a la cocina para prepararme una taza de té, mientras él se acomodaba en el sofá de la sala.

—¿Quieres algo de beber? —le pregunté por cortesía.

—No, gracias —respondió él, sus ojos siguiéndome mientras me movía por la cocina—. Becca, he estado pensando mucho en nosotros.

—Carter, hemos pasado por esto antes. No creo que haya mucho más que decir —le dije, tratando de mantener mi voz calmada.

—Escúchame, sé que he cometido errores, pero quiero que sepas que he cambiado. Me di cuenta de lo que perdí y quiero arreglar las cosas —dijo, su voz llena de sinceridad.

Me giré para enfrentarlo, sosteniendo mi taza de té.

—Carter, no es tan simple. Han pasado muchas cosas desde que terminamos, y yo he cambiado también. Y creo que eso te lo deje claro cuando nos encontramos por última vez, ¿no lo recuerdas?

—Becca, solo dame una oportunidad. Déjame demostrarte que puedo ser mejor —insistió, acercándose más a mí.

—Carter, no se trata solo de ti. Yo también tengo mi propia vida ahora, y estoy tratando de descubrir qué quiero y quién soy —le expliqué, mi voz temblando ligeramente.

— ¿Es alguien más? —preguntó, su voz se endureció un poco—. ¿Hay alguien que te ha robado completamente el corazón?

Suspiré, sintiendo la presión en mi pecho aumentar.

—Carter, mi relación con esa persona es complicada, y no es algo que puedas entender fácilmente. Pero no se trata solo de él. Se trata de mí y de lo que necesito para ser feliz.

—Yo solo quiero que sepas que estoy aquí para ti. Siempre lo estaré —dijo, su voz bajó a un susurro.

Me quedé en silencio, mirando el vapor subir de mi taza de té. Sabía que Carter estaba siendo sincero, pero también sabía que mis sentimientos por él ya no eran los mismos. Había crecido y cambiado, y no podía retroceder en el tiempo.

—Gracias, Carter —dije finalmente, mi voz suave—. Yo de verdad aprecio lo que estás diciendo, pero necesito tiempo para mí misma. Necesito resolver mis propios sentimientos antes de poder considerar cualquier otra cosa.

Carter asintió, aunque la decepción en sus ojos era evidente.

—Entiendo, Becca. Solo quiero que seas feliz, eso es todo lo que importa.

Lo acompañé hasta la puerta, sintiendo una extraña mezcla de alivio y tristeza.

—Cuídate, Carter —le dije, dándole una pequeña sonrisa.

—Tú también, Becca —respondió antes de salir.

Y de repente, Carter me besa antes de que yo pueda cerrar la puerta. Me quedo helada, incapaz de moverme o siquiera reaccionar. Sus labios se presionan contra los míos con urgencia y tristeza, un beso que tiene el sabor de una despedida. Siento que hay más detrás de ese beso, una carga de emociones que no puedo descifrar del todo. Sin embargo, mi cuerpo no responde, mis labios permanecen inmóviles, como si estuviera atrapada en un sueño del que no puedo despertar.

Finalmente, Carter me suelta y da un paso atrás. En ese momento, noto una presencia

en el pasillo. Mis ojos se dirigen más allá de Carter, y ahí, de pie, está Benedict Hawthorne.

Carter se giró para mirar al recién llegado.

— ¿Y tú quién eres?

—Eso no importa —respondió él, sin apartar la vista de mí—. Lo que importa es que Rebecca aquí me quiere.

Carter frunció el ceño, claramente molesto.

— ¿Invitaste a este tipo a tu apartamento, Rebecca? ¿Quién es él?

—No es asunto tuyo, Carter —dijo frunciendo el ceño—. Creo que ya es hora de que te vayas.

—No hasta que me digas quién es este tipo —insistió él, su voz subiendo de tono—. ¿Él es ese alguien por el cual me has rechazado?

Benedict dio un paso adelante, su presencia imponente llenando el espacio.

—Te sugiero que te vayas ahora, antes de que esto se ponga feo, mocoso.

Carter lo miró desafiante por un momento, pero finalmente retrocedió, murmurando algo bajo su aliento.

—Esto no ha terminado, Rebecca.

—Sí, esto ha terminado —cortó él, su voz afilada como una navaja—. Porque tú simplemente no tienes cabida en su vida.

Carter apretó los puños, su rostro rojo de ira.

— ¿Crees que puedes venir aquí y hacer lo que quieras, bastardo? Ella no es tuya.

—De hecho, sí lo es —respondió él, sus ojos oscuros y feroces—. Y tú no eres más que un patético pasado.

— ¡Bastardo arrogante! —Carter dio un paso hacia adelante, su mandíbula apretada de rabia—. ¡No tienes derecho a hablar así!

—Carter, basta —interrumpí, sintiendo el pánico subir en mi pecho—. Esto no va a ninguna parte.

—Claro que sí —replicó Benedict, sin dejar de mirar a Carter directamente—. Va a donde yo diga. Y ahora mismo, estás fuera, mocoso.

Carter se quedó en silencio por un momento, su respiración pesada.

—No me vas a intimidar, cabrón. No sabes con quién te estás metiendo.

—Oh, lo sé muy bien —dijo él con una sonrisa despectiva—. Eres simplemente un perdedor que no sabe cuándo retirarse.

Me moví nerviosamente entre ellos, sintiendo que la situación podría explotar en cualquier momento.

—Por favor, Carter, solo vete, ¿sí?

Carter me miró, sus ojos llenos de una mezcla de dolor y furia.

—Rebecca, no puedes dejar que este tipo te controle así.

—No lo hace —dije, tratando de sonar más segura de lo que me sentía—. Pero tú sí necesitas irte de aquí, por favor.

Carter soltó un resoplido, pero finalmente se giró y comenzó a caminar derrotado por el pasillo.

Y cuando Carter finalmente se fue, Benedict entró a mi apartamento, luego cerré la puerta y me giré para mirarlo.

Y él, por otra parte, me miró con una intensidad que me hizo temblar.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí, tratando de controlar mis emociones.

—Sí, estoy bien. Solo... no esperaba ver a mi ex novio hoy.

—¿Qué quería ese tipo de ti?

—Umm... Lo mismo de siempre —respondí con un suspiro—. Otra oportunidad. Pero ya estoy cansada de todo eso.

Él dio un paso más cerca, su mirada penetrante.

—Rebecca, si hay algo que necesites, solo dímelo. Estoy aquí para ti.

Sentí una oleada de emociones abrumarme.

—Gracias —murmuré, sintiendo una lágrima escapar de mis ojos—. Es solo... difícil. Todo esto.

—¿Qué es todo esto, pequeña?

Entonces lo miro a los ojos tratando de hablar al respecto, tratando de contarle sobre mis sentimientos brotando desde el fondo de mi corazón, pero, ¿Cómo puedo hacerlo sin acobardarme al segundo siguiente?

Nos quedamos en silencio por un momento, simplemente mirándonos. Finalmente, encontré el valor para hablar.

—Hay algo que necesito decirte —comencé, mi voz temblando ligeramente—. He estado pensando mucho en nosotros, en lo que tenemos... Yo me he dado cuenta de que quiero algo más. No quiero ser solo tu sumisa. Quiero ser...

Él me miró intensamente, sus ojos penetrantes como siempre, pero había algo más ahí,

una chispa de interés que no había visto antes.

— ¿Quieres ser qué, Rebecca?

Las palabras se atoraron en mi garganta. Yo sabía lo que quería decir, pero el miedo me paralizaba. No quería arruinar lo que teníamos, pero tampoco quería seguir reprimiendo mis sentimientos. Tomé una respiración profunda, tratando de calmar mi corazón que latía con muchísima más fuerza.

—Ya te lo he dicho... Umm... yo quiero ser más que solo tu sumisa —murmuré, mis ojos buscando alguna señal de cómo reaccionaría él.

Él se quedó en silencio por un momento, sus ojos fijos en los míos, y luego una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Rebecca, hay algo que necesitas entender. Nuestro acuerdo es claro y ha funcionado bien, ¿no es así?

Asentí lentamente, sabiendo que tenía razón.

—Sí, ha funcionado, pero...

Antes de que pudiera terminar mi frase, él puso un dedo sobre mis labios, silenciándome.

—Entonces, sigamos con lo que funciona por ahora. No pienses demasiado en lo que podría ser. Vive el momento.

Me quedé mirándolo, sintiendo una mezcla de frustración y alivio. Yo sabía que él tenía razón, pero eso no hacía que mis sentimientos desaparecieran.

—Está bien —dije finalmente, bajando la mirada.

Él me levantó la barbilla con un dedo, obligándome a mirarlo a los ojos de nuevo.

—No, no está bien —dijo—. Mira, lo que quiero decir es que todo tiene su tiempo. No vamos a apresurarnos a nada. Me gustas muchísimo, me vuelves loco, y sí, soy jodidamente posesivo contigo. Me importas más de lo que te imaginas. Pero por ahora, estamos bien como estamos. ¿Lo entiendes, pequeña?

Asentí, tratando de no dejar que mis emociones me abrumaran.

—Sí, lo entiendo.

Una sonrisa volvió a sus labios, pero esta vez fue más traviesa.

—Ahora, hablemos de otra cosa. He tenido un día muy largo y necesito distraerme. ¿Qué tal si jugamos un poco?

Mi corazón dio un vuelco al escuchar esas palabras. Sabía exactamente a qué se refería y, a pesar de mis confusos sentimientos, una parte de mí se emocionó con la idea.

— ¿Qué tienes en mente? —pregunté, tratando de sonar casual.

Capítulo 20

Benedict

Rebecca estaba en el centro de la habitación, de pie junto a la cama, sus ojos brillando con muchísimo nerviosismo. Habíamos hablado de esto antes, de explorar nuevas dinámicas, y hoy sería el día en que pondríamos esas fantasías en acción.

—Desnúdate para mí —le ordené.

Sin vacilar, ella comenzó a desvestirse. Cada prenda caía al suelo lentamente, sus movimientos deliberados y sensuales. Sus ojos nunca se apartaban de los míos, la conexión entre nosotros ardiendo con intensidad. Una vez desnuda, su piel brillaba bajo la luz tenue, su cuerpo perfectamente expuesto y vulnerable, una visión que encendía mis sentidos.

—Sube a la cama, y quédate de espaldas.

La observé mientras ella obedecía, su sumisión despertando en mí un hambre voraz.

Sus movimientos eran fluidos, casi hipnóticos. La seguí con la mirada mientras se acostaba sobre la cama, sus muñecas y tobillos ya listos para lo que estaba por venir.

Abrí el cajón junto a la cama y saqué las cuerdas de seda que había comprado específicamente para esta noche. La suavidad y lujo de la seda contrastaban deliciosamente con la crudeza de lo que estaba por suceder. Me acerqué a Rebecca, mis dedos recorriendo lentamente su piel, deslizándose por cada curva, haciendo que se estremeciera ante el contacto.

Y entonces, comencé a atar sus muñecas a los postes de la cama. Sentí su respiración acelerarse, un gemido suave escapó de sus labios cuando tiré de la cuerda para asegurarlas firmemente. Me incliné hacia ella, mis labios rozando el lóbulo de su oreja, mi aliento caliente provocando escalofríos.

—Esta noche eres mía por completo, pequeña. No habrá piedad, no habrá escapatoria —le susurré, mi voz ronca y cargada de deseo.

Sus ojos se cerraron automáticamente, otro gemido suave escapando de sus labios mientras las cuerdas mordían su piel, marcándola con mi posesión.

Una vez que sus muñecas estuvieron aseguradas, me moví a sus tobillos, atándolos con igual firmeza a los extremos de la cama. Su cuerpo estaba ahora completamente expuesto, estirado y vulnerable ante mí. Cada pequeño movimiento hacía que las cuerdas se tensaran, recordándole a ella su completa falta de control.

— ¿Cómo te sientes, nena? —le pregunté, mientras mis manos iban recorriendo su abdomen, subiendo lentamente hacia sus pechos.

—Nerviosa... pero excitada —respondió con una voz temblorosa, y ahora con sus ojos

abiertos y brillantes.

—Eso está mejor —murmuré con una sonrisa perversa mientras mis dedos se apoderaban de sus pezones, retorciéndolos con una fuerza deliberada. Rebecca soltó un jadeo, su espalda curvándose involuntariamente, el dolor agudo se fundía con el placer creciente—. No te olvides, esto es solo el inicio de lo que te espera.

Seguidamente, me incliné sobre ella, mi boca devorando su cuello, lamiendo y mordiendo con una furia insaciable. Cada mordisco era una marca indeleble, una prueba irrefutable de mi control absoluto. Mis manos no cesaban en su exploración, apretando su carne con fuerza, sintiendo el calor febril de su cuerpo retorciéndose bajo sus ataduras.

—Hoy, no tienes voluntad propia. Hoy, eres mi sumisa, mi juguete personal —gruñí, mi voz oscura y cargada de deseo mientras mis dedos descendían por su piel, deteniéndose con firmeza entre sus piernas. Sus gemidos se elevaron en intensidad cuando empecé a acariciar su clitoris con movimientos lentos y precisos, profundizando la tortura y el placer a cada giro lascivo.

—Sí... lo soy. Pero... por favor... —jadeó, su voz quebrada por la necesidad—. Déjame... déjame correrme.

— ¿Quieres correrte ahora? —Me burlé, aumentando la presión de mis dedos en su clitoris, disfrutando de cómo su cuerpo se arqueaba en respuesta—. ¿Crees que mereces correrte, pequeña traviesa? Primero vas a suplicar por ello, a rogarme por tu liberación.

—Sí... lo haré... lo que quieras... —sus palabras salían entrecortadas, ahogadas en sus gemidos—. Por favor... necesito...

—Todavía no —le susurré al oído, mi aliento caliente contra su piel—. Aún no has ganado ese privilegio.

Me alejé por un momento, abriendo otro cajón y sacando un vendaje para los ojos. Ella gimió en protesta, pero la ignoré, disfrutando de su impaciencia.

—Vamos a intensificar esto un poco —dije, cubriendo sus ojos y sumiéndola en la oscuridad. Ahora, cada sensación sería amplificadas, cada toque una sorpresa para ella.

—No... Por favor... —murmuró, su voz cargada de ansiedad.

—Shhh —susurré, colocando un dedo sobre sus labios—. Solo tienes que disfrutar, mi pequeña sumisa.

Con ella cegada y a merced de mis deseos, volví a la cama con de forma feroz. Mis manos se deslizaron por su piel de nuevo como si conocieran cada centímetro de su cuerpo de memoria, sabiendo exactamente dónde aplicar la presión justa para desatar oleadas de placer en ella. Cada gemido que arrancaba de sus labios era un triunfo, cada temblor de su cuerpo una rendición.

Mis labios se cerraron sobre sus pezones, succionando con hambre mientras mis dientes los atrapaban y mordisqueaban con una mezcla de ternura y brutalidad. Su respuesta fue

inmediata, su espalda arqueándose, ofreciéndome más de su cuerpo. Mis dedos se sumergieron en su humedad, explorando su interior lentamente. Cada movimiento, cada caricia que le doy, solamente estaba diseñado para llevarla al borde de la locura.

Sentí cómo sus paredes se contraían alrededor de mis dedos, un indicio claro de su creciente excitación. Con una sonrisa de satisfacción, profundicé mi exploración, buscando ese punto exacto que la haría gritar de placer. Sus suspiros se convirtieron en gemidos desesperados mientras mis dedos se movían con precisión, tocando y provocando, llevándola al borde del clímax una y otra vez.

—Estás empapada, pequeña. ¿Te gusta ser mi única sumisa, verdad? —le susurré con voz ronca contra su piel, sintiendo cómo sus músculos se contraían con desesperación alrededor de mis dedos.

—Sí... me vuelve loca... —gimió, su respiración entrecortada y ansiosa.

—Eso pensé, pequeña —respondí, deleitándome con su rendición mientras mis dedos la penetraban con más fuerza y rapidez, llevándola al borde del éxtasis solo para detenerme de repente—. Pero aún no. Quiero verte suplicar todavía más y luego quiero verte suplicar por mi polla.

Sonriendo, me retiré de ella, dejando que sus gemidos de frustración y deseo resonaran en la habitación. Caminé despacio alrededor de la cama, deleitándome con la visión de su cuerpo atado y completamente expuesto, cada movimiento suyo intentando liberarse solo reforzaba mi propia excitación.

—Por favor... necesito correrme —gimió, su voz temblorosa y llena de desesperación.

Me acerqué a su oído, inhalando su fragancia y disfrutando del calor de su piel contra la mía.

—Rogar no es suficiente —le susurré, deleitándome con su vulnerabilidad. Luego, abrí otro cajón al lado de la cama y saqué un vibrador, encendiéndolo con un chasquido que hizo que su respiración se acelerara—. Quiero verte enloquecer, quiero que te retuerzas por mí.

—Por favor, señor... necesito correrme...

—No vas a correrte hasta que yo lo decida —dije, acercando el vibrador, todavía apagado, justo en su centro, apenas tocándola, provocando que sus gemidos se volvieran más desesperados—. Y cuando lo hagas, será bajo mis términos.

Coloqué el vibrador contra su clítoris finalmente, encendiéndolo en la intensidad más baja. Rebecca soltó un gemido ahogado, su cuerpo temblando mientras las suaves vibraciones recorrían cada rincón de su ser. Ella no podía evitar los espasmos que la hacían retorcerse. Ella se mordía el labio inferior mientras su respiración se hacía más entrecortada, sus caderas moviéndose involuntariamente, buscando más fricción.

Yo disfrutaba viéndola perder el control, sus gemidos y susurros excitándome cada vez más.

—Dime qué quieres, muñeca. Dime exactamente lo que necesitas de mí.

—Quiero... quiero tu enorme polla bien adentro de mí —respondió con un gemido, su cuerpo arqueándose hacia el vibrador—. Quiero que me folles... fuerte...

—Buena chica —dije, aumentando la intensidad del vibrador y observando cómo sus gemidos se volvían más fuertes, más desesperados—. Pero primero, quiero ver cuánto puedes soportar.

Ella sigue rogando a pesar de que tiene el vibrador.

—Inténtalo mejor, pequeña —le ordené, subiendo nuevamente la intensidad y moviendo el vibrador con precisión sobre su clítoris hinchado. Su respiración se volvió frenética, su cuerpo temblando con cada oleada de placer.

—No te corras todavía —le advertí, disfrutando de la lucha en su rostro mientras intentaba contenerse.

Ella lloraba, suplicando correrse, mientras sus lágrimas manchaban la seda que cubría sus ojos.

—Por favor... amo... necesito tu polla... no puedo más... —lloró, sus gemidos llenando la habitación, sus caderas moviéndose frenéticamente contra el vibrador—. Por favor... déjame correrme... oh dios... déjame correrme...

— ¿Eso es todo lo que tienes? —me burlé, inclinándome para susurrar en su oído, aumentando aún más la intensidad del vibrador—. Quiero oírte rogar, muñeca. Quiero que te humilles por mi polla.

Sus lágrimas fluían más rápido ahora, su cuerpo retorciéndose mientras luchaba por controlarse.

—Por favor, amo... por favor, déjame sentirte... quiero tu polla tan profundamente dentro de mí... haré lo que quieras... pero primero... primero sólo déjame correrme...

—Pronto, pronto —murmuré, moviendo el vibrador en círculos lentos sobre su clítoris—. Ahora, dime cuánto lo quieres. Dime cuánto necesitas que te folle como la chica sucia que eres.

—Lo quiero más que nada... lo necesito... te necesito... por favor, amo, fóllame... fóllame tan fuerte para que todos mañana sepan que tengo dueño...

— ¡Córrete ahora mismo, pequeña!

Le di una última mirada, disfrutando de su desesperación. Finalmente, su cuerpo no pudo más. Y con un grito ahogado, se corrió, sus músculos apretándose alrededor del vacío mientras su orgasmo la sacudía. Apagué el vibrador y lo retiré, observando cómo su cuerpo se relajaba, exhausto pero satisfecho.

—Muy bien, pequeña. Te has ganado tu premio. Ahora prepárate, porque no voy a contenerme.

—Por favor, amo, por favor... ¡fóllame ya! Necesito sentirte dentro, sentirte llenándome... —su voz era un sollozo lastimero, sus piernas temblando mientras intentaba desesperadamente seguir mis órdenes.

Le acaricié el rostro suavemente, limpiando las lágrimas de sus mejillas.

—Eso es, cariño. Así me gusta, verte completamente rendida. Ahora, abre muy bien esas piernas y deja que te muestre lo que es el verdadero placer.

—No puedo... no puedo abrir mucho las piernas... las cuerdas en mis pies me aprietan... —dijo con voz temblorosa.

Le sonreí con malicia, acercándome más.

—Entonces tendrás que hacer un esfuerzo, muñeca, si quieres ser follada como deseas. Quiero ver hasta dónde puedes llegar para conseguir lo que quieres.

Ella gimió, intentando abrir más las piernas, a pesar del dolor que las cuerdas le causaban.

Me desvestí con urgencia, y mi polla ya estaba tan rígida y palpitante mientras me posicionaba entre sus piernas abiertas.

—Prepárate para sentirme hasta lo más profundo —gruñí, alineando la punta de mi pene con su entrada resbaladiza y empujando sin piedad. La sensación de su calor húmedo y estrecho abrazando mi polla me arrancó un gemido salvaje de placer.

Empecé a moverme con un ritmo constante, mis embestidas profundas y duras, llenándola por completo. Sus gemidos se sincronizaban con mis movimientos, su cuerpo temblando con cada empuje. La habitación se llenaba con el sonido húmedo de nuestros choques corporales y los gemidos de ella que solo me incitaban a ir más fuerte.

—Te voy a dar tan duro que sentirás que un camión te ha pasado por encima —le gruñí, acelerando el ritmo mientras mis manos se aferraban con fuerza a sus caderas, marcándola con mis dedos—. Eres mi sumisa, ¿lo entiendes? Solo mía, y siempre lo serás.

Ella gimió en respuesta, sus palabras incoherentes mientras se perdía en el placer. Cada embestida la llevaba más cerca del borde, su cuerpo temblando con la intensidad del momento.

—Señor, sí... más... más fuerte —jadeó, sus caderas moviéndose involuntariamente para encontrar mis embestidas.

—¿Quieres más, nena? ¿Quieres sentirme aún más profundo? —le pregunté, mi voz ronca de deseo.

—Sí... por favor... fóllame más fuerte... —suplicó, su voz casi un gemido.

Sin dudar, me incliné hacia adelante, ajustando el ángulo para penetrarla aún más profundamente.

Mis manos se deslizaron hacia sus pechos, atrapándolos con firmeza y pellizcando sus pezones con una mezcla de fuerza y crueldad, arrancándole gemidos de placer y dolor que

resonaban en toda la habitación.

—Voy a llenarte de mi semen, nena. Voy a empaparte hasta que no puedas contenerlo —gruñí, con la respiración entrecortada mientras mi orgasmo se aproximaba con intensidad—. ¿Lo quieres? ¿Quieres mi leche caliente dentro de ti?

—Sí, amo —susurró entre jadeos, su voz quebrada por la intensidad del momento—. Quiero sentirte dentro de mí, llenándome por completo.

Aceleré el ritmo, cada movimiento más profundo y feroz, sus palabras alimentando mi deseo. Sentí cómo sus paredes internas se contraían alrededor de mí, apretándome con una urgencia que solo intensificaba mi placer.

—Pídemelo más fuerte—gruñí, mis manos bajando para aferrarse a sus caderas—. Quiero oírte suplicando por mi semen.

—Por favor, amo—gritó, su cuerpo temblando—. Lléname, empápame con tu leche caliente. No pares, por favor, no pares.

Con un último y profundo embate, solté una descarga ardiente en su interior, inundándola con mi semen caliente. La sensación de su coño apretándose insaciablemente alrededor de mí mientras me vaciaba era indescriptible, un éxtasis absoluto. Me quedé allí, inmóvil, saboreando cada segundo, sintiendo cómo su cuerpo temblaba y se estremecía bajo el peso de su propio orgasmo, mezclado con el mío. El calor de su piel, los jadeos entrecortados, el sudor mezclándose con el aroma del sexo; todo contribuía a intensificar este momento.

Finalmente, me retiré, viendo mi semen goteando lentamente de su entrada, manchando sus muslos y la sábana debajo. Con una sonrisa lasciva, desaté sus muñecas y tobillos, dejando marcas rojas en su piel pálida. Rebecca se desplomó en la cama, completamente exhausta pero con una satisfacción palpable en su expresión. Sus ojos, aún destellando luz de placer, me miraban con una mezcla de agotamiento y deseo satisfecho, mientras su cuerpo temblaba ligeramente con los últimos vestigios del sexo intenso.

—Hay algo que quiero decirte —comenzó a decir.

Maldita sea. Esto era lo que más temía. Ella me gustaba demasiado, hasta el punto de la obsesión enfermiza. La forma en que sus caderas se movían, el sonido de su risa, su maldita fragancia... me volvía loco. Pero no podía permitirme el lujo de tener una novia oficial. No ahora. No cuando en mi vida había un secreto.

— ¿Qué quieres decirme? —pregunté, intentando mantener mi tono neutral, aunque sabía que ella podía sentir la tensión en mi cuerpo.

—Quiero decirte lo que siento, pero esta vez, lo haré de forma más directa —dijo, su voz temblando un poco—. ¿Puedo?

Por un instante, sentí una punzada de pánico. No podía manejar esto ahora. Necesitaba desviar la conversación, mantener el control.

—Claro, pero antes de eso, quiero hablarte de algo importante.

Ella levantó la cabeza, mirándome con esos ojos grandes y curiosos.

— ¿Sobre qué?

—Sobre la empresa —dije, tratando de sonar casual—. Tu pasantía está a punto de terminar, y he estado pensando en tu futuro.

Vi la sorpresa en sus ojos, seguida de una leve preocupación.

— ¿Qué quieres decir?

—Quiero contratarte —dije—. Apenas termines tu pasantía. Creo que has demostrado ser invaluable para la empresa, Rebecca.

Ella me miró, evaluando mis palabras.

— ¿De verdad? ¿Y eso es porque soy buena en lo que hago o porque soy tu sumisa?

Sabía que esta pregunta iba a surgir.

—Eres buena en lo que haces —respondí, mirándola a los ojos—. Y sí, el hecho de que seas mi sumisa añade una capa de confianza y comprensión que no tengo con otros empleados. Pero no pienses que eso es lo único que te hace valiosa.

Ella asintió lentamente, sus ojos aún llenos de dudas.

—Solo quiero asegurarme de que no estoy obteniendo nada que no merezca.

—Te mereces esto, Rebecca —dije, tratando de convencerla tanto a ella como a mí mismo—. Y quiero que sigas creciendo en la empresa.

Ella volvió a apoyarse en mi pecho, su dedo reanudando su camino perezoso.

—Está bien. Gracias por confiar en mí.

Suspiré, aliviado de haber evitado la conversación que sabía que vendría tarde o temprano. Por ahora, esto tendría que ser suficiente. No podía permitirme más. No cuando nada estaba solucionado todavía.

La miré mientras se relajaba a mi lado, preguntándome cuánto tiempo yo podría mantener esta fachada.

Capítulo 21

Rebecca

Después de unos minutos de calma, sentí que Benedict se movía a mi lado. Pensé que quizás se estaba levantando para ir al baño o algo, pero entonces noté que me observaba con una mirada intensa, una que reconocí al instante.

Mi corazón empezó a latir más rápido. Sabía que él estaba listo para volver a la acción.

—Levántate —ordenó.

Me enderecé, todavía sintiendo la mezcla de dolor y placer de lo que acababa de ocurrir. Mis músculos temblaban, mis sentidos estaban alerta, y mi piel estaba cubierta de un fino sudor. Benedict no tenía intención de dejar que eso fuera todo, y no me sorprende honestamente. Sin previo aviso, me agarró de la muñeca con fuerza y me arrastró hacia el extremo de la cama. Con una sonrisa torcida y perversa y con sus ojos encendidos de deseo, sacó un conjunto de esposas de metal.

—Hoy te has portado mal, pequeña —gruñó en mi oído—. Y debo castigarte.

Mis ojos se abrieron de par en par, llenos de confusión y un poco de miedo.

— ¿Qué he hecho mal, amo? —susurré, mi voz temblando ligeramente.

Él sonrió de una manera que me hizo estremecer.

—No te hagas la inocente. —Su mano se deslizó lentamente por mi espalda, dejando un rastro de calor en mi piel—. Dejar entrar a tu ex novio a tu apartamento... eso merece un castigo.

Sentí un nudo en mi estómago mientras procesaba sus palabras.

Eso me sorprendió. ¿Benedict quiere castigarme por el asunto de mi ex? Al principio, eso me pareció extraño, ya que él mismo se mostró bastante comprensivo cuando ha visto a Carter aquí. De hecho, él no parecía demasiado enojado cuando Carter me robó un beso, aunque sus ojos destellaron con una chispa de celos. Entonces, me di cuenta de a dónde iba todo esto. Benedict solamente estaba jugando conmigo, probando hasta dónde podía llegar su control sobre mí.

Una muy ligera sonrisa se dibujó en mis labios mientras me preparaba mentalmente para lo que estaba por venir.

Él quería castigarme, sí, pero sabía que detrás de ese castigo había un placer indescriptible para ambos.

—Pero... él solo apareció aquí sin previo aviso... —fingí explicar.

Él apretó mi muñeca, tirándome hacia él con fuerza, su aliento caliente contra mi

cuello.

—No me importa la excusa. No debes permitir que ningún otro hombre entre en tu espacio personal, pequeña —Su lengua se deslizó lentamente por el borde de mi oreja, provocando un gemido involuntario—. Y ahora, vas a pagar por tu desobediencia.

Mi corazón latía frenéticamente mientras sus manos se movían por mi cuerpo, explorando cada rincón con una mezcla de ternura y brutalidad.

—Amo, por favor... —jadeé con excitación.

—No hay lugar para la clemencia, pequeña —murmuró, sus labios rozando mi piel—. Te enseñaré a no cometer el mismo error de nuevo. Así que ahora te vas a preparar para recibir tu castigo.

Las esposas se cerraron alrededor de mis muñecas con un clic sordo, su presión intensa enviando escalofríos a través de mi cuerpo. Benedict se tomó su tiempo, disfrutando de mi vulnerabilidad.

Luego, Benedict me estiró las piernas en la cama, atándolas con una cuerda gruesa y casi rígida, que rozaba mi piel con una mezcla de aspereza y firmeza. La cuerda se enroscaba alrededor de mis tobillos y muslos, separándolos con fuerza hasta que mis piernas quedaron abiertas de par en par, más de lo que creía humanamente posible. Sentía cómo la tensión de las cuerdas apretaba mis músculos y me mantenía inmovilizada en una posición completamente vulnerable.

Sin embargo, todos mis sentidos se alteraron cuando vi que Benedict sacaba de su maletín unas pinzas de metal. Sus ojos se clavaron en los míos mientras una sonrisa maliciosa se dibujaba en su rostro.

—Voy a usarlas para hacerte gemir como nunca lo has hecho —dijo descaradamente.

Las pinzas, frías y metálicas, se acercaron lentamente a mis pezones ya endurecidos. Sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo cuando él las colocó cuidadosamente alrededor de cada uno, ajustándolas hasta que la presión era una mezcla exquisita de dolor y placer. El metal mordía mis pezones, enviando ondas de intenso deleite a través de mi pecho y directo a mi entrepierna.

—¿Sientes eso, pequeña? —susurró Benedict, acercando su boca a mi oído mientras sus dedos jugueteaban con las cadenas de las pinzas—. Tus pezones se ven tan deliciosos atrapados ahí, tan rojos y sensibles.

—Sí... —gemí, mi voz entrecortada por la intensidad de las sensaciones.

—Voy a apretarlas un poco más —dijo él, y sentí cómo las pinzas se cerraban aún más sobre mis pezones, el dolor mezclándose con el placer de manera embriagadora—. Quiero que sientas cada segundo, cada pequeño tirón.

—Oh, Dios... —jadeé, arqueando mi espalda mientras mi cuerpo se estremecía bajo su control.

—Te encanta, ¿verdad? —Susurró él, mordiendo suavemente mi cuello—. Ver tus pezones tan vulnerables, saber que estoy a cargo de tu placer... y de tu dolor.

Me quedé allí, completamente inmóvil, sintiendo el aire frío de la habitación acariciar mi piel ardiente. El contraste entre el frío del ambiente y el calor de mi cuerpo me hizo estremecer. Benedict se detuvo un momento para admirar su obra maestra: mi cuerpo atado y expuesto, mis pechos adornados con pinzas que me arrancaban suspiros de dolor y placer.

Sin previo aviso, se inclinó y comenzó a besar mi cuello, su lengua caliente y húmeda trazando un sendero lento y deliberado por mi clavícula, descendiendo con lujuria que me hizo gemir. Sus besos eran un incendio que se extendía hasta mis pechos, donde las pinzas intensificaban cada sensación.

—Eres tan jodidamente hermosa así —murmuró contra mi piel—. Tan abierta y vulnerable. ¡Eres tan perfecta!

—Gracias, amo —susurré, mis palabras apenas audibles.

Él no estaba satisfecho. Me mordió el vientre con una intensidad que me hizo arquear la espalda, un gemido ahogado escapando de mis labios.

—No hables a menos que yo te lo pida —ordenó, con sus dientes hundiéndose en mi piel mucho más.

Sentí como si mi cuerpo estuviera en llamas, cada caricia suya avivando el fuego de mi deseo. Pero también había una parte de mí que se sentía humillada, denigrada por la forma en que estaba siendo tratada. La mezcla de placer y vergüenza era intoxicante, llevándome al borde de la rendición total.

—Esto te vuelve loca, ¿no, pequeña? —dijo, levantando la vista para mirarme a los ojos, su mirada penetrante atravesándome.

—Sí, amo —respondí, a pesar del nudo en mi garganta, mi voz apenas un susurro cargado de sumisión y necesidad.

— ¡Tan perfecta! —murmuró, su tono cargado de admiración y posesión. Se movió hacia abajo, besando y mordisqueando mi piel con una pasión voraz, cada contacto enviando oleadas de electricidad a través de mi cuerpo.

Sus labios descendieron lentamente, explorando cada centímetro de mi piel, cada mordisco y beso dejando una marca de su deseo.

Benedict se detuvo justo antes de llegar a mi coño, levantando la vista para asegurarse de que yo lo estaba mirando. Sus ojos oscuros brillaban de pura lujuria y poder, y supe que yo estaba completamente a su merced. Sus dedos rozaban mis muslos con una caricia ligera, aumentando la tensión y el deseo que ya me quemaban por dentro.

—Quiero que disfrutes esto, pero también quiero que sepas que es un castigo —dijo, su voz baja pero clara—. No te olvides de eso.

Sin esperar respuesta, se lanzó hacia adelante y comenzó a lamerme con una intensidad

que me hizo arquear la espalda. Su lengua se movía con una precisión y un ritmo que me volvían loca, deslizándose por mis pliegues y concentrándose en mi clítoris con una destreza que solo él tenía. Sentía cada movimiento, cada roce, como una descarga eléctrica que recorría mi cuerpo.

Mis caderas intentaron moverse, pero las esposas de metal me mantenían firmemente en su lugar y además las pinzas en mis pezones intensificaban cada sensación, cada estímulo. Su boca era voraz, devorando cada gemido que escapaba de mis labios, y cuando su lengua presionaba con más fuerza, me hacía perder el control por completo.

— ¿Te gusta eso, pequeña? —preguntó, levantando la cabeza por un momento, sus labios brillando con mi humedad, su mirada intensa y penetrante.

—Sí, amo, me encanta —jadeé, mis palabras saliendo entrecortadas, sintiendo como mi cuerpo temblaba de deseo y anticipación.

—Eso quería oír —murmuró, volviendo a su tarea con renovada energía, sus manos ahora agarrando mis caderas con fuerza, manteniéndome en su lugar.

Cada lamida, cada succión, me llevaba más y más cerca del orgasmo. Sus labios y su lengua se movían con una precisión endemoniada, explorando cada rincón de mi sexo, provocando gemidos incontrolables que llenaban la habitación. Sentía el calor acumulándose en mi bajo vientre, mis músculos tensándose con cada movimiento suyo.

—Eres tan jodidamente deliciosa —susurró, sus palabras enviando vibraciones a través de mi piel—. Quiero que grites mi nombre cuando yo te haga venir.

Justo cuando estaba a punto de llegar, cuando podía sentir el orgasmo a punto de explotar dentro de mí, Benedict se detuvo. Levantó la cabeza, mirándome con una sonrisa cruel, disfrutando de mi frustración evidente.

— ¿Qué pasa, pequeña? ¿Esto es demasiado para ti? —él dijo, con su voz llena de burla—. Tal vez deberías aprender a no ser tan impaciente.

—Por favor, amo —comencé a rogar de nuevo, con mi voz desesperada—. No pares, te lo suplico.

— ¿Quieres que continúe? —preguntó, su tono implacable—. ¿Quieres rogarme por tu orgasmo?

—Sí, amo, por favor —dije, mis palabras saliendo como un susurro quebrado—. Necesito sentirte, necesito que me hagas venir.

—Buena chica —dijo, finalmente inclinándose de nuevo, su lengua retomando su tarea con una ferocidad renovada, cada movimiento más intenso, más devastador.

El éxtasis volvió a acumularse rápidamente, mis gemidos llenaron la habitación mientras mi cuerpo se arqueaba contra sus labios. Sentía cada músculo tensarse, cada nervio en llamas, y cuando finalmente me dejó caer en ese abismo de placer, grité su nombre con una mezcla de alivio y deseo.

Seguidamente, Benedict se levantó y, sin perder el tiempo, se quitó los pantalones. Su

polla ya estaba dura y lista, sobresaliendo imponente entre sus piernas. Me miró fijamente con esos ojos intensos mientras se arrodillaba en la cama, acercándose con una mirada de puro deseo. Sin previo aviso, se empujó dentro de mí con una fuerza que me arrancó un grito. Sentí su miembro llenarme completamente, estirándome, invadiéndome de una manera que me hacía perder la cabeza.

Cada embestida era salvaje, cargada de un fervor animal que me dejaba sin aliento. Su piel contra la mía estaba caliente y resbaladiza por el sudor, y su cuerpo duro y perfecto se movía con una precisión devastadora. Yo quería tocarlo, recorrer cada músculo definido con mis manos, sentir cada centímetro de su piel, pero las malditas esposas de metal me lo impedían.

—Eres mía —gruñó entre empujes.

Su mirada se clavaba en la mía mientras él tiraba con fuerza de las pinzas que aprisionaban mis pezones, arrancándome gemidos de dolor y placer mezclados.

—Solo mía.

—Sí, amo —gemí, mi cuerpo estremeciéndose ante cada palabra suya, respondiendo a su brutalidad con una necesidad desesperada.

Y de repente, Benedict no perdió tiempo y, mientras me mantenía sujeta, cambió de posición. Se colocó encima de mí, su polla dura rozando mi rostro. Mientras yo podía sentir su aliento cerca de mi entrepierna, el calor de su cuerpo envolviéndome.

—Chúpame la polla, pequeña —gruñó, su voz ronca enviando escalofríos por mi columna—. Luego, voy a follarte de nuevo.

Sin previo aviso, su lengua comenzó a explorar mi sexo otra vez, lamiendo con una precisión que me hacía arquear la espalda y gemir contra su polla. Sentía cada movimiento de su lengua, cada lamida y succión, como una descarga eléctrica de placer.

Él, sin dejar de lamerme con una ferocidad casi cruel, guió su miembro hacia mi boca cuando se dio cuenta que yo no hacía nada todavía. Yo sabía lo que quería y, deseosa de complacerlo, finalmente abrí los labios y tomé su dureza, chupando y lamiendo con avidez. El sabor de su piel mezclado con el sudor y la pasión era intoxicante, y cada gemido que dejaba escapar me hacía succionarlo con más fuerza.

Sus manos se aferraban a mis caderas, manteniéndome inmóvil mientras su lengua seguía succionándome implacablemente. Yo sentía cada músculo de su cuerpo tensarse y relajarse con cada movimiento, su olor, su sabor, todo me envolvía en una nube de lujuria. Las esposas se clavaban en mis muñecas todavía más y las cuerdas en mis tobillos, pero el dolor solo aumentaba el placer, mezclándose en una tormenta de sensaciones.

—Eres perfecta así.... Tan sumisa y lista para mí.

Y rápidamente, él volvió a cambiar nuestras posiciones, sacó su polla de mi boca y se volvió a posicionar entre mis piernas. Sentí cómo su polla, dura y caliente, volvía a entrar en mi coño, pulsando con una urgencia que me hacía gemir de placer. Cada embestida era brutal, su pelvis chocando con la mía con un ritmo salvaje, casi primitivo. Me agarró los pechos con

firmeza, sus manos grandes y rudas jugando con mis pezones endurecidos, mientras las pinzas metálicas se aferraban a ellos todavía.

—Voy a correrme tan jodidamente duro dentro de ti, pequeña —dijo, con su ritmo volviéndose más frenético.

Él me miraba con ojos oscuros y hambrientos, y yo podía ver el deseo crudo en su rostro, sus labios entreabiertos dejando escapar gemidos roncros.

Cada embestida me acercaba al borde, y a pesar de todo, no podía evitar desearlo. Mi cuerpo se tensó, mis uñas se clavaron en las palmas de mis propias manos mientras intentaba mantener el control, pero era imposible.

— ¿Te gusta sentir mi polla tan profundo, verdad? —murmuró, su voz temblando de lujuria insaciable. —Eres una sumisa sucia, ¿no?

—Sí... —gemí, casi sin poder hablar, mis palabras entrecortadas por el ritmo frenético de sus embestidas.

—Dilo —exigió, su mano agarrando mi cabello y tirando de él hacia atrás, obligándome a mirarlo a los ojos. —Dime lo que eres.

—Soy tu sumisa —susurré, sintiendo una mezcla de vergüenza y excitación inundarme.

—Córrete para mí, pequeña —ordenó, su voz un gruñido, sus movimientos más rápidos y brutales. —Quiero sentir cómo te estremeces alrededor de mi polla.

Su mano libre se deslizó entre nuestros cuerpos, encontrando mi clítoris y frotándolo con una presión exquisita. Mi espalda se arqueó, mis piernas temblaron mientras una ola de placer me arrasaba.

—Eso es, así me gusta, que estés mojadita para mí —jadeó él—. Vas a hacerme correr tan duro dentro de ti.

Las palabras fueron todo lo que necesitaba. Mi cuerpo se convulsionó mientras el orgasmo me atravesaba con una fuerza abrumadora que antes, un grito escapando de mis labios mientras me estremecía bajo él.

—Eso es, grita para mí, pequeña—gruñó Benedict.

Unos segundos después, sentí cómo se corría dentro de mí, llenándome con su calor. Cada pulsación de su orgasmo se sincronizaba con mis propios espasmos, creando una sinfonía perfecta.

Nos quedamos así por un momento, nuestros cuerpos temblando y sudorosos, respirando con dificultad. La sensación de su semilla caliente llenándome me hacía sentir una satisfacción profunda y primal.

Finalmente, Benedict se retiró lentamente, dejando escapar un gemido ronco. Me miró con una mezcla de satisfacción y dominio, sus ojos recorriendo mi cuerpo desnudo.

—Eres increíble, pequeña. Mi sumisa perfecta —dijo, acariciando mi mejilla con

suavidad, una contradicción con la intensidad de los momentos anteriores.

Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios mientras yo lo observaba.

—Voy a dejarte así —dijo Benedict, su mirada fija en las esposas de metal que mantenían mis muñecas atadas a la cabecera de la cama—. ¡Es parte de tu castigo!

Sus palabras resonaron en mi mente, enviando una oleada de excitación a través de mi cuerpo.

—Sí, amo —susurré, mordiéndome los labios, mis ojos llenos de sumisión y deseo.

Benedict se inclinó hacia adelante, y mientras él me quitaba las pinzas de mis pezones, sus labios iban rozando los míos en un beso lento y profundo. Su lengua jugueteó con la mía, explorando con una intensidad que me hacía temblar.

Y el beso, poco a poco, comenzó a volverse tan suave como una pluma, cada roce de sus labios provocaba un estremecimiento en mi piel. Esta ternura inesperada se sentía más íntima y penetrante que cualquier encuentro sexual rudo. Me deleitaba esa sensación, un cosquilleo que recorría mi espina dorsal y encendía cada rincón de mi ser.

Luego, él me dejó sujeta a la cama, como había prometido, completamente expuesta. Cada nudo en las ataduras parecía apretar justo lo suficiente para recordarme mi posición, dejándome a su merced. La mezcla de placer y humillación invadía mi cuerpo, y el rubor en mis mejillas se extendía por mi cuello y pecho. Mi piel ardía, todavía temblando por el torrente de emociones y sensaciones que acababan de sacudirnos.

Y finalmente, el agotamiento se apoderó de mí. Mis párpados comenzaron a cerrarse, pesados como el plomo, y la oscuridad se deslizó suavemente sobre mí.

Me quedé dormida, aún atada a la cama, con las marcas de su posesión grabadas en mi piel.

Capítulo 22

Rebecca

El sol se filtraba por las cortinas, llenando la habitación de una luz suave y cálida. Abrí los ojos lentamente, sintiendo el entumecimiento en mis extremidades. Parpadeé, tratando de recordar dónde estaba y por qué me sentía tan extraña. Entonces, los eventos de la noche anterior me golpearon como una ola. Me había quedado dormida sujeta a la cama después de una sesión intensa y dolorosa con Benedict.

Me moví, esperando sentir las esposas metálicas tirando de mis muñecas y las cuerdas duras en mis tobillos, pero para mi sorpresa, yo estaba libre. Me enderecé lentamente, mis músculos protestando por el movimiento. Me pregunté en qué momento él me había dejado libre. ¿Él había sido cuidadoso conmigo? ¿Había susurrado algo mientras me dejaba libre y yo dormía? No lo sabía. Solo sabía que ahora yo estaba libre, aunque aún sentía la presión fantasmal de las cuerdas en mi piel.

Me senté en el borde de la cama, intentando estirar los músculos adoloridos. La puerta del baño estaba entreabierta, y pude escuchar el sonido del agua corriendo. Benedict estaba en la ducha. Me quedé allí, envuelta en las sábanas, tratando de procesar mis emociones. Me sentía usada, sí, pero también había una parte de mí que disfrutaba de esa sumisión total. Era una mezcla complicada de sentimientos que no podía desentrañar fácilmente.

Después de un rato, el sonido del agua se detuvo y la puerta del baño se abrió por completo. Benedict salió envuelto en una nube de vapor, una toalla alrededor de su cintura estrecha. El agua aún goteaba de su cabello oscuro, cayendo en gotas que recorrían su frente y se deslizaban por su rostro. Su torso estaba brillante por la humedad, cada músculo bien definido y tenso. El contraste de su piel mojada y sus ojos oscuros era casi hipnótico.

Caminó hacia mí con una seguridad tranquila, cada paso haciendo que los músculos de sus piernas y abdomen se movieran con una gracia poderosa. Se detuvo frente a mí y me miró con una sonrisa que era mitad ternura y mitad posesión.

—Buenos días —dijo, con su voz baja y ronca.

—Buenos días —susurré.

— ¿Has dormido bien, pequeña? —preguntó, inclinándose para rozar un dedo por mi mejilla.

—Sí —mentí, aunque el dolor y la incomodidad aún se sentían en mis músculos.

—Bien —dijo, su sonrisa ensanchándose—. Ven, vamos a bañarte.

Él me tomó de la mano y me levantó de la cama. Sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo al contacto con su piel cálida y húmeda. Me guió hacia el baño, su mano fuerte pero suave en la mía. El baño estaba aún lleno de vapor, y la bañera estaba lista, llena de agua caliente y

burbujeante. Benedict me ayudó a entrar, su mirada nunca apartándose de la mía.

El agua caliente se sintió increíble contra mi piel adolorida, relajando mis músculos de inmediato. Me sumergí hasta el cuello, cerrando los ojos y dejando que el calor me envolviera. Benedict se arrodilló junto a la bañera y comenzó a lavar mi cabello con movimientos lentos y meticulosos.

—Eres tan hermosa —murmuró, mientras sus dedos masajeaban mi cuero cabelludo—. Incluso después de una noche tan intensa.

—Gracias —susurré, con mis ojos aún cerrados.

Él terminó de lavar mi cabello y me ayudó a enjuagarlo, el agua caliente corriendo por mi espalda y hombros. Luego, tomó una esponja y comenzó a frotar mi piel con movimientos firmes pero suaves. Sentí cómo sus manos recorrían cada centímetro de mi cuerpo, limpiándome y acariciándome al mismo tiempo.

La calidez del agua, el aroma del jabón, y la sensación de las manos de Benedict frotando mi espalda me llenaban de una tranquilidad que contrastaba enormemente con la intensidad de la noche anterior. Sentía cada caricia como un recordatorio de su dominio, pero también de su cuidado. Mientras me sumergía en esta mezcla de sensaciones, una pregunta que había estado rondando en mi mente durante mucho tiempo comenzó a tomar forma.

Me giré ligeramente, mirando a Benedict con curiosidad. Decidí que era el momento de preguntarle algo que había estado en mi mente durante un largo tiempo.

—Benedict —comencé a decir suavemente—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, pequeña —respondió, su tono relajado mientras él seguía frotando mi espalda con la esponja—. ¿Qué quieres saber?

Respiré hondo, dudando un momento antes de soltar la pregunta.

— ¿Alguna vez te has enamorado de alguna de tus sumisas pasadas?

Benedict se detuvo por un instante, su mano aún en mi espalda. Yo podía sentir la tensión en su cuerpo, aunque su rostro se mantuvo sereno.

—No, nunca me he enamorado de ninguna de ellas —dijo finalmente, su voz firme pero tranquila.

— ¿Y ellas de ti? —insistí, sintiendo que esta conversación era importante para entender mejor nuestra dinámica.

—Algunas sí —admitió, sus ojos fijos en los míos—. Pero siempre les dejé claro a cada una de esas mujeres cuál era la naturaleza de nuestra relación. No había lugar para el amor en esos acuerdos.

Sus palabras resonaron en mi mente mientras yo trataba de procesarlas.

— ¿Y nunca te has enamorado de otra mujer? —Pregunté, mi voz temblando un poco—. Nunca he sabido que tengas pareja.

Benedict apartó la mirada por un momento, como si estuviera considerando sus palabras con cuidado.

—No, nunca me he enamorado de ninguna mujer —contestó él, aunque había algo en su tono que sugería que estaba omitiendo algo importante.

— ¿Nunca? —Repetí, sintiendo una mezcla de incredulidad y curiosidad—. ¿Ni siquiera has sentido algo por alguien más?

Benedict suspiró y dejó la esponja a un lado, sus ojos volviendo a encontrarse con los míos.

—Esta es una conversación complicada —dijo, su tono cambiando a uno más evasivo—. Prefiero no entrar en detalles sobre mi vida personal pasada.

—Pero quiero saber —insistí—. Quiero entenderte mejor, Benedict.

—Esto no es algo que necesites entender —replicó, con un tono volviéndose un poco más severo—. Lo que importa es lo que tenemos tú y yo ahora. Esa es la única relación que debe preocuparte.

Me mordí el labio, sintiendo la frustración burbujear dentro de mí.

—Es solo que... esto me hace sentir insegura —admití, mi voz temblando ligeramente—. No saber si alguna vez has amado a alguien más, o si alguna vez podrías amarme a mí.

Benedict se quedó en silencio por un momento, su expresión imperturbable pero sus ojos mostrando una tormenta interna. Y finalmente, habló.

—Te cuido, te protejo y te respeto. Eso es lo que puedo ofrecerte, y debería ser suficiente para ti.

— ¿Y qué pasa si eso no es verdaderamente suficiente para mí? —pregunté con rapidez.

Benedict frunció el ceño, claramente incómodo con la dirección que estaba tomando la conversación.

—Entonces, esto no tiene por qué ser suficiente. Esto es lo que soy y lo que puedo ofrecer. Si no es suficiente, entonces tendremos que reconsiderar nuestra relación.

Las palabras de Benedict me golpearon con la fuerza de un puñetazo. Yo sabía que era un hombre de pocas palabras, alguien que no ofrecía su corazón fácilmente. Pero escuchar que podría haber una posibilidad de reconsiderar nuestra relación me hizo sentir un nudo en el estómago.

—Benedict —murmuré, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. No estoy diciendo que esto no sea suficiente. Solo quiero entenderte mejor. Quiero saber más sobre ti, porque tú me importas realmente.

—Y tú me importas a mí —respondió, su voz áspera pero teñida de una rara ternura mientras sus ojos se suavizaban ligeramente—. Pero hay cosas de mi pasado que no están

abiertas a discusión, ¿entiendes? Lo que realmente importa es el presente, lo que tú y yo estamos viviendo ahora mismo. Eso es lo que cuenta, no el montón de mierda que dejé atrás.

Me mordí el labio, tratando de aceptar sus palabras.

—Está bien —dije finalmente, aunque una parte de mí seguía sintiéndose insatisfecha.

Benedict me miró con una expresión que mezclaba comprensión y frustración.

—Vamos a terminar de bañarte —dijo, volviendo a tomar la esponja—. Necesitas relajarte y dejar de preocuparte por cosas que no puedes cambiar.

Me dejé llevar por sus movimientos, permitiendo que el agua caliente y sus caricias me calmaran. Pero mi mente seguía girando con preguntas sin respuesta. ¿Por qué era tan reacio a hablar de su pasado? ¿Qué estaba ocultando él? Y lo más importante, ¿había alguna posibilidad de que algún día él pudiera amar a alguien, incluso a mí?

El silencio se hizo más palpable mientras Benedict continuaba lavándome, su concentración en la tarea a mano era evidente. Finalmente, me recosté en la bañera, permitiendo que el agua caliente hiciera su trabajo, relajando mis músculos y calmando mis pensamientos.

—Benedict —murmuré después de un rato—. Lo siento si te presioné demasiado. Solo quiero estar más cerca de ti.

—Lo entiendo —respondió, su voz igualmente suave— Y aprecio que quieras conocerme mejor. Pero hay cosas que son difíciles de discutir.

Bueno, tal parece no debo de hacerme demasiadas ilusiones con él.

Una parte de mí, una parte demasiado diminuta, tenía la esperanza de que él sintiera lo mismo que yo, que sintiera ganas de poder intentar tener una relación como las personas normales, pero ahora lo sé, quizás es algo que jamás ocurra.

Nuestra relación es pura y llanamente sexo, sexo y más sexo. No hay más vuelta de hoja. Pero, no pasa nada, yo misma acepté ser su juguete sexual, y tengo que ser sincera, me encanta cada vez que él me tiene entre sus brazos. Me pierdo completamente en él. Cuando estamos juntos, es como si el mundo desapareciera, y solo existiéramos nosotros dos. Siento como me pierdo más y más en él, cada vez que me toca, cada vez que me besa. Es un maldito vicio del que no puedo escapar.

Cada vez que estamos juntos, siento como mi corazón se enamora un poco más. Sus ojos, su sonrisa, su manera de hacerme sentir que soy la única en el mundo, aunque sé que no es así. Me entrego por completo a él, sabiendo que al final, voy a acabar rota. Pero no puedo evitarlo, es como una droga de la que no quiero desengancharme.

Sé que un día todo esto se acabará, que él seguirá con su vida y yo tendré que recoger los pedazos de la mía.

Porque, en el fondo de mi alma, sé que esto al final me va a doler como el infierno. Porque, vamos, nada es para siempre, ¿verdad?

Luego de terminar la ducha, él me llevó de vuelta al dormitorio y me ayudó a vestirme con ropa limpia y cómoda. Luego, nos sentamos juntos en la cama, disfrutando de la tranquilidad del momento.

—Gracias por cuidarme, Benedict.

—Siempre —respondió.

Nos quedamos así, disfrutando de la paz y la intimidad del momento.

A medida que la mañana avanzaba, Benedict me llevó a la cocina y me preparó el desayuno. Nos sentamos juntos en la mesa, comiendo en silencio pero compartiendo miradas y sonrisas que decían más de lo que cualquier palabra podría expresar.

De repente, mi teléfono comenzó a vibrar en la mesa. Miré la pantalla y vi el nombre del doctor de Valeria. Mi corazón dio un vuelco inmediato, y sentí una oleada de ansiedad recorrerme. No era usual recibir llamadas del doctor a estas horas.

— ¿Pasa algo? —preguntó él, levantando la vista del periódico al notar mi expresión.

—Es el doctor de Valeria —respondí, tratando de mantener la calma mientras deslizaba el dedo por la pantalla para contestar—. Hola, doctor. ¿Todo está bien?

—Rebecca —dijo el doctor, con voz urgente y tensa—. Necesito que vengas al hospital urgentemente.

Mi mente se quedó en blanco por un momento.

— ¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Valeria ha tenido una complicación grave —continuó el doctor, tratando de mantenerse profesional pero sin poder ocultar la urgencia en su tono—. No puedo dar más detalles por teléfono, pero es crucial que vengas lo antes posible.

Sentí como si el suelo se abriera bajo mis pies.

—Voy para allá inmediatamente —respondí, mi voz temblando. Colgué el teléfono y me quedé mirando la pantalla por un momento, tratando de procesar lo que yo acababa de escuchar.

— ¿Qué pasa? —preguntó él, su voz ahora llena de preocupación genuina.

—Es Valeria —dije, tratando de no dejar que las lágrimas empezaran a fluir—. El doctor dice que ella ha tenido una complicación grave y que tengo que ir al hospital ahora mismo.

Él se levantó rápidamente, dejando el periódico a un lado.

—Vamos, voy a ir contigo.

Agarré mis cosas con manos temblorosas, tratando de mantener la compostura. Él tomó las llaves del auto y me siguió.

Salimos del apartamento en silencio.

El camino al hospital fue un borrón. Mi mente estaba inundada de imágenes de Valeria, de todas las veces que yo la había visto luchar y sonreír a pesar de todo. No podía perderla. No ahora. No cuando yo aún tenía tantas cosas que decirle, tanto apoyo que darle.

Capítulo 23

Rebecca

Finalmente llegamos al hospital y corrimos hacia la recepción.

—Soy Rebecca, la hermana de Valeria. Me han llamado diciendo que es urgente —dije, mi voz entrecortada por la agitación.

La recepcionista asintió y llamó a alguien por teléfono.

—El doctor vendrá a buscarla en un momento, señorita —dijo, señalando una fila de sillas en la sala de espera.

Nos sentamos, pero no podía dejar de moverme, mis piernas temblaban incontrolablemente. Sentí su mano en la mía, dándome un apretón reconfortante. No dijo nada, pero su presencia lo decía todo. Él estaba ahí para mí, pase lo que pase.

Cada segundo se sentía como una eternidad. Miré a mi alrededor, viendo a otras personas en la misma situación, esperando noticias de sus seres queridos. Finalmente, el doctor apareció por la puerta y caminó hacia nosotros.

—Doctor, ¿qué ha pasado? ¿Cómo está Valeria? —pregunté, mi voz llena de urgencia y miedo.

Él me miró con una expresión seria y compasiva.

—Vamos a mi oficina, necesito explicarte la situación con más detalle.

Asentí, tomando un profundo respiro y preparándome para escuchar lo que temía desde que había recibido la llamada.

Caminé detrás del doctor, sintiendo el peso de cada paso. Sabía que lo que iba a escuchar podría cambiar todo, pero yo estaba lista para enfrentar lo que fuera necesario por mi hermana.

Mientras nos dirigíamos a la oficina, pensé en todas las veces que Valeria me había apoyado, en cómo habíamos compartido risas y lágrimas. Ahora era mi turno de ser fuerte para ella. Y aunque el miedo me consumía, también sentía una chispa de esperanza. Tenía que haber algo que yo pudiera hacer para salvarla.

Finalmente, llegamos a la puerta de la oficina del doctor. Me giré para mirar a Benedict, quien me había seguido todo el camino. Al menos, por el momento, yo sabía que, sin importar lo que pasara, no me encontraba sola.

Respiré hondo y me preparé para escuchar lo que el doctor tenía que decir.

Entramos en la oficina del doctor, y el aire parecía más denso, cargado de tensión y

preocupación. Me senté en la silla frente a su escritorio, con él a mi lado, su presencia un constante recordatorio de que no estaba sola en esto.

El doctor se acomodó en su silla y suspiró profundamente antes de comenzar a hablar.

—Rebecca, la situación de Valeria ha empeorado significativamente durante la noche. Sus niveles de glóbulos blancos han caído drásticamente, y está mostrando signos de una infección que su cuerpo no puede combatir debido a su sistema inmunológico comprometido.

Sentí un nudo formarse en mi garganta, pero me obligué a mantener la calma.

— ¿Qué significa eso, doctor? ¿Qué tan grave es?

El doctor me miró con una expresión grave.

—Es muy grave. Sin tratamiento, su cuerpo está perdiendo la capacidad de defenderse. Hemos hecho todo lo posible para estabilizarla, pero la infección se está propagando rápidamente.

—No... no... ella ya está recibiendo tratamientos, ¿verdad? —pregunté, mi voz temblando—. ¿Por qué no está mejorando?"

El doctor suspiró de nuevo, esta vez con un matiz de frustración y tristeza.

—Valeria ha decidido no recibir más tratamientos para su leucemia. Ha firmado un documento de rechazo de tratamiento, lo que significa que no podemos administrarle la quimioterapia ni otros tratamientos sin su consentimiento.

Sentí como si el suelo se abriera bajo mis pies de nuevo.

— ¿Qué? ¿Por qué ella haría eso? ¡Tiene que recibir tratamiento! No puede simplemente rendirse así.

Me levanté de la silla, la desesperación y la ira luchando por salir de mí.

— ¡Usted es el doctor! ¡Tiene que hacer algo! Oblíguela a recibir el tratamiento. No puede dejarla morir.

El doctor me miró con compasión, pero también con firmeza.

—Rebecca, entiendo tu desesperación, pero no podemos obligar a nadie a recibir tratamiento en contra de su voluntad. Valeria es mayor de edad y tiene el derecho de tomar sus propias decisiones médicas, por más difíciles que eso sea de aceptar.

Sentí lágrimas de frustración y miedo brotar de mis ojos.

— ¡Ella no puede estar tomando esta decisión! Ella no sabe lo que está haciendo. Tiene que haber algo que podamos hacer.

El doctor se inclinó hacia adelante, tratando de hacerme entender.

—Créeme, hemos intentado hablar con ella, explicarle todas las opciones y las consecuencias. Pero ella ha sido muy clara en su decisión. Y legalmente, estamos obligados a

respetar su voluntad.

Me desplomé en la silla, sintiéndome impotente.

— ¿Qué pasa si muere? ¿Cómo voy a vivir con eso? ¿Cómo puedo simplemente sentarme y verla rendirse?

Benedict, que había estado en silencio, tomó mi mano y me dio un apretón firme.

—Rebecca, sé que esto es difícil de aceptar, pero a veces las personas toman decisiones que no entendemos. Valeria debe tener sus razones, aunque no sean claras para nosotros en este momento.

El doctor asintió con la cabeza ante las palabras de Benedict.

—A veces, los pacientes sienten que los tratamientos son peores que la enfermedad misma. Tal vez Valeria siente que ha luchado suficiente y quiere vivir sus últimos días en sus propios términos.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano.

— ¿Y no hay absolutamente nada que usted o yo podamos hacer para cambiar su mente? ¿Algún tratamiento alternativo, algo menos agresivo para ella?

El doctor sacudió la cabeza.

—Hemos discutido todas las opciones con ella, incluso tratamientos paliativos que podrían mejorar su calidad de vida sin ser tan invasivos. Pero hasta ahora, ella se ha mantenido firme en su decisión.

—No puedo aceptarlo —dije, mi voz apenas un susurro—. Ella es mi hermana menor y mi única familia. No puedo perderla.

El doctor se inclinó hacia adelante, sus ojos llenos de empatía.

—Rebecca, lo mejor que puedes hacer en este momento es estar a su lado, apoyarla en lo que ha decidido. A veces, la presencia y el amor de un ser querido pueden hacer más que cualquier tratamiento médico.

Me giré hacia Benedict, buscando algún tipo de consuelo.

— ¿Y tú? ¿Qué piensas de todo esto?

Él me miró, su rostro serio y preocupado.

—Creo que es una decisión increíblemente difícil, pero al final, es su vida y su elección. Y sé que tú harás todo lo posible por ella, porque eso es lo que haces. Eres fuerte y valiente.

Me quedé en silencio por un momento, procesando todo. Sabía que él tenía razón, pero la idea de simplemente aceptar la decisión de Valeria me parecía imposible. Yo quería luchar, quería pelear por ella, aunque ella misma ya no quisiera hacerlo.

—Doctor —dije finalmente—. No voy a dejar de intentar. Hablaré con ella, trataré de hacerla cambiar de opinión. Pero si no lo logro, ¿Usted puede prometerme que al menos le dará el mejor cuidado posible a mi hermana?

El doctor asintió.

—Por supuesto, Rebecca. Haremos todo lo que esté a nuestro alcance para asegurarnos de que Valeria esté lo más cómoda y cuidada posible, sin importar sus decisiones.

—Gracias, doctor. Haré todo lo que pueda. Y gracias a ti también —dije, girándome hacia él, mientras nos poníamos de pie—. Tu apoyo significa mucho para mí.

Él me dio un leve apretón en la mano antes de soltarla.

—Vamos, te voy a llevar a verla.

Caminamos juntos por los pasillos del hospital, cada paso resonando en el silencioso entorno.

Al llegar a la puerta de la habitación de Valeria, me detuve, tomando un profundo respiro antes de entrar.

Pero antes, le pedí a Benedict que esperar afuera, él me dijo que tenía algo que hacer de todas maneras, luego vendría por mí.

La habitación estaba en penumbra, con el suave zumbido de las máquinas llenando el aire. Valeria estaba acostada en la cama, sus ojos cerrados, su rostro pálido pero sereno.

Me acerqué a ella y me senté en la silla junto a su cama, tomando su mano en la mía.

—Valeria —susurré, tratando de mantener mi voz firme—. Estoy aquí. Y no voy a rendirme contigo.

Sus ojos se abrieron lentamente, y me miró con una mezcla de cansancio y amor.

—Rebecca... gracias por estar aquí.

—Siempre —respondí, apretando su mano con fuerza—. Siempre estaré aquí para ti.

Mi corazón latía con fuerza, sabiendo que debía tener una conversación que había evitado durante tanto tiempo. Necesitaba entender por qué mi hermana, mi querida Valeria, había decidido dejar de luchar.

Tomé su mano con suavidad, sintiendo la frialdad de su piel.

—Valeria —me detuve por unos segundos antes de continuar hablando—. Necesito hablar contigo, de verdad.

Valeria giró su cabeza lentamente hacia mí, sus ojos grandes y llenos de tristeza y resignación.

— ¿Qué pasa, Rebecca? —Su voz era apenas un susurro, frágil como si las palabras fueran a romperse en el aire.

—Por favor —dije, sintiendo cómo las lágrimas empezaban a llenar mis ojos—. Por favor, lucha. No te rindas, Valeria. Eres tan fuerte, más fuerte de lo que crees. No puedes dejarme aquí sola.

Valeria apretó mi mano ligeramente.

—No es tan simple, Becca. He estado luchando durante tanto tiempo. Estoy cansada.

—No, Valeria, no digas eso. No puedes rendirte ahora. Hay tratamientos, hay opciones. Podemos encontrar una manera. Pero necesito que quieras pelear. No puedo hacerlo sola.

Valeria me miró con una tristeza profunda.

—¿Sabes lo que es sentir que tu propio cuerpo te traiciona cada día? Cada vez que me miro al espejo, veo a una persona que apenas reconozco. Estoy cansada de sentir dolor, de estar siempre enferma. A veces, parece más fácil dejar ir todo.

—Sé que es difícil —dije, con mi voz temblando—. Sin embargo, debe haber algo que te haga querer seguir adelante, algo por lo que valga la pena luchar.

Valeria dejó escapar un suspiro profundo, como si estuviera liberando todo el peso que llevaba sobre sus hombros.

—Becca, he pensado en esto muchas veces. Y cada vez, llego a la misma conclusión. No quiero pasar el resto de mi vida en un hospital, con más tratamientos y más dolor. A veces, parece mejor dejar que el destino siga su curso.

—Pero ¿qué hay de nosotras? No puedo imaginar mi vida sin ti. Eres mi hermana, mi mejor amiga. Necesito que luches. Necesito que te quedes conmigo.

—Becca —dijo Valeria, suspirando pesadamente—. No quiero que recuerdes a una Valeria que siempre estaba en el hospital, siempre enferma. Quiero que recuerdes los buenos tiempos, cuando éramos felices, cuando éramos libres. No quiero que mi vida sea solo una batalla interminable contra una enfermedad casi invencible.

—Pero todavía hay esperanza —insistí, sintiendo que la desesperación crecía dentro de mí—. Hay médicos, hay tratamientos que no hemos probado. No puedes rendirte antes de intentar todo.

Valeria me miró directamente a los ojos, y pude ver el dolor y la tristeza en su mirada.

—Rebecca, he intentado todo lo que podía. He sido fuerte durante tanto tiempo, pero ahora, siento que estoy al final de mi camino. Y necesito que me entiendas, que respetes mi decisión.

—No puedo aceptarlo —dije, las lágrimas corriendo por mis mejillas con más fuerza—. No puedo simplemente verte rendirte. No puedo dejarte ir.

—Hermanita —dijo Valeria, su voz apenas un susurro—. Quiero que vivas tu vida, que seas feliz. No quiero que te quedes atrapada en mi enfermedad. Quiero que te cases, que tengas hijos, que hagas todas las cosas que yo nunca podré hacer. Y quiero que sepas que te amo, más

de lo que las palabras pueden expresar.

—Te amo tanto, Valeria —dije, con mi voz ahogada por las lágrimas—. Y por eso te pido, te suplico, que no te rindas. Tienes que luchar por mí, por nosotras.

Valeria cerró los ojos, dejando que las lágrimas corrieran por su rostro pálido.

—Lo siento, Becca. Lo siento tanto. Pero no puedo seguir luchando. No puedo seguir viviendo con este dolor, con esta incertidumbre. Necesito paz, necesito descansar finalmente.

Sentí como si el mundo se estuviera derrumbando a mi alrededor.

—Pero, ¿y si hubiera una oportunidad? ¿Si hubiera un tratamiento que pudiera ayudarte? ¿Lo intentarías, por mí?

Valeria abrió los ojos y me miró con una expresión de resignación y amor.

—Lo intentaré, Becca. Lo intentaré, pero no puedo prometer nada. Solo necesito que entiendas que, si no puedo seguir, no es porque yo no te amo. Es porque ya no tengo fuerzas simplemente.

Asentí, sintiendo que mi corazón se rompía en mil pedazos.

—Está bien, Valeria. Haré todo lo que pueda para apoyarte. Y si decides que no puedes seguir, te prometo que estaré a tu lado, sin importar lo que pase.

Valeria me abrazó débilmente, y sentí su calidez y su fragilidad.

—Gracias, Becca. Gracias por entender. Y por favor, nunca olvides cuánto te amo.

Mientras sostenía a mi hermana en mis brazos, supe que esta sería una de las batallas más difíciles de nuestras vidas.

—Siempre estaré aquí para ti, Valeria —susurré, acariciando sus mejillas—. Haré todo lo que esté en mi poder para asegurarnos de que estés cómoda y feliz, sin importar lo que decidas.

Valeria sonrió débilmente, sus ojos llenos de gratitud y amor.

—Eso es todo lo que puedo pedir, Becca. Gracias por ser la mejor hermana que alguien podría desear.

Me quedé a su lado, sosteniendo su mano, sintiendo la conexión profunda e inquebrantable que compartíamos. Y supe que, sin importar lo que el futuro nos deparara, enfrentaríamos juntas cada desafío, con amor y valentía.

Desde que nuestros padres murieron, hemos estado solo mi hermana y yo, batallando juntas en esta vida. Nos hemos puesto firme y hemos salido adelante, sin ayuda de nadie. Nos ha tocado duro, pero no nos dejamos vencer.

Y ahora, esta situación no será diferente. Estoy convencida de que mi hermana va a superar la leucemia. Esa enfermedad no sabe con quién se metió. Mi hermana es fuerte, más fuerte que una roca. Va a salir de esto, de eso no tengo duda.

Sí, ella se va a recuperar. Lo sé en mi corazón. No tengo que preocuparme. Vamos a ganar esta batalla, como hemos ganado todas las demás. Porque si hay algo que nos sobra, es coraje y amor.

Capítulo 24

Benedict

Rebecca ha pasado los últimos días encerrada en el hospital con su hermana. El ambiente en el hospital es sofocante; el zumbido constante de las máquinas, los monitores pitando, y el ir y venir incesante del personal médico. Todo parece conspirar para agotar las pocas energías que le quedan a Rebecca. Valeria dice que está luchando, pero yo puedo ver en sus ojos que ya ha aceptado su destino. Lo dice solo para mantener a su hermana mayor tranquila, dándole una falsa esperanza. Es una batalla perdida, y aunque duele admitirlo, lo sé tan bien como Valeria. Pero Rebecca se aferra a una esperanza que no tiene fundamento en la realidad.

He observado a Rebecca. No ha comido bien, y el sueño parece ser un lujo desconocido para ella. La veo debilitada, consumida por la desesperación y el miedo. Y entonces, decidí que es momento de intervenir.

La encontré en la sala de espera, su rostro pálido y ojos enrojecidos. Me acerqué y me senté a su lado, notando cómo se sobresaltaba ligeramente.

—Rebecca, necesitamos salir de aquí. Solo por un rato.

Ella me miró con ojos vidriosos, y pude ver cómo la confusión y el agotamiento luchaban por el control de su mente.

—No puedo dejar a Valeria. ¿Y si algo pasa mientras no estoy aquí?

—Nada va a cambiar en unas pocas horas. Necesitas descansar, comer algo. No puedes ayudar a Valeria si te desmoronas.

Ella abrió la boca para protestar, pero no salió ningún sonido. Así que la tomé de la mano y, con suavidad pero firmeza, la levanté.

—Vamos.

La llevé a mi coche y manejé sin decir una palabra. Sabía que las palabras no servirían de nada en este momento. La ciudad de Nueva York, normalmente tan bulliciosa y llena de vida, parecía un lugar completamente diferente a medida que nos alejábamos del hospital. Nos dirigimos hacia un lugar que conocía bien, un rincón olvidado del Central Park donde rara vez se ven turistas o corredores.

El parque estaba tranquilo, bañado por la luz suave del atardecer. Las hojas susurraban con el viento, creando una sinfonía natural que contrastaba con el caos del hospital. Rebecca se quedó de pie, mirando alrededor, su respiración aún irregular.

—Ven, pequeña —le dije, guiándola hacia un claro oculto entre los árboles. Había una

pequeña banca de madera, vieja pero aún sólida. Nos sentamos, y el silencio entre nosotros era cómodo, casi necesario.

—Rebecca, necesitas cuidarte —dije finalmente, rompiendo el silencio con una voz baja.

Ella suspiró, dejando caer la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos.

—No puedo pensar en nada más que en Valeria. Cada minuto que pasa, siento que la estoy perdiendo un poco más.

—Lo sé —respondí, manteniendo mi tono suave pero implacable—. Pero si te destruyes en el proceso, no le servirás de nada a ella. No a ella, y ciertamente no a ti misma.

El tiempo parecía detenerse mientras el sol bajaba en el horizonte, pintando el cielo con tonos de naranja y rosa. Decidí cambiar el enfoque, ofrecerle un respiro de la constante tortura mental.

— ¿Te gustaría dar un paseo? —le pregunté.

Ella me miró, sorprendida por un momento, antes de asentir lentamente. Nos levantamos y comenzamos a caminar por el sendero serpenteante. El parque estaba casi desierto, con solo el sonido de nuestros pasos y el murmullo distante de la ciudad.

—Nunca había venido aquí —dijo finalmente—. Es hermoso.

—Lo es —respondí, observándola de reojo—. Es uno de los pocos lugares en la ciudad donde puedes encontrar un poco de paz.

Ella asintió, y por un momento, parecía que el peso del mundo había caído de sus hombros. Caminamos en silencio, disfrutando de la tranquilidad del lugar. Finalmente, llegamos a un pequeño puente de piedra que cruzaba un arroyo.

Me detuve y me giré para enfrentarla.

—Rebecca, escúchame un momento, por favor. Valeria está pasando por un momento muy difícil, pero ella necesita saber que tú estás bien. Tu fortaleza es lo que le da fuerzas a ella para seguir adelante.

Ella bajó la mirada, sus hombros temblando ligeramente.

— ¿Y si no soy lo suficientemente fuerte? ¿Y si no puedo soportar esto?

La tomé por los hombros, obligándola a mirarme.

—Eres más fuerte de lo que crees. Has soportado más de lo que la mayoría de la gente podría. Pero necesitas darte un respiro. Por ti y por Valeria.

Ella asintió lentamente con la cabeza, y pude ver cómo una pequeña chispa de esperanza volvía a sus ojos.

—Tienes razón. No puedo rendirme.

—Exactamente —respondí, soltándola y tomando su mano nuevamente—. Vamos a sentarnos un poco más.

Nos sentamos en el borde del puente, dejando que nuestras piernas colgaran sobre el arroyo. El sonido del agua corriendo bajo nosotros era relajante, casi hipnótico. Miré a Rebecca, viendo cómo su rostro se suavizaba con cada minuto que pasaba lejos del hospital.

—Gracias —dijo ella finalmente, rompiendo el silencio—. Gracias por sacarme de allí. Lo necesitaba más de lo que yo creía.

—De nada. Pero tienes que confiar en mí, y dejarme ayudarte.

Nos quedamos en silencio por unos minutos.

— ¿Sabes, Rebecca? —dije, bajando la voz a un tono más íntimo—. Siempre me he preguntado cómo sería un día en tu vida fuera del hospital y la oficina.

Ella me miró, sus ojos brillando con una mezcla de diversión y curiosidad.

— ¿Y qué crees que hago?

—Bueno —respondí, fingiendo pensar profundamente mientras una sonrisa se dibujaba en mi rostro—. Vamos a dejar de lado cuando estás conmigo y te follo sin descanso, hasta que apenas puedes mantenerte de pie. Yo imagino que te despiertas con el cabello negro perfectamente peinado, como si no hubieras estado gimiendo mi nombre toda la noche. Luego, vas a la cocina, y ahí está, un desayuno gourmet esperando, preparado como por arte de magia. Luego te sientas a leer la sección de negocios del periódico, completamente vestida para el éxito.

Rebecca se rió de nuevo, esta vez con una calidez que me hizo sentir un nudo en el estómago.

— ¿Es en serio? ¡Nada podría estar más lejos de la realidad!

—Oh, entonces ilumíname —dije, inclinándome aún más cerca—. ¿Cómo es realmente un día en la vida de Rebecca Sullivan?

Mientras ella hablaba, describiendo sus mañanas caóticas y su lucha constante con el café, yo me perdí en sus palabras. Cada gesto, cada risa, parecía atraerme más y más. Su voz, llena de vida y ligeramente burlona, era una melodía que yo no podía dejar de escuchar. Y ahí, en medio de esa conversación ligera y despreocupada, me golpeó una pregunta inquietante: ¿por qué me importaba tanto ella? ¿Por qué estaba tan decidido a hacerla reír, a verla feliz?

Era como si cada sonrisa suya fuera un pequeño triunfo, cada carcajada una victoria personal para mí. Yo sentía una necesidad casi desesperada de ser el motivo de su alegría, de alejar cualquier sombra de tristeza de sus ojos.

No me gustaba a dónde iban mis pensamientos. Me pregunté, con una sensación de incomodidad creciendo en mi interior, si esto era lo que significaba enamorarse. La idea era tan absurda como aterradora. Yo no podía permitirme esos sentimientos. No ahora.

El amor era un lujo que no podía darme de nuevo. Me había prometido no volver a

sentirme vulnerable, no volver a poner mi corazón en manos de nadie. Pero ahí estaba ella, con su risa fácil y su caos encantador, desafiando todas mis reglas y barreras.

Creo que me estoy volviendo loco.

Decidí no darle importancia a esos pensamientos tan absurdos.

Me negué a aceptar la pregunta que mi propia mente formulaba.

—No, no es eso —me dije a mí mismo, casi furioso pero con un susurro—. No es amor. Solo es... preocupación por ella lo que yo estoy sintiendo.

Sacudí esos pensamientos y volví mi atención a Rebecca. Yo necesitaba un cambio de tema, algo que nos devolviera a la seguridad de lo trivial.

—Entonces, ¿qué pasa con tu pasantía? —pregunté, cambiando de dirección abruptamente—. ¿Cómo te sientes al respecto?

Ella levantó una ceja, sorprendida por el cambio de tema, pero me siguió la corriente.

—Bueno, es desafiante. Pero también emocionante. Nunca pensé que aprendería tanto en tan poco tiempo.

—Eso es porque eres buena en lo que haces —dije, sincero—. No todos tienen tu dedicación.

Ella sonrió, una sonrisa que me hizo sentir una extraña mezcla de satisfacción y miedo.

—Gracias. Eso significa mucho, viniendo de ti.

Mientras la noche comenzaba a caer, nos levantamos y comenzamos a caminar de regreso al coche. El silencio entre nosotros era ahora más cómodo, más comprensivo.

Al llegar al coche, me giré para mirarla.

—Prométeme que te cuidarás, Rebecca. Prométeme que no te perderás en el dolor.

Ella asintió, sus ojos completamente decididos.

—Lo prometo.

Con esa promesa, sentí una chispa de esperanza.

Cuando llegamos al hospital, me detuve antes de que Rebecca saliera del coche.

—Recuerda, pequeña. Yo estaré aquí para ti. No estás sola en esto.

Ella me miró, sus ojos llenos de gratitud y algo más, algo que aún yo no podía definir.

—Gracias, de verdad.

Entré con Rebecca al hospital, su mano temblando ligeramente en la mía mientras caminábamos por los pasillos llenos de la fría luz fluorescente. Le di un beso en la frente antes de dejarla con su hermana, prometiéndole que yo estaría de vuelta en cuanto ella me necesitara.

Ella me miró con gratitud y desesperación, pero no podía hacer más. Tenía que irme.

Mi condominio era un refugio de lujo y soledad, un lugar donde podía dejarme llevar por mis pensamientos.

Dejé caer la chaqueta en el sofá y me dirigí directamente al bar. Vertí un vaso de whisky, sintiendo el calor reconfortante del licor mientras lo bebía lentamente. Necesitaba algo más fuerte para apagar el fuego que ardía dentro de mí.

Me quité la camisa y me quedé solo con mis pantalones, sintiendo la frescura del aire acondicionado en mi piel. Me acerqué a la ventana, mirando la ciudad iluminada abajo, los rascacielos que se elevaban como gigantes guardianes en la noche. Mi reflejo en el vidrio mostraba un hombre fuerte, implacable, pero esta noche también mostraba algo más. Algo que no me gustaba admitir.

El whisky me relajaba, pero no podía deshacerme del nudo en mi estómago. Pensé en Rebecca, en su risa, en la manera en que sus ojos brillaban cuando estaba feliz. Una parte de mí quería protegerla, cuidarla para siempre como su perro fiel, pero la otra parte sabía que no podía permitirse esos sentimientos por ahora.

Me pasé una mano por el pelo, despeinándolo. Mis músculos estaban tensos, mi mente atrapada en una tormenta de pensamientos. No podía dejar de pensar en lo que había pasado, en lo que podría pasar. Cerré los ojos, tratando de encontrar algo de paz en la oscuridad.

El sonido del timbre me sacó de mis pensamientos. Fruncí el ceño, preguntándome quién podría ser a estas horas. Dejé el vaso en la mesa y caminé hacia la puerta, cada paso resonando en el silencio del apartamento.

Abrí la puerta lentamente.

Y ahí estaba, el maldito hombre que había venido a mi oficina reclamando lo que no le pertenecía. Lo miré con una frialdad que podría haber congelado el infierno.

— ¿Qué diablos quieres? —Mi voz era baja y peligrosa, con una advertencia clara.

Él me miró con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos, una sonrisa que me provocaba ganas de golpearlo.

—Necesitamos hablar.

— ¿Hablar? —Repetí, una risa amarga escapando de mis labios—. ¿Después de que me insultaste hasta las pelotas?

—Te lo merecías, maldito bastardo —gruñó él—. ¡Porque tú quieres desconectarla y eso no lo permitiré. ¡Ella no morirá!

<<¡Por supuesto que no vas darme permiso, idiota">>

Pero yo no viviré en un bucle por siempre.

Capítulo 25

Rebecca

Yo estaba sentada al lado de la cama de Valeria, observando cómo su pecho subía y bajaba lentamente con cada respiración. El monitor al lado de la cama emitía un pitido rítmico, una especie de recordatorio constante de su frágil estado. La habitación del hospital estaba en penumbra, solo iluminada por la tenue luz de la lámpara junto a la cama. Afuera, la ciudad seguía con su bullicio, indiferente a las luchas personales que se libraban aquí adentro.

Mis pensamientos eran un torbellino de culpa y desesperación, un remolino que me atrapaba y no me dejaba respirar. Sentía que había fallado en mi papel de hermana mayor, que había sido un desastre total. ¿Cómo había permitido que esto le pasara a Valeria? ¿Cómo yo había sido tan ciega para no notar antes los primeros signos rápidamente?

Me acordaba de cuando éramos niñas y ella me seguía a todas partes, confiando en que yo siempre la protegería. Y ahora, aquí estábamos, en una situación que nunca imaginé, una pesadilla de la que no podía despertarme. ¿Qué clase de hermana era yo?

—Becca... —La voz débil de Valeria rompió el silencio, y me sobresalté. Ella abrió los ojos lentamente, parpadeando para enfocar su mirada en mí—. Becca, ¿por qué estás llorando?

Intenté secarme las lágrimas rápidamente, pero fue inútil.

—No es nada, Val. No te preocupes por mí.

Valeria me miró con esa mezcla de ternura y severidad que siempre había tenido, incluso en sus peores momentos.

—No me mientas. Sé que algo te está molestando.

Suspiré, sintiendo un nudo en la garganta.

—Es solo que... me siento tan culpable. Debería haber hecho más para cuidarte, para protegerte. Siento que les he fallado a nuestros padres.

Valeria esbozó una sonrisa débil, pero sus ojos mostraban comprensión y tristeza.

—Becca, no es tu culpa. Hiciste todo lo que pudiste. Nadie puede prever algo así.

—No lo entiendes —insistí, mi voz temblando—. Tú eres mi responsabilidad. Papá y mamá confiaron en mí para cuidarte. Y ahora, mírate...

—Hey —interrumpió Valeria, con una fuerza inesperada—. No puedes controlar todo. A veces, las cosas simplemente pasan, sin importar cuánto intentemos evitarlas.

La miré, tratando de encontrar consuelo en sus palabras, pero la culpa seguía oprimiendo mi pecho.

—Pero debería haber hecho más. Yo debería haberte llevado al médico apenas vi un solo cambio en ti hace dos años...

Valeria tomó mi mano con una firmeza que yo no esperaba.

—Becca, ya basta. No puedes seguir castigándote por algo que no está bajo tu control. Estoy aquí, ahora, y estamos peleando juntas.

Las lágrimas seguían corriendo por mis mejillas, pero ahora había un nuevo matiz en mi llanto. Era alivio mezclado con tristeza.

—Val, no sé qué haría sin ti. No sé cómo seguir si te pierdo.

Valeria sonrió, esta vez con una autenticidad que me reconfortó.

—No vas a perderme. Voy a seguir luchando, aunque sea solo para hacerte enojar con mis chistes malos.

Pero esas palabras no llegaban a su corazón, es como si ella solamente las dijera para calmarme, lo sé.

Pero, de todas maneras, reí entre sollozos, agradecida por su humor incluso en estos momentos.

—Eres una tonta, ¿lo sabías?

—Lo sé —respondió ella, con una chispa de picardía en sus ojos—. Pero soy tu tonta.

Me incliné y la abracé con cuidado, sintiendo su fragilidad en mis brazos.

—Prométeme que seguirás luchando, Val. No puedo perderte.

Ella asintió, devolviéndome el abrazo con la misma suavidad.

—Lo prometo, Becca. Pero también debes prometerme que dejarás de culparte. No es justo para ti, y no es justo para nosotras.

Me aparté un poco, mirándola a los ojos.

—Haré mi mejor esfuerzo. Pero no puedo evitar sentirme así a veces.

Valeria acarició mi mejilla con su mano, su tacto era cálido a pesar de su debilidad.

—Somos humanas, Becca. Sentimos, lloramos, nos equivocamos. Pero eso no significa que no estemos haciendo lo mejor que podemos.

Asentí con la cabeza, tomando sus palabras como un bálsamo para mi alma herida.

—Tienes razón. Gracias por ser tan fuerte, hermanita.

Ella sonrió, cerrando los ojos nuevamente, agotada por la breve conversación.

—Siempre seré fuerte para ti, hermana.

Me quedé a su lado, sosteniendo su mano mientras ella volvía a dormirse. Sentí que una

parte del peso en mi pecho se aligeraba, aunque sabía que el camino aún sería largo y difícil. Pero mientras yo estuviera a su lado, no permitiría que la desesperación me venciera.

Mientras Valeria dormía, mi mente vagó hacia recuerdos más felices. Las risas compartidas, las travesuras de la infancia, y las promesas de protección que nos habíamos hecho. Eran esos momentos los que me daban fuerzas ahora, los que me recordaban por qué yo debía seguir luchando.

Pensé en cómo Valeria siempre había sido mi ancla, mi razón para seguir adelante incluso cuando todo parecía perdido. Ella era mi luz en la oscuridad, y no podía permitir que esa luz se extinguiera. Miré su rostro pacífico mientras dormía y supe que, aunque el futuro fuera incierto, haría todo lo posible para que ella tuviera una oportunidad de seguir brillando.

Cuando finalmente me levanté para ir al baño a lavar mi rostro, me miré en el espejo y vi a una mujer diferente. Una mujer de veintitrés años que, a pesar de sus miedos y culpas, estaba decidida a no rendirse. Recordé las palabras de Valeria y me prometí a mí misma que no dejaría que la culpa me consumiera. Necesitaba ser fuerte, no solo por mí, sino también por ella.

Volví a la habitación, sintiéndome un poco más ligera, un poco más esperanzada. Me senté de nuevo al lado de Valeria, tomando su mano en la mía. Aunque ella estaba dormida, su presencia me reconfortaba.

—Vamos a superar esto, Val —susurré suavemente, casi como una oración—. Nosotras dos juntas, como siempre.

La incertidumbre aún pendía sobre nosotras, como una nube oscura que se negaba a disiparse. Pero en ese momento, con mi hermana dormida a mi lado y su promesa resonando en mi corazón, sentí una pequeña chispa de esperanza.

Apretando suavemente la mano de Valeria, me permití sonreír un poco. Teníamos un largo camino por delante, pero lo enfrentaríamos juntas, como siempre lo habíamos hecho. Y con esa esperanza renovada, me preparé para lo que viniera, sabiendo que el amor y la fuerza de mi hermana me guiarían en cada paso del camino.

Me quedé ahí, en la tenue luz de la habitación del hospital, sosteniendo la mano de Valeria y susurrando palabras de aliento. Aunque el dolor y la incertidumbre seguían presentes, sentí que con nuestra unión, podríamos enfrentar cualquier desafío.

Eran las ocho y cuarto de la noche, y después de semanas sin parar, de noches en vela al lado de la cama de Valeria, finalmente regresé a mi apartamento. Me sentía exhausta, tanto física como emocionalmente. Todo mi cuerpo dolía y mi mente estaba embotada por la falta de sueño. Lo primero que quería hacer era darme un baño caliente, dejar que el agua me relajara y llevarse consigo algo del estrés acumulado.

Abrí la puerta de mi apartamento y entré, dejándome caer en el sofá por un momento. El silencio del lugar era reconfortante, pero también me recordaba lo sola que estaba. Con un suspiro, me levanté y me dirigí al baño, mientras yo dejaba caer la ropa al suelo mientras me

desnudaba.

El agua caliente era un alivio inmediato. Sentí cómo mis músculos se relajaban y mi mente comenzaba a despejarse. Cerré los ojos y dejé que el agua corriera por mi cuerpo, llevándose consigo algo del cansancio y la tensión también.

Mientras yo me enjabonaba el cuerpo, pensé en él. Mi jefe, mi amo, el hombre que había estado ocupando mis pensamientos más de lo que quería admitir. No lo había visto en días, y su ausencia solo había hecho que lo deseara más. Había algo en él, algo oscuro y demandante, que me atraía irremediabilmente. No podía evitar preguntarme qué estaría haciendo él en ese momento, si también pensaba en mí.

De repente, el timbre de la puerta sonó, sacándome de mis pensamientos. Me sobresalté y casi resbalé en la bañera. ¿Quién podría ser a estas horas? Me envolví rápidamente en una toalla, sin molestarme en secarme completamente, y fui a abrir la puerta. Mi corazón latía con fuerza mientras giraba el pomo.

Aquí estaba él, de pie en el umbral de mi puerta. Benedict Hawthorne, el hombre que lograba despertar en mí los deseos más oscuros y prohibidos. Su figura imponía respeto y una sensualidad brutal. Él estaba envuelto en un traje oscuro que parecía hecho a medida para resaltar cada uno de sus músculos firmes y bien definidos. Sus ojos, profundos y oscuros como la noche, me miraban con una intensidad que hacía que mi piel se erizara.

Su cabello, ligeramente despeinado, le daba un aire de rebeldía que me volvía loca. Yo podía percibir su aroma, una mezcla embriagadora de colonia cara y su esencia natural, un olor que me hacía perder la razón. Su postura, siempre tan segura, transmitía una autoridad que despertaba en mí un deseo de someterme, de rendirme completamente a sus pies.

— ¿Qué haces aquí? —pregunté, intentando sonar casual aunque mi corazón latía con fuerza.

Él me miró de arriba abajo, sus ojos oscuros recorriendo cada centímetro de mi cuerpo apenas cubierto por la delgada toalla. Sentí su mirada ardiente, como si sus pupilas fueran brasas que acariciaban mi piel desnuda debajo de la tela. Había una chispa evidente de deseo en sus ojos, un brillo carnal que me hizo estremecer, pero también noté algo más profundo y sombrío en su expresión. ¿Era enojo? ¿Celos?

— ¿Es así como abres la puerta? —espetó con un tono que mezclaba rencor y una preocupación palpable. Y su mirada no se apartaba de mi cuerpo, deteniéndose en el borde de la toalla, donde la tela apenas cubría mis muslos—. ¿Qué tal si yo hubiera sido un asesino o un violador?

Intenté no reírme.

—Oh, vamos. No soy tan afortunada como para que un asesino en serie me visite.

Su ceño se frunció más.

—No es gracioso, Rebecca. Tienes que ser más cuidadosa la próxima vez.

Sentí un calor diferente al del baño correr por mi cuerpo. Su preocupación, aunque disfrazada de enojo, me hacía sentir extrañamente bien.

—Lo siento —dije, con un tono que intentaba ser más serio—. No pensé que alguien vendría a mi apartamento tan tarde.

Él dio un paso hacia adentro, cerrando la puerta detrás de él. El espacio entre nosotros se llenó de una tensión palpable.

—No es solo eso —continuó—. No quiero que te pongas en peligro, de ninguna manera.

Sus palabras me sorprendieron. ¿Era eso preocupación genuina? ¿Por mí?

—No te preocupes tanto, Benedict —dije suavemente, tratando de aligerar el ambiente—. Estoy bien.

Mientras yo hablaba, no podía apartar la vista de él. Su traje perfectamente ajustado no dejaba nada a la imaginación, delineando cada músculo de su cuerpo. Los hombros anchos y tensos, la mandíbula apretada y marcada por la preocupación, cada movimiento suyo gritaba poder y control. Había algo en sus ojos, esa mirada intensa y oscura que me hacía estremecer y me dejaba sin aliento constantemente.

Él me observó en silencio, su mirada penetrante clavada en la mía, como si me estuviera desnudando con los ojos otra vez. Sentí una oleada de deseo recorrerme desde la punta de los pies hasta la cabeza. Mi piel, aún húmeda del baño, reaccionaba a su cercanía, y mi respiración se hacía más profunda y pesada. El calor de su cuerpo parecía envolverme, y cada centímetro de mi ser se encendía con una necesidad desesperada.

—Te ves mucho más agotada que antes —dijo finalmente, su tono suavizando un poco—. No has estado cuidándote bien como me lo prometiste.

—Lo sé —admití—. He estado en el hospital casi todo el tiempo. No he tenido tiempo para nada más.

Él se acercó más, hasta que casi podía sentir el calor de su cuerpo contra el mío.

—Deberías pensar en ti también —dijo duramente—. No puedes cuidar de Valeria si te derrumbas tú misma.

Mi corazón latía desbocado.

—Lo sé —repetí, sin poder apartar la mirada de sus ojos—. Pero es difícil. Ella me necesita.

Sus ojos se suavizaron un poco, y levantó una mano para apartar un mechón de cabello mojado de mi rostro.

—Y yo te necesito a ti —dijo, su voz casi un susurro—. Pero no así. No cuando estás exhausta y al borde del colapso, pequeña.

El deseo en su voz era palpable, y no pude evitar sentirme atraída hacia él.

—Lo siento —dije, mi voz temblando ligeramente—. Intentaré cuidar más de mí misma. Y la promesa es de verdad esta vez.

Sus dedos acariciaron mi mejilla, y mi piel se estremeció bajo su toque.

—Eso espero, pequeña —él murmuró, acercándose aún más—. Porque no puedo soportar verte así.

El ambiente estaba cargado de electricidad, y sentí que algo más iba a pasar. Pero él dio un paso atrás, rompiendo el hechizo momentáneo.

—Vamos —dijo, su tono más autoritario—. Vístete rápidamente. Voy a llevarte a cenar. Necesitas una comida decente.

Parpadeé, sorprendida por el cambio de tema.

—¿Cenar? ¿Ahora?

—Sí, ahora —replicó él, y su tono no admitía discusión—. Te voy a esperar en el coche. No te demores en bajar.

Lo vi salir y cerrar la puerta detrás de él. Me quedé ahí, sintiendo aún la calidez de su toque en mi piel. Mi mente estaba hecha un caos, pero una cosa era clara: él me importaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Me apresuré a vestirme, aún sintiendo el latido de mi corazón en mis oídos.

Me miré en el espejo, arreglándome el cabello rápidamente.

Mientras me vestía, no pude evitar pensar en lo que había pasado. La manera en que me había mirado, la preocupación genuina en sus ojos. Era un lado de él que no había visto antes. Un lado que me hacía sentir especial, cuidada.

Sé que él me dijo que no quería nada serio por ahora, y me dejó bien claro que las cosas no podían cambiar. Pero últimamente, la manera en la que se preocupa por mí y cómo me cuida... no puedo evitar preguntarme... ¿será que él ha cambiado de opinión? La forma en que me mira, esos ojos que recorren mi cuerpo como si yo fuera un tesoro que no quiere perder. Cada toque, cada caricia, es más intensa, más cargada de deseo.

Esos momentos me hacen pensar que tal vez, solo tal vez, su corazón está empezando a cambiar.

Terminé de vestirme y salí rápidamente. Él estaba esperando en el coche, mirándome con esos ojos que parecían ver a través de mí.

Me subí al coche y nos dirigimos a cenar, dejando atrás la tensión y el cansancio, aunque solo fuera por un rato.

El restaurante al que Benedict me llevó era íntimo y acogedor, perfecto para la noche que yo necesitaba. Nos sentamos y comenzamos a hablar, y por un momento, pude olvidar todo el dolor y el estrés. Sus palabras, aunque a veces autoritarias, estaban llenas de preocupación y cariño.

Lo que pasó al segundo siguiente en ese restaurante pequeño y acogedor fue una auténtica danza de palabras y miradas que me llevaron a lugares que nunca hubiera imaginado estar en público. Él decidió retomar nuestro juego de amo y sumisa, y yo, a pesar de todo lo que pasaba por mi cabeza, me dejé llevar por completo.

Mientras cenábamos, sus palabras empezaron a cambiar de tono. Él ya no era solo el hombre preocupado y protector que me había llevado allí para que descansara un poco. Era mi amo, reclamando su dominio de una manera que me hacía temblar. Cada vez que abría la boca, mi cuerpo respondía como si estuviera bajo un hechizo.

Mientras él cortaba su filete, deslizó su pie por mi pierna bajo la mesa, subiendo lentamente por mi muslo. Me estremecí y tuve que mordirme el labio para no gemir. Sentía una mezcla de vergüenza y excitación que me volvía loca.

— ¿Te sientes mejor, Rebecca? —preguntó con voz profunda, su mirada fija en la mía.

Asentí, sintiendo el calor subir por mis mejillas.

—Sí, señor —respondí, jugando mi papel con entusiasmo.

—Bueno, porque necesito que te portes bien esta noche —dijo él en voz baja—. Quiero que hagas algo por mí, pequeña.

Mi corazón palpitaba como loco mientras él seguía hablando con ese tono autoritario que me hacía sentir completamente expuesta y caliente al mismo tiempo. Era como si estuviéramos en nuestra propia burbuja, desconectados del resto del mundo.

—Quiero que te quites las bragas, ahora mismo —ordenó, su voz era apenas un susurro pero lleno de esa autoridad que me derretía por dentro.

Tragué saliva, sintiendo cómo mi piel se erizaba de puro nerviosismo.

— ¿Aquí, en el restaurante? —susurré, mirándolo con los ojos bien abiertos de la sorpresa.

Él asintió con la cabeza, sus ojos brillando con deseo.

—Sí, aquí mismo —insistió, su tono dejando claro que él no iba a aceptar ninguna objeción.

Sentía el calor subir por mis mejillas y bajar por mi cuerpo, esa mezcla de miedo y deseo haciendo que me costara respirar. Me mordí el labio, dudando por un segundo mientras miraba alrededor, pero la idea de obedecerlo aquí mismo, con la posibilidad de que alguien nos viera, me encendía aún más.

Y lentamente, tratando de no hacer ruido, deslicé mis manos por debajo de la mesa y me deshice de mis bragas. La tela resbaló por mis muslos, dejándome desnuda bajo la mesa.

Le di a él las bragas por debajo de la mesa y él las tomó con una sonrisa ladina, guardándolas en su bolsillo como un trofeo. Me miró con esos ojos que parecían devorarme y yo sentí que mi cuerpo temblaba de la excitación. Estábamos en un lugar público, y eso lo hacía

todo mucho más intenso y prohibido.

—Ahora ven aquí —me ordenó.

Y eso hice. Me levanté de mi silla, sintiendo la mirada fantasmal de la gente alrededor, y me fui directo a la suya, sentándome en su regazo. Sus brazos me rodearon de inmediato, atrayéndome hacia él con una fuerza que me hizo sentir completamente suya. Nuestros labios se encontraron en un beso ardiente y posesivo.

Su lengua se deslizó en mi boca con una pasión que me hicieron gemir suavemente. Sentía su respiración caliente y entrecortada mezclándose con la mía, y el sonido húmedo de nuestros labios y lenguas moviéndose juntos resonaba en mis oídos, haciendo que mi piel se erizara aún más. Sus manos recorrían mi espalda, apretándome contra él, mientras su lengua jugaba con la mía, explorando cada rincón de mi boca.

El beso era desesperado, lleno de saliva y deseo. Sentía cómo su lengua se movía con una habilidad que me dejaba sin aliento, y yo respondía con la misma intensidad, mordisqueando su labio inferior y sintiendo el sabor de él mezclado con el mío.

— ¿Te gusta ser mía, Rebecca? —preguntó entre besos, su aliento cálido enviando escalofríos por mi espina dorsal.

—Sí, señor —susurré, mi voz apenas un murmullo mientras me dejaba llevar por la corriente de sensaciones que él desataba en mí.

Sus manos recorrieron mi cuerpo con una posesividad que me hizo gemir en silencio. Era como si él estuviera leyendo mis pensamientos más oscuros, mis deseos más íntimos, y los estuviera haciendo realidad en ese momento.

La tensión sexual entre nosotros era palpable, como una llama ardiente que amenazaba con consumirnos a ambos. Me sentía embriagada por él, por la manera en que me miraba, me tocaba, me poseía. Cada fibra de mi ser anhelaba más, anhelaba su dominio, su fuerza, su deseo.

— ¿Estás lista para más, pequeña? —preguntó, su voz áspera y llena de lujuria mientras su mano se deslizaba por el interior de mis muslos.

Yo asentí, apenas soy capaz de articular palabras mientras me dejaba llevar por el torbellino de emociones y sensaciones que él había despertado en mí. No importaba que estuviéramos en un restaurante lleno de gente. En ese momento, éramos solo nosotros dos, perdidos en nuestra propia pasión y deseo desenfrenado.

Con una destreza que me dejó boquiabierta, su mano se deslizó con precisión hasta llegar a mi entrepierna, sus dedos explorando sin prisa hasta encontrarse con mi zona más íntima. Sentí el primer contacto, un toque frío y eléctrico que me hizo estremecerme, y una oleada de placer recorrió mi cuerpo como un rayo. Me mordí el labio, intentando contener un gemido que amenazaba con traicionar nuestra travesura.

Sus dedos se movían con una maestría que me hizo arquearme ligeramente en su regazo. Cada roce, cada caricia de él, enviaba descargas de placer por todo mi ser. Podía escuchar el suave sonido de sus dedos deslizándose sobre mi piel húmeda, una sinfonía íntima

que solo nosotros compartíamos en ese instante.

Me agarré al borde de la mesa, mis uñas clavándose en la tela mientras sentía como su toque se volvía cada vez más insistente y preciso. Su dedo encontró mi punto más sensible, y un gemido escapó de mis labios antes de que yo pudiera detenerlo, una mezcla de placer y desesperación por más.

—Quiero que mantengas la calma, Rebecca —él murmuró, su voz un susurro seductor en mi oído—. No quiero que nadie más sepa lo que estoy haciendo contigo.

Asentí, mi respiración entrecortada mientras sus dedos jugaban con mi clitoris, aumentando la presión y el ritmo con una precisión que me volvía loca. Sentía como si cada fibra de mi ser estuviera al borde del abismo, luchando por mantener una expresión neutral mientras el placer se acumulaba dentro de mí, a punto de explotar.

—Buena chica —susurró, sus labios rozando el lóbulo de mi oreja, enviando una corriente de escalofríos por mi cuello—. Eres tan obediente, tan perfecta.

El calor de su aliento y la intensidad de sus caricias me llevaban al borde. Yo sabía que no podía aguantar mucho más sin hacer un sonido, sin dejar que todos en el restaurante supieran lo que él me estaba haciendo. Pero la idea de ser descubierta, de ser su sumisa en público, solo intensificaba mi excitación.

— ¿Te gusta cómo te estoy tocando, pequeña? —Murmuró, mientras su pulgar seguía moviéndose con precisión sobre mi clitoris—. ¿Te excita que lo estemos haciendo aquí?

—Sí, mucho —susurré, mi voz apenas un hilo de aire.

— ¿Te pone caliente pensar que alguien podría vernos? —Preguntó, su tono lleno de lujuria—. ¿Que sepan lo mojada que estás para mí?

Asentí, incapaz de hablar mientras el placer se acumulaba en mi interior, amenazando con desbordarse.

—Quiero que me lo digas, Rebecca —insistió, sus dedos aumentando el ritmo—. Quiero oírlo de tus labios.

—Me excita... pensar que alguien puede vernos —logré decir entre suspiros.

—Eso es, buena chica —murmuró, sus labios rozando mi oído—. ¿Te gusta ser mi sumisa perfecta en público?

—Sí... —gemí suavemente, mordiéndome el labio para no gritar—. Me encanta.

— ¿Quieres que alguien nos descubra? —susurró, sus dedos jugando con mi clitoris con más insistencia—. ¿Te excita la idea de que todos sepan lo cachonda que estás?

—Sí... —dije, mis palabras entrecortadas por el placer—. Sí, eso me vuelve loca.

—Eres tan traviesa, pequeña —susurró, riéndose burlonamente—. Y tan mojada. ¿Sientes lo empapada que estás para mí?

—Sí... lo hago —gemí, mis caderas moviéndose involuntariamente contra su mano.

—Eso es, buena chica —dijo, su voz llena de deseo—. Quiero que te corras para mí, aquí mismo, sin que nadie lo sepa.

Y entonces, llegué al orgasmo rápidamente y felizmente.

—Así me gusta —murmuró con voz ronca—. Eres tan receptiva, tan mía.

Mientras yo trataba de recuperar el aliento y recomponerme, comprendí por qué él lo había hecho, por qué me había provocado ese placer tan intenso. En medio de toda la tensión y el estrés que me habían agobiado últimamente, él había decidido distraerme, transportarme a un mundo donde solo existíamos nosotros dos. Benedict había logrado que todos mis problemas se desvanecieran, reemplazándolos con una intensidad y una pasión abrumadoras. Sentí una gratitud profunda hacia él, porque en ese momento, estar completamente en sus manos, bajo su control, me hacía sentir más segura y querida que cualquier otra cosa.

Sentí una gratitud profunda hacia él, porque en ese momento, estar completamente en sus manos, bajo su control, me hacía sentir más segura y querida que cualquier otra cosa.

—Gracias... —murmuré, con un ligero sonrojo en mis mejillas.

—No tienes que agradecerme —respondió, mientras él acariciaba mis mejillas calientes—. Me encanta verte así, perdida en el placer.

Unos diez minutos después, la sensación de sus dedos aún se sentía en mi piel mientras nos levantábamos para salir del restaurante. Con cada paso, Yo me di cuenta de que estar con él, ser suya de esa manera tan completa y absoluta, era la única cosa que podía hacerme olvidar mis problemas y hacerme sentir realmente viva.

—¿Estás bien? —me preguntó mientras caminábamos hacia la salida.

—Sí, estoy bien. Mejor que bien —respondí, una sonrisa de satisfacción en mis labios.

—Me alegra escucharlo —dijo, apretando suavemente mi mano—. Ahora, vamos a mi condominio. Quiero seguir jugando contigo, sin tener que preocuparnos por quién nos puede ver.

Capítulo 26

Rebecca

Después de unas semanas en las que yo había regresa otra vez a la empresa, finalmente llegó el día en que anunciarían quiénes se quedarían como empleados fijos y dejarían de ser pasantes. Yo estaba nerviosa, claro, pero había trabajado muy duro y sentía que merecía un lugar. A pesar de todo lo que había pasado últimamente, mis días en la oficina habían sido gratificantes. Mi trabajo me mantenía ocupada, y la perspectiva de un empleo fijo era emocionante. Además, la relación con él seguía siendo intensa, misteriosa y gratificante a su manera.

Era un viernes por la mañana, y todos los pasantes habían sido convocados a la sala de conferencias. La ansiedad en el aire era palpable; todos estábamos sentados, con las manos sudorosas y los corazones palpitantes. Benedict Hawthorne estaba allí, en el frente, con su presencia dominante y su mirada que siempre lograba calmar mis nervios y, al mismo tiempo, encender algo dentro de mí.

La directora de Recursos Humanos, la señora Martínez, comenzó a hablar.

—Buenos días a todos. Como saben, hemos llegado al final de nuestro programa de pasantías. Durante estas semanas, todos ustedes han mostrado un desempeño admirable. Hoy, queremos anunciar quiénes se unirán a nuestra empresa como empleados fijos.

La tensión en la sala era tan densa que casi se podía cortar con un cuchillo. Eché un vistazo a mi alrededor, observando las caras de mis compañeros. Algunos parecían tener una chispa de esperanza en los ojos, mientras que otros estaban claramente paralizados por el miedo. Había un murmullo nervioso que recorría la sala, pero mis pensamientos estaban fijos en una sola persona.

Volví mi mirada hacia él. Su expresión era un enigma de seriedad y concentración. Sin embargo, sus ojos, esos ojos penetrantes y negros, no se apartaban de mí ni por un segundo. Sentí cómo el calor subía a mis mejillas inmediatamente. Intenté mantener la compostura, pero era difícil no estremecerse bajo esa intensa mirada.

Afortunadamente, mis compañeros estaban tan absortos en sus propias ansiedades que no se dieron cuenta de la manera en que el imponente CEO me observaba. Todos ellos estaban demasiado ocupados retorciendo papeles entre sus manos sudorosas y lanzándose miradas de incertidumbre como para notar el pequeño drama que se desarrollaba entre nosotros dos.

En fin, la señora Martínez continuó hablando.

—Primero, quiero agradecerles a todos por la dedicación y esfuerzo que han invertido en esta empresa de joyas. Independientemente del resultado de hoy, sepan ustedes que el trabajo de cada uno ha sido valioso y apreciado. Ahora, sin más preámbulos, me gustaría llamar a los

siguientes nombres...

El primer nombre fue llamado y hubo una mezcla de aplausos y suspiros de alivio. Luego el segundo, el tercero... Mi corazón latía tan fuerte que apenas podía escuchar lo que todos decían. Y entonces, finalmente, escuché mi nombre.

—Rebecca Sullivan.

Sentí una oleada de alivio y felicidad recorrerme el cuerpo, como un río desbordado después de una tormenta. Me levanté de mi asiento y caminé hacia el frente de la sala, sintiendo cómo mis piernas temblaban ligeramente con cada paso. Los aplausos resonaron a mi alrededor como una tormenta de verano, pero todo lo que yo podía escuchar era el latido frenético de mi corazón, martillando en mis oídos.

Miré hacia él mientras yo avanzaba, y me encontré con sus ojos que brillaban con orgullo. Ese brillo intenso me hizo sonrojar, una vez más, y tuve que apartar la mirada para no perder la compostura nuevamente.

Cuando llegué al frente, la señora Martínez, con su sonrisa maternal y ojos llenos de amabilidad, me estrechó la mano firmemente y me entregó un sobre blanco, pulcramente cerrado, con mi contrato oficial dentro.

—Felicidades, Rebecca. Bienvenida oficialmente al equipo.

—Gracias —Respondí, con mi voz temblando un poco.

Luego, volví a mi asiento con una sonrisa radiante, sintiéndome en la cima del mundo.

La reunión terminó poco después, y todos comenzamos a salir de la sala. Algunos de mis compañeros se acercaron para felicitarme, pero mis ojos siempre volvían a él. Finalmente, cuando la sala se vació, se acercó a mí.

—Felicidades, Rebecca.

—Gracias —respondí, sonriendo tímidamente—. Yo no podría haberlo logrado sin tu... orientación.

Él sonrió, una sonrisa que prometía mucho más de lo que las palabras podían decir.

—Has trabajado duro. Te lo mereces.

—Gracias —repetí, sintiendo que las palabras eran insuficientes para expresar lo que realmente sentía—. ¿Te gustaría que celebráramos esta noche? Podríamos...

Antes de que yo pudiera terminar la oración, él asintió con la cabeza levemente.

—Ven a mi oficina más tarde. Tenemos mucho que discutir tú y yo.

— ¡De acuerdo!

El resto del día pasó como en una neblina. Mientras unos celebraban eufóricos y otros lidiaban con la decepción de no haber quedado en la empresa, yo solo tenía una cosa en mente: la noche que se avecinaba. A las ocho en punto, me dirigí a su oficina con el corazón latiendo como

un tambor.

Benedict estaba sentado detrás de su escritorio, en una videoconferencia. Su voz seria y firme resonaba en la habitación, discutiendo algo aparentemente crucial con alguien del otro lado de la pantalla. Me quedé en la puerta, observándolo. La manera en que él hablaba, la concentración en su rostro, todo en él irradiaba autoridad.

Él levantó la vista un segundo y nuestras miradas se cruzaron. Me hizo un gesto con la mano para que yo esperara un momento.

Pero una idea traviesa cruzó por mi mente. Yo sabía que Benedict odiaba que lo interrumpieran durante sus reuniones, pero la tentación de provocarlo era demasiado fuerte para resistirme. Yo quería ver cuánto podía él aguantar antes de perder el control.

Con una sonrisa maliciosa, me acerqué sigilosamente a la puerta y la empujé suavemente para asegurarla, asegurándome de no hacer ruido.

Benedict seguía concentrado en la pantalla de su computadora, lo que me dio la oportunidad perfecta para poner mi plan en marcha. Me agaché y me deslicé debajo de la mesa, moviéndome con cuidado para no hacer ningún sonido que delatara mi presencia. Desde mi posición, podía ver sus piernas y su silla.

Era demasiado excitante y peligroso estar bajo la mesa mientras él seguía con la videoconferencia. Yo sentía el riesgo en cada segundo, el morbo de poder ser descubiertos. Lentamente, empecé a acariciar su pierna, subiendo poco a poco hacia su entrepierna. Sentí cómo su cuerpo se tensaba al darse cuenta de mi pequeña travesura.

Miré hacia arriba y vi su rostro, sus ojos clavados en la pantalla mientras él trataba de mantener la compostura. Pude ver el esfuerzo en su cara, intentando que su voz no delatara lo que estaba pasando bajo la mesa.

—Sí, entiendo, John —dijo Benedict, su voz apenas temblando—. Podemos revisar esos informes más tarde.

Mi sonrisa se amplió mientras yo desabrochaba sus pantalones con cuidado, liberando su polla, que ya estaba empezando a endurecerse. Yo la tenía caliente y palpitante en mi mano. Sabía que esto lo volvía loco, y la idea de hacerlo perder el control durante la videoconferencia era una idea tan adictiva.

Pude escuchar el sonido de su respiración entrecortada, sintiendo su cuerpo vibrar con cada movimiento mío.

Sin perder tiempo, tomé su polla en mis manos y comencé a lamerla suavemente, recorriendo su longitud con mi lengua. Sentí cómo sus músculos se tensaban aún más, y su respiración se volvió más pesada. Aumenté la intensidad, succionando con fuerza y moviendo mi lengua de manera experta.

—Sí, creo que eso funcionará —Benedict sigue hablando, pero su voz se notaba más ronca de lo habitual—. Podemos... ah... discutir los detalles más tarde también.

Me reí por dentro al ver lo mucho que a él le costaba mantenerse tranquilo. Decidí subir la apuesta, metiéndome su polla más profundamente en la boca, chupando con más ganas y moviendo la cabeza arriba y abajo con un ritmo constante. Sentía cómo su cuerpo temblaba ligeramente y sabía que él estaba a punto de perder el control.

Benedict se detuvo en seco en su conversación, claramente luchando por mantener la compostura.

—Discúlpame, John —dijo con voz entrecortada—. Creo que... ah... necesito revisar algo rápidamente ahora mismo.

Aproveché el momento para aumentar la apuesta, succionando con fuerza y moviendo mi lengua de manera provocativa alrededor de su glándula. Sentí cómo su polla se ponía aún más dura en mi boca, pulsando con cada movimiento de mi lengua. Sabía que él estaba al borde. Los gemidos que Benedict trataba de contener se escapaban entre dientes y, con cada succión, podía oír el húmedo sonido de mi boca trabajando en él. Sus dedos se enterraban en el borde de la mesa, tratando de agarrarse a algo mientras yo aumentaba la intensidad. El sabor salado de su pre-cum se mezclaba en mi lengua, y mis movimientos se volvieron más rápidos, más desesperados, disfrutando de cada segundo mientras él se desmoronaba ante mí.

—Sí, sí, está bien —Habló el hombre al otro lado de la pantalla—. Nos vemos... después, señor Hawthorne.

Con eso, Benedict cerró la videoconferencia y miró hacia abajo, con sus ojos oscuros y demasiado perversos.

— ¿Qué demonios crees que estás haciendo? —gruñó, su voz baja pero llena de tensión.

—Solo estoy divirtiéndome un poco —respondí, sacando su polla de mi boca un momento para sonreírle traviesamente antes de volver a su polla.

—No puedes... ah... interrumpirme así, pequeña traviesa —responde él, aunque su tono sugería que estaba disfrutando cada segundo.

— ¿Por qué no? —Pregunté, lamiendo lentamente desde la base hasta la punta—. Sabes que esto te encanta.

—No tienes... idea... de lo que me estás haciendo —gruñó, sus manos aferrándose a los bordes de la silla.

—Creo que sí —respondí, tomando su polla profundamente en mi garganta de nuevo, succionando con fuerza mientras movía mi cabeza rítmicamente.

Sentí cómo su cuerpo empezaba a temblar con más fuerza y su respiración se volvía más rápida y descontrolada. Yo sabía que él ya no iba a soportarlo más, y la idea de hacerlo correrse mientras trataba de mantener la compostura me ponía a mil. Moví mi lengua de forma descarada por toda su polla, aumentando la velocidad y la intensidad sin dejar de mirarlo a los ojos.

Finalmente, Benedict no pudo más. Con un gruñido bajo y profundo, se corrió en mi boca, llenándose con su semen caliente. Lo tragué todo, disfrutando de cada gota, del sabor salado y la textura espesa. Mientras él se relajaba, sus músculos se aflojaban y su respiración se calmaba, me relamí los labios, saboreando lo que quedaba.

Me retiré lentamente y miré hacia arriba, encontrándome con sus ojos. Él aún estaba jadeando, su pecho subiendo y bajando de forma errática.

—Madre mía... eso fue brutal —murmuró.

Sonreí de manera traviesa, sabiendo que yo lo había vuelto loco.

—Sabía que eso te encantaría —respondí, con un guiño pícaro.

Benedict me miró profundamente, sus ojos brillando con esa intensidad que siempre me enloquecía.

—Eres una chica muy traviesa —dijo él, recuperando la firmeza en su voz.

Me levanté despacio, limpiándome los labios con la lengua de forma provocativa.

—Solo quería divertirme un poco —repliqué, con una sonrisa juguetona e inocente al mismo tiempo—. Y parece que tú también lo pasaste muy bien, ¿no?

—Sí, pero hay un tiempo y lugar para todo —dijo él mientras se levantaba de la silla y se desabrochaba la camisa—. Y ahora, creo que es hora de que recibas un castigo por ser tan traviesa, pequeña. No creas que te vas a escapar tan fácil de esto.

Sentí una oleada de lujuria recorrer mi cuerpo, un cosquilleo que me hacía vibrar de emoción. Yo sabía que me había metido en problemas, pero eso solo significaba más diversión. Benedict se acercó a mí con esa mirada intensa y me tomó de la mano, llevándome hacia el sofá de su oficina.

—Ahora vas a aprender a no meterte en mis asuntos cuando estoy trabajando, ¿entendiste? —me susurró roncamente.

—Sí, señor, lo siento —contesté de forma inocente.

Sin más preámbulos, él me empujó sobre el sofá. El cuero chirrió bajo mi peso y el sonido se mezcló con el de su cinturón deslizándose fuera de las trabillas de sus pantalones. Sentí su respiración caliente en mi cuello mientras me ataba las muñecas con el cuero áspero, apretándolo justo lo suficiente para que no pudiera moverme pero sin hacerme daño.

—No sabes lo que te espera, bebé —Benedict dijo con satisfacción en su voz.

Me mordí el labio inferior, mientras me moría de pura emoción.

Capítulo 27

Rebecca

Después de que me contrataran oficialmente, él y yo decidimos celebrarlo por todo lo alto en su lujoso condominio. Me subió en su coche deportivo, y aunque el viaje fue rápido, sentí como si el tiempo se detuviera a nuestro alrededor. Las luces de Nueva York brillaban como estrellas a nuestro paso, y yo me sentía en la cima del mundo.

Llegamos a su edificio y subimos hasta el último piso en un ascensor que parecía volar. Al abrirse las puertas, la vista me dejó sin aliento. Podías ver toda la ciudad, un mar de luces y movimiento, con esa energía inconfundible de Nueva York que te llena de vida.

Nos dirigimos a la terraza, donde tenía una mesa pequeña y dos sillas que parecían más cómodas que un sofá. Él sacó una botella de whisky que seguramente costaba más que mi alquiler y dos vasos de cristal carísimo. Me ofreció uno con una sonrisa tan encantadora que sentí un vuelco en el corazón.

—Salud —dijo, levantando su vaso.

—Salud —respondí, chocando mi vaso con el suyo y tomando un sorbo.

El whisky quemaba un poco al bajar por mi garganta, pero el calor era bienvenido en esta noche tan fresca.

Nos acomodamos en las sillas y nos quedamos en silencio, disfrutando de la vista. Era un silencio cómodo, lleno de significado y comprensión. Después de todo lo que yo había pasado en las últimas semanas, este momento de tranquilidad era justo lo que necesitaba.

Luego, mire a Benedict, él estaba observando cómo las luces de la ciudad que se reflejaban en sus ojos. Había tantas cosas que no sabía sobre él todavía, tantos misterios que up quería desentrañar. Y esta era una oportunidad perfecta para empezar.

— ¿Sabes? —Dije, rompiendo el silencio—. Después de todo este tiempo, me he dado cuenta de que realmente no sé mucho sobre ti.

Él me miró con curiosidad, levantando una ceja.

— ¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que te gustaría saber?

Tomé otro sorbo de whisky, reuniendo el valor para hacerle una pregunta más personal.

—Bueno, por ejemplo... tu infancia. Nunca me has hablado de eso.

Hubo un momento de silencio. Podía ver en su rostro que era un tema que no le gustaba discutir. Pero, después de una pausa, suspiró y comenzó a hablar.

—Tuve una buena infancia —él dijo finalmente, mirando hacia la ciudad—. Mis padres eran amorosos y me dieron todo lo que necesitaba. Crecí en una casa grande, con todas las

comodidades. Mis padres tenían dinero, pero también tenían principios.

—Eso suena bien —dije, animándolo a continuar—. ¿Tienes hermanos?

Él asintió.

—Sí, un hermano mayor. Siempre fue el favorito, el que seguía las reglas y hacía todo bien. Yo, en cambio, siempre fui un poco rebelde.

— ¿Rebelde? Eso no me sorprende —dije con una sonrisa—. ¿Qué tipo de cosas hacías?

—Ah, ya sabes, lo típico —dijo con una sonrisa—. Pues, me metía en problemas en la escuela, discutía con los profesores, salía de fiesta demasiado. Pero yo siempre encontraba la manera de salir bien librado. Mis padres no estaban contentos, pero sabían que yo tenía potencial.

— ¿Y qué cambió? —pregunté, realmente interesada.

—Tuve que madurar —respondió—. Mi hermano falleció cuando yo tenía diecisiete años. Un accidente de coche. Eso me obligó a tomar la vida más en serio. Me di cuenta de que no podía seguir siendo el chico rebelde para siempre. Tenía que hacer algo con mi vida.

—Lo siento mucho —dije suavemente—. Eso debió ser muy duro para ti y tu familia.

—Sí, lo fue —admitió él—. Pero también fue un punto de inflexión para mí. Decidí terminar mis estudios, entrar en el negocio familiar y hacer algo que mi hermano hubiera estado orgulloso de ver. Y aquí estoy ahora.

—Has hecho un buen trabajo —dije, admirando su dedicación y su capacidad para superar la adversidad.

Él sonrió, pero había una tristeza en sus ojos.

—Gracias, Rebecca. A veces siento que todo esto no es suficiente, que siempre hay algo más que yo debería estar haciendo.

— ¿Cómo qué? —pregunté, inclinándome hacia él, queriendo entender mejor sus pensamientos.

—No lo sé —dijo, encogiéndose de hombros—. A veces siento que no estoy haciendo una diferencia real en el mundo, que solo estoy persiguiendo el éxito por el éxito mismo.

—Pero haces una diferencia —le aseguré—. Mira todo lo que has logrado, las personas a las que has ayudado. Incluso para mí, trabajar en tu empresa ha sido una oportunidad increíble.

—Gracias —dijo él suavemente—. Tus palabras significan mucho para mí.

Nos quedamos en silencio por un momento, disfrutando de la compañía del otro y de la vista espectacular. El whisky comenzaba a hacer efecto, relajándome más y haciéndome sentir más cerca de él.

— ¿Y tú, pequeña? —Preguntó de repente— ¿Cómo fue tu infancia?

—Bueno —comencé, sorprendida por su pregunta—. Crecí en un hogar un poco disfuncional por así decirlo, pero papá y mamá nos amaban. Sin embargo no éramos ricos. Mis padres trabajaron muy duro para darnos una buena vida a pesar de todo. Siempre nos inculcaron la importancia del trabajo duro y la educación.

—Suenas a que tenías unos padres maravillosos —comentó.

—Sí —dije con una sonrisa—. Ellos siempre me apoyaron en todo lo que yo quería hacer. Y por otra parte, mi hermana y yo éramos muy unidas, y aunque tuvimos nuestras peleas, siempre nos cuidamos mutuamente.

Él asintió, escuchando atentamente.

—Eso es importante.

—Sí —dije, pensando en Valeria y en lo que estábamos pasando actualmente—. A veces me siento culpable por no poder hacer más por mi hermana.

—No deberías sentirte así —dijo él, con seriedad—. Estás haciendo todo lo que puedes. Y ella lo sabe.

—Gracias —susurré, conmovida por sus palabras.

Nos quedamos allí, en la terraza, mirando la ciudad y hablando de nuestras vidas, nuestros sueños y nuestras esperanzas. Cada vez me sentía más conectada con él, más cercana. Era como si, poco a poco, estuviéramos desvelando capas de nuestras almas, encontrando consuelo y compañía en el otro.

Mientras hablábamos, no pude evitar observar lo atractivo que se veía. La luz suave de la ciudad iluminaba sus rasgos, resaltando su mandíbula fuerte y sus ojos intensos. Su camisa estaba desabotonada en la parte superior, revelando un poco de su pecho musculoso. Todo en él emanaba confianza y poder, y no podía evitar sentirme atraída por él una y otra vez.

— ¿Sabes? —Dije, rompiendo el silencio—. Me siento muy afortunada de haber terminado aquí, trabajando contigo.

Él sonrió, una sonrisa que prometía muchas cosas.

—Y yo me siento afortunado de tenerte aquí, pequeña.

Estar con él, en este momento, se sentía tan perfecto. A pesar de todas las complicaciones y desafíos, sabía que estar juntos, así, era exactamente donde yo debía estar.

El tiempo pasó, y antes de darme cuenta, había transcurrido dos horas. Las luces de la ciudad seguían brillando, y el aire fresco se sentía revitalizante.

—Es tarde —dijo él finalmente—. Deberíamos ir adentro.

Asentí, sintiéndome un poco triste de dejar la terraza.

Entramos al condominio y nos dirigimos al salón, donde continuamos nuestra conversación, riendo y disfrutando de la compañía del otro.

Finalmente, él me llevó a su habitación, y la noche terminó con una mezcla de pasión y ternura que me dejó sin aliento. Sabía que, a pesar de todo, estábamos construyendo algo especial juntos. Algo que, con el tiempo, podría florecer en algo más hermoso y duradero.

Y así, mientras me acurrucaba más a su lado, sentí tanta paz como antes.

Me acurruqué más cerca de él, sintiendo su calor y el latido constante de su corazón bajo mi oído. La noche había sido perfecta, y en ese momento de tranquilidad, todo lo que había estado guardando dentro de mí salió a la superficie.

—Mmm, te amo —murmuré, casi entre sueños, mi voz apenas un susurro.

Sentí cómo su cuerpo se ponía rígido al instante. Mi somnolencia se desvaneció un poco al notar su reacción. Abrí los ojos y lo miré, tratando de entender lo que estaba pasando en su mente.

Él permaneció en silencio por unos momentos, y el aire se sintió tenso. Luego, finalmente habló, pero no dijo lo que yo esperaba.

—Sabes que esto no puede ser para siempre, ¿verdad?

Mi corazón se hundió. No era la respuesta que había imaginado, ni mucho menos. Me quedé mirándolo, tratando de procesar sus palabras.

—No puedo darte lo que quieres —continuó, con una expresión indescifrable— No ahora... y tal vez nunca.

Las lágrimas amenazaron con salir, pero las contuve. No quería parecer débil frente a él. Me aparté un poco, buscando un poco de distancia para protegerme del dolor de sus palabras.

— ¿Por qué dices eso? —pregunté, mi voz temblando ligeramente.

—No soy el hombre que necesitas —dijo, su voz firme pero con un toque de tristeza—. Hay cosas de mi pasado, cosas que no puedo cambiar. Y no quiero arrastrarte a mi oscuridad.

Me quedé en silencio, intentando encontrar las palabras adecuadas. Finalmente, logré hablar, aunque mi voz era apenas un susurro.

—Pensé que... tal vez... tú sentías algo por mí. Pensé que tus sentimientos habían cambiado desde nuestra última conversación.

—Lo siento, Rebecca —dijo, suavemente—. Pero no puedo darte falsas esperanzas.

Me di la vuelta, dándole la espalda, y cerré los ojos, tratando de contener el dolor que sentía.

Él me rodeó con sus brazos, sosteniéndome cerca. Pero en lugar de consuelo, sentí una barrera entre nosotros, una barrera que sus palabras habían levantado.

Sentí el dolor y la confusión revoloteando en mi interior, como un enjambre de abejas atrapadas. Me alejé un poco más de él, dándome vuelta para mirarlo a los ojos otra vez.

—Entonces, ¿qué? ¿Solo me quieres para follarme y ya? —le solté, tratando de sonar

firme aunque mi voz temblara un poco—. Perfecto, porque la verdad me encanta cuando estamos follando, me vuelves loca. Pero, joder, el sexo no lo es todo, ¿entiendes eso, Benedict?

— ¿En serio? —Me miró con sorpresa en sus ojos—. Pensé que lo disfrutabas tanto como yo.

—Claro que me gusta eso, no te equivoques. Me encanta cómo me tocas, cómo me haces gemir y suplicar, cómo me follas tan duro. Pero también necesito algo más. Necesito saber que te importo en tu vida, que soy más que sexo para ti.

Él me miró, con una mezcla de sorpresa y algo que parecía ser culpa en sus ojos.

—Rebecca, no es tan simple...

— ¿No es tan simple? —repetí, amargamente—. Dime, ¿qué es lo que te detiene realmente? ¿Por qué no puedes admitir que sientes algo verdadero por mí?

Él suspiró profundamente, frotándose las sienes como si estuviera tratando de aliviar una presión interna.

—No es que no sienta nada por ti, pequeña. Pero mi vida... está llena de complicaciones que no quiero arrastrarte dentro, ya te lo he dicho

—Complicaciones —murmuré con sarcasmo—. Siempre hay complicaciones. Pero la vida es eso, ¿no? Un montón de complicaciones con momentos de felicidad entre ellas.

Él se quedó en silencio por un momento, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—No quiero herirte más de lo que ya lo he hecho —dijo finalmente—. No quiero hacerte promesas que no pueda cumplir.

—Entonces, dime de una vez, ¿qué carajos significa esto para ti? —Solté, notando cómo mi voz se volvía más alta y áspera con cada palabra—. ¿Solo un jueguito de cama? ¿Solo sexo sin compromiso?

— ¡Claro que no es solo sexo! —Él gritó, su voz retumbando en la habitación como un trueno—. Rebecca, lo nuestro... es único. Pero no puedo darte más de lo que ya tenemos actualmente.

— ¿Y por qué no? —Mis ojos estaban brillando, llenos de lágrimas que se negaban a caer—. ¿Por qué no quieres darme una oportunidad de verdad?

—No soy el hombre que necesitas —dijo, bajando la voz con un tono casi derrotado.

— ¿Ah, sí? ¿Y qué? ¿Quieres que me busque a otro hombre ahora mismo? ¿Alguien que no solo me dé sexo, sino también amor de verdad? —le espeté.

Él frunció el ceño, su expresión se volvió oscura y su voz se endureció.

—No te atrevas a decir eso.

—Entonces deja de hablar tonterías, Benedict. ¿Quién decide lo que necesito, tú o yo?

—le pregunté, cruzando los brazos y mirando directamente a sus ojos—. ¿Por qué no me dejas decidir lo que es bueno para mí?

Su mandíbula se tensó.

—Porque no puedo ser el novio perfecto, ni el compañero ideal.

— ¡Déjate de cuentos, Benedict! —Exclamé, sintiendo cómo la ira crecía dentro de mí—. Perfecto ni ideal, pero, ¿quién te ha pedido eso? ¡Quiero a alguien que esté conmigo, con mis imperfecciones y todo!

— ¡No entiendes! —Rugió, levantando la voz—. No puedo darte lo que buscas, no puedo ser ese hombre.

— ¡Déjame decidir a mí! —Grité de vuelta, con lágrimas de frustración en los ojos—. Déjame elegirte a ti, con todos tus defectos. Prefiero eso a estar con alguien que no me importa realmente.

Se quedó callado, mirando hacia una esquina de la habitación por unos dos minutos aproximadamente. Finalmente, habló, su voz apenas un susurro.

—Tengo un pasado, Rebecca. Un pasado que no puedo borrar. Y no quiero que eso te dañe.

—Todos tenemos un pasado —dije suavemente—. Y a todos nos han hecho quienes somos hoy. No te estoy pidiendo que seas perfecto. Solo te estoy pidiendo que seas tú mismo.

Sus ojos se suavizaron por un momento, pero luego volvió a endurecerse.

—No quiero arriesgarme a perderte, Rebecca. Prefiero mantener esto... simple.

— ¿Simple? —Repetí, con un toque de sarcasmo mientras sentía un nudo en el estómago—. No hay nada simple en esto, y lo sabes muy bien. Pero si eso es lo que quieres... entonces supongo que solo seguiré siendo tu juguete. Porque aunque me duele, prefiero eso a no tener nada de ti.

—No quiero que te sientas así —dijo rápidamente él—. Eres mucho más que eso para mí, pero no puedo darte todo lo que mereces.

— ¿Lo que yo merezco? —Repetí, soltando una risa amarga mientras sentía que las lágrimas me quemaban los ojos—. Lo único que merezco es la verdad, y que no juegues con mis sentimientos.

—No estoy jugando contigo, Rebecca —dijo, acercándose más y poniendo sus manos en mis caderas, sus dedos rozando mi piel—. Nunca he jugado contigo.

Lo miré, tratando de encontrar alguna señal de esperanza en sus palabras. Pero lo único que encontré fue esa barrera invisible que él había levantado.

—Bueno, eso es todo —dije con la voz quebrada, apartando sus manos de mi cuerpo—. Si solo podemos tener esto, entonces que así sea. Solo sexo, sexo y más sexo.

Luego, él y yo nos quedamos en silencio, dejando que el peso de nuestras palabras colgara en el aire pesado de la habitación.

Finalmente, me levanté de la cama, decidida a irme.

—Me voy —anuncié, tratando de mantener mi dignidad intacta—. Gracias por esta noche.

Él asintió con la cabeza, sin decir una palabra, y me acompañó hasta la puerta. Mientras yo salía, sentí como si una parte de mi corazón se quedara atrapada en ese lujoso condominio junto a él.

Caminé por las calles de Nueva York, con la mente revuelta y el corazón hecho pedazos. No tenía ni idea de lo que el futuro nos reservaba, pero algo era seguro: mi vida había dado un giro radical desde que lo conocí y decidí ser su sumisa. Ahora, tenía que aprender a vivir con esa realidad, sin perderme en el camino.

Capítulo 28

Rebecca

Desperté una mañana de esas bien soleadas, tumbada en mi cama y con los ojos pegados al techo. Ya ha transcurrido una semana desde la discusión, y la verdad es que no había pegado ojo en todos esos días. Mi corazón parecía una batidora, siempre en un estado de caos, sin dejarme descansar bien.

Ahí estaba yo, tirada en la cama, sintiendo un malestar raro que no tenía ni idea de dónde venía. Era una mezcla de náuseas y mareos, algo que nunca había sentido antes. Solté un suspiro, cerré los ojos y pensé "ojalá esto se pase ya". Pero esa sensación no se iba, y al final no tuve más remedio que obligarme a mí misma a ponerme de pie.

Después de arrastrarme hasta la cocina y beber un poco de agua, decidí que necesitaba salir. Quizás un poco de aire fresco me ayudaría. Y de alguna manera, mi mente decidió que debía visitar a mis padres en el cementerio. No los había visto desde hacía tiempo, y en momentos como estos, yo sentía una profunda necesidad de estar cerca de ellos, aunque fuera de esa manera.

Me puse ropa cómoda, lo primero que pude encontrar en mi placar, y salí de mi apartamento. El sol me acariciaba la piel mientras caminaba por las calles de Nueva York.

La ciudad, con su bullicio de siempre.

Llegué al metro y, tras un corto viaje y una caminata, finalmente arribé al cementerio. Sin perder tiempo, me dirigí directamente a las tumbas de mis padres.

Me arrodillé frente a las lápidas.

—Hola, mamá. Hola, papá —susurré, tocando las frías piedras—. Los extraño tanto.

Me quedé allí, en silencio, mirando las lápidas. Se notaba que los años no habían pasado en vano. Solté un largo suspiro de alivio; era como si hablar con ellos me ayudara a liberar un poco del dolor acumulado en mi pecho.

—Sé que ustedes siempre supieron lo que era mejor para mí —continué, con la voz temblorosa—. Y ahora, estoy tan perdida. No sé qué hacer con todo esto.

Me llevé una mano al vientre, sintiendo una punzada de dolor que no podía identificar.

—Y este malestar... no sé qué me está pasando. Siento que mi cuerpo está tratando de decirme algo, pero no puedo entenderlo.

Me senté en el suelo, con la espalda apoyada contra la lápida de mi madre, y cerré los ojos.

—Desearía que estuvieran aquí para aconsejarme. Todo es tan complicado sin ustedes.

El sol estaba alto en el cielo cuando finalmente me levanté, limpiando mi ropa del césped seco y algunas hojas que han caído de unos árboles.

—Voy a intentar ser fuerte —les prometí—. Voy a tratar de encontrar mi camino, sin importar lo difícil que sea.

Mientras estaba allí parada, me envolvía un silencio profundo, casi como si el mundo se hubiera detenido. El viento soplaba suavemente entre los árboles y las hojas crujían, como si intentaran darme un poquito de consuelo. Me acerqué a las tumbas, y dejé que mis dedos recorrieran las inscripciones que yo ya conocía de memoria. Sentía cada letra como si fuera parte de mí, como si al tocarlas pudiera conectarme con ellos de nuevo, aunque fuera por un momento.

—Papá, siempre me decías que la vida tenía sus propios planes y que yo debía estar preparada para lo inesperado. Pero esto... esto es algo que nunca imaginé —murmuré, mi voz quebrada por la emoción y recordando a Benedict.

Apreté los labios, tratando de controlar el torrente de emociones que amenazaba con desbordarse dentro de mí.

—Mamá, tú siempre sabías cómo calmar mis miedos. Siempre tenías las palabras perfectas. Ahora me siento tan sola sin tu guía.

Me quedé allí, permitiendo que los recuerdos de mis padres fluyeran a través de mí. Recordé sus risas, sus abrazos cálidos, y las veces que me habían consolado cuando el mundo parecía un lugar demasiado grande y aterrador. Suspiré profundamente, sintiendo un nudo en la garganta.

—Valeria está luchando, pero no sé cuánto más puede soportar —dije, mirando el suelo—. La leucemia la está destrozando, mamá, papá. Cada vez que la veo, está más débil. La miro y veo cómo se le escapa la vida, y me siento tan impotente. Quisiera poder hacer algo, cualquier cosa para ayudarla, pero no sé cómo. Estoy tan asustada de perderla también...

Las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas, y me dejé caer de rodillas frente a las tumbas otra vez.

—Necesito fuerza, necesito ustedes que me guíen. ¿Cómo hicieron ustedes para ser tan fuertes incluso cuando su matrimonio se estaba derrumbando? ¿Cómo enfrentaron todo con una sonrisa, incluso en los peores momentos? Por favor, denme una señal, algo que me haga sentir que todo va a estar bien... por favor...

El dolor en mi vientre se intensificó por un momento, y me incliné hacia adelante, abrazándome a mí misma en busca de consuelo.

—Y ahora, esto... este malestar que no entiendo. ¿Qué harían ustedes en mi lugar? ¿Cómo enfrentarían todo esto?—continué, cerrando los ojos con fuerza—. Siento que les estoy fallando, mamá, papá. Siento que no estoy siendo lo suficientemente fuerte.

Me quedé ahí, pensando en mis cosas, dejando que mis pensamientos se pusieran en

orden poco a poco. El cementerio estaba súper tranquilo, y eso era algo bueno al menos. Después de un rato, me levanté, sintiéndome un poco más ligera después de haberle contado todas mis preocupaciones a mis padres.

—Voy a ser fuerte —repetí, esta vez con más convicción—. Voy a encontrar una manera de superar esto, por Valeria, por mí y por ustedes.

Caminé de regreso a la entrada del cementerio, sintiéndome un poco más en paz después de hablar con mis padres. Sin embargo, el malestar físico persistía, y una parte de mí estaba comenzando a preocuparse seriamente.

Decidí que era hora de hacer una visita al médico. Tal vez él podría decirme qué estaba pasando con mi cuerpo. Me dirigí a la clínica más cercana, tratando de mantener la calma mientras esperaba mi turno.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, me llamaron a la consulta. El doctor me miró con una sonrisa profesional, pidiéndome que tomara asiento.

—¿Qué te trae por aquí hoy? —preguntó, con tono amable.

—Bueno —comencé, sintiéndome un poco avergonzada—. He estado sintiéndome bastante mal últimamente. Mareos, náuseas, un dolor extraño en el abdomen...

El doctor asintió, tomando notas.

—Entiendo. Vamos a hacer algunos exámenes para ver qué podría estar causando estos síntomas.

Él me hizo varias preguntas sobre mi historial médico, y luego me pidió que me recostara en una camilla para un examen físico. Mientras él revisaba, mi mente seguía dando vueltas, tratando de entender qué podría estar mal conmigo.

Después del examen, el doctor se sentó frente a mí nuevamente.

—Vamos a hacer un par de pruebas de laboratorio —dijo, con voz calmada—. Pero, por tus síntomas, hay una posibilidad de que estés embarazada. Vamos a confirmarlo con un análisis de sangre.

Mis ojos se abrieron de par en par al escuchar la palabra "embarazada". No podía ser, ¿verdad? Sin embargo, asentí en silencio a lo que dijo el doctor, sintiéndome asustada al respecto.

—¿Embarazada? —repetí en voz baja, más para mí misma que para él.

—Sí, es una posibilidad —confirmó el doctor—. No te preocupes hasta que tengamos los resultados. Vamos a hacer las pruebas ahora mismo, y tendrás los resultados en un par de días, Rebecca.

Asentí nuevamente, sintiendo como si el suelo se moviera bajo mis pies.

—Gracias, doctor —murmuré, levantándome de la silla.

Salí de la clínica en un estado de shock. Embarazada. Esa posibilidad no había cruzado por mi mente hasta ese momento. Caminé sin rumbo fijo por las calles, tratando de procesar lo que había escuchado.

Finalmente, me encontré de regreso en mi apartamento, sintiéndome agotada tanto física como emocionalmente. Me dejé caer en el sofá, abrazando una almohada mientras mi mente seguía en un estado total de conmoción.

—Embarazada —susurré, en voz baja—. ¿Cómo voy a lidiar con esto?

La semana que ha transcurrido había sido una locura, sin apenas pegar ojo ni probar bocado, y encima con la duda de un posible embarazo rondándome la cabeza, me estaba dejando hecha polvo. Pero colapsar no era una opción. Tenía que mantenerme firme, por mí y por el posible ser humano que podría estar creciendo dentro de mí.

El resto del día lo pasé como una zombie, tonta, buscando algo que me distrajera en la tele. Pero nada, mi cabeza no paraba de darle vueltas a esa palabra: embarazada.

Los días siguientes fueron un cóctel de ansiedad y espera. Cada vez que pensaba en el posible resultado, me invadía una mezcla rara de miedo y esperanza. No tenía ni idea de cómo iba a manejar todo esto, pero una cosa tenía clara: tenía que enfrentarme a lo que fuera que viniera.

Finalmente, el día llegó. Recibí una llamada de la clínica, diciéndome que mis resultados estaban listos. Me dirigí allí con el corazón en la garganta, sintiendo cada paso como si estuviera caminando hacia un destino desconocido.

El doctor me recibió con una expresión seria, pero amable.

—Rebecca —comenzó a hablar—. Tus resultados han llegado. Y sí, estás embarazada.

El mundo pareció detenerse por un momento mientras yo procesaba sus palabras. Embarazada. Era real.

—Voy a necesitar tiempo para procesar esto —dije finalmente, con mi voz apenas un susurro.

El doctor asintió, comprensivo.

—Es completamente normal. Tómate el tiempo que necesites. Y si tienes alguna pregunta o necesitas ayuda, estamos aquí para apoyarte.

Salí de la clínica, sintiéndome como si estuviera en una nube. Mi mente estaba llena de preguntas y temores, pero también de una extraña sensación de calma. Había una nueva vida dentro de mí, y eso lo cambiaba todo.

Regresé a mi apartamento, sintiéndome diferente de alguna manera. Me senté en el sofá, abrazando mi vientre, y dejé que las lágrimas cayeran libremente.

Sentía una necesidad urgente de contárselo, pero a la vez, el miedo me tenía paralizada. ¿Qué iba a pensar él? ¿Cómo iba a reaccionar? Me aterraba que malinterpretara mis intenciones.

y pensara que quería atarlo a mí usando al bebé como excusa.

Pasaron unos días en los que intenté procesar todo por mi cuenta, pero cada vez sentía más fuerte la necesidad de hablar con él. Desde nuestra pelea, no habíamos hablado ni nos habíamos visto, ni siquiera en nuestras dinámicas de amo y sumisa. Lo extrañaba, y esa ausencia me dolía más de lo que quería admitir.

Finalmente, decidí llamarlo. Me armé de valor y tomé el teléfono. El número de su oficina estaba grabado en mi memoria. Marqué con dedos temblorosos y esperé, sintiendo que mi corazón latía en mi garganta.

—Hawthorne Diamond Atelier —contestó una voz femenina profesional que yo he reconocido muy bien y rápidamente. Era su secretaria.

—Hola, soy Rebecca —dije, tratando de sonar más tranquila de lo que me sentía—. ¿Podría hablar con él?

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—Lo siento, Rebecca, pero él no está disponible en este momento.

Fruncí el ceño, sintiendo una punzada de preocupación.

— ¿Benedict está en una reunión?

—No —respondió la secretaria, su tono más suave—. Ha salido de viaje. Está en Japón para un viaje de negocios. Regresará en aproximadamente dos semanas.

La noticia me golpeó como un balde de agua fría. Me quedé en silencio por un momento, tratando de procesar lo que acababa de escuchar. ¿Japón? ¿Un viaje de negocios? ¿Por qué él no me lo había dicho?

—Gracias —logré decir finalmente, colgando el teléfono.

Me quedé mirando la pantalla por un rato, sintiéndome completamente pasmada. ¿Por qué él no me lo había dicho? ¿Acaso no éramos más que jefe y empleada? ¿O solo amo y sumisa? Claro, no tenía por qué informarme de sus movimientos. Pero parte de mí se había acostumbrado a su presencia.

Suspiré, sintiendo cómo la desesperanza se apoderaba de mí. ¿Yo qué había estado esperando? ¿Qué me tratara diferente solo porque había sido amable conmigo en mis momentos difíciles? La amabilidad no significaba amor, y él me lo ha dejado perfectamente claro.

Miré mi vientre, acariciándolo suavemente.

— ¿Qué vamos a hacer, pequeñín? —susurré.

Decidí que no podía quedarme en ese estado de parálisis. Necesitaba mantenerme fuerte, no solo por mí, sino también por el pequeño ser que crecía dentro de mí. Me levanté del sofá y me dirigí a la cocina para prepararme algo de comer, aunque el apetito era lo último que sentía en este momento.

Los días pasaron lentamente. La ausencia de él se sentía como un vacío constante. Cada vez que el teléfono sonaba, una pequeña parte de mí esperaba que fuera él, pero nunca lo era. Traté de enfocarme en mi trabajo y en cuidar de Valeria, pero mis pensamientos siempre regresaban a la misma pregunta: ¿por qué no él no me dijo que se iba de viaje a Japón?

No sé porque me hago la tonta.

Él no me lo dijo porque yo simplemente soy su empleada, su sumisa, nada más.

Solamente porque él se haya comportado y haya mostrado su lado lindo conmigo cuando yo estaba sufriendo por mi hermana, no significa nada.

La amabilidad nada tiene que ver con el amor...aunque eso me duela una vida entera.

Capítulo 29

Rebecca

Los días seguían pasando lentamente, y la incertidumbre sobre mi embarazo me mantenía en un constante estado de ansiedad. No sabía qué hacer, ni cómo decírselo a él. Mi corazón estaba dividido entre el miedo a su reacción y la necesidad de compartir esta nueva realidad con él.

Un día me desperté con las pilas recargadas. Sabía que necesitaba un consejo, una guía, y la única persona en quien realmente yo confiaba para algo así era Valeria. Ella siempre había sido mi brújula moral, mi apoyo incondicional. Aunque había estado visitando a mi hermana, no me había atrevido a contarle nada sobre mi embarazo porque la noticia todavía era muy reciente para mí.

Pero ahora sentía que era el momento. Valeria iba a convertirse en tía, y estaba segura de que se pondría feliz. Además, yo necesitaba su perspectiva, su sabiduría, incluso si ella era más joven que yo.

Me levanté de la cama, todavía sintiendo ese malestar físico que no había desaparecido de mí. Me vestí rápidamente y salí hacia el hospital. El trayecto en metro fue una mezcla de pensamientos revueltos y nerviosismo. ¿Cómo le diría a Valeria sobre el bebé? Mis manos temblaban ligeramente mientras sostenía el pasamanos del metro, tratando de mantenerme calmada.

Llegué al hospital y me dirigí al cuarto de Valeria. La familiaridad de los pasillos, el olor a desinfectante, y los rostros cansados de los familiares de otros pacientes me recordaron la fragilidad de la vida. Caminé con paso rápido, ansiosa por verla y hablar con ella.

Al llegar a la puerta de su habitación, noté algo extraño. Había más enfermeras de lo habitual y una atmósfera tensa en el aire. Mi corazón comenzó a latir más rápido, una sensación de inquietud se apoderó de mí.

Entré a la habitación y una enfermera me detuvo en la entrada. Su rostro mostraba una mezcla de pena y profesionalismo.

—Eres Rebecca, ¿verdad? —preguntó con suavidad.

Asentí con la cabeza lentamente, sintiendo cómo el pánico comenzaba a instalarse en mi pecho.

—Sí, soy yo. ¿Qué está pasando?

La enfermera me miró con compasión y luego bajó la mirada.

—Lo siento mucho, pero Valeria... falleció esta mañana. Fue muy repentino. Hicimos

todo lo posible, pero... no pudimos salvarla.

Las palabras se sintieron como un golpe directo al pecho. Yo no podía procesarlas.

—No... No puede ser —murmuré, tambaleándome hacia atrás—. No, esto no puede estar pasando.

—Lo siento mucho, Rebecca —repitió la enfermera, tocándome suavemente el brazo.

Me dejé caer pesadamente en una silla cercana, sintiendo como si el suelo daba vueltas bajo mis pies. Todo mi mundo se estaba viniendo abajo. Valeria, mi pequeña Valeria, ¿de verdad se había ido? No podía ser. Las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos sin control, recorriendo mis mejillas mientras yo intentaba inútilmente contener el llanto. Un sollozo profundo y desgarrador escapó de mis labios, resonando en la habitación vacía sin ella. No... Ella no está muerta... no puede estar muerta... claro que no. Miré a mi alrededor buscando alguna señal, algo que me indicara que esto era solo una pesadilla. Mis manos temblaban y sentía el corazón a punto de estallar. ¿Cómo podía estar pasando esto?

—No, no, no —repetía una y otra vez, como si al decirlo pudiera cambiar la realidad—. Ella no... Ella no puede estar muerta. ¡Esto es solo un mal sueño!

La enfermera se quedó a mi lado, sin decir nada, pero su presencia silenciosa y reconfortante me ayudaba a no sentirme completamente sola. Sin embargo, ningún consuelo podía aliviar el dolor que yo sentía en ese momento. Era como si una parte de mí hubiera sido arrancada de golpe, dejándome vacía y rota.

Después de lo que pareció una eternidad, logré reunir las fuerzas para levantarme. Caminé lentamente hacia la cama donde Valeria solía dormir, cada paso se sentía como un mundo de distancia. Su cuerpo ya no estaba allí, pero su espíritu parecía llenar la habitación con una presencia palpable. Toqué las sábanas, esperando sentir su calor, pero lo único que sentí fue el vacío y la frialdad de la ausencia. Me quedé allí, con las manos temblorosas, tratando de aferrarme a los recuerdos que compartimos, a la esperanza de que, de alguna manera, esto no fuera real.

—Valeria —susurré, mi voz rota por el llanto—. ¿Por qué? ¿Por qué tuviste que irte?

Me dejé caer lentamente en la silla junto a la cama, dejándome llevar por los recuerdos de cada momento que habíamos compartido en esta habitación. Las risas, las lágrimas, las promesas de que todo mejoraría pronto. Todo se había desvanecido en un instante, como un sueño que se convierte en pesadilla.

Me quedé allí durante minutos u horas... no lo sé... sintiendo el peso de la pérdida aplastándome. El silencio de la habitación se hacía insoportable, cargado con la ausencia de Valeria. No sabía cómo iba a seguir adelante sin ella. No sabía cómo enfrentar el futuro sin mi hermana, mi amiga, mi confidente.

Cada rincón de la habitación me recordaba a ella. El olor de su perfume aún flotaba en el aire, los libros que le gustaba leer estaban apilados en la mesita de noche. Todo parecía igual, pero al mismo tiempo, todo estaba irremediabilmente cambiado. La idea de no volver a escuchar

su voz, de no sentir su abrazo, me hacía sentir un vacío profundo e insondable. ¿Cómo se sigue adelante cuando te arrancan una parte del alma?

Finalmente, una de las enfermeras se acercó con una taza de té caliente y me ofreció unas palabras de consuelo.

—Era una luchadora —dijo suavemente, con una mirada llena de compasión—. Ella siempre hablaba de ti con tanto amor. Estaba muy orgullosa de ti.

Asentí con la cabeza, aunque sus palabras apenas lograban penetrar el muro de dolor que me rodeaba.

—Gracias —susurré, aceptando el té aunque no tenía fuerzas para beberlo. Lo sostuve entre mis manos, sintiendo el calor a través de la cerámica, pero incapaz de encontrar consuelo en ello.

El tiempo perdió todo sentido mientras me sentaba allí, perdida en mi dolor. Mis pensamientos vagaron hacia mis padres, recordando cómo también ellos se habían ido demasiado pronto. Valeria y yo habíamos prometido cuidarnos mutuamente, prometido ser siempre el apoyo la una de la otra. Ahora esa promesa se sentía rota.

El cuarto estaba en silencio, interrumpido solo por el suave zumbido de los aparatos médicos y los pasos lejanos de las enfermeras en el pasillo. Me sumergí en los recuerdos, aferrándome a cada risa de ella, cada conversación nocturna y cada momento que tuvimos juntas. No podía imaginar un futuro sin ella, sin su presencia que siempre había sido mi ancla.

Después de salir del hospital, tuve que regresar a mi casa a buscar unos papeles, pero la verdad, no tenía fuerzas ni siquiera para mover las manos. El silencio en mi apartamento era tan fuerte que parecía que me taladraba los oídos. Cada rincón me recordaba a Valeria: su risa, sus palabras de aliento, y eso me destrozaba por dentro. No podía soportarlo más. Sentía que si me quedaba un segundo más en este lugar, iba a perder la cabeza. Necesitaba respuestas, entender por qué mi hermana había fallecido tan de repente. Y con dolor, me levanté del sofá, salí de mi apartamento y me dirigí nuevamente al hospital.

Al llegar, me dirigí al mostrador de información, con la respiración entrecortada.

—Necesito hablar con el doctor que estaba a cargo de mi hermana —dije con desesperación en la voz—. Con el doctor Howard.

La enfermera me miró con compasión y asintió.

—Voy a buscar al doctor Howard —dijo, señalándome una sala de espera cercana—. Espere aquí, por favor, señorita Sullivan.

Me senté en una de las sillas de plástico, tratando de controlar el temblor de mis manos. Los minutos pasaban lentamente, cada uno de ellos cargado de angustia y desesperación. Finalmente, el doctor apareció, con una expresión seria y comprensiva.

—Rebecca, lamento mucho tu pérdida —comenzó a decir él, pero lo interrumpí, incapaz de contener mi desesperación.

— ¿Qué pasó realmente? —Exigí, con la voz quebrada—. Valeria me dijo que estaba luchando contra la leucemia. ¿Cómo pudo morir tan repentinamente?

El doctor Howard suspiró y me pidió que lo acompañara a una sala privada. Cerró la puerta detrás de nosotros y se sentó frente a mí.

—Rebecca, necesito que te calmes para que podamos hablar. Lo que te voy a decir es difícil, pero es importante que entiendas la situación, ¿de acuerdo?

Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras asentía, incapaz de hablar.

—Tu hermana te amaba mucho —comenzó, con tono suave—. Y sé que te dijo que estaba luchando, que decidió reanudar su tratamiento a pesar del documento que ella había firmado. Pero la realidad era mucho más compleja.

Fruncí el ceño, confundida y herida.

— ¿Qué quieres decir?

—Valeria no estaba mejorando —dijo el doctor, con tristeza en los ojos—. Su leucemia estaba en una etapa muy avanzada. Los tratamientos no estaban funcionando como esperábamos. Ella sabía que su tiempo era limitado... Todos lo sabíamos... incluso tú.

Sentí como si me hubieran dado un golpe en el estómago.

—Ella no estaba siguiendo ningún tratamiento, ¿cierto?

—Exacto —respondió el doctor Howard—. Valeria decidió no decirte la verdad completa para protegerte. Quería que te sintieras esperanzada, que no tuvieras que cargar con la angustia de saber que su tiempo en este mundo se estaba acabando. Fue su manera de cuidarte.

Las lágrimas comenzaron a caer libremente por mis mejillas.

— ¿Cómo pudo ella hacerme esto? ¿Cómo pudo mentirme sobre algo tan importante?

—No fue una decisión fácil para ella —dijo el doctor con suavidad—. Pero pensó que era lo mejor para ti. Ella quería que tus últimos recuerdos con ella fueran llenos de esperanza, no de tristeza.

Sentí que el suelo se desmoronaba bajo mis pies por enésima vez. La verdad era demasiado dolorosa de soportar.

— ¿Entonces todo este tiempo... ella estaba muriendo más y yo no tenía idea?

El doctor asintió lentamente.

—Lo siento mucho, Rebecca. Sé que esto es extremadamente difícil de aceptar. Pero Valeria quería que recordarás su fortaleza y su amor, no su sufrimiento.

Me levanté de golpe de la silla, como si hubiera sentido un calambre. No podía

quedarme un segundo más en ese cuarto. Sin pensarlo, salí corriendo por los pasillos del hospital, esquivando a la gente y los carritos de limpieza. Mi mente solo tenía un objetivo: encontrar un rincón donde pudiera estar sola con mi dolor.

Después de unos minutos que parecieron una eternidad, encontré una pequeña sala de descanso vacía. Entré y cerré la puerta detrás de mí, dejándome caer al suelo como si me hubieran cortado las piernas. Me abracé a mí misma, encogiéndome en un rincón mientras los sollozos salían sin control de mí. Mis lágrimas caían pesadas, empapando mi camiseta. Sentía que el pecho se me iba a romper de tanto dolor.

— ¡No es justo! —Grité, mi voz resonando en las paredes—. ¡No es justo que ella se haya ido! ¡No es justo que ella me haya mentido!

Cada pensamiento me hería más profundamente. ¿Cómo había llegado ella a este punto? Me sentía traicionada, como si el mundo entero me hubiera dado la espalda. Estaba perdida, sin rumbo, sin saber qué hacer ni a dónde ir. Completamente sola, rodeada de un vacío abrumador.

El sonido de mis sollozos resonaba en la pequeña sala, mezclándose con el murmullo lejano del hospital. Me preguntaba si alguna vez podría salir de este pozo de tristeza, si algún día volvería a sentirme completa. Por ahora, solo me quedaba abrazar mi dolor y dejar que las lágrimas siguieran su curso.

— ¡Valeria! — Lloré, llamando a mi hermana como si pudiera escucharme—. ¿Por qué me hiciste esto? ¿Por qué no me dejaste estar contigo, apoyarte como tú siempre hiciste conmigo, hermanita?

Las lágrimas me nublaban la vista, y sentía que el dolor me estaba haciendo pedazos por dentro. Era como si me estuvieran arrancando el alma. No podía respirar, todo el aire se me atoraba en la garganta, y mis pensamientos eran un caos total. Solo podía sentir una agonía profunda, una que te rasga el corazón en mil pedazos y te deja sin nada.

Me dejé caer al suelo, el cuerpo completo. Era como si todo mi cuerpo hubiera decidido rendirse. Las fuerzas me abandonaron, y empecé a sentir cómo la oscuridad me envolvía. Mis párpados pesaban como si fueran de plomo, y el mundo a mi alrededor se volvía borroso, casi irreal.

Intenté agarrarme a algo, cualquier cosa, pero mis manos solo encontraron el frío del suelo. Todo a mi alrededor parecía desvanecerse, y un silencio ensordecedor empezó a llenarme la cabeza. Sentía el frío del suelo contra mi piel, pero ni eso me despertaba del letargo en el que yo estaba cayendo. La realidad se escurría entre mis dedos, y la oscuridad seguía avanzando, implacable.

—No puedo... no puedo seguir sin ti — susurré, antes de perder la conciencia y desmayarme en el suelo frío del hospital.

Y allí, en esa fría sala de descanso, mi mundo se oscureció por completo.

Capítulo 30

Rebecca

Desperté en una camilla del hospital, sintiendo como si tuviera ladrillos en los párpados y los ojos hinchados como globos de tanto llorar. Todo mi cuerpo temblaba como una hoja al viento, y por un momento, quise creer que todo era una pesadilla espantosa de la que pronto despertaría. Pero cuando abrí los ojos y vi esas luces fluorescentes parpadeando sobre mí, y ese olor a desinfectante que siempre me ha dado escalofríos, supe que esto no era un sueño. Valeria de verdad se había ido. El dolor me golpeó de nuevo, como si una mano invisible me estrujara el corazón tan fuerte que apenas yo podía respirar.

Me quedé tumbada sobre la camilla, incapaz de moverme, dejando que la realidad me golpeara con toda su fuerza. Sentía que cada latido del corazón era un recordatorio doloroso de que mi hermana pequeña ya no estaba. ¿Cómo podía ser posible eso?

No tenía sentido quedarme aquí, así que me obligué a levantarme, aunque mis piernas apenas me sostenían. Salí de la habitación con pasos torpes, el mundo afuera me parecía un lugar extraño y ajeno, como si de repente todo hubiera perdido su color y sentido. La pérdida de Valeria me hacía sentir como si estuviera caminando en un sueño, todo borroso y sin lógica.

Comencé a deambular por los pasillos sin rumbo fijo. Los ecos de mis pasos resonaban en mi cabeza como un martilleo constante, un ruido que yo no podía ignorar. Estaba perdida, atrapada en un torbellino de pensamientos y emociones que no podía controlar. Necesitaba respuestas, necesitaba entender cómo había pasado todo esto. ¿Cómo ella se había ido tan de repente? ¿Cómo iba a seguir yo adelante sin ella?

De pronto, vi al doctor que había atendido a Valeria. Él estaba conversando con una enfermera, moviendo las manos de un lado a otro como si estuviera explicando algo importante. Aunque tenía la mente hecha un lío, sus palabras llegaron claras a mis oídos, como si me las estuviera diciendo directamente a mí.

—No, la esposa del señor Hawthorne no ha mostrado ningún signo de mejoría —dijo el doctor—. Pero después de tres años en coma, es algo común lamentablemente. Y es difícil decir si habrá una recuperación alguna vez.

Mi corazón se detuvo. ¿La esposa del señor Hawthorne? Eso no podía ser cierto. Me acerqué más, tratando de escuchar mejor, aunque cada palabra era como una puñalada en el pecho.

— ¿Usted cree que deberíamos hablar con él sobre la posibilidad de trasladarla a una unidad de cuidados especializados? —preguntó la enfermera.

El doctor asintió con la cabeza.

—Sí, pero debemos ser cuidadosos. El señor Benedict Hawthorne ha estado muy pendiente de su esposa estos últimos años, y este tipo de decisiones son siempre difíciles.

El mundo se me vino abajo de golpe. ¿Cómo que él tenía una esposa? ¿Y encima en coma? Mi cabeza no podía procesar toda esa información. Sentí como si las paredes del hospital se me vinieran encima, como si el aire se esfumara de mis pulmones. Mis manos empezaron a temblar y me agarré de una pared para no caerme.

Pero, a pesar de todo, decidí confrontar al doctor, mi voz temblando con rabia y desesperación.

—Perdón, pero... ¿de qué están hablando? ¿Es verdad que el señor Hawthorne tiene una esposa en coma, doctor?

El doctor Howard y la enfermera se volvieron para mirarme, sus rostros llenos de sorpresa y preocupación. Sin embargo, el doctor asintió lentamente.

—Lo siento, no sabía que estabas escuchando, Rebecca. Sí, el señor Hawthorne tiene una esposa que ha estado en coma durante tres años.

Sentí que el suelo se desvanecía bajo mis pies.

— ¿Por qué... por qué él no me lo dijo? —pregunté, mi voz quebrándose—. ¿Por qué me mantuvo en la oscuridad?

El doctor suspiró, su rostro lleno de compasión.

—Entiendo que esto debe ser un choque para ti. El señor Hawthorne es una persona muy reservada en lo que respecta a su vida personal. Supongo que no quería que esto afectara la relación profesional y de amistad que tienes con él.

Relación profesional. La frase resonó en mi cabeza, haciéndome sentir aún más traicionada.

—No puedo creerlo —murmuré, sintiendo las lágrimas brotar de nuevo—. Todo este tiempo... y él nunca me dijo nada.

Me alejé de ellos, incapaz de soportar una palabra más. Necesitaba estar sola, procesar todo lo que había descubierto. Mientras caminaba por los pasillos, los recuerdos de los momentos que había compartido con él me abrumaban. ¿Cómo pudo él ocultarme algo tan importante? ¿Cómo pudo jugar con mis sentimientos de esta cruel manera?

Encontré un rincón tranquilo y me dejé caer al suelo, abrazándome a mí misma. El dolor de perder a Valeria se mezclaba con la traición que yo sentía por él, creando una tormenta de emociones que no podía controlar.

—Valeria —susurré, con la voz rota—. Te necesito ahora más que nunca. ¿Qué debo hacer? ¿Cómo puedo seguir adelante?

Cerré los ojos y traté de recordar la sonrisa, la risa de mi hermana. Pero en lugar de consolarme, solo me hizo sentir su ausencia con más intensidad. No podía soportar el dolor, la

soledad. Todo parecía demasiado abrumador, demasiado injusto.

El sonido de pasos se acercó y el doctor apareció de nuevo, su rostro lleno de preocupación.

—Rebecca, no deberías estar sola en este momento. ¿Hay alguien a quien podamos llamar para que pueda venir a estar contigo?

Negué con la cabeza, sin poder hablar. No había nadie. La única persona en quien yo había confiado completamente me había traicionado de la manera más cruel posible.

—Por favor, déjame sola, doctor —logré decir finalmente—. Necesito tiempo para pensar.

El doctor asintió con tristeza.

—Entiendo. Pero si necesitas algo, cualquier cosa, no dudes en pedir ayuda. Estamos aquí para ti.

Lo vi alejarse, sintiendo un vacío inmenso en mi interior. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo iba a enfrentar el futuro sin Valeria, y también sin la persona que pensaba que me amaba?

El dolor era insoportable, y mientras me dejaba caer al suelo una vez más, sentí que todo el peso del mundo estaba sobre mis hombros. Mis lágrimas caían sin cesar, y el dolor se convirtió en un abismo sin fondo. Cada respiración era un esfuerzo, y el dolor en mi corazón parecía extenderse a cada parte de mi cuerpo.

En este momento, la realidad de mi situación me golpeó con toda su fuerza. No tenía a nadie en quien confiar, nadie que pudiera entender lo que yo estaba pasando. La desesperación me envolvió y sentí que estaba perdiendo la batalla contra la tristeza.

—Valeria, ¿por qué tuviste que irte? —Pregunté, mi voz resonando en el vacío del hospital—. Te necesito aquí. No sé cómo seguir sin ti.

El dolor era tan fuerte que sentí que no podía aguantar ni un segundo más. Mi vista se volvió borrosa y el mundo comenzó a dar vueltas a mi alrededor, como si estuviera en un carrusel descompuesto otra vez. Intenté mantenerme consciente, pero el dolor era simplemente insoportable. Con un último suspiro, me dejé caer al suelo de nuevo, sin fuerzas para seguir luchando. La oscuridad me envolvió y todo se desvaneció en la nada. Pero, la verdad, eso era justo lo que yo necesitaba en este momento: desconectarme del mundo por unas horas, al menos.

Desperté otra vez en la misma camilla del hospital que antes. Todo se sentía como una repetición dolorosa, como si estuviera atrapada en un bucle de pesadilla sin fin. Las luces fluorescentes zumbaban y el olor a desinfectante me recordaba que la realidad era peor que cualquier sueño malo. Me sentía atrapada en una espiral de dolor y desesperación. No quería

pensar en nada, no quería enfrentarme a la cruel verdad de mi vida. Solo quería que todo se detuviera, aunque fuera por un momento.

Permanecí allí, inmóvil, sin ganas de moverme ni un centímetro. Yo no hablaba, no quería comer. Simplemente existía, en un estado de entumecimiento que me protegía del dolor insoportable. Las enfermeras entraban y salían de la habitación, murmurando entre ellas, claramente preocupadas por mi estado. Pero yo no les prestaba atención. Estaba perdida en mis propios pensamientos, atrapada en mi propio infierno personal. Todo a mi alrededor era borroso y distante, como si estuviera viendo mi vida a través de una pantalla sucia. Sentía que, si me quedaba quieta el tiempo suficiente, tal vez el dolor se cansaría y me dejaría en paz.

Una enfermera más joven, con una mirada amable y compasiva, se acercó a mí.

—Rebecca, sé que estás pasando por un momento muy difícil. Pero hay algo que necesitas saber.

Levanté la vista, mis ojos sin brillo. No tenía energía para hablar, así que simplemente esperé a que ella continuara.

Ella sonrió suavemente.

—Pese a todo lo que ha pasado, el bebé que estás esperando está sano y bien.

Por un momento, sus palabras lograron atravesar la neblina de mi dolor. Me llevé una mano al vientre, sintiendo una chispa de esperanza. Una sonrisa tímida se formó en mis labios mientras yo acariciaba mi vientre, pensando en la pequeña vida que crecía dentro de mí. Era como si, por un segundo, todo pudiera estar bien.

Pero la alegría fue efímera. La realidad me golpeó como un balde de agua fría y la sonrisa se desvaneció de mis labios. El padre de mi bebé tenía una esposa. Sí, tenía una esposa, una mujer. Y para colmo, él era mi jefe. Era el hombre del que me había enamorado profundamente, el que me hacía sentir especial con solo una mirada. Pero siempre había una barrera entre nosotros.

Sentí una ola de tristeza y amargura recorriéndome el cuerpo, recordando todas las veces que él había dicho que una relación entre nosotros era imposible. Ahora entendía por qué.

Yo me había dejado llevar por la ilusión, por sus palabras dulces y sus promesas vacías. Ahora, yo estaba pagando el precio por ese error.

Una risa amarga escapó de mis labios, mezclada con sollozos. Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas mientras me abrazaba el vientre.

— ¿Cómo pude ser tan estúpida? —susurré para mí misma—. ¿Cómo pude pensar que había algo más entre nosotros?

La enfermera me miró con preocupación, sin saber qué decir. Me dejó sola, respetando mi necesidad de procesar todo. Me acurruqué en la camilla, sintiendo el peso de la realidad aplastarme. El dolor era insoportable, pero sabía que tenía que seguir adelante, por el bien de mi bebé.

Cada pensamiento era como una puñalada en el corazón. Me imaginaba cómo había sido su vida, cuidando de su esposa en coma mientras jugaba con mis sentimientos en una cama. ¿Era todo una mentira? ¿Había algo real en lo que compartimos él y yo? Las dudas me consumían, y la tristeza me ahogaba.

Me quedé allí, llorando en silencio, sintiéndome más sola y perdida que nunca. Las sombras de la noche caían sobre el hospital, pero yo seguía atrapada en mi propia oscuridad, buscando una salida que parecía no existir.

El dolor era tan intenso que me dejé caer sobre la camilla, abrazándome a mí misma, tratando de encontrar consuelo en la soledad. Sentía que mi mundo se había desmoronado, y no sabía cómo seguir adelante.

La vida se había vuelto una carga pesada, y la esperanza parecía una ilusión lejana.

— ¿Cómo voy a seguir sin ti, Valeria? —Sollozaba, mi voz resonando en el vacío de la habitación—. ¿Cómo voy a criar a este bebé sola, sin el amor de su padre?

El silencio era lo único que respondía. Me acurruqué en la camilla del hospital, sintiendo cómo las lágrimas bajaban sin control por mi cara. No tenía fuerzas para pelear, ni siquiera para levantarme de ahí. Todo parecía perdido y el dolor me quemaba por dentro.

El recuerdo de Valeria me atormentaba. Su ausencia era un vacío enorme que no podía llenar de ninguna forma. Y ahora, con la traición de él, el hombre en el que yo había confiado ciegamente, me sentía completamente sola. La desesperación me ahogaba, y el futuro se veía como una pesadilla interminable.

Las horas pasaban de forma lenta, cada minuto era un recordatorio de mi soledad. El reloj en la pared parecía burlarse de mí con su tictac constante. Finalmente, el cansancio me venció y me quedé dormida en la cama, abrazándome a mí misma, tratando de encontrar un poco de paz en medio del caos que era mi vida ahora.

Capítulo 31

Rebecca

Organizar el funeral de mi hermana fue lo más desgarrador que he tenido que hacer en mi vida. Estaba completamente sola, y cada decisión que tomaba era como si me clavarán un cuchillo en el corazón. Valeria y yo siempre habíamos sido un equipo, solo nosotras dos contra el mundo. Ahora, tener que despedirme definitivamente de ella me hacía sentir que todo a mi alrededor se desmoronaba. El dolor era tan fuerte que apenas podía respirar, pero no tenía otra opción. Alguien tenía que encargarse de esto, y ese alguien era yo.

Recuerdo haberme sentado en la mesa de la cocina, con una montaña de papeles y folletos funerarios desparramados frente a mí. La taza de café, que yo había preparado horas antes, se enfriaba al lado de mi codo, completamente olvidada. Mis manos temblaban mientras intentaba leer las palabras borrosas, mis ojos llenos de lágrimas que no paraban de caer. Todo se veía borroso y me costaba concentrarme. Cada palabra que leía era un recordatorio de que Valeria ya no estaba. El simple hecho de pensar en elegir un ataúd, en decidir qué flores llevar, en escribir una esquila, todo me parecía surrealista y tan cruel.

Mientras trataba de decidir qué hacer, mi mente vagaba a nuestros recuerdos juntas. Pensaba en las noches que pasábamos hablando hasta tarde, en nuestras aventuras de niñas, en los sueños que compartíamos. Era como si una parte de mí también hubiera muerto con ella. La soledad se sentía como un peso inmenso en mi pecho, y por momentos sentía que no podría seguir adelante. Pero sabía que tenía que hacerlo, por ella, por nosotras.

La cocina estaba en silencio, roto solo por mis sollozos ocasionales. Intenté hacer una lista de las cosas que necesitaba resolver: coordinar con la funeraria, elegir la música para la ceremonia. Cada tarea me parecía una montaña imposible de escalar.

Organizar su funeral no solo era una obligación, sino un último acto de amor, y aunque me estaba rompiendo por dentro, yo sabía que era lo que Valeria hubiera querido que hiciera.

—Tienes que hacerlo, Rebecca —me dije en voz alta, tratando de encontrar la fuerza para seguir. Sabía que Valeria me habría dicho lo mismo. Ella siempre había sido la fuerte de nosotras dos, la que me animaba cuando todo parecía perdido.

Entonces, finalmente, llamé a una funeraria.

—Hola, necesito organizar un funeral para mi hermana... Sí, ella era joven. Dieciocho años... Leucemia.

Las palabras me golpeaban cada vez que yo las decía. Dieciocho años. Demasiado joven para morir, pero ahí estaba yo, planeando su despedida. El hombre al otro lado del teléfono fue amable y comprensivo, guiándome a través del proceso. Escoger el ataúd, elegir las flores, decidir el horario del servicio. Todo se sentía irreal, como si estuviera en una pesadilla de la que

no podía despertar.

El día del funeral llegó rápidamente, como un torbellino de emociones y trámites burocráticos que apenas yo podía asimilar. Me vestí de negro, mirándome en el espejo con ojos rojos e hinchados, y el rostro demacrado por las noches sin dormir. No me importaba cómo me veía; lo único que realmente importaba era despedirme de Valeria de la mejor manera posible.

Llegué al funeral sola. No había nadie más a quien llamar. En Nueva York, siempre habíamos sido solo nosotras dos después de que nuestros padres fallecieran, y ahora solo quedaba yo. Entré en la pequeña capilla donde se llevaría a cabo el servicio funerario, con el corazón pesado y las piernas temblando, sintiendo que el mundo se derrumbaba a mi alrededor.

La caja de madera que contenía el cuerpo de mi hermana estaba al frente, rodeada de flores blancas. Cada flor me recordaba la pureza y la belleza de Valeria. Me acerqué lentamente, sintiendo que cada paso era una eternidad. Parecía que el aire se volvía más denso a medida que yo avanzaba, y cada vez era más difícil respirar.

—Hola, Vale —dije en voz baja, colocándome al lado del ataúd finalmente—. No puedo creer que estés aquí, que te hayas ido. No sé cómo voy a seguir sin ti.

Mis manos se apoyaron en la fría madera del ataúd, mis dedos acariciando el borde suavemente. Las lágrimas comenzaron a caer de nuevo, y no traté de detenerlas. Necesitaba llorar, necesitaba liberar todo el dolor que me estaba consumiendo por dentro.

Me senté en una de las sillas, mirando fijamente el ataúd. Cada minuto que pasaba era una agonía, el silencio de la capilla solo intensificaba mi soledad. Quería hablar con Valeria, decirle todo lo que yo no había tenido tiempo de decir. Pero las palabras no salían. Solo podía llorar.

Finalmente, decidí hablar, aunque sabía que nadie respondería.

—Vale, sé que desde hace años solamente éramos solo tú y yo. No teníamos a nadie más. Pero me siento tan sola ahora, sin ti. Siempre fuiste mi roca, la que me mantenía fuerte. ¿Cómo se supone que voy a seguir adelante sin ti?

El eco de mis palabras resonaba en la capilla vacía. La respuesta era el silencio, y ese silencio me rompía el corazón.

El servicio fue breve. No había amigos ni familiares para compartir recuerdos. Era solo yo, recordando en silencio la vida de mi hermana. Recité un poema que sabía que a Valeria le gustaba, aunque mi voz temblaba y se quebraba a cada palabra.

—Si alguna vez hubo amor, fue el tuyo, Vale. Siempre estuviste ahí para mí, incluso cuando las cosas se pusieron difíciles. Gracias por ser mi hermana menos, por ser mi todo. Te voy a extrañar tanto...

Las lágrimas fluían sin cesar, y yo apenas podía ver a través de ellas. Después del poema, me acerqué al ataúd una vez más, colocando una rosa blanca sobre la tapa.

—Adiós, Valeria. Espero que estés en un lugar mejor, sin dolor. Siempre te llevaré en

mi corazón.

Con eso, el servicio terminó. Me quedé un rato más en la capilla, incapaz de alejarme. No quería dejarla, no quería enfrentar la realidad de un mundo sin Valeria.

Finalmente, los empleados de la funeraria me dijeron que era hora de irme. Asentí con la cabeza, demasiado agotada para protestar. Me dirigí a la salida, pero me detuve en la puerta, mirando hacia atrás una última vez.

—Te amo, Vale. Siempre lo haré.

Salí de la capilla, sintiendo el peso de la soledad aplastarme. Caminé por el cementerio, pasando por las lápidas de otros que habían sido amados y perdidos. Me detuve en una banca y me dejé caer, mis fuerzas finalmente abandonándome de nuevo.

El sol estaba comenzando a ponerse, y el cielo se tiñó de naranja y rosa. Me quedé allí, sola, viendo cómo el día se desvanecía en la noche. El dolor era insoportable, y no sabía cómo iba a seguir adelante. Pero sabía que tenía que intentarlo, por Valeria. Ella habría querido que yo fuera fuerte, que encontrara una manera de seguir.

—Vale, voy a hacer lo mejor que pueda —murmuré, mirando al cielo. —Por ti.

Me quedé allí hasta que el sol se puso, tratando de encontrar consuelo en los recuerdos de mi hermana. Aunque el dolor nunca desaparecería, yo sabía que Valeria siempre estaría conmigo, en mi corazón. Y eso, al menos, era un pequeño consuelo en medio de la oscuridad.

Pasaron los días, pero la sensación de vacío seguía ahí. Cada rincón de mi apartamento me recordaba a Valeria. Sus cosas seguían en su lugar, su olor aún impregnaba el aire. No podía soportar la idea de mover nada, de cambiar algo. Era como si al hacerlo, yo estuviera aceptando que realmente se había ido.

Una tarde, me encontré sentada en el sofá, abrazando una de sus camisetas, sintiendo su presencia en cada fibra de la tela. Las lágrimas caían de nuevo, empapando la prenda. El dolor era constante, una herida abierta que no sanaba.

Decidí escribir una carta a Valeria, aunque yo sabía que ella nunca la leería. Necesitaba expresar todo lo que sentía, todo lo que no había tenido la oportunidad de decir.

Querida Vale,

Ni sé por dónde empezar esta carta, de verdad. Todo esto se siente tan raro, tan irreal. Sigues siendo mi hermana, mi mejor amiga, mi confidente, pero ahora estoy sola aquí, tratando de encontrar la manera de vivir sin ti.

Me acuerdo cuando éramos niñas y nos quedábamos despiertas hasta tarde, hablando de nuestros sueños y planes para el futuro. Jurábamos que íbamos a hacer tantas cosas juntas, que teníamos todo el tiempo del mundo para cumplir nuestros sueños. Pero la vida no siempre

sale como uno espera. Te fuiste demasiado pronto y me dejaste sola en este mundo que a veces parece tan cruel.

Me duele tanto, Vale. Cada día es una lucha constante. Cada mañana me despierto con la esperanza de que todo esto sea una pesadilla horrible de la que pronto voy a despertar, pero no lo es. No sé cómo seguir adelante sin ti. Me siento tan perdida, tan rota, como si una parte de mí se hubiera ido contigo.

Sé que tú querías que yo siguiera adelante, que encontrara la fuerza para vivir mi vida. Siempre me dijiste que yo era más fuerte de lo que pensaba. Ahora, tengo que encontrar esa fuerza, no solo por mí, sino por ti también.

El bebé está bien, Vale. Está sano y creciendo fuerte. Y te prometo que lo amaré con todo mi corazón, que le contaré historias sobre ti, que sabrá lo increíble que eras y que tú habrías sido una tía fenomenal.

Te extraño cada día, cada hora, cada minuto. Nunca dejaré de extrañarte. Pero voy a intentar ser fuerte, voy a intentar encontrar una manera de seguir adelante. Por ti.

Con todo mi amor,

Rebecca

Doblé la carta y la guardé en un cajón, junto con otros recuerdos de Valeria. Sabía que el dolor nunca desaparecería, pero al menos tenía un lugar donde expresar mis sentimientos, un lugar donde podía hablar con mi hermana.

El tiempo pasaba lentamente, y cada día era una batalla. Pero poco a poco, encontré momentos de paz, pequeñas cosas que me daban consuelo. La sonrisa de un extraño, el canto de un pájaro, la sensación del sol en mi piel. Eran pequeños recordatorios de que la vida seguía, de que había belleza incluso en medio del dolor.

Sabía que nunca dejaría de extrañar a Valeria, que siempre habría un vacío en mi corazón. Pero también sabía que tenía que seguir adelante, que tenía que vivir mi vida de la mejor manera posible. Por mí, por el bebé, y por Valeria.

Un día, mientras caminaba por el parque, sentí una brisa suave y cálida. Cerré los ojos y sonreí, sintiendo que, de alguna manera, Valeria estaba allí conmigo, dándome fuerzas para seguir. Y en ese momento, supe que, aunque yo nunca la olvidaría, siempre llevaría su amor y su recuerdo en mi corazón.

Estaba en la cocina, tratando de obligarme a comer algo, cuando el teléfono sonó. El ruido me sobresaltó, sacándome de mis pensamientos. Miré el identificador de llamadas y vi que era del hospital. Mi corazón se aceleró, el miedo y la esperanza se entremezclaban mientras contestaba.

— ¿Hola?

— ¿Rebecca? —La voz al otro lado era tranquila y profesional, pero con un tono de empatía que yo reconocí al instante. Era la enfermera que había estado cuidando de Valeria en sus últimos días.

—Sí, soy yo.

—Hola, soy la enfermera Marta del hospital. Quería informarte que encontramos algo entre las pertenencias de tu hermana Valeria. Es una carta dirigida a ti.

Una carta. Mi corazón se detuvo por un momento. Una carta de Valeria. Tragué saliva, tratando de mantener la compostura.

— ¿Una carta? ¿Usted está segura de que es para mí?

—Sí, Rebecca. La carta está claramente dirigida a ti. Me preguntaba si te gustaría venir a recogerla, o si prefieres que te la enviemos.

—Voy a ir a recogerla yo misma —Mi voz temblaba, pero intenté sonar firme. Necesitaba esa carta. Necesitaba leer las últimas palabras de mi hermana.

—Muy bien. Estaré aquí esperándote.

Colgué el teléfono y me quedé quieta por un momento, tratando de procesar lo que acababa de escuchar. Una carta de Valeria. Entonces, sentí miedo y alivio al mismo tiempo. Miedo de enfrentar sus últimas palabras, pero también alivio de tener una parte de ella que aún yo no conocía.

Me puse un abrigo y salí de casa, caminando rápidamente hacia el hospital. Cada paso era pesado, pero me obligué a seguir. Cuando llegué, Marta me recibió con una sonrisa triste y me entregó un sobre. El nombre de Valeria estaba escrito con su letra delicada y familiar. Mis manos temblaban mientras lo sostenía.

—Gracias —le dije, mi voz apenas un susurro. Marta asintió y me dejó sola en una sala de espera tranquila.

Me senté en una de las sillas, con el sobre en mi regazo. Respiré hondo y lo abrí con cuidado, sacando la carta doblada en su interior. Tomé otro respiro profundo antes de empezar a leer.

"Querida Rebecca.

Si estás leyendo esto, significa que ya no estoy aquí. Lo siento. Lo siento por todo. Lo siento por dejarte sola, por no haber sido lo suficientemente fuerte. Intenté luchar, pero la leucemia me estaba matando, no solo físicamente, sino también emocionalmente. Yo quería libertad, quería vivir sin dolor, pero la enfermedad no me lo permitió.

No quiero que te sientas culpable o triste por mí. Ahora soy libre, y estoy en paz. Sé que eso es difícil de aceptar, pero por favor, trata de encontrar consuelo en ello. Siempre te he

admirado, Becca. Tu fortaleza, tu capacidad de amar y cuidar. Por favor, sé fuerte ahora. Vive por ti misma, no por los demás. Mereces ser feliz.

Quiero pedirte una cosa más, algo que me preocupa profundamente. He visto cómo te consumes en esa relación con tu jefe. Esa dinámica de amo y sumisa... No estoy diciendo que sea mala, pero quiero que pienses en tu corazón. ¿Es eso lo que realmente quieres? ¿Eso te hace feliz? A veces el amor puede matar, puede herir más de lo que sana. Por favor, cuida de ti misma. Piensa en lo que realmente necesitas y mereces, hermanita mayor.

Te amo con todo mi corazón, Rebecca. Siempre serás mi hermana mayor, mi roca. Por favor, vive tu vida plenamente y sé feliz. Ese es mi último deseo para ti.

Con todo mi amor.

Valeria"

Las lágrimas caían sobre la carta mientras yo leía, borrosas y calientes. Valeria siempre había sido tan considerada, incluso en su momento más oscuro. Ella quería lo mejor para mí, incluso cuando ella misma sufría.

Me abrazaba a mí misma, la carta apretada contra mi pecho, sollozando en silencio.

—Lo siento, Valeria —murmuré entre lágrimas. —Lo siento por no haber visto tu dolor, por no haberte ayudado más. Te prometo que intentaré ser fuerte, por ti. Pensaré en lo que has dicho, sobre todo. Te extraño tanto...

Las palabras de Valeria resonaban en mi mente, especialmente las palabras sobre mi relación con mi jefe, con Benedict Hawthorne. Ella tenía razón. Yo había permitido que esa relación consumiera gran parte de mi vida, sin considerar realmente si era yo lo que quería o necesitaba. Mi corazón estaba tan herido que no había tenido tiempo de reflexionar sobre ello.

Volví a casa con la carta de Valeria bien guardada en mi bolso, como si fuera un tesoro. Apenas entré, me dejé caer en el sofá, mirando todo a mi alrededor. Cada rincón de la sala me recordaba a mi hermana cuando vivía conmigo y antes de ella que tuviera que vivir en el hospital. Era como si su ausencia llenara el aire, pero al mismo tiempo, podía sentirla cerca gracias a sus palabras, a su amor y su preocupación por mí.

Me quedé un buen rato ahí, perdida en mis pensamientos. Necesitaba reflexionar, pensar en lo que realmente yo quería para mi vida. Sabía que Valeria me estaba guiando, incluso desde donde ella estaba ahora. Ella siempre había querido que yo fuera feliz, que viviera la vida a pleno. Y por ella, tenía que intentarlo.

Para empezar, tenía que alejarme de él. Eso estaba claro. Y Nueva York ya no era el lugar para mí. Aquí todo me recordaba a él, y mi corazón no iba a soportar más dolor. Si me quedaba, iba a ser peor para mi salud mental y física.

Mi mente ya no podía con más. Estaba agotada, rota. Necesitaba un cambio, algo que

me diera esperanza. Así que, aunque doliera, sabía que tenía que irme de aquí. Por mi bien y porque Valeria lo hubiera querido así.

Capítulo 32

Benedict

Después de semanas de reuniones interminables y noches solitarias en Japón, finalmente yo estaba de vuelta en Nueva York. El viaje de negocios a Japón había sido un éxito en términos de negocios, pero mi mente estaba en otro lugar. Cada segundo lejos de Rebecca me hizo darme cuenta de lo mucho que ella significaba para mí. Había intentado distraerme, perderme en el trabajo, pero era imposible. Sus palabras, su sonrisa, su risa, todo seguía persiguiéndome.

Apenas puse un pie en mi lujoso condominio, no me detuve a desempacar. Solo tomé una ducha rápida, me cambié y salí directo hacia la empresa. Tenía que verla. Tenía que hablar con ella. Desde que le había respondido como lo hice después de que ella me dijo que me amaba, las cosas se habían enfriado entre nosotros. Yo no había vuelto a hablar con ella y, honestamente, me había comportado como un imbécil.

Al llegar a la oficina, el ambiente era el mismo de siempre: bullicioso, con empleados corriendo de un lado a otro. Pero sentía un nudo en el estómago. Me dirigí directamente a la oficina de Rebecca. Tenía que decirle lo que yo sentía. Tenía que hacerle entender que mis sentimientos por ella eran mucho más profundos de lo que yo había admitido.

Abrí la puerta de su oficina sin llamar. Estaba vacía. La silla giratoria estaba en su lugar, su escritorio estaba ordenado, pero no había rastro de ella. Me acerqué a su escritorio y vi que todas sus cosas personales habían desaparecido. Un frío me recorrió la columna vertebral. ¿Qué diablos estaba pasando?

Salí de la oficina y me dirigí a la recepción para hablar directamente con la recepcionista.

— ¿Dónde está Rebecca? —pregunté, tratando de mantener la calma en mi voz.

Ella me miró con una expresión de sorpresa y luego de simpatía.

—Oh, señor... ¿Usted no se ha enterado de nada todavía? La señorita Rebecca Sullivan renunció a la empresa hace unos días atrás.

El mundo pareció detenerse en ese momento. Ella renunció. ¿Renunció? ¿Cómo era posible que yo no supiera esto?

— ¿Rebecca renunció? —repetí, incrédulo. — ¿Por qué? ¿Cuándo específicamente?

—Sí, señor. Renunció hace unos días. Ella no ha dado muchos detalles, solo dijo que necesitaba un cambio —la recepcionista bajó la mirada, evidentemente incómoda con la situación.

— ¿Y nadie pensó en decírmelo? —exigí, sintiendo cómo la rabia comenzaba a burbujear dentro de mí.

—Lo siento, señor. Supusimos que usted ya lo sabía. Rebecca dejó una carta para usted en su oficina.

Me dirigí hacia mi oficina, ignorando las miradas curiosas de los empleados. Una carta. ¿Qué podía decirme ella en una carta que no ha podido decirme en persona? Abrí la puerta y me dirigí a mi escritorio. Ahí estaba, una carta con mi nombre escrito con su letra delicada. Me senté y la abrí, mis manos temblaban ligeramente.

"Estimado, Señor Hawthorne

Si estás leyendo esto, significa que ya no estoy en la empresa. No fue una decisión fácil, pero después de todo lo que ha pasado, sentí que necesitaba alejarme, encontrar un nuevo comienzo.

Quería agradecerte por todo lo que has hecho por mí, tanto profesional como personalmente. Nuestra relación ha sido complicada, intensa, pero me ha enseñado mucho sobre mí misma. Sin embargo, llegó un punto en el que me di cuenta de que yo necesitaba ponerme a mí misma en primer lugar, por mi bien y por el bien de mi bebé.

No sé si alguna vez podré olvidarte, pero sé que tengo que intentarlo. Esta es mi forma de comenzar de nuevo, de encontrar mi propio camino.

Te deseo lo mejor en todo lo que hagas.

Con cariño,

Rebecca"

Las palabras me golpearon como un camión. Bebé. Mi mente se quedó en blanco por un momento. ¿Bebé? ¿Estaba... embarazada? ¿Por qué ella no me lo había dicho? De repente, todo tenía sentido. Las miradas, las palabras no dichas, su distancia. Me apoyé en el respaldo de mi silla, cerrando los ojos y tratando de procesar todo.

Yo había sido un completo idiota. Había estado tan concentrado en protegerme a mí mismo, en no querer abrirme emocionalmente, que había ignorado completamente sus sentimientos, sus necesidades. Y ahora ella se había ido. Con mi hijo.

Miré por la ventana, viendo la ciudad que se extendía debajo de mí, pero mis pensamientos estaban a miles de kilómetros de distancia. Yo sabía que tenía que encontrarla, tenía que hablar con ella. No podía dejar que se alejara de mí, no después de darme cuenta de lo que realmente sentía por ella.

No.

La decisión de encontrar a Rebecca me quemaba por dentro. No había tiempo que perder. Salí de la oficina como un rayo y me dirigí directamente a su apartamento. Había una sensación de urgencia en cada paso que yo daba.

Mi mente no podía dejar de repetir las palabras de su carta: "bebé". Yo no podía creer que ella me hubiera ocultado algo tan importante. Necesitaba respuestas y las necesitaba ahora.

Llegué al edificio a toda velocidad, subí las escaleras de dos en dos sin parar, sintiendo cómo el corazón me latía con fuerza en el pecho. Cuando finalmente estuve frente a su puerta, llamé con fuerza, casi martillando con los nudillos. Yo esperaba que ella estuviera adentro, tal vez viendo televisión o leyendo un libro. Pero lo único que escuché fue el eco de mis golpes rebotando en el pasillo vacío.

Volví a llamar, esta vez más fuerte, casi golpeando la puerta con el puño cerrado, pero nada. El silencio seguía ahí, pesado y opresivo. Empecé a imaginarme todo tipo de cosas. ¿Dónde podía estar Rebecca? ¿Por qué no respondía? Miré alrededor, esperando ver algún indicio de vida, pero el pasillo estaba tan desierto como un domingo por la mañana.

Decidí esperar unos minutos, apoyándome contra la pared, intentando calmarme. Tal vez ella estaba en el baño y no me había escuchado. Pero mientras los minutos pasaban, la preocupación se fue convirtiendo en frustración. Yo no podía seguir esperando ahí como un tonto. Golpeé la puerta una vez más, con toda la fuerza que tenía en mis huesos.

Y finalmente, una vecina mayor salió de su apartamento y me miró con curiosidad.

— ¿Busca a Rebecca? —me preguntó con voz amable pero preocupada.

—Sí, ¿sabe dónde está ella, señora? —respondí, tratando de mantener la calma en mi voz.

La vecina negó con la cabeza lentamente.

—La niña se mudó hace unos días. Estaba muy mal, pobrecita. Lo de su hermana la afectó muchísimo.

Mis ojos se abrieron de par en par.

— ¿Su hermana? ¿Qué pasó con su hermana?

La vecina suspiró, su rostro mostrando una tristeza genuina.

—Valeria murió hace poco. Leucemia, creo. Rebecca estaba destrozada. Nunca la vi tan mal emocionalmente.

Mi mente comenzó a girar. ¿Cuándo había pasado todo esto? ¿Por qué ella no me lo había dicho? La desesperación empezó a apoderarse de mí.

— ¿Sabe dónde pudo haber ido Rebecca, señora? —pregunté, mi voz ahora más urgente.

La vecina negó con la cabeza nuevamente.

—No, lo siento. Ella solo sé que se fue con pocas cosas. Rebecca parecía no tener un plan claro en la mente.

Agradecí a la vecina y bajé las escaleras rápidamente, mi mente trabajando a toda velocidad. Yo necesitaba saber más, y solo había un lugar donde podía obtener respuestas claras: el hospital. Me subí al coche y conduje hacia allí velozmente. No podía quitarme de la cabeza la imagen de Rebecca sufriendo sola.

Llegué al hospital y me dirigí directamente a la recepción.

—Necesito hablar con alguien que pueda darme información sobre una paciente reciente, Valeria Sullivan.

La recepcionista me miró con desconfianza.

—Lo siento, señor, pero no podemos dar información sobre los pacientes así como así.

Respiré hondo, tratando de no perder la calma.

—Es una emergencia familiar. Necesito saber qué pasó con ella y dónde está su hermana Rebecca. Por favor.

La recepcionista pareció dudar por un momento, pero finalmente asintió y me indicó que esperara. Me senté en una de las sillas de la sala de espera, tratando de ordenar mis pensamientos. Cada minuto que pasaba sin respuestas se sentía como una eternidad.

Finalmente, el doctor Howard salió y se acercó a mí.

—Benedict, ¿Qué pasa contigo?

—Necesito saber qué pasó con Valeria y dónde está Rebecca.

El doctor suspiró y me hizo una seña para que lo siguiera a una sala más privada.

—Valeria falleció. Su condición empeoró rápidamente y no pudimos hacer mucho más. Rebecca estuvo aquí todo el tiempo, pero estaba completamente devastada.

Cada palabra del doctor era como una daga en el corazón. ¿Cómo no supe nada de esto? ¿Cómo permití que Rebecca pasara por todo esto sola?

— ¿Sabes dónde está ella ahora, Howard? —pregunté desesperado.

Él negó con la cabeza.

—No, lo siento. Solo sé que ella estaba en muy mal estado emocional cuando se fue.

Me apoyé en la pared, tratando de procesar todo. Yo había fallado estrepitosamente. Rebecca había pasado por el infierno y yo no había estado ahí para ella. Tenía que encontrarla, tenía que hacer las cosas bien.

Salí del hospital.

No importaba cuánto tiempo me llevara, la encontraría y haría todo lo posible para enmendar mis errores.

El camino de regreso al coche se sintió eterno. ¿Cómo había permitido yo que llegáramos a este punto? Rebecca había perdido a su hermana menor, había soportado el dolor sola, y todo mientras cargaba con nuestro bebé. Sentí una rabia intensa, no solo contra mí mismo por ser tan ciego y egoísta, sino también contra la situación. El viaje a Japón había sido una distracción para mí, un escape de los problemas que realmente importaban. Y ahora, todo se había desmoronado.

Mientras me sentaba en el coche, mi mente trabajaba frenéticamente. Yo tenía que encontrar alguna pista, algún rastro que me llevara a ella. Tomé mi teléfono y revisé mis mensajes, mis llamadas, cualquier cosa que pudiera darme una pista. Nada. Ella no había intentado contactarme en todo este tiempo. Y yo, en mi estúpida arrogancia, había asumido que todo estaba bien.

Decidí que la próxima parada sería su apartamento nuevamente. Quizás había algo que me había perdido, algún indicio de adónde podría haber ido. Conduje con rapidez, mi mente en un torbellino de pensamientos y emociones.

Al llegar, subí las escaleras corriendo y me detuve frente a su puerta. Estaba cerrada con llave, obviamente. Recordé las palabras de la vecina y me acerqué a su puerta.

La misma vecina salió nuevamente, mirándome con preocupación.

— ¿Usted no ha encontrado a Rebecca? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No. Pero yo necesito entrar a su apartamento. ¿Sabe si alguien tiene una llave de repuesto, señora?

La vecina dudó por un momento.

—El encargado del edificio podría tener una. Él debería estar en la planta baja.

Asentí agradecido y bajé rápidamente. Encontré al encargado en su pequeña oficina y le expliqué la situación. Después de algunas dudas, él accedió a darme la llave de repuesto. Subí nuevamente y abrí la puerta del apartamento de Rebecca.

El lugar estaba vacío, como si ella nunca hubiera vivido allí. Pero había pequeños indicios de su presencia, pequeños detalles que me recordaban a ella. Entré a la habitación y me senté en su cama, la misma cama donde habíamos hecho tantas cosas. Me llevé las manos a la cara, tratando de contener las lágrimas. ¿Cómo yo había llegado todo a esto?

Mientras miraba alrededor, mis ojos se posaron en una pequeña mesa al lado de la cama. Había una nota allí, escrita apresuradamente. La tomé y la leí:

"No puedo seguir aquí. Demasiados recuerdos. Necesito encontrar paz."

Cada palabra me golpeaba con fuerza. Yo había sido tan ciego, tan idiota. Me quedé

sentado en la cama, la nota en mis manos temblorosas. No podía dejar que esto fuera el final. Tenía que encontrarla. Salí del apartamento, dejando la puerta abierta detrás de mí. Bajé las escaleras y me detuve frente al edificio, tratando de pensar en el siguiente paso.

Decidí que el hospital era el único lugar donde yo podía obtener más respuestas. Subí al coche y conduje de regreso, mi mente un caos. Tenía que saber qué había pasado exactamente con Valeria, tenía que entender por qué Rebecca había decidido irse sin decírmelo antes.

Al llegar al hospital, entré rápidamente y me dirigí a la recepción nuevamente. La misma recepcionista me miró con sorpresa, pero antes de que pudiera decir algo, la interrumpí.

—Necesito hablar con el doctor Howard otra vez. Es urgente.

Luego, el doctor Howard apareció y me hizo una seña para que lo siguiera a una sala privada.

—¿Qué sucede ahora, Benedict? —preguntó con preocupación evidente.

—Necesito saber más detalles sobre la muerte de Valeria y lo que pasó con Rebecca. Ella se ha ido, dejó su apartamento y no sé dónde está. Estoy desesperado por encontrarla.

Howard me miró con seriedad.

—Comprendo tu preocupación, Benedict. Valeria falleció debido a complicaciones de su leucemia. Estaba muy avanzada y, aunque intentamos todo, su cuerpo ya no respondía.

Sentí un nudo en el estómago.

—Rebecca estuvo aquí todo el tiempo, cuidándola y acompañándola. Fue un golpe muy duro para ella.

Respiré profundamente, tratando de mantener la calma.

—¿Y ella no le ha dicho a nadie a dónde se iba?

El doctor negó con la cabeza.

—No, ella solo mencionó que necesitaba alejarse para encontrar algo de paz.

Me apoyé contra la pared, sintiendo una oleada de desesperación.

—¿Puedo ver el expediente de Valeria? Tal vez haya algo que me ayude a encontrar a Rebecca.

El doctor asintió.

—Claro, pero debo advertirte que probablemente no encontraras mucha información que yo no te haya dicho ya.

Nos dirigimos a su oficina, donde sacó el expediente de Valeria. Lo hojeé rápidamente, buscando cualquier indicio de dónde podría haber ido Rebecca. Sin embargo, no pude encontrar absolutamente nada.

Rebecca había estado luchando sola todo este tiempo y yo no había estado allí para ella. Me levanté y le agradecí a Howard por todo. Yo tenía que seguir buscando. No podía rendirme.

Salí del hospital y me dirigí hacia mi coche, tratando de pensar en los siguientes pasos. Mi mente estaba nublada por la preocupación y la culpa. Necesitaba encontrar a Rebecca, pero no tenía idea de por dónde empezar.

Decidí volver al apartamento de ella una vez más, con la esperanza de encontrar algún rastro que pudiera haber pasado por alto otra vez. Al llegar, subí las escaleras lentamente, mi mente corriendo en todas direcciones. Abrí la puerta del apartamento y me detuve en la entrada, mirando a mi alrededor.

Caminé por cada habitación, buscando cualquier pista que me indicara dónde podría haber ido.

Y otra vez, ha sido en vano.

¡No hay nada!

Capítulo 33

Benedict

El mes que siguió fue una pesadilla constante. Rebecca se había desvanecido de la faz de la tierra, y yo estaba perdiendo la cabeza. La culpa y la desesperación me consumían cada día. Me despertaba en medio de la noche, empapado en sudor frío, con la sensación de que algo terrible le había pasado. El sentimiento de impotencia era insoportable.

Contraté a cinco detectives privados, todos supuestamente los mejores en su campo, pero ninguno logró encontrar un solo rastro de ella. Cada vez que me decían que no habían encontrado nada, sentía una punzada de frustración y rabia. ¿Cómo podía alguien desaparecer tan completamente? ¿Cómo podía Rebecca, una persona que yo había conocido tan íntimamente, ser ahora un fantasma?

Mis días en la empresa se habían convertido en una especie de pesadilla interminable. Yo llegaba antes que nadie y me iba cuando ya no quedaba casi nadie. Trataba de enterrar mi desesperación bajo montañas de trabajo, pero eso solo me volvía un ogro. Los empleados pasaban a mi lado como si estuvieran caminando sobre cáscaras de huevo, temiendo que cualquier palabra fuera a desatar mi furia. Y, la verdad, ellos no se equivocaban.

En las reuniones, yo era un verdugo. No soportaba los errores y mi paciencia, que de por sí era escasa, había desaparecido por completo. Cada vez que alguien cometía una equivocación, yo explotaba. No era justo para ellos, lo sabía bien, pero no podía evitarlo. Necesitaba una válvula de escape para toda la rabia y el dolor que me devoraban por dentro.

Me daba cuenta de que me estaba convirtiendo en un jefe del que todos querían escapar. Las miradas furtivas, los susurros a mis espaldas... Todo eso yo lo notaba. Y yo sabía que había perdido el respeto y la simpatía de mi gente, pero estaba tan atrapado en mi propio infierno personal que no encontraba la manera de salir.

Las noches no eran mejores. Llegaba a casa tan agotado que apenas podía comer algo antes de desplomarme en la cama. Y al día siguiente, la misma rutina: madrugar, trabajar hasta el cansancio, desquitarme con los demás, volver a casa, repetir. Una rueda interminable de tormento y culpa.

Mis intentos por esconder mi sufrimiento solo lo hacían más evidente. La máscara de profesionalidad se me caía a pedazos cada vez que yo alzaba la voz o fulminaba con la mirada a alguien que, tal vez, solo intentaba hacer su trabajo lo mejor posible. Pero en ese momento, todo me parecía insuficiente. Nada ni nadie podía sacarme del pozo en el que me encontraba.

—Señor, aquí tiene los informes de ventas del último trimestre —dijo Leonor, mi secretaria, con voz temblorosa mientras me entregaba un paquete de papeles.

Tomé los informes sin siquiera mirarla, mi mente ya estaba sumergida en los números.

—Esto es inaceptable —gruñí, lanzando los papeles sobre la mesa—. Las ventas están por debajo de lo esperado. ¿Qué demonios están haciendo ahí afuera? ¡Y exijo resultados positivos, no excusas!

Leonor se encogió visiblemente, pero no dijo nada. Ella sabía que responder solo empeoraría las cosas. La vi salir rápidamente de la oficina, y me sentí aún más miserable. Yo estaba destrozando todo a mi alrededor, pero no podía detenerme.

Cada vez que alguien entraba a mi oficina, lo hacía con miedo, y yo me convertía en el monstruo que todos esperaban. A veces me veía en el reflejo de la ventana y no reconocía al hombre fuera de control en lo profesional que me devolvía la mirada.

Una noche, después de otro día infernal en la oficina, me encontré de pie junto a la ventana de mi apartamento, observando la ciudad extendiéndose ante mis ojos. Las luces de los rascacielos titilaban en la oscuridad como estrellas lejanas, pero yo no encontraba consuelo en ellas. Todo me parecía vacío, un reflejo de mi propia existencia.

Sentía el peso de la soledad como un yunque en mi pecho. Escuchaba el zumbido constante del tráfico lejano, el murmullo de la vida nocturna de la ciudad de Nueva York, pero nada lograba llenar el vacío que yo sentía por dentro.

Mi apartamento era un caos, con papeles esparcidos por todas partes, ropa tirada en el suelo y botellas vacías acumulándose en las esquinas.

—¿Dónde estás, Rebecca? —murmuré al viento frustradamente.

Y cada llamada de los detectives era una puñalada en el corazón.

—Lo siento, señor. No hemos encontrado nada nuevo —decían una y otra vez ellos.

Yo empezaba a pensar que jamás la encontraría. Que tal vez ella no quería ser encontrada.

La empresa seguía funcionando, pero el ambiente se había vuelto una olla de presión. Mis socios y empleados andaban con los nervios de punta, y los chismes sobre mi comportamiento se esparcían más rápido que un incendio en un campo seco. Pero, sinceramente, eso no me importaba una mierda. Mi único objetivo era encontrarla a ella, y sin ella, nada de esto tenía sentido.

Una mañana, con la tensión palpable en el aire, lancé una orden a uno de los gerentes:

—Necesito un informe detallado sobre las operaciones en Asia —dije con un tono cortante y frío, como un cuchillo.

El gerente, visiblemente nervioso, se apresuró a contestar:

—Sí, señor —respondió, casi tropezando con sus propias palabras mientras salía corriendo para cumplir mi demanda.

La eficiencia era lo único que mantenía todo en marcha. Pero por más que todo siguiera funcionando como un reloj suizo, nada llenaba el vacío que Rebecca había dejado. Yo podía

cerrar los mejores tratos, llevarme a casa millones de dólares, pero todo eso era pura basura sin ella.

A veces me quedaba mirando la ventana de mi oficina, el horizonte de la ciudad difuminado por mis pensamientos. Cada logro, cada contrato firmado, cada reunión exitosa... todo se sentía hueco, sin sabor. Rebecca era mi todo, y ahora, sin ella, solo quedaba un vacío que ninguna cantidad de dinero o éxito podía llenar. Es una lástima que me hubiera dado cuenta de eso demasiado tarde.

Un día, mientras revisaba documentos en mi oficina, mi teléfono sonó. Era uno de los detectives privados. Contesté rápidamente.

— ¿Alguna novedad? —pregunté sin preámbulos.

—Lo siento, señor, pero seguimos sin pistas. Es como si ella se hubiera esfumado —respondió el detective.

Colgué la llamada sin decir una palabra, la frustración hirviendo dentro de mí. Mi oficina, ese lugar que antes era mi santuario, se había convertido en una cárcel. Cerré los ojos y me dejé caer en la silla, intentando encontrar un poquito de calma.

Pero la calma era un lujo que no me podía permitir. Cada segundo sin Rebecca era una tortura, un recordatorio constante de mi fracaso. Y cuanto más pasaba el tiempo, más me daba cuenta de cuánto la necesitaba. No solo como mi sumisa, sino como la mujer que se había convertido en mi todo.

Una noche, después de haberme pasado de copas, me encontré mirando fijamente una foto de Rebecca que yo tenía guardada en mi teléfono. Ella estaba sonriendo, esa sonrisa que me tenía loco. Sentí tanta ternura al verla. ¿Dónde estaría ella? ¿Estaría bien? ¿Pensaría en mí?

Me quedé ahí, con la foto en la mano y el corazón hecho un nudo.

Ella era más que una sumisa; era mi confidente, mi compañera. Me preguntaba si algún día volvería a verla, si yo tendría la oportunidad de decirle lo mucho que significaba para mí.

—Te voy a encontrar —murmuré, apretando la foto en mi mano—. No importa cuánto tiempo tome, te encontraré.

La soledad era mi constante compañera, una sombra que no podía quitarme de encima. Mientras el mundo seguía girando a mi alrededor, yo me encontraba perdido en un mar de desesperación. La búsqueda de Rebecca se había convertido en mi única misión, el único propósito que me quedaba.

Yo sabía muy bien que había metido la pata, que mi orgullo y mis miedos se habían metido en medio de lo que realmente importaba en realidad. Pero estaba decidido a arreglar las cosas. No importaba cuántos obstáculos se interpusieran en mi camino, ni cuánto tiempo tuviera que buscar. Encontraría a Rebecca, y cuando lo hiciera, le mostraría cuánto me importaba, cuánto la necesitaba.

Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para traerla de vuelta a mi vida. Aunque

tuviera que enfrentarme a mis propios demonios, aunque tuviera que luchar contra el mundo entero. No me rendiría. No podía.

Entre toda la mierda que tenía encima de mí, recordé que tenía que ir al hospital. No me quedaba otra opción.

Apenas entré al hospital, me golpeó ese típico olor a limpio y desinfectante que siempre me ponía los pelos de punta. Los pasillos eran largos y blancos, como si estuvieras en una película de terror. Mis pasos resonaban en ese silencio que te hace sentir más solo que nunca. Las luces fluorescentes no ayudaban, zumbaban bajito, creando una sensación de incomodidad constante.

Hacía un mes que yo no venía a ver a Clara, mi esposa. Ella estaba en coma desde hacía más de tres años. Parado frente a la puerta de su habitación, sentía una mezcla de culpa y agotamiento. No sabía si estaba más cansado de la situación o de mí mismo por todo lo que he estado atravesando estas últimas semanas.

Abrí la puerta despacio, como si con eso pudiera evitar la realidad. Ahí estaba ella, tan pálida y frágil, conectada a un montón de máquinas que hacían ruidos constantes, pitidos y zumbidos que marcaban el paso del tiempo. La miré y sentí un nudo en el pecho. Clara y yo habíamos compartido una vida antes del accidente, una vida que ahora parecía tan lejana y borrosa, como si esa le perteneciera a otra persona realmente.

El doctor Howard entró poco después que yo, con esa cara seria pero profesional que siempre lleva con él. Me saludó con un leve movimiento de cabeza y se acercó a la cama de Clara, revisando las máquinas que monitoreaban sus signos vitales. Yo me quedé a un lado, observando en silencio y tratando de ordenar el lío de pensamientos que tenía en la cabeza.

—Benedict —dijo el doctor Howard después de un rato, con su voz tranquila y medida—. Hemos estado monitoreando de cerca a su esposa, como tú ya sabes. No ha habido cambios significativos en su estado. Y me gustaría hablar contigo sobre si has considerado tomar una decisión respecto a continuar con el soporte vital.

Sentí cómo se me tensaba el cuerpo al escuchar esas palabras. No era la primera vez que él y yo teníamos esta conversación, pero la gravedad de la decisión siempre me golpeaba como un camión.

—Howard, no sé si estoy listo para tomar esa decisión —respondí, notando cómo mi voz sonaba más quebrada de lo que pretendía.

El doctor asintió con la cabeza, como si realmente entendiera lo que estaba pasando por mi mente. Y algo en su mirada me hizo pensar que él creía que yo no quería desconectarla porque todavía la amaba, pero no era así. Lo que yo había dicho, y lo que me complicaba tanto tomar una decisión sobre el coma de Clara, era el hecho de que ella era un ser humano. Un ser humano con una vida que prometía tanto, sin embargo, parecía que no había vuelta atrás.

—Entiendo, Benedict. Es una decisión extremadamente difícil para ti. Pero también es importante considerar la calidad de vida y el bienestar de todos los involucrados aquí.

Asentí, mirando a Clara. Sabía que yo tenía que hacer algo, pero la idea de desconectarla me rompía el alma. Mientras trataba de reunir el valor para hablar de nuevo, el doctor Howard continuó, cambiando de tema ligeramente.

—Por cierto, Benedict, se me ha olvidado decirte, hace más de un mes tuve una conversación con Rebecca. Ella estaba totalmente en estado de conmoción y no fue del todo por Valeria.

Mi corazón se detuvo por un segundo.

—¿Rebecca? —Repetí, tratando de mantener la calma—. ¿Qué ha ocurrido?

El doctor Howard me miró con un poco de sorpresa.

—Ella parecía muy preocupada y confundida. Rebecca no estaba al tanto de que tú estabas casado y que tenías a su esposa en coma. Creo que eso le causó bastante impacto.

¡Joder!

Rebecca había descubierto la verdad aquí, en este hospital, y no por mí. Había sido por un maldito accidente.

—¿Qué fue lo que le dijiste a Rebecca? —pregunté casi con desesperación.

El doctor se aclaró la garganta.

—Solo le expliqué la situación a ella, Benedict. Le dije que tu esposa había estado en coma durante tres años, desde el accidente automovilístico. Ella parecía devastada cuando se enteró de eso.

Ahora todo tenía sentido. Por fin entendía por qué Rebecca se había esfumado de mi vida sin decir nada. Resulta que ella pudo haber pensado que yo le había sido infiel, que la había estado manipulando todo el tiempo.

No podía creerlo. Me imaginaba a Rebecca, con esos ojos llenos de dudas y dolor, creyendo que yo había jugado con sus sentimientos y su cuerpo. Me daba rabia y tristeza al mismo tiempo.

—Howard, necesito saber exactamente cuándo ella se enteró de todo —dije, tratando de mantener la compostura.

—Fue hace aproximadamente más de un mes, ya te lo dije. Poco después del... fallecimiento de su hermana.

Yo ya no podía ni pensar de lo mareado que estaba. Rebecca acababa de perder a su hermana y, como si eso no fuera suficiente, en medio de todo su dolor, ella se enteró de que yo tenía una esposa en coma.

Y lo peor es que ni siquiera tuve la chance de explicarle bien las cosas a ella. No pude decirle nada, porque cuando regresé a la ciudad, ella ya se había ido. Se esfumó mucho antes de que yo pudiera aclarar todo el embrollo.

—Gracias, Howard —dije finalmente, mi voz tensa.

Salí de la habitación sin mirar atrás. La realidad de lo que había sucedido me golpeaba con fuerza. Rebecca había huido porque pensaba que yo la había traicionado de la manera más cruel posible. Todo el tiempo que habíamos pasado juntos, todos esos momentos íntimos y vulnerables, ahora estaban manchados por la sombra de una mentira que nunca quise contar.

Llegué al coche y me senté en el asiento del conductor, pero ni siquiera me molesté en encender el motor. Mi cabeza era un caos total, llena de pensamientos y emociones revueltas. ¿Cómo demonios yo había dejado que todo se descontrolara así? ¿Por qué no le conté a Rebecca sobre Clara desde el principio? La culpa me apretaba el pecho como una maldita tenaza. Fui un cobarde, dejando que el miedo y las complicaciones de mi vida me mantuvieran atrapado y sin ser honesto con la mujer que verdaderamente yo amo.

Me quedé ahí, mirando al frente sin realmente ver nada, con las manos agarrando el volante como si pudiera exprimir de él una solución. Sentía un nudo en la garganta y un vacío en el estómago. Pensé en todas las veces que yo había tenido la oportunidad de decirle la verdad a Rebecca y cómo siempre yo mismo encontraba una excusa para no hacerlo.

Recordé la última conversación con Rebecca, cómo sus palabras me habían golpeado como puñaladas. "Te amo," había dicho ella, y yo, estúpido e insensible, no había respondido como ella esperaba.

Tenía que encontrarla. No podía dejar las cosas así, no podía permitir que Rebecca siguiera pensando que yo había jugado con sus sentimientos. Era crucial explicarle todo, aunque fuera lo último que yo hiciera en mi vida. Pero, ¿cómo demonios la iba a encontrar ahora? Yo ya había agotado casi todos los recursos, había tocado todas las puertas posibles, y nada. Cada día que pasaba, la desesperanza me comía por dentro.

Arranqué el coche y me puse a conducir sin rumbo fijo, a ver si así lograba aclarar mis pensamientos. Las luces de la ciudad se mezclaban en un borrón de colores que pasaban rápido por la ventanilla, pero ninguna de ellas me daba consuelo. Todo lo que importaba era Rebecca, y había fallado en protegerla, en ser sincero con ella.

Mientras manejaba por la carretera, los recuerdos de los momentos que habíamos vivido juntos invadían mi mente. Su risa, esa carcajada tan contagiosa que hacía que todo pareciera mejor; su fuerza, esa valentía que mostraba incluso en los peores momentos; y su vulnerabilidad, ese lado tierno y a la vez caliente que solo yo conocía de ella. Todo eso me hacía darme cuenta de lo mucho que la necesitaba. No solo como una sumisa, no solo como una empleada, sino como la mujer que había llegado a serlo todo para mí.

El volante se sentía frío bajo mis manos, pero la decisión de encontrar en mi corazón era ardiente. Tenía que redimirme, tenía que hacer lo imposible por encontrarla, por explicarle la verdad. Yo sabía que no sería fácil, que probablemente ella me odiaría por lo que yo había hecho, por las decisiones que tomé sin pensar en las consecuencias. Pero no podía seguir viviendo con esta culpa, con esta sombra pesada sobre mi conciencia.

Al día siguiente, me puse manos a la obra con más ganas. Volví a llamar a los detectives privados, les ofrecí más dinero y les dije que ampliaran la búsqueda a lo grande. Yo

sabía que esto iba para largo y que, quizás, nunca encontraría a Rebecca. Pero rendirme no era una opción. No después de todo lo que habíamos vivido juntos.

El tiempo seguía pasando, y cada día sin ella era un recordatorio doloroso de mis cagadas. Mi vida se había convertido en un bucle interminable de trabajo y búsqueda, sin un solo momento de alegría o consuelo. Pero estaba decidido. No importaba cuánto tiempo me llevara ni cuánto tuviera que sacrificar. Encontraría a Rebecca y le contaría toda la verdad. Porque ella se merecía saberlo, merecía la verdad y merecía un hombre que no tuviera miedo de enfrentarse a sus propios demonios.

Sé muy bien que el camino iba a ser complicado y que me toparía con muchos obstáculos. Pero estaba dispuesto a hacerle frente a todo. Porque, al final del día, Rebecca era lo único que realmente me importaba. Y yo no podía dejarla ir sin dar pelea primero.

Capítulo 34

Benedict

El recuerdo del accidente de Clara es una sombra que me sigue como un perro hambriento. Es una herida abierta que sigue sangrando cada vez que pienso en eso. Todo pasó una noche de invierno, de esas que congelan hasta los huesos, con una tormenta de nieve que azotaba la ciudad sin piedad. Fue cuando todo se vino abajo.

Esa noche empezó como cualquier otra. Estábamos en la sala de estar. Clara tenía una copa de vino en la mano, y yo estaba con unos documentos de la empresa, tratando de concentrarme. La tensión entre nosotros se podía cortar con un cuchillo, llevaba semanas así, pero ninguno de los dos tenía los cojones de enfrentarlo. Entonces, de la nada, la verdad salió a la luz y explotó como una bomba.

—Estoy enamorada de otra persona —dijo Clara, su voz fue cortante y fría. Levanté la vista de mis papeles lentamente.

— ¿Qué diablos estás diciendo? —pregunté, tratando de mantener la calma.

—Eso que has escuchado, Benedict —respondió ella, con una mirada desafiante—. Estoy enamorada de otra persona. No puedo seguir fingiendo que esto entre tú y yo funciona.

La rabia comenzó a hervir en mi interior.

— ¿Quién es? —Exigí, arrugando mis papeles de la ira—. ¿Quién es ese bastardo?

Ella dudó un momento antes de responder, sus ojos evitando los míos.

—Es... mi hermano —murmuró finalmente, su voz apenas un susurro.

Sentí como si me hubieran golpeado en el estómago.

— ¿Tu hermano? —Repetí, incrédulo—. ¿Estás teniendo una relación clandestina con tu maldito hermano?

Clara asintió, lágrimas comenzando a rodar por sus mejillas.

—No es lo que piensas —intentó explicar, pero yo ya no podía escucharla. Todo lo que había sentido por ella, todo el amor y la devoción, se convirtió en odio puro en ese instante.

— ¡Sal de mi casa, Clara! —Grité, mi voz resonando en las paredes—. ¡Lárgate antes de que te saque yo mismo de aquí!

Clara se quedó paralizada, su rostro pálido y lleno de miedo.

—Por favor, déjame explicarte, Benedict —suplicó ella, pero yo ya no quería escuchar nada de lo que tuviera que decir.

— ¡Vete aquí! —Rugí, señalando la puerta—. No quiero verte nunca más, maldita sea.

Ella se levantó lentamente, recogiendo unas pocas cosas que tenía en sala con manos temblorosas. Yo me quedé allí, observándola con el corazón lleno de rabia y dolor, sin mover un solo músculo. Cuando finalmente salió por la puerta, la cerré de golpe, tratando de contener las lágrimas de furia y traición.

Pasaron unas horas y la tormenta afuera no hacía más que empeorar. Yo seguía sentado en la sala, con una botella de whisky en la mano, tratando de ahogar mi dolor. Cada trago quemaba como el infierno, pero no me importaba un carajo. Lo único que rondaba mi cabeza era cómo Clara me había engañado, cómo había destruido todo lo que habíamos construido juntos. Pero lo que más me mataba no era la traición en sí, sino que ella estaba enamorada de su propio hermano. ¿Cómo puede ser eso posible, joder? ¡Eso es una verdadera locura!

El viento rugía y la lluvia golpeaba las ventanas con furia, casi como si la naturaleza misma quisiera hacerme compañía en mi miseria. La sala estaba a oscuras, solo iluminada por la tenue luz del fuego en la chimenea que parpadeaba y proyectaba sombras en las paredes.

De repente, el timbre de la puerta sonó, sacándome de mis pensamientos oscuros. Me levanté tambaleándome, todavía con la botella en la mano, sin entender quién podría ser a esa hora. ¿Quién en su sano juicio saldría con esta tormenta de mierda?

Entonces, al abrir la puerta, pude visualizar rápidamente a dos oficiales de policías frente a mí.

—Señor, ¿es usted el esposo de Clara Hawthorne? —preguntó uno de ellos.

—Sí, ¿qué pasa? —respondí, sintiendo un nudo formarse en mi estómago.

—Lo siento, señor, pero su esposa ha tenido un accidente. Su coche se deslizó en el hielo y... rápidamente ha entrado en coma en el hospital.

Las palabras del policía fueron como un golpe directo al corazón. Sentí que el mundo se desmoronaba a mi alrededor. Sin decir una palabra, corrí hacia el coche y conduje hasta el hospital, mi mente en blanco y mis manos temblando.

Al llegar, los médicos me informaron de su estado. Clara estaba en coma, con pocas probabilidades de despertar. Me senté junto a su cama, mirando su rostro pálido e inmóvil, y sentí una oleada de arrepentimiento y culpa abrumarme. Había dejado que mi rabia nublara mi juicio, y ahora Clara estaba pagando el precio.

Durante meses, visité a Clara regularmente, esperando algún signo de recuperación. Pero cada visita era un recordatorio de mi fracaso, de mi incapacidad para manejar la situación. La culpa y el odio hacia mí mismo crecían con cada día que pasaba.

Había momentos en los que deseaba poder retroceder el tiempo, tomar una decisión diferente. No debí haberla echado de casa esa noche. No debí haberla dejado sola en medio de una tormenta de nieve. Pero el pasado era inmutable, y ahora yo tenía que vivir con las consecuencias de mis acciones.

Después de unos cuantos meses de ese accidente, mi vida se convirtió en un completo desastre. Al principio, pensé que todavía amaba a Clara. Pero, con el tiempo, me di cuenta de que lo que realmente sentía era un vacío profundo. El amor que alguna vez sentí por ella se había desvanecido, reemplazado por un amargo resentimiento. Una traición es una traición, y lo que ella había hecho era imperdonable. A pesar de eso, siempre me mantuve pendiente de su estado, esperando que alguien día pueda despertar del coma, y el arrepentimiento de haberla dejado salir esa noche, todavía me consumía.

Dejé de buscar amor en las relaciones, convencido de que todas las mujeres eran iguales a Clara, listas para traicionar por motivos egoístas. Empecé a usar a las mujeres que se cruzaban en mi camino como un medio para descargar mi ira y frustración. Yo buscaba mujeres sumisas que me fueran leales, no por amor, sino por necesidad, por la dinámica de poder que ofrecía nuestra relación. Era una manera de mantener el control, de asegurarme de que nunca ninguna mujer me lastimaría de la misma manera otra vez.

Con cada mujer que conocía, yo repetía el mismo patrón. No había espacio para el amor, solo para el control y la dominación.

Nunca me enamoraba de ninguna. Yo no dejaba que ninguna se acercara a mí lo suficiente como para enamorarme. Para mí, en mi mente, todas las mujeres eran iguales a Clara, potenciales traidoras que solo buscaban su propio beneficio. Era más fácil mantener todo simple, con reglas claras y sin complicaciones emocionales.

Después de Clara, yo había aprendido que era mejor mantener distancia, no dejar que las cosas se volvieran demasiado serias con ninguna mujer. Cada vez que una chica intentaba acercarse más a mí, yo me aseguraba de poner una barrera, algo que dejara claro que no iba a haber nada más que una noche o un rato entre nosotros. Nada de promesas, nada de ilusiones.

Mejor mantener todo sencillo y sin líos. Las emociones solo traían problemas, y ya tenía suficientes de esos en mi vida. Así que, yo seguía adelante, con mis propias reglas, manteniendo el control y sin dejar que nadie se acercara lo suficiente como para hacerme daño otra vez.

Y así fue como conocí a Rebecca. Al principio, ella no era muy diferente a las demás. Era otra chica nueva, alguien a quien dominar y tener bajo mi control. Para mí, todo estaba en orden, todo en su lugar. Pero con el tiempo, algo empezó a cambiar.

Rebecca tenía una presencia que se sentía en el aire. Su risa, esa risa tan genuina y contagiosa, hacía que todo alrededor se iluminara. Y su fuerza, esa fuerza interna que emanaba, era inspiradora. Sin darme cuenta, Rebecca se fue metiendo en mi vida, infiltrándose en mi corazón, rompiendo las murallas que yo había levantado con tanto cuidado.

Al principio, yo no quería admitirlo. Pensaba que era solo una fase, una ilusión. Pero cada vez que yo estaba con ella, algo dentro de mí se removía. Cada vez que la veía reír, cada vez que notaba su fuerza, sentía que algo cambiaba.

Sin embargo, fui demasiado terco, demasiado ciego para verlo. No entendí lo que realmente estaba sintiendo hasta que fue demasiado tarde.

Su desaparición dejó un vacío inmenso, un hueco que ninguna otra mujer había dejado antes.

Recordar cómo empezó todo con ella me trae un sentimiento de nostalgia y dolor. La forma en que ella me enfrentaba, con su valentía y vulnerabilidad, me desarmó poco a poco. Pero yo, terco y asustado, respondí de la peor manera posible. Su declaración de amor y mi respuesta fría y calculada fueron también otro detonante para irse. Ahora, cada día sin ella es un recordatorio de mi fracaso, de mi incapacidad para reconocer y aceptar lo que realmente sentía.

Cuando Rebecca me dijo que me amaba, mi primera reacción fue la de un hombre herido y desconfiado. Le respondí con frialdad, con la misma dureza con la que había tratado a todas las mujeres después de Clara. No me permití creer que alguien pudiera amarme de verdad. Pero ahora, con cada día que pasa sin ella, la verdad se vuelve más clara. Me enamoré de Rebecca, aunque no lo admití ni siquiera a mí mismo en ese momento.

Ahora que me pongo a recordar esos momentos, me doy cuenta de cuánto significó ella para mí. Ella me mostró que no todas las mujeres son como Clara, que en el mundo hay personas genuinas y leales que pueden amar sin traicionar. La traición de Clara me había hecho creer que todas las mujeres eran iguales: interesadas, egoístas, incapaces de amar de verdad. Pero ella, ella era diferente. Me enseñó que también hay mujeres que son sinceras, que dan todo por amor sin esperar nada a cambio, que te quieren por lo que eres, no por lo que tienes o puedes ofrecer. Y claro, también hay hombres buenos y malos, no todo es blanco y negro. Hay hombres que, como yo, han cometido errores, pero también tienen la capacidad de amar de verdad si se les da la oportunidad.

Pero, ¿de qué me sirve darme cuenta de todo esto ahora que ella ya no está? La perdí, y todo porque fui demasiado ciego y terco para ver lo que realmente ella sentía por mí. Siempre me aferré a mi orgullo, pensando que no necesitaba a nadie, que podía manejarlo todo yo solo. Ahora ni siquiera sé dónde está Rebecca, ni si alguna vez podré encontrarla para explicarle todo. Lo único que sé es que la extraño con cada fibra de mi ser. Daría cualquier cosa por tenerla de vuelta en mi vida, por sentir su risa, su calor, por verla mirarme con esos ojos llenos de amor. Haría lo que fuera por volver a abrazarla y decirle lo que no supe decirle en su momento.

Pero por ahora, solo tengo estos recuerdos y la amarga sensación de pérdida. Es como un nudo en el estómago que no se va, una mezcla de tristeza y arrepentimiento. Me queda el deseo de redimirme, de encontrarla y demostrarle que mis sentimientos por ella son reales, que no era solo un capricho o una fase.

Sé que el camino para lograrlo es incierto y lleno de obstáculos. Tendré que enfrentar mis propios miedos, dejar atrás mi orgullo y ser honesto conmigo mismo y con ella. Pero también sé que debo intentarlo. Por ella, y por el amor que finalmente he reconocido en mi corazón.

Capítulo 35

Benedict

El tiempo pasaba volando, y con cada día que pasaba, mi frustración y desesperación aumentaban. Ya habían pasado dos meses sin Rebecca. Cada minuto, cada segundo sin ella me comía por dentro. La búsqueda seguía siendo inútil. Contraté más detectives, gastando cada centavo disponible para encontrarla, pero nada. Era como si se la hubiera tragado la tierra.

En la oficina, mi humor se había vuelto mucho más oscuro y temible que los empleados ya temblaban solo al verme. No es que me importara mucho eso, pero el ambiente se había vuelto tan tenso parecía que estuviéramos en medio de una película de terror. El miedo en los ojos de mis empleados me recordaba constantemente cuánto había cambiado yo desde que Rebecca se fue. Mi carácter se había endurecido aún más, y la brutalidad con la que manejaba los negocios y trataba a mi equipo era una clara señal de mi impotencia y rabia contenida.

Los empleados evitaban cruzarse conmigo, incluso en los pasillos. Todos ya tenían más que claro que cualquier mínimo error podía desencadenar mi ira una vez más. El café nunca estaba lo suficientemente caliente, los informes nunca lo suficientemente detallados, y cualquier excusa era válida para descargar mi furia.

Y para agregar algo más, hoy no me quedaba otra que enfrentar una realidad de esas que te golpean fuerte. Clara seguía en coma, y ya era hora de tomar una decisión definitiva sobre su vida. Con el corazón en un puño, me dirigí al hospital, ese mismo hospital que ya había visto demasiados momentos cruciales y dolorosos de mi existencia.

Al llegar, me recibió el doctor Howard en su oficina. Tenía una expresión seria, pero siempre profesional. Este tipo había estado al tanto de Clara desde el accidente y se había convertido en una figura constante durante este capítulo oscuro de mi vida.

—Señor —comenzó el doctor Howard—. Como hemos discutido tú y yo anteriormente, mantener a tu esposa en este estado no es vivir. El coma en el que se encuentra ella no muestra signos de mejoría, y la calidad de vida, si es que se puede llamar así, es completamente nula.

Asentí con la cabeza, sintiendo una mezcla de emociones contradictorias.

—Lo sé, Howard —respondí con voz firme—. He estado reflexionando sobre esto durante mucho tiempo. No es justo para ella, ni para mí, seguir así.

El doctor me miró con compasión, pero también con la profesionalidad que su trabajo requería.

—Desconectarla es una decisión difícil, pero puede ser la más humana en este contexto.

Me quedé callado un rato, dejando que los recuerdos volvieran una vez más, pensando en cómo habíamos llegado a este desastre. Aquella noche del accidente fue de las peores de mi

vida, sin duda. Con la discusión que habíamos tenido y que había sido brutal, todo porque descubrí que ella me estaba engañando con su propio hermano. La traición me golpeó como un puñetazo directo al corazón.

La rabia y la decepción me cegaron completamente, así que la eché de casa a gritos, y para colmo, en plena tormenta de nieve. Estaba furioso, fuera de mí, ni siquiera pensé en el peligro que eso suponía para ella. Y todavía recuerdo cuando la policía apareció en mi puerta con la noticia del accidente. Y desde ese momento, me siento atrapado en un infierno de culpa y resentimiento.

—Howard —comencé, tratando de ordenar mis pensamientos—. Es lo correcto. No es vida estar postrada en una cama, sin conciencia, sin posibilidad de recuperación. Es una existencia totalmente vacía.

El doctor asintió con la cabeza.

—Entiendo. Procederemos según tus deseos, Benedict. Será un proceso pacífico. Ella no sentirá ningún dolor.

Un silencio incómodo se apoderó de la habitación. Sentí como si una carga enorme se asentara sobre mis hombros, pero al mismo tiempo, una parte de mí se sintió finalmente liberada. Desconectar a Clara significaba cerrar un capítulo de mi vida que había estado lleno de dolor y traición. Pero también significaba aceptar que una parte de mí seguía rota, y que yo había estado usando a las mujeres en mi vida como un escape, sin permitirme sentir de verdad.

Era una sensación extraña, una mezcla de alivio y tristeza. Pero ya me he dado cuenta hace poco de que, durante todo este tiempo, yo había estado evitando enfrentar mis verdaderos sentimientos, escondiéndome detrás de relaciones superficiales. Desconectar a Clara era como arrancar la venda de una herida que nunca había dejado sanar.

—Gracias, Howard —dije finalmente—. Agradezco tu sinceridad y tu apoyo durante todo este tiempo.

—Es mi deber, Benedict —respondió—. Estaré aquí para cualquier cosa que necesites en este proceso.

Me levanté de la silla, sintiendo cómo cada paso que daba me pesaba como si yo llevara una mochila llena de ladrillos. Mientras caminaba por los pasillos fríos y estériles del hospital, no podía quitarme de la cabeza las palabras que me había dicho Howard sobre Rebecca.

Sobre que ella se había enterado de la existencia de Clara a través de él, y eso fue la gota que colmó el vaso para que ella decidiera alejarse de mí. Se había largado porque creía que yo la había engañado, que la había estado usando todo el tiempo. La ironía era como una bofetada en la cara, amarga y dolorosa.

Había perdido a Rebecca porque yo no había tenido el valor de ser honesto, porque no había confiado lo suficiente en ella como para contarle la verdad. Ahora, caminando solo por esos interminables pasillos, sentía que el peso de mi cobardía era lo único que me acompañaba.

Entré en la habitación donde Clara yacía inmóvil, rodeada de máquinas que mantenían

su cuerpo funcionando. Me acerqué a la cama y la miré por última vez.

—Lo siento, Clara —murmuré—. Lamento que hayamos terminado así. Pero es hora de dejarte ir.

Los minutos siguientes pasaron en un borrón de acciones y sentimientos mezclados. Las enfermeras y el doctor entraron, desconectando los aparatos uno por uno. Todo fue tan tranquilo, tan sereno. Finalmente, las máquinas dejaron de sonar, y Clara se fue en paz.

Salí del hospital con una sensación rara de alivio y tristeza. La muerte de Clara cerraba un capítulo, pero no quitaba el peso de mis acciones ni llenaba el hueco que dejó Rebecca. Mientras caminaba hacia mi coche, sentí una nueva fuerza creciendo dentro de mí. Yo tenía que encontrar a Rebecca. Tenía que explicarle todo, decirle la verdad. No podía dejar que la mujer que me había hecho sentir vivo de nuevo desapareciera de mi vida sin dar una batalla primero, a pesar de que los meses transcurran sin noticias.

El trayecto de vuelta a la oficina fue silencioso, solo el ruido del motor y mis pensamientos dando vueltas como un tornado. Clara ya no estaba, y con su partida, sentí como si me hubieran quitado un peso de encima. Pero lo que venía ahora era el verdadero reto: encontrar a Rebecca y recuperar lo que había perdido. Tenía que demostrarle que mis sentimientos por ella eran de verdad, que ella no era solo una pieza más en mi vida, sino alguien que había tocado lo más profundo de mi ser.

Esto ya no era solo cuestión de negocios o mantener el control mi empresa. Era una misión personal. Necesitaba encontrar a la única mujer que había logrado derribar mis murallas y hacerme sentir de nuevo. Esta vez, no me iba a detener ante nada ni nadie para recuperarla.

Rebecca había conseguido lo que nadie más pudo: atravesar la coraza que yo mismo me había construido a lo largo de los años. Ella era la chispa en mi oscuridad, y no permitiría que se desvaneciera sin más. Si yo tenía que mover cielo y tierra para encontrarla, lo haría. Si tenía que enfrentarme a mis peores demonios y derribar obstáculos insuperables, también lo haría.

Estaba sentado en el sofá de mi condominio, con la mirada perdida en las luces brillantes de Nueva York que se podían ver perfectamente a través de mi enorme ventana. También, tenía una copa de whisky medio vacía en una mano y el teléfono en la otra. Estaba hablando con el último detective privado que yo había contratado para encontrar a Rebecca. La lista de detectives ya era larga, pero este tipo parecía más prometedor.

—Entonces, ¿Qué ocurre? —pregunté.

—Tenemos una pista, señor. No quiero elevar sus expectativas sin motivo, pero parece que alguien con la descripción física de la señorita Rebecca Sullivan fue vista en una pequeña ciudad del norte. Necesito investigarlo más a fondo antes de confirmarlo —Respondió el detective.

Asentí con la cabeza, aunque sabía que él no podía verme.

—Hazlo rápido. No quiero más excusas. Cada día que pasa es... intolerable

—Entiendo, señor. Lo mantendré informado.

Colgué el teléfono y me serví otro buen trago de whisky, sintiendo cómo el líquido me quemaba la garganta al bajar. La incertidumbre y la espera me estaban volviendo loco. Yo no paraba de darle vueltas a cada momento que había pasado con Rebecca, cada palabra, cada caricia, cada mirada. Yo la necesitaba de vuelta, más de lo que estaba dispuesto a admitir, incluso para mí mismo.

De repente, sonó el timbre, rompiendo la calma tensa de mi condominio. Me levanté, irritado y curioso a la vez, pensando quién diablos podía venir a mi casa a estas horas. Al abrir la puerta, me encontré con una sorpresa inquietante: el hermano de Clara, borracho como una cuba y con la cara desfigurada por la furia.

— ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —solté con mucha pereza en mi voz.

Él avanzó hacia mí, su aliento apestando a alcohol.

— ¿Cómo te atreviste a hacerlo? —rugió—. ¿Cómo te atreviste a desconectar a mi hermana sin mi consentimiento? ¡Eres un maldito asesino!

Sentí un nudo formarse en mi estómago, pero mantuve mi rostro impassible.

—Ella era mi esposa. Era mi decisión. Vivir en un coma no era vida. Solo era un infierno prolongado.

—No tenías derecho, maldito hijo de puta —gritó él, empujándome con fuerza—. Ella era mi hermana. Yo tenía derecho a opinar. ¡A estar allí para ella!

La ira en su voz era palpable, y sentí mi propia furia burbujear bajo la superficie.

— ¿Derecho? ¿Derecho a qué? ¿A verla sufrir? ¿A mantenerla en un estado vegetativo por tu propio egoísmo, Lucas?

Y de repente, el puño de Lucas me voló directo a mi mandíbula. Sentí un latigazo de dolor que me recorrió toda la cara, haciéndome tambalear. Pero no me caí. En vez de eso, algo dentro de mí se encendió. La rabia me quemaba por dentro y explotó en un instante. Con toda la fuerza que tenía, le devolví el golpe. Yo sentí el crujido de mis nudillos al hundirse en su carne, y la satisfacción de ver su cara retorcerse de dolor. No era solo un golpe, era todo mi enojo convertido en un puñetazo directo a su jodida cara de mierda.

— ¡Maldito bastardo! —gritó él, lanzándose sobre mí con una furia incontrolable. Nos enredamos en una pelea brutal, puños volando y cuerpos estrellándose contra los muebles como si fueran de cartón. Y yo sentí el sabor metálico de la sangre en mi boca, y supe que un golpe había roto algo. El odio ardía en sus ojos, un fuego que no se apagaba.

Cada golpe que yo lanzaba, cada puñetazo que él recibía, estaba cargado con años de dolor, resentimiento y frustración acumulada. No era solo una pelea, era una liberación salvaje, una catarsis violenta. Ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder, era una batalla de voluntades y de orgullo.

El sonido de nuestros golpes resonaba en todo el condominio, los muebles crujían y se rompían bajo la presión de nuestros cuerpos. Podía oír su respiración agitada, entrecortada por los gruñidos de esfuerzo y dolor. Sentía los puños de Lucas golpeando mi cuerpo, pero el dolor solo alimentaba mi fuerza.

Finalmente, con un esfuerzo titánico, logré derribarlo al suelo. Él cayó con un golpe sordo, su cuerpo chocando contra el suelo. Y él yacía allí, jadeando, su rostro una mezcla de lágrimas y sangre.

—Ella no quería esto —sollozó Lucas—. Ella no quería morir. Tú la mataste.

—Ella ya estaba muerta en ese hospital. Mantenerla viva solo para satisfacer tus sentimientos egoístas no era vida. Lo que hice fue lo mejor para ella.

Luego, llamé al guardia del condominio.

—Necesito que saques a alguien de aquí —dije, sin apartar la vista del hombre derrotado a mis pies.

El guardia llegó rápidamente y, sin resistencia, comenzó a levantar al hermano de Clara. Antes de que el guardia de seguridad se lo llevara, me incliné y le susurré de nuevo a Lucas:

—Desconectarla fue lo mejor. Vivir así no era vivir.

Él no respondió, solo siguió llorando mientras lo arrastraban fuera de mi condominio. El alcohol que tenía en el sistema hacía que esas lágrimas salieran aún más fáciles. Lucas estaba destrozado por perder a su hermana, pero al igual que yo, era hora de decir adiós.

Cerré la puerta detrás de ellos, sintiendo un poco de alivio y profunda tristeza.

Volví al sofá, sintiendo cada golpe y moretón de la pelea reciente. Mi cuerpo dolía, pero mi mente estaba más clara que nunca. Me serví otro trago de whisky y lo llevé a los labios, dejando que el calor del alcohol me calmara el dolor físico y emocional. Sentí cómo el ardor bajaba por mi garganta de nuevo, dándome un respiro momentáneo de todo el caos.

Tenía que encontrar a Rebecca. Eso era lo único que jodidamente me importaba ahora. No me detendría ante nada para recuperarla. Miré alrededor del desordenado condominio, las botellas vacías y los muebles desordenados, recordándome lo lejos que yo había llegado y lo mucho que había perdido también. Pero Rebecca era la clave, la única razón para seguir adelante.

Capítulo 36

Benedict

Un día después, estaba sentado en mi oficina dentro de mi condominio, rodeado de pilas de papeles y la luz de la tarde filtrándose por las cortinas. De repente, mi teléfono vibró sobre el escritorio. Al ver la pantalla, reconocí el nombre del detective privado que había contratado hace poco. Sentí un latido de esperanza en el pecho, esa chispa de posibilidad que casi había desaparecido con cada pista fallida y cada día sin noticias de Rebecca.

Descolgué la llamada sin mucha demora.

—¿Has encontrado a Rebecca? —pregunté, intentando mantener la calma, aunque la urgencia en mi voz era inconfundible.

—Sí. Creo que finalmente la he encontrado, señor —respondió el detective, su tono profesional teñido de una leve satisfacción—. Está trabajando en una galería de arte en Boston, Massachusetts: Hidden Haven Gallery

Me llevó un momento procesar lo que yo estaba escuchando. ¿Rebecca en una galería de arte? No me lo podía creer. La idea de ella, rodeada de lienzos y esculturas, era tan desconcertante como apropiada. Rebecca siempre había tenido una profundidad, una manera de apreciar la belleza que yo apenas empezaba a entender.

Es increíble pensar que hace no mucho tiempo trabajaba en mi empresa. Y ahora, ella estaba moviéndose entre obras de arte como si siempre hubiera pertenecido allí seguramente.

—Perfecto. Ahora, quiero que me envíes la dirección por mensaje de texto, y rápido —le dije al detective, colgando la llamada antes de que el detective pudiera responderme algo.

Entonces, agarré el teléfono y llamé a mi piloto casi de inmediato. Yo tenía un jet privado que ni recordaba que existía porque no lo había usado últimamente. La última vez que lo usé fue para el viaje de negocios a Japón, y desde entonces, lo había dejado olvidado. Así que con eso resuelto, el viaje de Nueva York a Boston, Massachusetts, sería tan solo un paseo de apenas una hora.

Mientras tanto, mi cabeza era un remolino de recuerdos y emociones. Me vino a la mente la última vez que hablamos ella y yo. Pude ver su cara, roja de tanto llorar, y escuchar su voz quebrada cuando me dijo que me amaba. Y yo, en lugar de consolarla, fui un completo insensible. Dios, ¿cómo pude ser tan cruel?

Mientras el jet despegaba y me alejaba de Nueva York, no podía dejar de pensar en esa última conversación. El sonido de su voz rota aún resonaba en mis oídos, y su rostro lleno de lágrimas se repetía una y otra vez en mi mente. Me sentí como un idiota. Yo sabía que debía haber manejado las cosas de otra manera, pero ya era tarde para arrepentimientos, ahora era hora

de actuar.

Boston estaba a solo una hora de vuelo, pero parecía que ese tiempo se alargaba eternamente mientras revivía cada detalle de aquella conversación. Al menos, tenía una oportunidad de arreglar las cosas definitivamente.

Finalmente llegué a Boston y no perdí ni un solo segundo. Yo tenía un destino claro y no iba a dejar que nada me distrajera.

La galería de arte estaba en una calle tranquila, rodeada de cafés acogedores y tiendas de antigüedades que parecían sacadas de una postal. Hidden Haven Gallery, era un lugar pequeño y discreto, con una fachada de ladrillo rojo y grandes ventanas que dejaban entrever obras coloridas en su interior.

Antes de entrar, me tomé un momento para respirar hondo. El aire fresco de la tarde me ayudó a calmar los nervios. El interior de la galería era cálido y acogedor, con paredes blancas que hacían resaltar las obras de arte. Había un par de sofás elegantes y plantas estratégicamente colocadas que añadían un toque de verde. Un aroma a café recién hecho se mezclaba con el leve olor a pintura.

Y mis ojos la encontraron de inmediato. Ella estaba de espaldas, conversando animadamente con un par de visitantes. Sus gestos suaves y seguros mientras ella señalaba una pintura abstracta en la pared. Yo podía ver cómo sus palabras captaban la atención de los visitantes, quienes asentían y sonreían, claramente intrigados por lo que ella les decía. Sentí emoción y nerviosismo al verla, pero también una extraña calma al verla bien.

Rebecca. Mi Rebecca.

Ella se veía diferente, más delgada quizás, pero había una calma en su postura, una serenidad que me resultaba completamente ajena. Era como si el tiempo y la vida hubieran pasado de largo sin tocarla. La observé mientras ella terminaba su conversación con los visitantes, quienes parecían más interesados en ella que en el arte. Luego, se movió con gracia hacia otra parte de la galería, su vestido fluía tras de ella como una brisa suave.

Y yo no podía simplemente acercarme sin más. Necesitaba ser cuidadoso, medir cada palabra. ¿Qué le iba a decir? ¿Hola, cuánto tiempo? No, tenía que ser algo más. Algo que no sonara tan forzado.

Así que avancé despacio por la galería, pretendiendo estar interesado en las pinturas como cualquier otro visitante, aunque en realidad mi mente estaba concentrada en cada uno de sus movimientos. Me paré frente a una obra abstracta, tratando de descifrar algo en el caos de colores, pero mi mirada se deslizaba constantemente hacia ella. Finalmente, nos acercamos lo suficiente. Yo podía escuchar su voz, clara y melodiosa, explicando con pasión la técnica de un artista contemporáneo a un pequeño grupo de personas. Su conocimiento y entusiasmo eran contagiosos y bastantes sorprendentes.

—Rebecca —dije, y mi voz resonó más fuerte de lo que esperaba en el espacio tranquilo.

Ella se giró, y por un momento, el tiempo pareció detenerse. Sus ojos se abrieron con sorpresa y algo más... ¿Era dolor? ¿Miedo? Yo no estaba seguro de eso.

— ¿Qué haces aquí? —su voz fue un susurro, cargado de una mezcla de emociones que apenas yo podía descifrar.

—Te he estado buscando —respondí, acercándome lentamente, dándole espacio para retroceder si ella lo necesitaba.

— ¿Cómo me encontraste? —sus ojos no me dejaban, y noté la sombra de las lágrimas amenazando con caer.

—He contratado a casi una docena de detectives —admití—. Rebecca, he estado buscándote por todas partes.

Ella tomó aire profundamente, como si necesitara prepararse para lo que estaba por venir.

—No quiero hablar de esto aquí —dijo finalmente, con firmeza en su voz.

—Claro, sin problema —respondí, captando la indirecta. Miré a mi alrededor buscando un sitio más adecuado—. ¿Podemos ir a algún lugar más privado?

Ella asintió con la cabeza y me hizo una seña para que la siguiera. Atravesamos la galería, esquivando a las personas que estaban absortas en las pinturas y esculturas. En el camino, Rebecca se detuvo un segundo para decirle a una colega que se iba a ausentar por un rato. Después, continuamos hacia una pequeña sala de estar al fondo de la galería, un lugar más íntimo con sofás cómodos y una mesita de centro.

Nos sentamos, y la cercanía entre nosotros aumentó la tensión. Podía sentir el calor de su cuerpo al lado del mío. La verdad es que quería tocarla, acercarme más, pero me contuve. En lugar de eso, respiré hondo y empecé a hablar.

—Rebecca, lo siento tanto. No tengo palabras para expresar cuánto lamento todo lo que ha sucedido. Te fallé. Te fallé de la peor manera posible.

Ella mantuvo su mirada baja, sus manos entrelazadas en su regazo. Había una dureza en su expresión, una barrera que yo no reconocía en ella.

—No es solo eso —dijo finalmente ella—. Descubrí algo mientras estaba en el hospital. Descubrí que tienes una esposa, una esposa en coma. ¿Por qué nunca me lo dijiste?

La pregunta era una daga. Había temido este momento, había temido tener que enfrentar esa parte de mi vida con ella antes que todo sucediera.

—Porque es complicado, Rebecca. Mi esposa... —Tomé aire, buscando las palabras—. Clara ha estado en coma durante años. No había nada entre nosotros mucho antes del accidente. Ella me traicionó, y cuando la eché de la casa, tuvo ese accidente automovilístico. Me he culpado durante mucho tiempo por eso, pero no era algo que quisiera compartir con nadie. No quería que pensaras menos de mí, o que te sintieras obligada a algo por esa situación.

Ella levantó la vista.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste desde un principio? —su voz era un susurro desgarrador—. Me dejaste enamorarme de ti, sin saber que tenías todo eso en tu vida. ¿Cómo pudiste ser tan descarado?

—No quería que eso te afectara —dijo, intentando mantener la calma—. Quería protegerte de ese dolor, de esa carga. Pero ahora veo que solo empeoré las cosas.

Rebecca cerró los ojos, dejando escapar una lágrima. Yo quería secarla, quería tomarla en mis brazos y decirle que todo estaría bien, pero no sabía si podía.

—Y entonces respondí tan mal cuando me dijiste que me amabas —continué—. No me di cuenta de mis propios sentimientos hasta que te fuiste. Rebecca, te amo. Te amo más de lo que he amado a nadie en mi vida. No puedo perderte. Por favor, dame una oportunidad para demostrarlo.

Ella abrió los ojos lentamente, y por un momento, el tiempo pareció detenerse de nuevo.

—Es mucho para procesar —dijo ella con voz temblorosa—. Me has herido tanto, y no sé si puedo confiar en ti de nuevo.

—Lo sé —admití—. Haré lo que sea necesario para ganarme tu confianza. Pero por favor, no me dejes así. No me dejes sin saber si alguna vez podré arreglar las cosas contigo.

Rebecca respiró profundamente, y aunque sus lágrimas seguían cayendo, había como un tipo de decisión en su mirada.

—Quiero pensar en todo esto. Necesito tiempo para procesarlo. Pero hay una cosa que no puedo ignorar —sus manos se movieron instintivamente hacia su vientre y sonrió suavemente—. Estoy embarazada, y este bebé merece una oportunidad de tener una familia completa.

El vientre de Rebecca se notaba muy bien, a pesar de que apenas tiene unos cuantos meses de embarazo. Cualquiera que la mirara de reojo, aunque fuera por un segundo, se daría cuenta de que ella está esperando un bebé. No había manera de confundir esa barriga tan hermosa.

Pero lo que más me sorprendió fue esa especie de aura que la rodeaba. No sé, había algo en ella que la hacía brillar, como si tuviera una luz interna que la hacía ver más hermosa que nunca. Sus ojos parecían más brillantes, y su sonrisa, esa sonrisa que siempre me ha vuelto loco, ahora tenía un no sé qué que la hacía aún más encantadora.

Era como si el embarazo hubiera sacado una belleza escondida en ella, algo que la hacía ver aún más radiante.

—Lo sé —dijo, mi voz más suave—. Y quiero ser parte de esa familia. Quiero estar contigo y con nuestro bebé. Por favor, déjame demostrarte que puedo ser el hombre que necesitas, el padre que nuestro hijo merece.

Ella me miró por un largo momento, y luego asintió ligeramente.

Rebecca se veía más segura de sí misma, con una calma en su interior y una confianza que me impresionaban. Yo no podía evitar sentirme más atraído por ella. Había algo mágico en todo esto, algo que me hacía admirarla cada segundo más.

—Está bien —dijo—. Hablemos, veamos si podemos encontrar un camino a seguir. Pero no prometo nada.

—Eso es todo lo que pido —respondí, sintiendo una chispa de esperanza renovada.

Nos quedamos allí, en esa pequeña sala de estar de la galería, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que tal vez, solo tal vez, había una oportunidad de redención. Y mientras la miraba, supe que haría todo lo posible para no desaprovechar esa oportunidad.

Entonces, después de un largo momento de silencio, respiré hondo y dije:

—Rebecca, ¿podemos seguir hablando en un lugar más privado?

Capítulo 37

Rebecca

Después de esa charla en la galería, donde los colores y las formas parecían reflejar nuestras emociones enredadas, me sentí vulnerable, pero también curiosamente abierta a una conversación más profunda. Algo en la forma en que él me miraba, esa mezcla de desesperación y sinceridad en sus ojos, me hizo decidir darle una oportunidad para explicarse. Así que, con un nudo en la garganta y una esperanza incierta, lo invité a mi apartamento.

El trayecto hasta mi nueva casa fue silencioso, cada uno perdido en sus pensamientos. Yo no podía evitar recordar los días oscuros y solitarios tras la muerte de Valeria, el dolor de descubrir la traición de Benedict, y ahora, la confusión de enfrentarme a él nuevamente. Pero esta vez, estaba decidida a obtener respuestas claras, a no dejarme llevar por el miedo o la inseguridad.

Cuando llegamos, abrí la puerta de mi pequeño apartamento y lo invité a pasar. Era un espacio modesto, decorado con toques personales y recuerdos de mi hermana. Las paredes estaban llenas de fotos de Valeria y yo en diferentes etapas de nuestras vidas, momentos felices que ahora parecían tan lejanos.

—¿Quieres algo de beber? —le pregunté con seriedad en mi rostro.

—Agua estaría bien, gracias —respondió él, su voz suave pero cargada de tensión.

Fui a la cocina y serví dos vasos de agua, tratando de calmar mis nervios. Cuando regresé, él estaba de pie junto a una de las fotos de Valeria y yo en una playa, sonriendo bajo el sol. Me acerqué y le entregué el vaso, nuestras manos rozándose brevemente.

—¿Valeria? —preguntó él, señalando la foto.

En la foto, Valeria parecía otra persona comparada con la chica que él conoció. Ella tenía una melena larguísima, de esas que le llegaban hasta la cintura, y de un color castaño chocolate que hacía que sus ojos brillaran aún más. Su piel era tan perfecta que casi resplandecía bajo el sol, como si estuviera hecha de luz. Pero todo eso se fue al carajo cuando la maldita leucemia apareció...

—Sí, esa es Valeria —respondí, sintiendo un nudo en la garganta—. Fue tomada hace unos años, antes de que todo cambiara radicalmente.

—Lo siento mucho, Rebecca —dijo él, y por un momento, vi un destello de auténtico dolor en sus ojos—. Si yo hubiera sabido por lo que estabas pasando, yo habría...

—Eso no importa ahora —lo interrumpí, no queriendo sumergirme en más dolor—. Lo que importa es que necesito entender por qué te fuiste a Japón de repente y sin decirme nada. ¿Y por qué no me contaste sobre tu esposa?

Él suspiró profundamente, pasándose una mano por el cabello.

—Rebecca, no es algo de lo que me sienta orgulloso. La situación con Clara era... complicada. Ella estaba en coma desde hace tres años, y no sabía cómo contarte sin que pareciera que yo estaba usando su estado para justificarme por mi cobardía contigo.

—Pero eso es exactamente lo que hiciste —repliqué, sintiendo la ira y la frustración bullir dentro de mí—. Me dejaste en la oscuridad, haciéndome pensar que todo lo que teníamos era una mentira. ¿Cómo esperabas que yo reaccionara cuando descubrí la verdad de esa manera?

—Lo sé, lo sé —dijo él, levantando las manos en un gesto de rendición—. Me equivoqué, Rebecca. No hay excusa para mi comportamiento, pero te juro que nunca quise lastimarte. Yo estaba confundido, y no supe cómo manejarlo.

— ¿Confundido? —repetí, dejando escapar una risa amarga—. ¿Te das cuenta de lo irónico que suena eso? Tú, que siempre parecías tener todo bajo control, ahora resulta que estabas confundido.

—Esa es la pura verdad —admitió, su voz más baja—. Porque por primera vez en mucho tiempo, sentí algo real dentro de mi corazón. Algo que no estaba basado en el poder o el control. Y eso me asustó. Porque no sabía cómo manejarlo sin herirte más.

Nos quedamos en silencio por un momento, el peso de sus palabras colgando en el aire.

—Desconecté a mi Clara. Ella falleció hace poco, después de tres años en coma —dice él, luego de unos minutos del silencio prolongado.

Me quedé helada, sin saber qué decir al principio.

—Lo siento muchísimo —susurré casi en un estado de shock—. Sé perfectamente lo que es perder a alguien querido.

Él asintió, su mirada perdida en algún punto de la sala.

—Gracias —murmuró, su voz quebrada.

Después de un momento de silencio, tomé aire y le pregunté con suavidad:

— ¿Lo hiciste porque pensaste que era lo mejor para ella, Benedict?

Se quedó callado, procesando mis palabras. Finalmente, me miró a los ojos y respondió con una honestidad desgarradora:

—Vivir en coma no es vivir. Yo no podía seguir viéndola así, atrapada entre la vida y la muerte. Merecía descansar finalmente.

Su sinceridad me conmovió. Pude ver el dolor y el amor en su rostro, y entendí que él había hecho lo que creía mejor para ella, aunque le rompiera el corazón.

Luego, tomé un sorbo de agua, tratando de ordenar mis pensamientos de nuevo.

Y de nuevo, ambos nos sumergimos en el silencio por al menos unos diez minutos más.

—Cuando te dije que te amaba, esperaba al menos una respuesta honesta —dije finalmente, mi voz temblando un poco—. Pero lo que obtuve fue una confirmación de mis

peores miedos.

—Rebecca, yo... —él comenzó a decir, pero yo lo interrumpí.

—Déjame terminar de hablar, por favor —dije yo, alzando una mano—. He pasado semanas tratando de entender lo que siento, tratando de aceptar la muerte de mi hermana y el hecho de que estoy embarazada. Y durante todo ese tiempo, no podía dejar de pensar en ti. En lo que podríamos haber tenido si tú hubieras sido honesto desde el principio.

Él asintió, sus ojos fijos en los míos.

—Lo sé, y me arrepiento de no haberte contado todo. Pero estoy aquí ahora, tratando de enmendar mis errores. Quiero estar contigo, quiero estar con nuestro hijo. Pero necesito que me perdones, que me des una oportunidad para demostrarte que puedo ser mejor persona.

—No es tan fácil —respondí, sintiendo las lágrimas acumularse en mis ojos—. No es solo cuestión de perdonarte y seguir adelante. Hay tanto dolor, tanta desconfianza. Y tengo miedo. Miedo de que todo esto sea solo un ciclo, de que me lastimes de nuevo.

Él dio un paso hacia mí, su mano extendida para tocar la mía.

—Te prometo, Rebecca, que haré todo lo que esté en mi poder para ganarme tu confianza de nuevo. No puedo cambiar el pasado, pero puedo trabajar para un futuro mejor para nosotros.

Nos miramos en silencio, ambos lidiando con el peso de nuestras emociones. Finalmente, asentí con la cabeza ligeramente, dejando que mi mano se entrelazara con la suya.

—Está bien —yo dije, mi voz apenas un susurro—. Pero necesito tiempo. Necesito procesar todo esto y asegurarme de que es lo correcto para mí y para el bebé.

—Lo entiendo —respondió él, apretando suavemente mi mano—. Y esperaré el tiempo que necesites. Solo quiero que sepas que estoy aquí para ti, siempre.

Nos quedamos allí, juntos en el pequeño salón de mi apartamento. El dolor y la esperanza se mezclaban en el aire como un cóctel explosivo. Él estaba sentado en el sofá, con esa mirada perdida que decía tanto sin decir nada. Yo, en cambio, estaba de pie, con los brazos cruzados, tratando de procesar todo lo que había pasado.

A pesar de todo, sentía una chispa, una pequeñísima chispa de posibilidad. Quizás había una oportunidad para sanar, para reconstruir algo nuevo entre nosotros. No iba a ser fácil, eso yo lo tenía claro, pero por primera vez en mucho tiempo, no se sentía imposible.

Suspiré profundamente, y me dirigí a la ventana. Las luces de la Boston brillaban en la noche, como miles de pequeñas estrellas urbanas, y por un momento, me perdí en ese paisaje. Los coches pasaban, la gente seguía con su vida, ajena a nuestro pequeño drama personal.

Suspiré profundamente, sintiendo el aire fresco de la noche en mi rostro.

—Es una locura, ¿verdad? —dije yo, intentando aliviar un poco la tensión—. Cómo la vida puede cambiar en un instante.

—Sí, lo es —respondió él, acercándose a mí—. Pero a veces, esos cambios nos llevan a lugares inesperados, lugares donde encontramos algo que nunca supimos que necesitábamos.

Me volví hacia él, con una sonrisa triste en los labios.

—Espero que tengas razón.

Él me miró con una intensidad que me hizo estremecer.

—Sí, tengo razón.

—Por ahora, creo que es suficiente —dije, finalmente rompiendo el silencio—. Gracias por venir y por ser honesto conmigo, Benedict. Yo realmente necesitaba escuchar todo esto.

—Gracias a ti por darme esta oportunidad —respondió él, con una calidez en su voz que no había escuchado antes—. Y por favor, si necesitas algo, cualquier cosa, no dudes en llamarme.

Asentí, sabiendo que, a pesar de todo, todavía había mucho que resolver entre nosotros dos. Pero al menos, habíamos dado el primer paso hacia una posible reconciliación, y eso era algo que yo no podía tomar a la ligera.

—Nos vemos pronto —dije, mientras él se dirigía hacia la puerta.

—Nos vemos pronto —respondió, dándome una última mirada antes de salir.

Sé que él no se quería ir, pero yo necesitaba un respiro, un tiempo para pensar bien en cómo íbamos a seguir adelante sin meter la pata de nuevo.

Cuando la puerta se cerró tras él, me dejé caer en el sofá con un suspiro largo, sintiéndome aliviada y agotada a la misma vez. Me pasé la mano por la frente, como si pudiera borrar así las preocupaciones. Yo sabía que lo que venía no sería nada fácil, pero por primera vez en mucho tiempo, sentí que tal vez, solo tal vez, había una luz al final del túnel y una chance de encontrar esa felicidad que tanto soñaba.

Capítulo 38

Rebecca

Han transcurrido unos días desde nuestra charla en mi apartamento. Durante ese tiempo, ambos tratamos de volver a nuestras rutinas, pero estaba clarísimo que necesitábamos hablar de nuevo, y en serio. Así que, una noche, lo llamé y le pedí que viniera a mi apartamento. Había un montón de cosas pendientes que discutir y resolver entre él y yo, como es evidente.

Cuando llegó, lo noté más tenso de lo habitual. Benedict llevaba una camiseta de mangas largas color rojo vino que le quedaba ceñida, resaltando su torso bien formado y dejando a la vista también como de bien formado tiene sus hombros que son anchos y fuertes. Combinaba con unos pantalones negros clásicos que le quedaban de maravilla. Estaba tan casual que se veía aún más atractivo de lo normal, incluso mejor que cuando él va de traje y actúa como un jefe estricto. Se sentó en el sofá, observándome con esos ojos intensos que siempre parecían ver más allá de la superficie.

Tomé aire profundamente y me senté frente a él, sintiendo cómo la tensión llenaba la habitación. Me crucé de piernas y jugueteé con un mechón de mi cabello largo, tratando de encontrar las palabras correctas. La verdad es que hablar con Benedict siempre había sido todo un reto casi, pero esta vez era crucial que lo hiciéramos bien. Yo sabía que él también lo sentía, así que estábamos listos para poner todas las cartas sobre la mesa y que sea lo que Dios quiera.

—Gracias por venir —empecé a decir finalmente—. Hay algo que he estado pensando mucho, y creo que es importante que lo discutamos.

Él asintió, pero no dijo nada, esperando a que yo continuara.

—Creo que necesitamos tomarnos un tiempo separados —dije finalmente, observando su reacción.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente, y pude ver cómo su mandíbula se tensaba.

—¿Separados? —Repitió él, con una mezcla de incredulidad y frustración en su voz—. ¿Por qué? Rebecca, justo ahora estamos tratando de resolver todo. ¿Por qué querrías alejarte de mí?

—Porque necesitamos espacio para reflexionar sobre nuestros sentimientos y lo que realmente queremos tú y yo —respondí, tratando de mantener la calma—. Hemos pasado por mucho, y ambos necesitamos tiempo para sanar y entender mejor lo que queremos para nuestro futuro.

—Eso es una tontería —dijo él, su voz subiendo un poco—. Podemos resolverlo juntos, sin necesidad de separarnos. No quiero alejarme de ti, Rebecca.

La verdad es que yo ya me imaginaba que esa iba a ser su primera reacción, aunque, siendo sincera, tenía una pequeña esperanza de estar equivocada. Él siempre había sido un

cabezota, acostumbrado a tener el control de todo y hacer las cosas a su manera. Así era él, desde que lo conocí. Pero esta vez yo necesitaba que él comprendiera que no se trataba de una decisión tomada a la ligera o por un impulso. No, esta vez era algo necesario para los dos.

—Por favor, escúchame, Benedict —digo, resoplando con fuerza—. Esto no es un adiós definitivo. Solo necesitamos un poco de espacio tú y yo, ¿sabes? Para pensar bien las cosas y aclarar nuestras mentes.

Me detengo un segundo, buscando sus ojos, esperando que entienda la gravedad de lo que estoy diciendo. El silencio entre nosotros es pesado, como si el aire mismo estuviera en tensión.

—Estoy embarazada, Benedict —le recuerdo—. Y necesito estar segura de que estamos tomando la decisión correcta, no solo para nosotros, sino también para nuestro bebé.

Él se queda en silencio, mirándome con esos ojos que siempre me han hecho sentir segura y perdida al mismo tiempo. Tomo aire y sigo:

—Necesito este tiempo para pensar, para saber si esto es realmente lo mejor para nosotros tres. No quiero que tomemos una decisión apresurada y luego nos arrepintamos. Quiero estar segura de que estamos haciendo lo correcto, ¿de acuerdo?

Él permaneció en silencio, sus ojos fijos en los míos, y vi dolor y comprensión en su mirada. Finalmente, soltó un suspiro profundo.

—No me gusta esto, Rebecca —dijo él, su voz más suave ahora—. Pero si eso es lo que tú necesitas, entonces lo haré. Solo... prométeme que no usarás este tiempo para alejarte más de mí.

—No lo haré —prometí, sintiendo un nudo en la garganta—. Solo necesito tiempo para pensar y entender mejor mis sentimientos.

Él asintió lentamente con la cabeza, todavía luciendo reacio pero resignado.

—Está bien. Tomémonos este tiempo. Pero quiero que sepas que no dejaré de pensar en ti ni un solo día.

Nos quedamos en silencio por un momento más, y luego él se levantó y se acercó a mí. Mi corazón empezó a latir tan rápido que pensé que se me saldría del pecho. Creí que me iba a besar, y eso hizo que mis manos comenzaran a sudar. Pero en lugar de eso, él me abrazó con fuerza, y pude sentir la intensidad de sus emociones a través de su abrazo.

—Te amo, pequeña —susurró en mi oído, su voz temblando un poco—. Y haré lo que sea necesario para demostrarte que podemos ser felices juntos.

Su declaración me dejó paralizada. Todo mi cuerpo se puso tenso, como si cada músculo hubiera decidido congelarse en ese instante. Nunca pensé que escucharía esas palabras salir de su boca. Ojalá él las hubiera dicho cuando yo misma le confesé mis sentimientos. Pero bueno, las cosas pasan por algo, ¿no? Todo tiene su tiempo.

—Yo también te amo —respondí, sintiendo las lágrimas acumularse en mis ojos—.

Solo necesito tiempo.

Él asintió, y con una última mirada, se alejó y salió de mi apartamento. Me quedé sola, rodeada de mis pensamientos y emociones. Yo sabía que este tiempo separados sería difícil, pero también sentía que era necesario.

Las primeras semanas después de separarnos fueron una verdadera pesadilla. No podía concentrarme en el trabajo, y cada vez que veía algo que me recordaba a él, sentía como si me retorciera el estómago. Pero, bueno, también aproveché para enfocarme en mí misma otra vez, tanto en lo personal como en lo profesional.

Me apunté a otro curso de arte, algo que siempre quise hacer pero nunca encontraba tiempo para ello. Meterme de lleno en la pintura y la escultura me dio una salida creativa para todo lo que llevaba dentro, y además, conocí a gente increíble de la que aprendí un montón.

Todavía me sorprende cómo cambiaron las cosas desde hace unos meses. Pasé de trabajar en una empresa de joyas, que me apasionaba, a trabajar en una galería de arte. Conseguí el trabajo casi de casualidad. Todavía recuerdo cuando me mudé a Boston, Massachusetts, con la esperanza de encontrar un lugar donde pudiera sanar mi corazón roto. Yo había huido de Nueva York pensando que necesitaba un cambio radical para recomponerme, y Boston parecía el sitio perfecto.

Al principio, no sabía cómo iba a adaptarme aquí, pero poco a poco, la ciudad y la gente me fueron conquistando. Encontré la galería por casualidad, caminando por las calles, y no pude resistirme a entrar. Empecé a hablar con el dueño, y resultó que necesitaban a alguien con experiencia en arte y diseño. Me lancé de cabeza y, para mi sorpresa, me ofrecieron el puesto. Fue un cambio total, pero justo lo que necesitaba en ese momento de mi vida en que todo parecía caerse a pedazos.

Ahora, cada día en la galería es una aventura. La gente que viene, las exposiciones, el ambiente... todo me ayuda a seguir adelante y a descubrir nuevas pasiones. No voy a mentir, todavía tengo días difíciles, pero estoy aprendiendo a encontrar belleza en lo inesperado, y eso hace que cada día valga la pena.

También empecé a ir a terapia. Hablar con un profesional me estaba ayudando un montón a procesar el dolor por la muerte de mi hermana y a entender mejor qué estaba sintiendo y qué necesitaba. Era liberador poder soltar todo lo que tenía dentro de mí sin miedo a que me juzgaran o me miraran como si yo fuera rara.

Mientras tanto, también me estaba ocupando de mi salud y la del bebé. Yo no faltaba a ninguna cita médica y seguía al pie de la letra todos los consejos de mi doctor. Sentir las primeras pataditas del bebé fue algo mágico, como un recordatorio de por qué yo estaba haciendo todo esto. Cada vez que sentía al bebé moverse dentro de mí, era como si el sol volviera a salir incluso por la noche.

Por su parte, él también estaba en pleno proceso de reflexión y crecimiento personal. Me enteré por unos ex colegas de la empresa, que el gran jefe, Benedict Hawthorne, había

empezado a ir a terapia para manejar su ira y sus problemas de control. ¡Increíble! El hombre que parecía tener el control de todo, ahora estaba aprendiendo a dejar ir un poco. También él había empezado a involucrarse más en la empresa, delegando responsabilidades y tratando a sus empleados con más respeto. Era como si estuviera intentando ser una persona completamente nueva.

Un día, mientras yo estaba tirada en el sofá de mi apartamento, sonó mi teléfono. Era un mensaje de él. Me decía que había estado trabajando en sí mismo y que él esperaba que pudiéramos hablar pronto. Me quedé de piedra. ¿Benedict, el hombre de hierro, abriéndose así de nuevo? Me conmovió saber que él estaba tomando en serio su crecimiento personal y que estaba dispuesto a cambiar por nosotros.

Me quedé mirando el mensaje por unos minutos, pensando en lo mucho que había cambiado todo. Era bonito ver que, a pesar de todo, aún había esperanza y que él estaba dispuesto a hacer el esfuerzo.

Finalmente, después de varias semanas más de darle vueltas al asunto, sentí que por fin estaba lista para hablar con él. Así que, armada de valor, le mandé un mensaje y acordamos vernos en el parque que está cerca de mi apartamento. Pensé que sería el mejor sitio, un terreno neutral donde podríamos hablar tranquilos y sin que nadie nos interrumpiera.

Llegué al parque una tarde soleada, de esas en las que el cielo está despejado y el sol te calienta la piel de una forma que da gusto. Lo vi desde lejos y mi corazón comenzó a latir como loco. Me invadieron los nervios y, al mismo tiempo, una chispa de emoción. Cuando finalmente nos acercamos, noté que él también parecía más relajado de lo habitual.

Había algo diferente en su mirada, una suavidad que nunca antes había percibido. Su barba, que claramente no se había afeitado en varios días, le daba un aire de descuido atractivo, de esos que parecen sin esfuerzo. Él no lucía irresistible a propósito, es esa despreocupación lo que lo hacía ver increíblemente irresistible, y eso era lo mejor de todo. Mientras nos saludábamos, no podía evitar pensar en lo mucho que me gustaba esa naturalidad suya.

—Hola —yo dije, sonriendo tímidamente.

—Hola —respondió él, sonriendo también—. Gracias por venir, Rebecca.

Nos sentamos en un banco y, por un momento, simplemente disfrutamos del silencio y la tranquilidad del parque.

— ¿Cómo has estado? —preguntó finalmente, rompiendo el silencio.

—He estado bien —respondí—. Ha sido un tiempo difícil, pero también necesario. He aprendido mucho sobre mí misma.

—Yo también —dijo él, asintiendo con la cabeza—. La terapia me ha ayudado a entender muchas cosas, y me ha hecho darme cuenta de cuánto te necesito en mi vida.

—Me alegra escuchar eso —dijo sinceramente—. Yo también he estado yendo a terapia, y ha sido muy útil. He estado pensando mucho en nosotros y en lo que quiero para el futuro.

—Y yo también —dijo él, mirándome a los ojos—. Pequeña, sé que cometí muchos errores, pero estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para demostrarte que he cambiado. Quiero estar contigo, y quiero ser un buen padre para nuestro bebé.

Sentí las lágrimas acumularse en mis ojos, pero esta vez eran lágrimas de esperanza.

—Yo también quiero estar contigo—dije, mi voz temblando—. Pero necesito estar segura de que esto no es solo una fase, de que realmente has cambiado.

—Lo entiendo —dijo él, tomando mi mano—. Y estoy dispuesto a demostrarte que puedo ser el hombre que necesitas. Te amo, Rebecca, y haré lo que sea necesario para ganarme tu confianza de nuevo.

Nos quedamos en silencio, nuestras manos entrelazadas, sintiendo la conexión entre nosotros crecer nuevamente. Yo sabía que aún había mucho por resolver, pero en ese momento, sentí que estábamos en el camino correcto.

Finalmente, lo miré y sonreí.

— ¿Te gustaría venir a mi apartamento y seguir hablando? Creo que tenemos mucho más que discutir.

Él sonrió con una felicidad imposible de ocultar.

—Me encantaría.

Cuando finalmente llegamos a mi apartamento, se notaba una atmósfera mucho más relajada. Nos dejamos caer en el sofá como si el día nos hubiera pasado por encima. La charla continuó, pero esta vez era diferente, más íntima. Hablamos de todo, desde nuestros miedos más profundos hasta las esperanzas y sueños que teníamos para el futuro. Era una conversación honesta, sin filtros. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que estábamos realmente conectando, como si de verdad estuviéramos abriendo nuestros corazones el uno al otro.

—Benedict, ¿te acuerdas cuando te dije que yo te amaba y tú me respondiste casi sin inmutarte? —solté, con la voz un poco temblorosa al recordar ese momento doloroso—. En ese instante, me sentí tan rechazada y herida.

—Lo sé, y lo siento tanto por eso —dijo él, su voz llena de arrepentimiento —Estaba asustado, pequeña. No sabía cómo manejar mis propios sentimientos, y terminé lastimándote. Pero ahora entiendo lo que significas para mí, y estoy dispuesto a luchar por nosotros hasta el final de mis días.

—Eso es todo lo que yo quería escuchar —dije, sintiendo que una gran parte de la carga se levantaba de mis hombros—. Solo quería que fueras honesto conmigo, que me mostraras que realmente yo te importo.

—Y me importas más de lo que puedes imaginar —dijo él, tomando mi mano y mirándome a los ojos—. Vamos a tomar esto un paso a la vez, y prometo que haré todo lo posible para demostrarte que soy digno de tu amor.

Nos dimos un abrazo tan fuerte que sentí como si el peso de todos esos meses de dolor e incertidumbre empezara a desvanecerse. En ese momento, me di cuenta de que, aunque aún nos quedaban desafíos por enfrentar, por primera vez en mucho tiempo, sentí que estábamos en el camino correcto hacia un futuro juntos.

La noche pasó volando mientras seguíamos conversando y compartiendo nuestros pensamientos y sentimientos.

Sentados en el sofá, con la luz tenue de la lámpara iluminando apenas la sala, nos mirábamos a los ojos y encontrábamos en ellos la misma determinación. Nos interrumpíamos para reírnos de alguna anécdota tonta del pasado, y de vez en cuando, el silencio se llenaba de la comodidad de estar juntos.

Sabíamos que no sería fácil, que habría días malos y momentos de duda, pero también sabíamos que ambos estábamos dispuestos a trabajar en nuestra relación. Queríamos construir algo nuevo y hermoso juntos, algo que valiera la pena. Y esa noche, por primera vez en mucho tiempo, sentí que realmente teníamos una oportunidad de lograrlo.

La mañana en Nueva York estaba envuelta en una niebla suave, casi como si la naturaleza quisiera echarnos una mano para suavizar el momento. Nos dirigíamos al cementerio, y aunque el frío se colaba por los abrigos, había algo cálido en el aire entre nosotros. Habíamos pasado días hablando, sacando todo lo que llevábamos dentro. Entre lágrimas y risas, poco a poco fuimos sanando esas heridas que parecían no cerrar nunca.

Después de otras semanas más, yo había decidido finalmente regresar a la ciudad.

Llegamos al cementerio sin decir una palabra. Él me tomó de la mano, y ese simple gesto me hizo sentir más segura, como si no estuviera sola en este dolor. Avanzamos juntos por los caminos angostos, bordeados de lápidas antiguas y flores frescas que alguien había dejado con cariño.

Después de caminar un rato, llegamos a la tumba de mi hermana. Estaba en una parcela serena, cerca de una pequeña capilla de piedra, perfecta para su descanso.

El lugar estaba en silencio, solo se escuchaba el suave susurro del viento que se colaba por las ventanas altas y estrechas de la capilla cercana. Me arrodillé frente a la lápida, sintiendo cómo el frío del suelo se filtraba a través de mis pantalones. La brisa fría me acariciaba la cara, haciéndome sentir un poco más viva en medio de tanto dolor. Él se quedó a mi lado, sin soltar mi mano, su presencia era un ancla en ese mar de emociones.

—Hola, Valeria —susurré, sintiendo que las palabras se atascaban en mi garganta—. Te he extrañado mucho, hermanita. Cada día sin ti ha sido un desafío, pero he aprendido a ser

fuerte. Estoy aquí con él, y quiero que sepas que estoy bien. Estamos bien.

Sentí los dedos de Benedict apretando los míos con más fuerza, una señal silenciosa de su apoyo. Se inclinó un poco y habló suavemente.

—Valeria, sé que no nos conocimos bajo las mejores circunstancias y que quizás tú no me veías con los mejores ojos —comenzó a decir él, con su voz grave y seria—. Pero quiero que sepas que cuidaré de tu hermana mayor. Prometo ser el hombre que ella necesita, alguien digno de su amor y confianza.

Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas mientras escuchaba sus palabras. Era la primera vez que yo sentía que no estaba sola en mi dolor, que tenía a alguien dispuesto a caminar conmigo en esta difícil travesía.

Me tomé un momento para dejar que el silencio nos envolviera. Miré la lápida, los recuerdos de mi hermana llenando mi mente. Me sentía tan conectada con ella en este momento, como si yo pudiera sentir su presencia consolándome.

—Valeria —continué hablando —Yo sé que no aprobabas del todo nuestra relación. Sé que te preocupabas por mí, y te agradezco por siempre querer lo mejor para mí. Pero quiero que sepas que he encontrado mi camino. Y sé que siempre me cuidarás desde donde estés. Muchísima gracias, hermanita. ¡Te amo mucho!

Me levanté, sintiéndome extremadamente bien. Él me rodeó con sus brazos fuertes y cálidos, dándome ese consuelo que solo él sabía dar. Nos quedamos ahí, abrazados, sin decir ni una palabra, solo escuchando nuestros propios pensamientos y el leve susurro del viento. Pensábamos en Valeria, en lo que fue y en lo mucho que significaba para mí.

El cielo empezaba a aclararse, el sol asomaba tímidamente detrás de las nubes, pintando todo con un tono suave y esperanzador. Supe que era momento de seguir adelante. Teníamos una vida por delante, llena de desafíos y momentos felices, y en cada paso que diéramos, Valeria estaría con nosotros, en nuestros corazones y recuerdos, como una luz que nunca se apaga.

—Gracias —le dije a él, mirando sus ojos llenos de comprensión y amor—. Gracias por estar aquí conmigo.

—Siempre, Rebecca. Siempre estaré aquí para ti —respondió, besando mi frente con ternura.

Salimos del cementerio con una sensación de paz que nos envolvía, como si Valeria nos hubiera dado su bendición desde el más allá.

Mientras caminábamos de vuelta al coche, yo notaba cómo los pájaros cantaban suavemente y las hojas crujían bajo nuestros pies. Era un día perfecto para recordar y sentir que, a pesar de todo, la vida seguía. Miré a Benedict y pude ver en su rostro que él sentía lo mismo que yo. Estábamos unidos, más fuertes que nunca.

Final

Benedict

Esto sentado en la cabecera de la sala de reuniones, mis ojos recorren uno por uno a mis empleados. Todos están aquí, esperando que comience la reunión, pero mi mente se divierte en otro lugar. Bajo la mesa, ella está arrodillada, sus labios peligrosamente cerca de mi deseo más oscuro. Mi mirada sigue seria y concentrada, pero en mi interior, la perversión se desata. Ella sabe exactamente cómo hacerme perder el control, mientras sigo aparentando ser el jefe implacable que todos conocen. Sus manos acarician mis muslos depravadamente. Nadie sospecha lo que ocurre justo debajo de sus narices, y eso lo hace aún más excitante.

—Gracias a todos por venir —digo con mucha autoridad—. Tenemos mucho que discutir hoy.

Mientras estoy hablando, siento sus manos suaves y calientes deslizarse lentamente por mis muslos, provocándome escalofríos de excitación. Sus dedos juguetones se detienen justo en el borde de mi cremallera, y yo apenas puedo contener un gemido. Ella sonríe con una malicia traviesa bajo la enorme mesa, sabiendo exactamente el efecto que ella tiene en mí. Con una habilidad que solo puede venir de la experiencia, desabrocha mis pantalones, sus ojos fijos en los míos, desafiándome a perder la compostura.

—Primero, quiero hablar sobre los objetivos de este trimestre —yo continuo hablando, intentando mantener mi voz estable mientras siento su mano acariciar mi erección a través de la tela de mis calzoncillos—. Hemos tenido un rendimiento excelente, pero hay áreas donde podemos mejorar.

Siento su lengua acariciar la punta de mi polla, enviando un escalofrío que me recorre la columna vertebral. Mi voz tiembla ligeramente, pero trato de disimularlo con una tos fingida. La boca de Rebecca se abre y siento el calor húmedo de su aliento, mientras sus labios rodean el glande. El placer me hace gruñir, y mis manos se aferran a la mesa con bastante disimulo. Mi respiración se acelera, y no puedo evitar gemir cuando su lengua juega con mi polla, lamiendo y succionando con una habilidad que me vuelve loco.

—Laura, podrías compartir los datos de ventas del último mes, por favor.

Mientras Laura empieza su presentación, me inclino un poco hacia adelante en la mesa, dándole a mi chica más acceso a mi polla erecta y palpitante. Sus labios se cierran alrededor de mi polla otra vez, chupando suavemente como si ella quisiera volverme loco. Siento la lengua deslizarse lentamente, jugando con el glande, y tengo que morderme los labios para no soltar nuevamente otro gemido. La sensación es intensa, el calor de su boca y la succión rítmica me hacen casi perder el control. A cada movimiento, mi respiración se vuelve más pesada, y solo quiero agarrar su cabeza y empujar más adentro, haciéndola sentir cada centímetro de lo que le pertenece a mi mujer.

—Como pueden ver, hemos superado nuestras expectativas en varios mercados clave —digo, luchando por mantenerme enfocado en los gráficos que se muestran en la pantalla.

Sus movimientos se vuelven más audaces, su lengua recorriendo toda mi longitud antes de hundirse profundamente en su boca otra vez. La sensación es increíble, y ahora tengo que aferrarme a los brazos de la silla con una fuerza increíble.

—Muy bien, Laura. Eso es alentador —digo, mi voz sonando un poco más ronca de lo habitual—. Ahora, quiero que todos se concentren en los puntos clave que debemos abordar para mantener este impulso.

Mi mujer intensifica sus esfuerzos, succionando con más fuerza mi erección mientras sus manos masajean mis testículos. La combinación de placer es casi insoportable, y tengo que hacer un esfuerzo consciente para no cerrar los ojos y dejarme llevar. A cada segundo debo recordarme a mí mismo que estoy trabajando mientras ella, debajo de la mesa, me está dando el mejor placer que he sentido en mucho tiempo. La sensación de su lengua y labios moviéndose con desesperación y burla me hace difícil mantener la compostura, pero el riesgo de ser descubierto solo hace que todo sea aún más excitante.

— ¿Alguien tiene alguna pregunta sobre la estrategia de ventas? —pregunté, esperando que nadie se dé cuenta de lo que realmente está sucediendo bajo la mesa.

Un empleado levanta la mano y empieza a hablar sobre una propuesta de marketing, pero apenas puedo escuchar sus palabras. Estoy completamente absorbido por la sensación de la boca caliente y húmeda de Rebecca, chupando con una habilidad que me deja sin aliento.

—Eso suena... excelente —respondí, tratando de sonar interesado mientras ella aumenta el ritmo—. Debes asegurarte de coordinar con el equipo de diseño para que todo esté alineado con nuestra marca.

Sus manos se aferran a mis muslos, sus uñas dejando marcas mientras ella me lleva al borde. Siento el nudo familiar formándose en mi estómago, y sé que no puedo aguantar mucho más.

—Muy bien, si no hay más preguntas, creo que podemos concluir esta reunión —digo, mi voz temblando ligeramente.

Los empleados empiezan a recoger sus cosas, pero yo no puedo moverme. Ella sigue chupándome la polla como si fuera su dulce favorito, lamiendo y succionando con más intensidad, haciendo que cada nervio de mi cuerpo se encienda. Sus labios se deslizan húmedos y cálidos por toda mi longitud, y su lengua juega con la punta de manera que me vuelvo loco. Siento que estoy a punto de estallar.

Finalmente, cuando la última persona sale de la sala y se cierra la puerta, me permito gemir en voz alta, soltando un gruñido profundo mientras empujo mis caderas hacia adelante, enterrando mi enorme polla en su garganta. Me corro con fuerza, sintiendo cada espasmo mientras descargo en su boca. Ella lo traga todo, sin perder ni una gota, mirándome con esos ojos llenos de sumisión y una satisfacción casi perversa. Sus labios se separan lentamente de mi miembro, dejando un rastro húmedo y brillante, y ella sonríe, saboreando el último vestigio de

mi placer.

—Joder, pequeña, eres una diosa con esa boca —yo jadeo, mirando hacia abajo para encontrar sus ojos brillantes, llenos de lujuria y entrega.

—Solo quiero complacerte, amo —responde ella con voz ronca, limpiando la comisura de su boca con un dedo antes de lamerlo provocativamente. Parece que le encanta mi leche, aunque no es una sorpresa. Desde que la conozco, se ha vuelto adicta a mi polla, y yo me he vuelto adicto a su sucia y deseosa boca.

La levanto del suelo y la beso con pasión, invadiendo su boca con mi lengua mientras el sabor salado de mi semen aún está presente. Nuestros labios se chocan con fuerza, y el sonido de nuestra saliva mezclándose es sucio y erótico dentro de la sala. Puedo sentir la humedad y la calidez de su boca, y nuestras lenguas se enredan con bastante facilidad, compartiendo el rastro de nuestra travesura.

—Vamos —susurré en su oído mientras la tomo de la mano y salimos de la sala.

— ¿A dónde vamos? —pregunta ella con una sonrisa traviesa, sus ojos brillando de lujuria.

—A un lugar donde yo pueda follarte como te mereces —respondo suciamente, apretando su mano y tirando de ella, sintiendo cómo la pasión y el deseo crecen entre nosotros.

Sus labios se curvaron en una sonrisa aún más traviesa y su mirada se volvió oscura. Sin embargo, su voz bajó un tono cuando ella añadió:

—No tenemos mucho tiempo, Benedict. Tenemos que volver a casa para cuidar de nuestro hijo, ya tiene un año y ha empezado a gatear, y hace demasiadas travesuras.

La miré con deseo ardiente, y le respondí con voz ronca:

—No te preocupes, esto no nos llevará mucho. Haré que cada segundo cuente.

Desde que nació el bebé, las noches se han vuelto eternas. Criar a un niño es mucho más complicado de lo que parece, y este pequeño demonio, con solo unos meses, ya empezó a gatear por el suelo como si fuera su reino. Ahora, con un año, no le basta con eso, también quiere caminar. Él es un torbellino de energía, siempre explorando, siempre queriendo más. Las noches son largas, llenas de llantos, cambios de pañales y esas miradas somnolientas que compartimos ella y yo, pero yo no cambiaría nada de eso. Me encanta verlo crecer, aunque me agote a veces. ¿Quién diría que ser padre primerizo sería tan agotador y lo más hermoso de la vida al mismo tiempo?

Y luego está Rebecca. Desde que la recuperé, desde que volvió a mi vida, todo parece brillar un poco más cada día. La pasión entre nosotros no ha hecho más que crecer. Verla como madre, tan sexy y dedicada, solo me enciende más. Cada vez que la veo acunando a nuestro hijo, con esa mirada de amor y cariño, siento una mezcla de orgullo y felicidad que me consume.

A veces, cuando el pequeño finalmente se duerme, nos encontramos en la cocina, ella en pijama y yo aún en traje después de un largo día en la oficina. La miro y no puedo evitar

desearla, recordar esas noches salvajes antes de que llegara el bebé. La suelo tomar por la cintura, la acerco a mí y le susurro cosas sucias al oído, recordándole que, aunque ahora somos padres, sigo siendo su hombre, y ella sigue siendo mi mujer, mi dueña.

El deseo que siento por ella es una constante llama ardiente. Sus curvas, su aroma, esa forma en que muerde su labio inferior cuando está excitada. Cada momento con ella es una mezcla de ternura, amor y lujuria, de amor y deseo. Y cuando finalmente encontramos un momento de privacidad, no desperdiciamos ni un segundo. La hago sentir como la reina que es, recordándole con cada caricia, con cada embestida, que es mía y solo mía.

No hay un solo día que pase sin que me asombre de cuánto yo la amo. Rebecca es mi todo. Desde el primer momento en que la vi, supe muy en el fondo de mi corazón que yo estaba destinado a ser suyo y que ella sería mía. No solo es una madre increíble, sino que es una mujer fascinante, fuerte y hermosa.

No sé qué hice para merecerla, pero jodidamente lo agradezco. Cada día, me siento el hombre más afortunado del mundo por tener a Rebecca a mi lado. Ella es mi fuerza, mi refugio, y la razón por la que cada día quiero ser mejor.

Epílogo

Benedict

Cinco años después

Han pasado cinco años desde que nuestros caminos se cruzaron de una forma tan intensa y peligrosa que parecía sacada de una película. Ahora, cuando ella y yo echamos la vista atrás, vemos cómo ese deseo incontrolable nos ha llevado a construir una vida que nunca nos hubiéramos imaginado ni en nuestros sueños más locos. Desde afuera, parecemos la familia perfecta: tenemos una mansión hermosa en las afueras de la ciudad, dos hijos adorables que llenan nuestras vidas de risas y travesuras, y una relación que, para todos, es el modelo perfecto de amor y compromiso.

Pero lo que nadie sabe es que detrás de esas puertas cerradas, nuestro vínculo sigue siendo tan ardiente y peligroso como siempre. La vida de amo y sumisa que compartimos en privado es un secreto que guardamos con mucho recelo. Es una fuente constante de emoción y una conexión tan profunda que mantiene nuestra llama encendida segundo a segundo.

Es sábado por la mañana y el sol se cuela por las ventanas de la cocina, llenando todo de una luz cálida y acogedora. Estoy en la cocina, preparando el desayuno. El olor del café recién hecho y del tocino friéndose llena el aire. Los niños están afuera, en el jardín, corriendo y riendo como locos. Se escucha el ruido de sus risas y los ladridos del perro que también se suma a la fiesta.

De repente, ella entra a la cocina. Trae puesta una camiseta mía, esa que le queda enorme y que ella siempre dice que es más cómoda. Sus ojos están brillando con esa mezcla de amor y picardía que solo yo entiendo. Tiene el cabello despeinado, un desastre perfecto que la hace ver aún más hermosa. Me mira y me sonríe, esa sonrisa que me desarma cada vez más.

—Buenos días, amor —digo, girándome para darle un beso.

—Buenos días, señor —responde ella, susurrando la última palabra sólo para que yo la escuche.

Nuestra vida diaria está repleta de estos pequeños momentos que nos recuerdan esa parte especial que tenemos dentro de nuestra relación. Mientras los niños corretean por el jardín, riendo y gritando, nosotros nos movemos por la casa como si estuviéramos en una danza perfectamente sincronizada, cada toque y cada mirada llenos de un significado profundo y secreto.

Pero es por la noche, cuando los niños ya están dormidos y la casa se sumerge en la tranquilidad, es cuando nuestra verdadera naturaleza sale a flote.

En el santuario de nuestra habitación, ella casi siempre se arrodilla frente a mí, con sus

ojos chispeando con una mezcla de devoción y deseo.

—Te he echado de menos en la cama—susurra ella, sus manos deslizándose por mis piernas.

—Oh, ¿de verdad? Pero si apenas me he levantado para preparar el desayuno—respondí, intentando mantener la compostura, aunque su toque ya me está poniendo a mil por hora.

— ¿Desayuno? —murmura ella, su voz cargada de deseo—. Pero yo lo único que quiero para desayunar eres tú, y me muero de hambre.

Entonces, miro hacia el jardín trasero, y tras asegurarme de que los niños siguen jugando y siendo vigilados por mis guardias de seguridad, decidí llevar a mi mujer de nuevo a la habitación.

Ella no podía esperar más, sus manos ávidas me desnudaban mientras subíamos los escalones de dos en dos. Al llegar a la puerta, apenas pude abrirla antes de que ella se lanzara sobre mí, desesperada, sus dedos hábiles liberando mi polla con una urgencia que me volvía loco.

Sin perder tiempo, ella se montó sobre mí, su cuerpo ahora curvilíneo y hermoso después de dos embarazos, estaba moviéndose con una gracia feroz. Yo podía sentir cada centímetro de su deseo, cada latido de su corazón acelerado mientras me cabalgaba con una intensidad que sólo nosotros conocíamos. Sus gemidos, mezcla de placer y necesidad, llenaban la habitación, un concierto privado para mis oídos.

Y pronto, llegamos al orgasmo juntos, una explosión de placer que nos dejó temblando y riendo entre jadeos. Mientras recuperábamos el aliento, le pregunté divertido:

— ¿Será que esa adicción tuya a tener sexo cada segundo ya se debe a las hormonas del tercer embarazo?

Ella rió, su sonrisa tan radiante como el sol de la mañana, y me besó profundamente, sus labios aún saboreando el éxtasis.

Estamos esperando a nuestro tercer bebé, y no podríamos estar más felices. Cada día con ella es una bendición, un nuevo capítulo en nuestra historia de amor que se escribe con pasión y ternura. Y soy el CEO de una de las empresas más importantes del país, pero mi verdadero logro es haber encontrado a una mujer tan increíble como ella.

Me levanto temprano cada mañana, listo para conquistar el mundo, pero mi motivación real es volver a casa y perderme en sus brazos. Mi apariencia puede ser la de un hombre de negocios impecable: traje a medida, cabello perfectamente peinado, y una mirada de acero. Pero sólo ella conoce al hombre detrás de esa fachada, el hombre que arde de deseo y amor por ella cada segundo del día.

Su piel suave, sus ojos llenos de vida y esa sonrisa que podría detener el tiempo... Ella es mi musa, mi amante, mi todo. Y mientras esperamos a nuestro tercer hijo, sé que nuestro amor y nuestra familia sólo seguirán creciendo, cada día más fuertes, más unidos, y completamente

lleno de amor.

Y sí, admito que la idea de otro pequeño corriendo por la casa significa menos tiempo a solar. Pero la felicidad que compartimos es tan palpable que a veces pienso que podría tocarla. Y cada noche, cuando hago el amor con ella, siento que estoy celebrando esa felicidad, ese amor que nos ha dado tanto.

Nuestra vida sexual es una prolongación de lo que vivimos cada día, cargada de un deseo animal, respeto mutuo y amor que va más allá de lo convencional. Jugamos nuestros roles con una intensidad que dejaría a cualquiera con la boca abierta, pero para nosotros, es la forma más genuina de mostrar lo que sentimos.

En nuestra cama, ella se entrega por completo a mí, y yo la tomo con la misma devoción, como si cada encuentro fuera la última vez. Cada caricia y cada beso son más que simples gestos; son promesas ardientes de nuestro vínculo, una afirmación de que, sin importar lo que el mundo diga, nos pertenecemos el uno al otro de manera absoluta. La forma en que la hago gemir, cómo su cuerpo responde a cada toque mío, es una prueba irrefutable de que lo nuestro es inquebrantable.

A veces, nuestros juegos son suaves y sensuales, un recordatorio de la ternura y el cariño que nos tenemos. Otras veces, son intensos y rudos, una liberación salvaje de todas las tensiones acumuladas. Pero sin importar cómo comiencen esos juegos, ella y yo siempre terminamos de la misma manera: abrazados, con nuestros cuerpos entrelazados y nuestros corazones latiendo al unísono. La forma en que ella siempre se acurruca contra mí después, con una sonrisa satisfecha y los ojos cerrados, me dice que hemos encontrado nuestro paraíso.

Nuestra vida privada es un mundo totalmente diferente al que la gente ve. En la oficina, soy el gran jefe, el CEO que todos respetan. Tomo decisiones cruciales y llevo al equipo hacia el éxito. Pero cuando llego a casa, es otra historia. Soy el esposo cariñoso y el papá entregado que se tira al suelo para jugar con los niños y se ríe a carcajadas con ellos. Paso tiempo con mi esposa, compartiendo esos momentos pequeños pero preciosos que hacen que todo valga la pena.

La verdad es que hay mucho más detrás de todo esto. No somos solo dos personas que cumplen roles, somos dos almas profundamente conectadas. Vivimos un amor que desafía las expectativas y nos llena de una manera que pocos podrían comprender. Nos entendemos sin palabras, y cada día encontramos nuevas formas de hacer que nuestra relación sea más fuerte y significativa.

—Hemos construido algo hermoso, ¿verdad? —digo, mientras le acaricio el cabello.

—Sí, lo hemos hecho —responde ella, su sonrisa iluminando su rostro—. Y lo mejor de todo es que lo hemos hecho juntos.

La beso suavemente, saboreando el momento. Nuestro amor ha pasado por pruebas y desafíos, pero ha salido más fuerte cada vez. Ahora, estamos aquí, disfrutando de la vida que hemos creado, sabiendo que cada día es una nueva oportunidad para amarnos más profundamente.

—Te amo, Benedict —susurra ella, apretando mi mano.

—Y yo a ti, Rebecca. Por siempre.

Y así, nuestra historia continúa, un testimonio de un amor que es tanto salvaje como tierno, tanto peligroso como seguro. Juntos, enfrentamos el mundo con la certeza de que, sin importar lo que venga, siempre tendremos el uno al otro. Y en ese amor, encontramos nuestra verdadera felicidad.